

SERGIO FERRARA

LA MUJER DE NINGUNO



Lectulandia

Emilio Santillán se halla en su momento de máximo esplendor. Consejero de ministros y grandes empresarios y estrella mediática, está casado con Soraya, una joven perdidamente enamorada y dispuesta a los sacrificios más dolorosos para apuntalar su carrera. Tendrá que demostrarlo cuando Santillán caiga en el más absoluto descrédito, acusado de un uso impropio de las tarjetas *black* como consejero de una entidad bancaria que acaba de ser intervenida.

A partir de entonces, Emilio Santillán y su joven esposa arrostrarán multitud de peligros, juntos y por separado, para evitar la acción de la justicia y evadir una fortuna obtenida mediante métodos fraudulentos. Para ello, estarán dispuestos a cometer los crímenes más pavorosos. Sin embargo, hay demasiados secretos y heridas abiertas en su pasado.

Un *thriller* adictivo con una trama tan trepidante y giros tan inesperados que nos mantienen constantemente en vilo. Pero también una sátira sobre la corrupción financiera y la amoralidad de los poderosos, un juego de engaños y espejismos y una radiografía despiadada del amor conyugal. Y es, sobre todo, el retrato de una mujer indescifrable y cautivadora, Soraya, la «mujer de ninguno», que reinterpreta brillantemente el personaje arquetípico de la *femme fatale*.

Lectulandia

Sergio Ferrara

La mujer de ninguno

ePub r1.0

Karras 02.05.2019

Título original: *La mujer de ninguno*
Sergio Ferrara, 2017

Editor digital: Karras
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

A María, mi dulce amado centro.

Acaba de saltar el escándalo. Ocupa los titulares de los telediarios. O, más exactamente, ocupa los telediarios completos, que se dedican a analizar con detalle los gastos de las tarjetas de todos y cada uno de los consejeros de Hispabank. Desde que el nuevo presidente del banco anunciase una investigación interna, sabíamos que este día habría de llegar, tarde o temprano. Pero nunca imaginé que fuesen a revelar los extractos de cada tarjeta, nunca imaginé que fuesen a entregar a los chacales de la prensa unos datos que os dejan a todos los consejeros en bragas (y a ti más que a nadie, sobre todo porque en tu caso la expresión cobra un significado más penoso). Durante estos últimos meses, desde que Hispabank fuese intervenido, te he notado intranquilo e irritable, he advertido que no pegabas ojo por las noches y que te tirabas el día entero llamando a los cabrones que antes te tenían en palmitas. Pero no creo que ni en tus peores pesadillas hubieses imaginado esta escabechina. No es que os hayan dejado a los pies de los caballos. Es que os han echado a los leones, para que os despedacen.

Casi media hora se han tirado desmenuzando los gastos de cada consejero en el telediario. Algunos, mucho más cucos que tú, lo que hacían era sacar dinero del cajero cada semana, para fundirlo luego en lo que les diese la gana, sin dejar rastro. Otros se pusieron las botas en restaurantes y hoteles de lujo, se pagaron las vacaciones a cuenta de Hispabank, remozaron su vestuario en las mejores sastrerías, se compraron las joyas más caras, saquearon tiendas de decoración y antigüedades. Los hay también menos exquisitos, que cargaron a la tarjeta las compras del supermercado, la gasolina del coche, las copas con los amigos, incluso el tabaco y los décimos de lotería que regalaban por Navidad.

Hasta que te tocó el turno. Te reservaron para el final, después de haber despellejado a todos los consejeros. Siempre se deja el mejor vino para los postres.

Emilio Santillán Infante. Profesor en las escuelas de negocios más elitistas. Consejero en varias compañías del Íbex 35. Asesor de cabecera de la presidencia del Gobierno. El rostro de la más reciente y exitosa campaña de la aseguradora Provita. El tertuliano más célebre y provocador. El hombre que, cuando le preguntaban si estaba seguro de sus vaticinios en materia económica y financiera, respondía: «Más seguro que el hormigón armado». Ahora descubrimos que tiene una cara de lo mismo.

Así te presentaron en el telediario. Con recochineo y ensañamiento. Porque tu tarjeta registraba gastos más alucinantes que ninguna otra. Gastos que eran un auténtico festín para los carroñeros.

Bolsos de Loewe y Louis Vuitton (que regalarías a otras, porque yo jamás los olí).

Flores a porrillo (a mí nunca me sorprendiste con un ramo, por lo menos desde nuestro primer aniversario de boda).

Lencería de Victoria's Secret. O sea, bragas y sujetadores. Tampoco yo había sido la destinataria de esos regalos, que me parecieron poco adecuados para las ministras, alcaldesas, concejales y demás miembros de tu harén de admiradoras. Aunque a más de una no le vendría nada mal una buena faja que le contuviese las carnes.

Copas en discotecas y locales de ocio nocturno. La presentadora del telediario lo dijo con retintín, pero a mí fue lo que me resultó menos hiriente. No me chupo el dedo y sé que, cuando terminas de grabar tus programas, te gusta refrescar el gaznate en compañía de otros tertulianos. Te lo noto en el aliento y en la voz un poco arrastrada cuando vuelves a casa. Pero, por no liarla, nunca te he reprochado nada aunque muchas veces he imaginado que en esas discotecas habrá muchas calientapollas.

La presentadora del telediario hizo una pausa antes de proseguir y eligió su gesto más modoso, como si la disgustase divulgar ciertas noticias o quisiera advertir a los padres que sacasen a los niños del salón. Y entonces lo soltó con voz de asco e incredulidad. Dijo que habías contratado con la tarjeta de Hispabank servicios sexuales en uno de los clubes de alterne más exclusivos de Madrid. Lo dijo con voz picarona, aunque sin renunciar al asco, para que nadie dudase que condenaba tu lamentable conducta.

«Un club de alterne, han oído bien», insistió. Y añadió que, mientras te dedicabas a estos menesteres, muchos ahorradores habían sido estafados y obligados a adquirir preferentes de Hispabank cuyo valor se había esfumado de la noche a la mañana. «Escalofría pensarlo — remachó—: el dinero de los pequeños ahorradores estaba siendo utilizado para que los consejeros del banco se pagasen sus escarceos en prostíbulos».

Al poco, empezó a sonar frenéticamente el teléfono de casa. Imaginé que serían periodistas carroñeros deseosos de conseguir alguna declaración tuya. Y como insistían e insistían, desconecté el teléfono. También apagué mis móviles, que no dejaban de zumbar como abejorros furiosos, mientras recibían una catarata de mensajes.

Si al menos hubieses estado en casa, habría podido pedirte explicaciones, habría podido escupirte mi rabia y estupor, habría podido insultarte hasta caer rendida y ahogada por los sollozos. Y tú me habrías pedido perdón de rodillas, sincera o fingidamente arrepentido, y me habrías tratado de embaucar con esa labia que Dios te ha dado (o tal vez fuese el demonio). Habrías podido consolarme con palabras mentirosas, habrías podido acariciarme con las mismas manos con las que acariciaste a tus putas exclusivas, habrías podido enjugar mis lágrimas, habrías podido prometerme que nunca jamás volverías a hacer semejante monstruosidad. Y yo seguramente te habría perdonado, como he hecho en tantas otras ocasiones (aunque nunca me hayas causado tanto daño como en ésta), porque de tan buena parezco tonta.

Pero resulta que te has ido a dar una conferencia en una escuela de negocios de Londres. Y seguramente lo tendrás todo preparado para prolongar la noche en algún club de alterne de la City. Tú siempre has sido muy *british*; e imagino que entre todas las putas preferirás a las inglesas, como entre todos los gobernantes del último medio siglo prefieres a Margaret Thatcher (espero que al menos nunca hayas fantaseado con tirártela). Pero no creo que te queden ganas de juerga. Porque imagino que también tu móvil habrá empezado a zumbar como un abejorro furioso, haciendo añicos tus seguridades de hormigón armado.

En el telediario dijeron que todos los gastos realizados por los consejeros con sus tarjetas *black* se habían cargado en la cuenta de quebrantos del banco. Así se explica que durante años el chanchullo pasase inadvertido en las sucesivas auditorías de pacotilla que encargó Hispabank. Así se explica la impunidad con la que os habéis gastado la pasta de los incautos ahorradores. Pero ni la impunidad que disfrutasteis, ni los chanchullos que organizaron los antiguos directivos del banco explican la pasada que te has marcado. Porque hay que tener mucho cuajo, o estar muy pasado de rosca, para pagar servicios de prostitución con tarjeta. Hay que ser muy insensato o ir muy ciego para hacer semejante animalada. ¿Es que no sabes que todas las compras que se hacen con una tarjeta de crédito dejan rastro? ¿Tanto te costaba ir a un cajero automático y sacar dinero, antes de correrte la juerga, como hicieron otros consejeros? Pero esos consejeros no estaban, como tú, hinchados de orgullo. Tú eras Emilio Santillán, un triunfador nato, una estrella mediática, un gurú de la economía cuyas predicciones eran consideradas dogmas de fe en círculos financieros y empresariales. Y cuando uno está borracho de éxito no repara en minucias. Tampoco se detiene a considerar las consecuencias de sus actos.

Pero todos nuestros actos tienen consecuencias, Emilio. Y pueden causar daños muy graves a otras personas. A tu mujer, por ejemplo. Sí, Emilio, a tu sacrificada mujer. Y no me refiero tan sólo a daños morales.

Cuando empecé a salir contigo sabía perfectamente que no eras un santito. A estas horas habrá muchas señoras biempensantes que se estarán haciendo cruces, después de saber en qué empleabas tu tarjeta *black*. Habías conseguido embaucar a media España, presentándote como un campeón del sentido común en una época de demagogos y populistas. Tus trajes impecables, tus camisas con gemelos en los puños, tus exquisitas corbatas (nunca dejabas que yo te las eligiese), tu piel bronceada de galán sudamericano y ese pelo entrecano que peinas con una leve onda irresistible volvían locas de remate a las viejecitas pudientes, que siempre habían soñado con un marido así para sus hijas divorciadas. Y cuando empezabas a soltar cifras y datos que tal vez inventases sobre la marcha, para justificar la recuperación de la economía española y las medidas adoptadas por el gobierno, las viejecitas pudientes y sus hijas divorciadas entraban en éxtasis. Y es que tienes una facha privilegiada, sobre todo si la comparamos con la recua de feos y feas que salen en las tertulias. Además, con ese pico de oro que Dios o el demonio te han dado, te los merendabas a todos. Es verdad que no hacías otra cosa sino repetir como un lorito las consignas recibidas por tus patrocinadores, pero le ponías una gracia y una originalidad de la que otros tertulianos carecían. Y esa pizquita de pedantería insolente que deja humillados a los adversarios.

Y luego, además, las cámaras te querían. Me recordabas un poco a ese actor cubano o medio cubano, Andy García, con esa guapura a la vez elegantona y un poco pilla. Cuando empapelaron Madrid con tu rostro, durante aquella campaña publicitaria de Provita, mi vida de mierda se volvió, de repente, más luminosa. Ya no me importaba perder el autobús o el tren de cercanías, porque en la marquesina de la parada o en los andenes de la estación me acompañaba tu sonrisa de chulito, alegrándome la espera. Fue un puntazo aquella campaña que aprovechaba la muletilla que habías popularizado en las tertulias: «Más seguro que el hormigón armado». Y mira que era una frasecita mema; pero habías logrado convertirla en tu marca de fábrica, y no había entrevista o tertulia en la que no la soltases, para regocijo de tus *fans*. En esa frase se resumía el personaje que habías conseguido crear: por un lado, un caradura simpático; pero también, y al mismo tiempo, un tipo que transmitía confianza y sabía lo que se traía entre manos. La compañía aseguradora pegó la campanada y duplicó de la noche a la mañana su clientela. Y tú te convertiste definitivamente, por si todavía no lo eras, en el hombre de moda que se disputaban todos los canales televisivos, que se rifaban en todas las fiestas de sociedad, que todas las grandes compañías contrataban como asesor o consejero. Así fue como te ficharon los granujas de Hispabank.

Estabas en la cima del éxito. Habrías podido ligarte a la tía que te hubiese dado la gana, desde una infanta a una multimillonaria, pero te fijaste en mí. A todas tus seguidoras aquella elección las dejó desconcertadas; y cuando nuestro noviazgo se hizo público, empezaron a acusarme de trepa que te había conquistado con malas artes. ¿Cómo se explicaba que un triunfador se fijase en una mindundi como yo, una oscura peluquera y maquilladora? Enseguida empezó a circular la leyenda negra: que si te había cazado utilizando secretas armas de seducción, que si te había amenazado con airear algún episodio turbio de tu pasado, que si me había inventado un falso embarazo para forzarte al matrimonio, que si patatín, que si patatán. Cuando lo cierto es que en todo momento fuiste tú quien tomó la iniciativa. Y que si algo hice, mientras duró tu cortejo, fue ponerte barreras e impedimentos. Y no porque quisiera hacerme la estrecha, sino porque era plenamente consciente de la desigualdad que existía entre nosotros. Y porque me intimidaban todas las calumnias que se lanzaban contra mí, empezando por las que pusieron en circulación mis propias compañeras, tan envidiosas y malpensadas.

Yo misma me he preguntado muchas veces por qué te enamoraste de mí. Y llegué a pensar las cosas más disparatadas: que querías ganarte a un público más popular; que lo hacías por afán de provocación y por descolocar a tus adversarios; que estabas representando una farsa a la que pondrías final cuando te conviniese. Pero poco a poco fui descubriendo que en mí habías encontrado lo que muchos hombres buscan, sin atreverse a reconocerlo: la mujer que no les haga sombra, la mujer sin pretensiones intelectuales ni

ramalazos feministas, la mujer que conoce el lugar subalterno que le corresponde ante un marido brillante y admirado por doquier. Y, además, yo te había demostrado desde el principio que no era una pelandusca cualquiera; y también que estaba dispuesta a apechugar con tu trastienda. Porque, como suele ocurrir con los hombres de fachada deslumbrante, escondías una trastienda oscura.

Aún recuerdo el día en que nos conocimos. Desde que se supo que empezabas a colaborar en un programa de nuestra cadena, todas las peluqueras y maquilladoras andábamos revolucionadas. Por entonces acababa de lanzarse la campaña publicitaria de Provita y te habías convertido en el cuarentón más deseado del país, el sueño húmedo de cualquier choni con aspiraciones. Casi todas mis compañeras eran más jóvenes que tú, diez y hasta veinte años (como es mi caso), porque en las televisiones siempre contratan peluqueras y maquilladoras con poca experiencia, para poderles pagar sueldos de birria. Y todas veían en ti al príncipe azul que podría retirarlas. Así que cuando entraste en la sala de maquillaje, acompañado por el presidente de la cadena (que te había recibido con todos los honores), todas mis compañeras se hincharon como pavos. Iban más pintadas que una puerta y vestían sus mejores galas para recibirte; alguna, incluso, te abordó con descaro, poniéndote las tetas en bandeja. Pero tú reparaste en la más cohibida y discreta de todas, que intentaba pasar inadvertida, arrinconada al fondo de la sala.

Me saludaste muy cortés: «Buenas noches. Me llamo Emilio Santillán. ¿Con quién tengo el gusto?».

«Hola, yo soy Soraya», te dije con un hilillo de voz, como si pidiese disculpas. En realidad, las estaba pidiendo, no tanto a ti como a mis compañeras, que me lanzaban cuchillos con la mirada. Hubiese deseado que me tragase la tierra. Y encima te mostraste simpatiquísimo conmigo, dejando que te embadurnara la cara (de una piel tan bronceada que no hubiese necesitado maquillaje) y te compusiera el pelo, que traías algo despeinado. Te empeñabas en darme conversación, para envidia y tormento de mis compañeras, y yo sólo acertaba a responderte con monosílabos, por temor a provocar (todavía más) la ira de aquellas arpías. Me notaste tan nerviosa y atolondrada que te inspiré ternura. Y me empezaste a preguntar cosas sobre mi insignificante vida con una curiosidad que me pareció completamente auténtica. Y me gastaste algunas bromas, para aliviar mi nerviosismo. Y, cuando te estaba pasando el secador, me propusiste que tomásemos juntos una copa, cuando terminase el programa.

Por supuesto, rechacé tu propuesta, alegando alguna falsa excusa. Me moría de ganas por tomar esa copa contigo; pero conocía de sobra el *modus operandi* de famosetes y estrellitas televisivas, depredadores que si durante el día no han conseguido mojar se lanzan sobre las maquilladoras al llegar la noche, pensando que somos presa fácil y nos dejamos llevar al huerto a cambio de nada (o tan sólo de disfrutar por un rato de su compañía). Supongo que no estabas acostumbrado a las negativas y te marchaste un poco lastimado en tu orgullo al plató, donde aquella noche no brillaste como en ti era habitual. Estuviste espeso, torpón, extrañamente inseguro; y permitiste que algún tertuliano con el colmillo retorcido te vapuleara cada vez que tomabas la palabra. Hasta el presentador del programa, un capullo que no sabe hacer la o con un canuto, se permitió desmentir, con informes de esas agencias de calificación que a ti tanto te gusta citar, las previsiones halagüeñas que habías hecho sobre la prima de riesgo. Mis compañeras se marcharon a casa despechadas en cuanto empezó el programa, lanzándome velados reproches; pero yo me quedé hasta el final, por si en algún intermedio requerían mis servicios para empolvar a alguna tertuliana más fea que Picio. Aunque me tocó entrar en el plató en un par de ocasiones, tú ni siquiera te atrevías a mirarme, abochornado de tu paso en falso. Y, a la vuelta de la publicidad, seguían lloviéndote tortas hasta en el carné de identidad, porque los otros tertulianos a los que tantas veces habías humillado sin piedad descubrían que aquella noche eras un boxeador sonado. Yo estaba abrumada y me sentía culpable de tu derrumbe. Cuando acabó el programa, mientras esperabas al coche de producción que tenía que devolverte a casa, te abordé y te pasé mi teléfono escrito en un *posit*, sin que nadie lo notara.

Y, como por arte de ensalmo, se te alegró la cara que hasta ese momento parecía la de un enterrador. Y esbozaste la misma sonrisa irresistible con la que habías posado para los carteles publicitarios. Y, antes de meterte en el coche de producción, me susurraste: «Te llamaré, Soraya. Cuenta con ello».

Que no hubieses olvidado mi nombre, tras el mal trago del programa, me confirmó que tu curiosidad por mí había sido auténtica. Dejaste pasar unos cuantos días, para no parecer ansioso (o para ponerme ansiosa a mí); y cuando me llamaste ya no fue para tomar una copa, sino una casta merienda en Embassy. Por supuesto, acudí a la cita vestida del modo más recatado posible, para que no se pudiese malinterpretar mi actitud. Pero tú ya habías entendido que no iba a ser un polvo fácil y te portaste en todo momento como un caballero, cortejándome como se corteja a una señora, y no a una golfa cualquiera. Me preguntaste por mi familia, que es un asunto del que prefiero no hablar mucho; por mi trabajo en la televisión, que era lo más parecido a la esclavitud; y por mis amigas, que cada vez son menos, porque con los años se han ido emparejando con unos maromos de gimnasio que llevan escrito en la frente un letrero con luces de neón que dice: «Problemas». Te hizo reír esta broma del letrero en la frente. Y me preguntaste qué podía leerse en la tuya.

Me pensé mucho la respuesta, porque evidentemente me estabas poniendo a prueba. Podría haberte respondido con cualquier chorrada que halagase tu ego, del tipo «Macizo», o «Genio», o «Partidazo». Pero preferí picarte y dije: «No es oro todo lo que reluce».

Al principio te quedaste un poco desconcertado, como si no supieras cómo interpretar mi atrevimiento. Yo entonces me reí, para que no quedasen dudas de mi intención jocosa, y tú te reíste conmigo tímidamente. Luego tragaste saliva y me confesaste que, en efecto, cuando eres alguien famoso, la gente suele quedarse con la imagen deslumbrante que proyecta el personaje público, y se olvida de lo que hay detrás. Y, como si necesitaras el desahogo, me confesaste que llevabas una vida llena de compromisos absurdos que a duras penas podías atender, que ni siquiera sabías si querías atender. Una vida que se te había escapado de las manos, como quien dice, y te había obligado a convertirte en un personaje en el que cada vez te reconocías menos. También me confesaste entonces que tenías un carácter cambiante que no te hacía precisamente el hombre más llevadero del mundo. Pero yo di por descontado que era la consecuencia lógica del ritmo frenético de vida que llevabas, de las tensiones que soportabas, de las muchas responsabilidades que afrontabas, siempre de la ceca a la meca, siempre requerido por los poderosos. Me parecía un milagro que, en medio de tanto ajetreo, pudieras conservar un mínimo equilibrio. Y, además, yo había venido para darte el equilibrio que te faltaba; había venido para curar tus heridas. Aquello no te lo dije entonces, o al menos no te lo dije explícitamente. Pero procuré revelártelo con la mirada.

Y tú así debiste entenderlo, porque te lanzaste a hacerme confidencias que no creo que hayas contado por ahí a cualquier desconocida. Habías descubierto en mí algo especial, algo que me distinguía de las muchas mujeres que a buen seguro tratarían de asaltarte cada día, porque —aunque yo no hubiese querido halagarte— eras en efecto un macizo, un genio y un partidazo. Y, sin tener que tirarte de la lengua, de pronto estabas contándome el episodio de tu vida que sin duda te había dejado una huella más honda. Habías tenido una relación bastante destructiva, allá en la juventud, cuando trabajabas como profesor ayudante en una universidad privada de poca monta, con una mujer con problemas de adicción a las drogas que había sido tu alumna. La habías dejado embarazada de una niña, Lucía, tu única hija, a la que ninguno de los dos habíais sabido criar ni educar en condiciones. Aquella relación había acabado como el rosario de la aurora, después de muchas broncas. Y, desde entonces, tú habías logrado poco a poco recomponerte e iniciar tu ascenso hacia la cumbre. Pero la madre de tu hija nunca había logrado superar su adicción, había terminado esquizofrénica y finalmente se había suicidado, o muerto de sobredosis, cinco años atrás. Lucía, entretanto, se había convertido en una joven muy problemática («rarita», fue la palabra que empleaste), marcada por la experiencia de haber convivido con una madre drogadicta, que se había ido a vivir contigo y te estaba dando muchos quebraderos de cabeza. No quisiste entrar en más detalles; y yo no quise hurgar en la herida. Como suponía, tenías una trastienda que

mantenías apartada de los focos. Y, además, me sacabas casi veinte años. No eras el príncipe azul de los cuentos, desde luego. Pero ¿quién ha dicho que el amor sea una asignatura fácil?

Veinte años son muchos años, sobre todo porque significan muchas cicatrices en el alma. Pero yo prefería a un hombre con cicatrices como tú antes que a un maromo de gimnasio como los que gustaban a mis amigas. Que tuvieras una hija «rarita» fruto de un matrimonio anterior no era, desde luego, el mejor de los escenarios; pero supuse que, siendo mayor de edad, volaría pronto del nido (y, mientras no lo hiciese, estaba dispuesta a ser su amiga y a quererla como hija tuya que era). Tu carácter difícil y tu vida ajetreada no me asustaban ni lo más mínimo. Estaba harta de tíos sin complicación y sin ambiciones que no me llenaban en absoluto y hacían que me sintiese completamente despilfarrada. Cuando acabaste tus confianzas, me acerqué un poco más a ti y dejé que me apartaras la melena de la cara, antes de darme un beso, el primer beso, que duró sólo un instante, pero bastó para confirmarme que eras el hombre que buscaba. Me recliné sobre tu pecho y escuché el redoble de tu corazón, a punto de desbocarse como el mío. Y los dos latían al unísono.

Nos habíamos enamorado como pipiolos. Era una situación que me desbordaba por completo. Tú eras un hombre célebre y apuesto que se paseaba por platós y despachos ministeriales como Pedro por su casa, que sonreía desde las marquesinas con su sonrisa de hormigón armado, y yo sólo era una peluquera a la que explotaban en una televisión especializada en tertulias y en intoxicaciones al servicio del gobierno. Al principio pensé que querrías mantener nuestro desigual romance en la más absoluta clandestinidad; pero enseguida me dejaste claro que ibas en serio y que no teníamos por qué ocultarnos. Nuestro noviazgo fue un terremoto que a muchos desconcertó, irritó y escandalizó. Dejé de inmediato mi trabajo en la televisión, por petición tuya, y también para evitar las comidillas de mis compañeras, que por supuesto me consideraban una trepa y se encargaron de pregonarlo en las redes sociales. Pero a ti ninguna de estas marrullerías parecía inmutarte; y cuanto más revuelo se organizaba en torno a nuestra insólita relación, más te empeñabas en rebozarse por la cara a los murmuradores. Durante un tiempo, me llevabas siempre contigo allá donde te invitasen: recepciones en embajadas, conferencias, fiestas sociales, cenas de postín. Y en todos los sitios teníamos que soportar que cuchicheasen a nuestras espaldas.

No fue sencillo para mí convertirme en diana de todas las críticas. Tus amigos consideraban que yo era una buscona ansiosa de fama y de dinero; y se consolaban pensando que, cuando se te pasase el encoñamiento, me pegarías una patada en el culo y a otra cosa, mariposa. Pero ambos sabíamos que lo nuestro no era flor de un día, ambos sabíamos que nuestro amor era mucho más fuerte que la maldad de todos aquellos miserables y envidiosos. Y para que quedase bien claro, no escatimabas ningún gesto de cariño en público: siempre me tomabas de la mano, siempre me presentabas a tus amistades (de conveniencia), siempre te preocupabas de incluirme en las conversaciones, para que no quedase duda de tu devoción por mí. A Lucía, tu hija «rarita», no tardaste en presentármela, diciéndole sin anestesia que pensabas casarte conmigo. Y, para mi sorpresa, Lucía reaccionó bastante bien y se esforzó por resultar simpática. Pensé que podríamos llegar a ser grandes amigas; a fin de cuentas, apenas nos llevábamos media docena de años y compartíamos gustos y referentes que a ti te quedaban muy lejanos, por la distancia generacional. Pronto descubriría a qué te referías cuando la describiste como «rarita»; que no era precisamente porque no le gustase estudiar, o porque fuese tan aficionada a los *piercings* y a los tatuajes, o porque se tiñese el pelo de colores chillones. Siempre me he preciado de tener amigas lesbianas, dejándoles por supuesto muy clarito que a mí no me va su rollo. A Lucía ni siquiera tuve que dejárselo claro. Yo era la novia de su padre. De modo que no había peligro de ambigüedad en nuestra amistad.

Se me tendrían que haber encendido las alarmas cuando se negó a asistir a nuestra boda. Pero interpreté su ausencia como una muestra más de su rebeldía; o incluso como un mecanismo de defensa emocional. Además, tú habías querido que nos casásemos en la más estricta intimidad, para evitar que nuestra boda fuese pasto de comidillas y que nos la

amargasen los carroñeros. Y yo te lo agradecí enormemente, aunque tuviera que dar muchas (demasiadas) explicaciones entre familiares y amigos, que hubiesen querido tener mayor protagonismo en un momento tan especial. Pero algo empezó a cambiar después de nuestra boda. No fue tan sólo que decidieses aplazar nuestra luna de miel, para no tener que anular el montón de compromisos que te ataban a una existencia frenética (y como los compromisos nunca decayeron, la luna de miel pasó a mejor vida). Si hasta entonces habías puesto como condición, para asistir a fiestas y recepciones, que yo también fuese invitada, de repente dejaste de llevarme contigo, con la excusa de que eran reuniones demasiado aburridas; o, si finalmente accedías a llevarme, me pedías que permaneciese callada, que procurase no intervenir demasiado en las conversaciones, que me limitase a representar el papel de mujer florero. Dejaste también de pedirme que viajara contigo cada vez que tenías que dar alguna conferencia o participar en algún congreso. Y, en general, me fuiste apartando por completo de tu vida pública, supuestamente para evitarme molestias.

A mí nada de esto me importaba, pues yo no me había enamorado del hombre célebre y requerido, sino del que se escondía detrás, con su trastienda de heridas que me había propuesto (insensata de mí) curar. Pero tu repentino cambio de actitud me lastimaba muchísimo. Simplemente, no le encontraba una explicación racional. Podía entender que por puro cálculo «comercial», o por evitar berrinches y sofocos a tus estúpidos anfitriones, o simplemente porque mis modales no eran suficientemente refinados, hubieses decidido mantenerme al margen de tu trasiego social. Pero lo auténticamente desgarrador era comprobar, cuando volvías a casa, que no tenías el más mínimo interés hacia mí. Lograste que dejara de sentirme tu esposa; lograste incluso que dejara de sentirme persona. Lograste que me sintiera como un mueble más, un cachivache que no sabemos si esconder en el desván o arrojar a la basura. Lograste, incluso, que dejase de sentirme real, como si en cualquier momento pudiese desaparecer sin que tu vida se perturbara lo más mínimo.

Y entonces Lucía empezó a hacer de las suyas. Nunca me gustó demasiado que la dejaras entrar y salir de casa cuando le viniese en gana, a veces trayéndose amiguitas con las que se encerraba en su habitación y hacía de todo. Pero, desde que comprobó que me habías aparcado como si fuese un mueble, su comportamiento traspasó todos los límites. Se emborrachaba y drogaba con sus amiguitas, ponía la música tan alta que retumbaban las paredes de la casa, me martirizaba durante la noche con sus jadeos y gemidos de placer; y, si ella era escandalosa, sus amiguitas todavía lo eran más, y cuando les entraban ganas de vomitar o hacer sus necesidades ni siquiera utilizaban el baño, de lo colocadas que iban. Todo esto lo soportaba por amor a ti, y ni siquiera te lo comentaba, por ahorrarte penalidades (y porque me temo que, en el fondo, siempre he tenido vocación de sufridora). Pero Lucía, confundiendo tal vez mi condescendencia con debilidad, no se detuvo ahí. Y un día hizo aquella locura que, además, grabó en su móvil, según tú mismo pudiste comprobar. Aquello ya pasaba de castaño oscuro. Era la gota que colmaba el vaso. Y, sintiéndolo mucho, te lo conté. Tenía que contártelo.

Había sido un episodio tan desagradable que hasta tú mismo te horrorizaste. Se te cayó la venda de los ojos y comprendiste al fin que Lucía era algo mucho peor que una «rarita». Era una muchacha enferma, probablemente traumatizada por la convivencia con una madre drogadicta y posteriormente con un padre que nunca se había ocupado de ella. Cuando la echaste de casa, escupió todo el odio que llevaba dentro, un vómito de odio dirigido contra ti y contra mí, como si ambos fuésemos igualmente culpables de su desdicha. Y se largó de casa, dando un portazo. Todavía resuenan en mi memoria las brutalidades que Lucía soltó entonces. Y seguramente resuenan en la tuya, porque aquel día decidiste romper con ella para siempre y hacer como si nunca hubiese existido.

Pero yo había sido el detonante de aquella ruptura. Y, en el fondo de tu corazón torturado, no pudiste perdonármelo, aunque ninguna culpa tuviese en ello. Siempre acaban pagando justos por pecadores. De algún extraño modo, la amargura que dejó en ti aquel mal trago la desahogaste sobre mí. Si ya para entonces me habías hecho sentir como un mueble abandonado, a partir de ese momento decidiste hacer leña conmigo. Tus ausencias de casa

eran cada vez más frecuentes y prolongadas; y cuando volvías ni siquiera te dignabas dirigirme la palabra, o sólo lo hacías para mostrarme tu desprecio y burlarte de mí. A veces, muy raramente, me follabas de mala manera, con aspereza y salvajismo, como si yo fuese el cubo de la basura en el que arrojabas tus desperdicios. Tal vez mientras te corrías estuvieses pensando en tus putas exclusivas a las que pagabas con la tarjeta de Hispabank. Ahora lo pienso, mientras escribo estas líneas, y me invade un asco mezclado de horror que casi me deja sin aliento. Pero entonces, ilusa de mí, me consolaba creyendo que tu trastienda oscura se había adueñado de ti; que, si era paciente y me esforzaba en curar tus heridas, lograría convertirte en un hombre nuevo.

Pero, como te decía más arriba, todos nuestros actos tienen consecuencias. Hace un par de meses fui al ginecólogo, para hacerme una revisión rutinaria. Para mi estupor, me descubrió una pequeña verruga en el cuello del útero que le dio muy mala espina y me ordenó que me hiciese de inmediato unos análisis. Había sido contagiada por el virus del papiloma. Desde que iniciamos nuestro noviazgo, e incluso desde algún tiempo antes, no he mantenido relaciones con ningún otro hombre que no fueses tú; y de eso hace casi tres años. Así que ya puedes imaginar mi estupor y abatimiento. Pregunté al ginecólogo si existía algún otro modo de contraer el virus que no fuese el contacto sexual, por rocambolesco que fuese; y el ginecólogo, con un gesto pesaroso, me lo negó tajantemente. Creo que él estaba tan avergonzado como yo misma. Y es que la ingenuidad del cornudo (cornuda, en este caso) siempre nos incomoda. Piadosamente, trató de correr un tupido velo sobre las causas de mi contagio, asegurándome que mi papiloma se hallaba en un estadio temprano de su desarrollo; por lo que las posibilidades de que degenerase en cáncer de útero eran todavía escasas, si se procedía a extirparlo y me sometía a la medicación adecuada.

Te juro que en ese momento hubiese preferido que mi papiloma fuese mortal. Porque el dolor de saberme engañada por ti era mucho más intenso que el miedo a morir. De hecho, durante estos dos últimos meses han sido muchas las ocasiones en que he deseado morir. Y la tentación del suicidio no ha dejado de rondarme.

Y todo este dolor me lo he comido en soledad. Sola entré en el quirófano, sola estuve luchando con la enfermedad, abandonada como un perro, mordiéndome las lágrimas, mientras tú seguías desbordado por tus compromisos inaplazables, entre los que —ahora ya lo sé— se contaban tus citas con putas. Jamás te interesaste por la causa de mi aflicción; jamás reparaste siquiera en mi aflicción. No me he atrevido a lanzarte en todo este tiempo ni el más leve reproche. Hasta tal punto has logrado anular mi voluntad que llegué a convencerme de que la culpa de tu infidelidad era mía y nada más que mía. Por no haber estado a tu altura. Por no haber sabido complacerte. Por no haber conseguido retener tu amor. Por no ser digna de ti. Cada vez que volvías tarde a casa, cada vez que te ausentabas durante días sin darme explicaciones, cada vez que te llamaba y me topaba con tu móvil cerrado, cada vez que te dejaba recados de voz suplicantes, te imaginaba en brazos de una amante que te estaba dando lo que yo no había sabido o podido darte. Y, aunque sufría desgarradoramente, terminaba aceptando con resignación mi cruel destino. Llegué incluso a alegrarme por ti, suponiendo que habías encontrado una mujer que colmaba mejor que yo tus aspiraciones. Sólo lamentaba que esa misteriosa mujer tal vez te compaginase con algún otro hombre o hubiese sido promiscua en el pasado. En mi delirio de mujer abandonada seguía queriendo lo mejor para ti. ¿Se puede ser más patética?

Ahora descubro que no había tal amante, sino algo mucho más sórdido y deleznable. Nunca pude imaginar que fueses un vulgar putero. Nunca pude concebir que el hombre admirado al que entregué mi vida, cuyas heridas me propuse absurdamente curar, pudiese caer tan bajo. Y que, encima, pagase sus vicios con una tarjeta *black*. Para hacer algo así hay que ser muy cutre. Pero hace falta también creerse un diosillo y estar por encima del bien y del mal. Hacen falta una prepotencia y una desfachatez que asustan. Cuando se vive en las alturas, como tú has vivido durante tanto tiempo, se acaba por pensar que la justicia sólo rige para los mindundis y que los elegidos pueden vivir alegremente en la impunidad. Sospecho que ha llegado el momento de la caída; y cuando se vive en las alturas, la caída suele ser

muy aparatosa. Si me restase un poco de dignidad, debería marcharme en este mismo instante de casa, para que no me encontrases aquí a tu regreso de Londres. Pero algo me dice por dentro que seré incapaz de abandonarte. Algo me dice que ni siquiera tendré valor para entregarte esta carta que probablemente termine haciendo pedazos, como tantos desahogos que antes he puesto por escrito. Pienso en la soledad y en el descrédito que te aguardan, pienso en los carroñeros que en estos momentos estarán relamiéndose de gusto anticipando tu ruina, pienso en los cuchillos que se estarán afilando contra ti, en los odios larvados que ahora estallarán, en los apoyos que te faltarán. Pienso en la tragedia que se avecina y considero que mi obligación es hacer de tripas corazón y permanecer a tu lado.

Puede parecer una decisión insensata y ridícula. Pero es lo que juré ante el altar el día de nuestra boda: «En la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida». ¿Lo recuerdas, Emilio?

Soraya

1

Emilio Santillán encendió su teléfono móvil mientras salía del avión. Cada vez que viajaba fuera de España solía mantenerlo apagado, para evitar a los pelmazos que lo requerían con mil y una pejugueras. Así, al menos, podía disfrutar por unas horas, a veces por unos pocos días, de un espejismo de inaccesibilidad, en medio de las turbulencias de la vida cotidiana. Aquel viaje a Londres había sido, además, especialmente intenso y no le había dejado ni un instante de reposo en el hotel. Sus anfitriones, después de la charla, habían organizado una cena en su honor que se había alargado más de la cuenta, pensando que así halagaban a su invitado, al que imaginaban —como exige el tópico sobre los españoles— jaranero y trasnochador. Y tras la agotadora cena en la que había tenido que mostrarse expansivo y ocurrente en inglés (una lengua que creía dominar a la perfección hasta que le tocaba agudizar el ingenio), todavía sus anfitriones se empeñaron en llevarlo a un antro de moda que le pareció un burdel encubierto para pijos estresados. Aunque había rechazado las aproximaciones insistentes de media docena de señoritas que finalmente se habían repartido sus anfitriones, Emilio había terminado bebiendo más de la cuenta. Y había regresado muy tarde al hotel, donde apenas había descabezado un sueñecito de un par de horas, antes de tomar un taxi para el aeropuerto.

Al poco de introducir la clave de acceso, su móvil empezó a zumbar frenéticamente, como si le hubiese entrado un ataque epiléptico. Emilio comprobó con perplejidad que tenía más de setenta llamadas perdidas, muchas de ellas de teléfonos que ni siquiera conocía. Algunas le habían dejado recado en el buzón de voz. Le bastó escuchar el primero para entender la razón de tanto trajín telefónico. Y, aunque llevaba meses preparándose mentalmente para el momento en que estallase el escándalo, su corazón se saltó un latido. Fue la misma sensación que se tiene cuando, en medio de un vuelo, el piloto del avión desciende bruscamente, rectificando la ruta. Entre el

tumulto de números desconocidos, descubrió un par de llamadas del programa *Siempre juntos*, en el que llevaba colaborando más de cinco años. Aunque sabía que no podría hablar directamente con su presentadora, Ana Salazar (pues el programa ya habría empezado su emisión), supuso que algún subalterno suyo lo atendería. Emilio, por supuesto, no se sabía los nombres de los subalternos de la Salazar, que siempre le habían parecido una tropa de mastuerzos.

—¡Emilio, qué estupendo que llames! —lo saludó uno de aquellos mastuerzos, cuya voz le sonaba remotamente—. Ayer estuvimos como locos tratando de localizarte hasta bien tarde...

—Estaba en Londres, dando una conferencia, y había cerrado el teléfono —se excusó—. Pero, como ya os podéis imaginar, no tengo nada que ocultar.

El mastuerzo se puso zalamero. Aunque tal vez asomase un retintín irónico en sus palabras:

—Eso por descontado, Emilio. A nadie en este programa se le ocurriría dudar de tu integridad. Y mucho menos a Ana... Precisamente ahora mismo empieza la tertulia, que hoy dedicamos íntegramente al asunto de las tarjetas. ¿Por qué no te pillas un taxi y entras en directo? Así podrás dar tu versión, para que nuestro público no se haga ideas falsas.

No se le escapaba que al mastuerzo sólo lo movía (como a su jefa) el instinto carroñero. Pero tampoco se le escapaba que era una oportunidad única de rebatir las calumnias que seguramente ya se habrían lanzado contra él desde otras tribunas, aprovechando su ausencia. La Salazar, además, siempre le había mostrado una especial predilección y, aunque le sacaba más de quince años y otros tantos tuneos de quirófano, no se recataba de tirarle los tejos, cuando tenía la mañana animadilla.

—Pues voy para allá de inmediato —dijo Emilio, sin pensárselo dos veces—. Lo que tarde un taxi en llevarme desde el aeropuerto.

El traje no se le había arrugado demasiado durante el viaje, aunque no le hubiese venido mal un planchón. Pero mucha peor impresión causaría su rostro, en el que se notaban los estragos de la noche en vela y un cierto aire resacoso que los cañones de la barba agravaban (no había tenido tiempo para afeitarse en el hotel). Pensó, sin embargo, que una espesa capa de maquillaje podría taparle la sombra de la barba, como también las ojeras. Emilio conocía a la perfección los automatismos gregarios del público televisivo, al que llevaba muchos años adulando (casi tantos como despreciando); y había comprobado que, una vez que los espectadores se han identificado contigo, importan mucho más la indumentaria y la retórica gestual que las palabras,

que nadie escucha ni entiende. A él mismo le había ocurrido decir una cosa y la contraria en un programa, a veces con un intervalo de apenas media hora, y cosechar exactamente los mismos aplausos entre la audiencia. Además, tenía preparados desde hacía meses los argumentos que debería esgrimir cuando finalmente se destapasen las podredumbres de Hispabank. En cuanto se acomodó en el taxi, llamó a Soraya, pero se tropezó con su móvil cerrado. Y el teléfono de casa comunicaba una y otra vez, como si estuviese descolgado. Por un instante, lo asaltó una sombra de inquietud; pero concluyó que Soraya se estaría protegiendo del acoso mediático, o tal vez todavía durmiese.

Emilio cerró los ojos y se recostó levemente en el asiento del taxi, tratando de relajarse. Cuando los abrió, comprobó a través del espejo retrovisor que el taxista lo miraba con una fijeza llena de encono, tal vez de odio, con siglos de resentimiento en la sangre. Fue entonces cuando pensó, por vez primera, que tal vez las podredumbres de Hispabank hubiesen desatado las iras del populacho.

—¡Qué bueno que viniste, Emilio! —exclamó el mastuerzo con el que había hablado por teléfono apenas media hora antes, cuando el taxi llegó a los estudios—. Deja, deja, que yo pago. Corre a la puerta, que tienes una azafata esperándote para llevarte directo al plató.

—Pero antes tendré que pasar por maquillaje...

—No, no, déjate de pasar por ningún sitio —lo urgió el mastuerzo—. Te maquillan en plató, una vez que te hayan microfonado.

Emilio corrió hacia la azafata. En otra ocasión menos comprometedora hubiese dedicado una mirada apreciativa a su culo, muy coquetamente empaquetado en una minifalda, pero el mastuerzo había logrado contagiarle su premura. Ni siquiera esperaron a una pausa publicitaria para hacerlo entrar en el plató; y le instalaron el micrófono portátil (lo microfonaron, como había dicho el mastuerzo) en la solapa de la chaqueta, mientras lo empujaban hacia la mesa que presidía la Salazar. Aquella mañana parecía congestionada de bótox o de encono; un encono, por supuesto, impostado, pero Emilio se percató enseguida de que trataba de imitar el encono que había sorprendido en la mirada del taxista. La Salazar era una maestra consumada en técnicas de empatía fingida, una populista de tomo y lomo. El regidor del programa no lo condujo hasta la silla que se hallaba a la derecha de la presentadora (como era habitual cuando Emilio participaba como tertuliano, en un signo de predilección), sino hasta otra silla más incómoda que habían dispuesto enfrente de la mesa. Una silla que le recordó a la del reo ante el tribunal.

—Y esta mañana contamos en primicia absoluta con la presencia de Emilio Santillán Infante, uno de los implicados en este sucio escándalo de las tarjetas *black* de Hispabank —anunció la Salazar en un tono áspero, sin dignarse mirarlo siquiera—. Buenos días, señor Santillán. Si es que se pueden llamar buenos a los días en que ha quedado usted retratado ante la opinión pública.

Por un instante, Emilio pensó que tal vez todo se tratase de una broma, una de esas inocentadas con cámara oculta que los programas de humor organizan, utilizando como víctimas a celebridades. La Salazar siempre lo tuteaba y se dirigía a él por su nombre de pila (cuando hablaban sin testigos lo llamaba, incluso, Milito, con ridículo diminutivo, y le ponía una mano trepadora en el muslo); y los otros tertulianos, aunque lo envidiaban en secreto, jamás se hubiesen atrevido a mirarlo ceñudos y despectivos, como si todos ellos estuvieran esperando el pistoletazo de salida para lanzarse a su yugular.

—Buenos días, Ana. Es siempre un placer enorme venir a tu pro...

—Ahórrese los cumplidos, señor Santillán —lo cortó la Salazar sin contemplaciones—. Le recuerdo que hoy no está entre nosotros en calidad de colaborador, sino en calidad de implicado, de presunto implicado, en el escándalo de las tarjetas *black* de Hispabank.

Descartada la posibilidad de que se tratase de una broma, Emilio decidió emplearse concienzudamente en su defensa, ignorando la acritud de la Salazar y las miradas hostiles de los contertulios.

—Ante todo, debo aclarar que en mi caso concreto yo no disponía de una tarjeta *black* o centurión, sino de una simple tarjeta *bussiness* plata...

La Salazar lo volvió a interrumpir. Esta vez sustituyó el encono por el hostigamiento:

—¿Trata de burlarse de mí, señor Santillán? Cuando hablamos de tarjetas *black* no nos referimos a una clasificación de las tarjetas por colorines. Quiero decir que eran tarjetas opacas, de las que los consejeros de Hispabank disponían a su antojo, sin justificar los gastos, que corrían a cargo de una cuenta que no tributaba. —La Salazar hizo una pausa y miró a cámara, con gesto martirial—. ¡Una cuenta que se abasteció con el dinero de muchos miles de pequeños ahorradores!

El público del plató, una manada de cenutrios que a cambio de un bocadillo de mortadela respondían como autómatas a las indicaciones del regidor, dejó escapar un murmullo desaprobatorio. Emilio se preguntó si ese

murmullo sería el hervor del resentimiento, bullendo en la sangre del populacho.

—A mí, desde luego, cuando me entregaron la tarjeta me aseguraron que los gastos quedaban contabilizados como incentivos —alegó Emilio, tratando de mantener la calma—. Me aseguraron que eran tarjetas completamente auditadas por los órganos reguladores. Yo podía disponer de ellas para mis gastos personales...

—Caramba, y tan personales... —volvió a interrumpirlo la Salazar.

Esta vez el público reaccionó con una risita malévola cuyo sentido último se le escapaba. Pero Emilio intuyó que se movía en terreno resbaladizo. Tal vez no sólo se hubiesen hecho públicas las cifras de los gastos realizados con aquellas malditas tarjetas; tal vez también se hubiesen especificado los gastos. Que, sin duda, a lo largo de tres años habrían sido muchos y muy variados. Trató de desviar el interrogatorio (porque de un interrogatorio de tercer grado se trataba, no de una entrevista) hacia regiones menos expuestas:

—La única remuneración que obteníamos los consejeros de Hispabank eran las dietas de asistencia a las reuniones y los... incentivos —dijo. Había notado que la voz le brotaba temblorosa—. Y esa tarjeta era nuestro único incentivo. Nos dijeron que podíamos disponer libremente de ella, con un tope mensual que yo nunca excedí. Jamás me señalaron desde Hispabank que estuviese actuando de manera incorrecta. Jamás se me insinuó que mis gastos no fuesen perfectamente posibles...

Uno de los tertulianos no se resistió a intervenir con un comentario jocoso:

—¡Qué bárbaro! ¡Esas tarjetas deberían patentarlas en la mansión Playboy!

La carcajada del público fue estrepitosa y siniestra. Emilio se miró en uno de los monitores que había desperdigados por el plató. El temblor de su voz se había extendido para entonces a sus mejillas, que le parecieron flácidas y oscurecidas por una barba que le daba aspecto de facineroso. No había caído en la cuenta hasta entonces, ofuscado por la adrenalina del directo, de que finalmente no lo habían maquillado.

—Yo siempre... —balbució— estuve... convencido de que ese... incentivo era legal. Me entero ahora de que no se declaraba a Hacienda.

Apenas podía hacerse escuchar entre el griterío del público, que había empezado a abuchearlo, jaleado por la actitud de la Salazar, que miraba de frente a la cámara, fingiendo consternación.

—Esas tarjetas habían sido aprobadas por el consejo de administración de Hispabank —insistió Emilio a la desesperada, cada vez menos persuasivo—. Jamás consideré que estuviese haciendo algo... reprobable desde el punto de vista fiscal. Entendí que Hispabank declaraba mis gastos y los retenía en la liquidación que cada año me hacía. Y esa liquidación yo siempre la trasladaba a la Agencia Tributaria...

El tumulto del público se acalló a una señal imperiosa de la Salazar, que achinó los ojos todavía más de lo que se los achinaban los estiramientos faciales:

—¿Nos está tomando por tontos, señor Santillán?

—En absoluto —balbuceó Emilio, mientras volvía a mirar nervioso hacia el monitor—. Según... según el Tribunal Supremo, el pagador es el responsable de la retención...

—¿Está usted seguro? —insistió la Salazar.

Quería obligarlo a repetir su célebre frase («Más seguro que el hormigón armado») en aquella circunstancia adversa, para ridiculizarlo. Las cámaras lo enfocaban en primerísimo plano, para que se captase más nítidamente la barba mal rasurada, las ojeras violáceas, las mejillas flácidas, la mirada errática. Era un hombre acorralado.

—Yo... yo no he hecho nada malo —murmuró, como en un delirio—. Yo... La tarjeta era un incentivo.

Su indefensión azuzó a la Salazar, que se acodó sobre la mesa, dispuesta a aplastarlo como si fuese una cucaracha:

—¿Y qué me dice de esos gastos en lencería que figuran en su tarjeta?

—¿Lencería? —preguntó Emilio, completamente aturdido—. No recuerdo haber... Tal vez comprase algún pijama para mí hace tiempo. Pero no puedo determinar cuándo.

Mientras la Salazar clavaba en él una mirada acusadora, tomó la palabra un tertuliano hociqueante que siempre había tenido tirria a Emilio, porque durante años le había robado protagonismo en la televisión y predicamento en los despachos ministeriales. Escupía perdigonadas de saliva al hablar:

—Déjese de estupideces, Santillán. En Victoria's Secret sólo se venden prendas femeninas.

—Entonces... entonces sería un camisón para mi mujer —dijo Emilio, improvisando sobre la marcha.

Sabía que podía estar columpiándose, pues no recordaba haber comprado ningún camisón ni prenda alguna de lencería a Soraya, pero ya sólo se

preocupaba de mantener el tipo ante la cámara. Se pasó la mano por la frente, para limpiarse el sudor.

—Pues debió de ser el camisón más caro del mundo —dijo el tertuliano hociqueante—. Y lo pagó en ocho plazos. Porque fueron ocho los pagos que hizo en Victoria's Secret. Por no hablar del que hizo en un local de alterne de El Viso...

El jolgorio entre el público era creciente y trufado de carcajadas y comentarios injuriosos, pero Emilio ya no podía oír nada. Le había dado algo parecido a una lipotimia y todas sus percepciones se habían fundido en una bruma de confusión. Ni siquiera podía hilvanar un discurso inteligible. Y había empezado a sudar copiosamente, mientras su cuerpo se quedaba frío como el de un cadáver.

—Esto... esto es un atropello —murmuró—. Yo no voy a locales de alterne. Bueno, miento...

Las carcajadas del público se hicieron estruendosas. Y la Salazar y su séquito de tertulianos o hienas se incorporaron gustosos al aquelarre.

—... En alguna rara ocasión fui, al terminar algún programa nocturno, en compañía de otros tertulianos, a tomar una copa, porque los bares ya estaban cerrados —continuó Emilio, con voz desentonada y robótica. Ya ni siquiera podía verse en el monitor, ya ni siquiera podía oírse—. Pero... todo esto puede ser... una intromisión gravísima en mi vida privada. Estáis... destruyendo mi prestigio.

Sentía como si, al hablar, la boca se le llenase de arena, como si hablase desde el fondo de un sueño. La Salazar vaciló, pensando que tal vez ya lo había humillado suficientemente. Pero el tertuliano hociqueante, viendo que se le presentaba la ocasión de ocupar el trono del depuesto ídolo, se erigió sin remilgos en acusador:

—¿Tu prestigio, dices? ¿Nos quieres tomar el pelo? Tú eras consejero de un banco que ha tenido que ser intervenido por el Estado y que nos ha costado a los españoles muchos miles de millones de euros. Y, mientras tanto, estabas saqueando a los ahorradores para pagarte... los camiones más caros del mundo y las copas servidas por las camareras más... serviciales del planeta. ¿Y nos hablas de tu prestigio? —Se rió sarcástico—. Mira, Santillán: mientras tú te estabas gastando el dinero en locales de alterne, en Hispabank estaban estafando a los ancianos españoles con las preferentes, estaban desahuciando a muchas familias desesperadas. Me parece increíble que no estés de rodillas ahora mismo, pidiendo perdón a los españoles. ¡Pide perdón, coño! ¡Tienes la oportunidad de pedir perdón ante toda España!

La soflama demagógica del tertuliano fue respondida con un aplauso atronador por el público del plató; y Emilio imaginó que igualmente habría ocurrido en cada hogar donde se estuviese viendo el programa. Supo entonces que cualquier intento de rehabilitarse ante las cámaras resultaría estéril. Además, si el tertuliano hociqueante, siempre solícito en propagar intoxicaciones gubernativas, había lanzado aquella filípica era porque así se lo habían indicado desde Moncloa. Su exterminio había sido decretado. Procuró recobrar la entereza:

—Yo pido perdón a quien haya podido sentirse ofendido... Pero insisto en que no he hecho nada de lo que deba arrepentirme. Y lo demostraré ante los tribunales.

La Salazar puso fin al hostigamiento, más displicente que compasiva, y dio paso a la publicidad. Emilio se levantó torpemente y se apartó de un manotazo el micrófono, para salir trastabillando del plató, ante las muestras desaprobatorias de los tertulianos y la rechifla del público. Ninguna azafata se acercó a él para conducirlo hasta la salida; y mientras recorría los pasillos por los que mil veces lo había acompañado un séquito de aduladores (incluido el presidente de la cadena), todos los empleados con los que se cruzaba bajaban la vista al suelo y se apartaban de él, como si fuese un apestado. Tampoco en la salida lo aguardaba un coche de producción para llevarlo a casa. Tuvo que llamar a un taxi, que pagó de su propio bolsillo.

Mientras esperaba a que viniese a recogerlo, el frescor de la mañana le devolvió la lucidez. Y se horrorizó de lo que había hecho.

2

Volvió a llamar a Soraya desde el taxi, camino de casa, pues necesitaba compartir con ella el mal trago, y también saber hasta qué punto las revelaciones sobre las tarjetas *black* la habían afectado. Afortunadamente, había abierto al fin el móvil, esperando tal vez su llamada. Su voz sonaba reducida a escombros, como si hubiese llorado sin tregua durante las últimas horas:

—Te he estado viendo en la tele con esa bruja...

—¿Y cómo crees que he estado? —preguntó Emilio con ansia.

Sabía que había estado penoso. Había sido una ingenuidad acudir precipitadamente al programa de la Salazar, pensando que iban a darle coba, o siquiera a permitir que se explicase. Pero le habría consolado que Soraya le mintiera. No lo hizo. Prefirió soslayar la respuesta:

—No entiendo cómo has accedido a esa entrevista. Todos los demás consejeros se han negado a hacer declaraciones. Y alguno hasta ha emitido un comunicado, asegurando que todas las informaciones aparecidas son falsas, y que él no ha hecho los gastos que se le atribuyen. Que en todo caso le habrán clonado la tarjeta. —Suspiró, como si se mordiese un reproche—. Tal vez es lo que tú tendrías que haber dicho.

—He ido al matadero sin saber lo que me iba a encontrar —reconoció—. Pero no me parece disparatada la hipótesis de que nos hayan clonado las tarjetas, para destruirnos ante la opinión pública. —Hizo una pausa un poco teatral—: Porque imagino que no crearás que he utilizado la tarjeta para pagar...

Le pareció que Soraya contenía un sollozo.

—Lo único que sé, Emilio, es que a mí desde luego no me has regalado ningún camisón de Victoria's Secret. Y también sé que hubo días que volvías muy tarde a casa... o que ni siquiera volvías. Tú sabrás dónde y con quién estabas.

Las afueras de Madrid discurrían al otro lado de la ventanilla, irreconocibles y espectrales. Emilio tuvo la impresión de estar encerrado en una pesadilla.

—Te daré todas las explicaciones que necesites, Soraya. Sólo te ruego que no me falles ahora...

—Me pides una prueba de amor que no mereces... —dijo ella, incapaz ya de reprimir el llanto por más tiempo.

—Sé que no me he portado bien —reconoció Emilio en voz baja, temeroso de proporcionar carnaza al taxista—. Pero las cosas no son como parecen. Y tal vez este disgusto nos sirva para empezar de nuevo.

Nadie conocía mejor que Soraya las dotes charlatanescas de su marido. Abrevió la conversación del modo más expeditivo:

—Hay un montón de periodistas a la puerta de casa. Te ruego que no les hagas declaraciones. No eches más leña al fuego, por Dios te lo pido. Hazme caso por una vez en tu vida.

Y colgó sin despedirse. También la urbanización de Las Rozas donde se hallaba su casa se le antojó una geografía soñada, un escenario suburbial de teleserie americana donde conviven rubias de tetas recauchutadas que cocinan tartas de arándanos y psicópatas golosos que terminan haciendo picadillo a las rubias, después de zamparse sus tartas. Pensó que Soraya habría exagerado y apenas tendría que enfrentarse a media docena de periodistas, pero la realidad era que la calle estaba invadida por unidades móviles y reporteros acampados ante su jardín que extendían los trípodes de las cámaras y filmaban su casa como si fuese el motel de Norman Bates. Emilio pagó al taxista, respiró hondo y salió bruscamente del coche. De inmediato, se abalanzaron sobre él veinte o treinta reporteros enarbolando sus micrófonos y grabadoras, como pajarracos hambrientos que picotean la carroña.

—¿Piensa devolver el dinero que ha gastado con su tarjeta *black*?

—¿Qué opina su esposa del destino de sus gastos?

—¿Es verdad que planean divorciarse?

Emilio consiguió llegar hasta los escalones del porche, abriéndose paso a codazos. Soraya entreabrió entonces la puerta y Emilio se escurrió por el hueco, un segundo antes de que Soraya volviera a cerrar con llave. Sin cruzar palabra con ella, Emilio corrió a bajar las persianas del salón, pues los reporteros habían empezado ya a disparar sus cámaras hacia el interior de la casa. Cuando terminó de bajarlas, los ruidos de la calle se extinguieron como por arte de ensalmo. Emilio abrazó entonces a Soraya, llorando contra su

pecho en actitud suplicante. Ella permaneció hierática e impasible; pero decidió aparcar de momento sus quejas.

—Amor mío —dijo él, con voz implorante—, ¡cuánto te necesito!

—Pues cualquiera lo diría...

—He estado ciego, cariño. Completamente ciego. Sé que he cometido muchos errores, desde dedicarme en exceso al trabajo y descuidarte hasta caer en la trampa que me acaba de tender la bruja de la Salazar. Pero déjame demostrarte que puedo volver a ser el de antes.

Soraya reparó en su aspecto fatigado y resacoso. Pensó que tal vez esa misma noche hubiese estado revolcándose con alguna puta londinense y necesitó apartarse al menos medio metro de él, como si hubiese recibido una descarga eléctrica.

—Tal vez ambos debamos volver a ser los que éramos antes de casarnos, Emilio —dijo, con una infinita calma—. Tal vez lo mejor que podamos hacer es acabar con esta farsa.

Emilio cayó de rodillas a sus pies y se abrazó agónicamente a sus rodillas, que cubrió de besos.

—De lo único que estoy seguro es de lo mucho que te amo, Soraya. Puede que el resto de mi vida sea una farsa. Pero no mi amor por ti.

—De momento, voy a seguir a tu lado —dijo Soraya a regañadientes—. No voy a abandonarte mientras te están echando a los perros. Nos esperan días muy difíciles y pienso pasarlos contigo. Después, ya veremos.

Emilio se alzó, agradecido e inundado de ternura. Quiso besarla en los labios, pero ella volvió el rostro, como si deseara evitar un contagio.

—No me rechaces, te lo suplico. No te dejes envenenar por las calumnias que están propagando sobre mí. No soy ese monstruo que tratan de pintar.

—Nada me apetece menos que dejarme envenenar, Emilio —se resistió Soraya, que volvió a retroceder ante su proximidad—. Pero los extractos de una tarjeta no mienten. Si en ellos figura que has gastado en una tienda de Victoria's Secret o en un local de alterne es porque lo has hecho. No hay más cera que la que arde.

—O puede que alguien me haya birlado la tarjeta sin que yo lo advirtiera, para hundirme en el fango —dijo Emilio, recuperando su capacidad persuasiva—. Y para conseguir que hasta mi mujer dude de mí.

—¿Pretendes insinuar que una mano negra busca tu perdición? —se burló Soraya—. ¿Un espía del CNI, por ejemplo?

—No necesariamente un espía. Pero te recuerdo que formo parte de varios consejos de compañías importantes, donde hay muchas tensiones y luchas de

poder, donde hay bandos que se disputan la hegemonía y personas independientes como yo que pueden resultar molestas...

—Nunca dejas pasar la oportunidad de echarte una flor... —lo zahirió Soraya—. Pero me parece todo demasiado rocambolésco. Te ruego que te pienses mucho lo que dices. No pienso perdonarte más mentiras...

Soraya se dirigió hacia el interior de la casa, en busca de paz y soledad. Emilio todavía insistió:

—O podría haber sido Lucía, por despecho.

Soraya se volvió, un tanto exasperada:

—Tu hija es algo más que una chica «rarita», desde luego. Yo más bien diría que es un mal bicho en toda regla. Pero, sinceramente, no creo que Victoria's Secret tenga una línea de lencería de su gusto. ¡Si todavía tuviesen bragas claveteadas, o de camuflaje militar! —Chasqueó la lengua, harta de los subterfugios de Emilio—. Y lo de imaginarla en un local de alterne me parece ya de traca.

—No he dicho que...

—Basta, Emilio —lo cortó, tajante—. Preocúpate ahora de organizar tu defensa. Porque me temo que lo peor está por llegar. De lo nuestro ya hablaremos.

Y se llevó la mano al vientre, como si quisiera evitar que alguna cicatriz todavía tierna se le desgarrase, mientras ascendía las escaleras que conducían a su habitación. En los días sucesivos, el enjambre de periodistas apostado ante el jardín de la casa perseveró en su asedio, complicándoles las salidas, que sólo podían hacer a horas intempestivas, cuando ya la noche había disuelto a los sitiadores, o bien muy temprano, cuando aún no habían regresado. Aunque procuraban no estar obsesivamente pendientes de las noticias, supieron que un juez de la Audiencia Nacional se iba a encargar de la instrucción del caso. Su primera medida había consistido en imponer al expresidente de Hispabank una fianza de dos millones de euros. Y se rumoreaba que iba a imputar a todos los miembros del consejo por delito continuado de apropiación indebida y administración desleal. Coincidiendo con estas revelaciones, Emilio recibió la carta del presidente de una compañía eléctrica para la que había desempeñado labores de asesoría durante los últimos años: en ella se le invitaba a dimitir de su cargo, para no tener que destituirlo. Emilio respondió a vuelta de correo con una carta que pretendía ser al mismo tiempo cortés y displicente, en la que renunciaba a su puesto, no porque reconociese las acusaciones calumniosas que contra él se habían lanzado, sino para evitar cualquier perjuicio a la compañía, y con la esperanza

de que pronto quedase demostrada su inocencia (y la falta de gallardía de quienes ahora le retiraban su apoyo).

Aquella carta le serviría de plantilla en reiteradas ocasiones durante las siguientes semanas. Porque, tras la petición de la compañía eléctrica, se sucederían muchas otras de las fundaciones donde figuraba como patrono, del colegio de economistas donde era vocal, de los órganos administrativos donde desempeñaba algún cargo de designación política. De los programas de radio y televisión en los que colaboraba asiduamente no recibió, en cambio, carta alguna; pero todos dejaron al unísono de llamarlo, dando por concluida su colaboración. Cierta día, cuando ya la afluencia de periodistas había empezado a disminuir, se acercaron hasta el jardín de la casa (que para entonces estaba por completo descuidado, pues habían decidido prescindir de los servicios del jardinero, por ahorrar gastos) unas decenas de ahorradores defraudados por Hispabank. Instalaron tiendas de campaña en derredor de su propiedad, que pronto convirtieron en vertedero de los más variopintos desperdicios, y desplegaron pancartas chillonas llenas de vituperios y faltas de ortografía. Su protesta congregó de nuevo a unidades móviles y reporteros televisivos; y el circo completó su colorido con los lemas coreados por los manifestantes:

- ¡Santillán! ¡Perillán! Nuestros ahorros, ¿dónde están?
- ¡De hormigón armado es tu jeta, desalmado!
- ¡Santillán, putero, devuelve ya el dinero!

Era una cantinela infernal que no hizo sino repetirse día y noche, a las horas más intempestivas, a veces aderezada de obscenidades que hurgaban en la vida íntima de Emilio, y hasta en la de Soraya, de quien siempre ponderaban la cornamenta, digna por lo menos de un alce. Al barullo se sumó, además, un colombiano demente o alcoholizado (o ambas cosas a la vez), barbudo y zarrapastroso que, fundándose en un remoto parecido físico con Emilio y disfrazado con un traje mugriento, imitaba sus poses televisivas y sus muletillas más frecuentes, para terminar afirmando burlonamente que se trataba de su hermano. El numerito del mendigo colombiano, muy aplaudido por los manifestantes, acabó también concitando la atención de los programas televisivos de tono satírico, que enviaban a sus reporteros más friquis para que lo entrevistaran. Para entonces, el escándalo de las tarjetas *black* ya no ocupaba las portadas de los periódicos, ni los titulares principales de los telediarios; pero la prensa había decidido seguir martirizando a Emilio, tal vez porque entre todos los consejeros de Hispabank era el más popular a los ojos del vulgo, y también el que ofrecía más flancos risibles, por la naturaleza de

sus gastos. Había empezado a ser imitado por los humoristas; y por internet circulaban mil parodias en las que, con imágenes tomadas de sus participaciones en distintas tertulias televisivas, se le doblaba poniendo en su boca las más estafalarias y degradantes afirmaciones.

Aunque no había día que no recibiese algún golpe o traición, Emilio se esforzaba por mantener la entereza, en la que poco a poco empezaban a abrirse grietas. Cuando por fin retiraron su campamento los manifestantes, decidió hacer con Soraya una escapada hasta un restaurante próximo, para que se les viese juntos en público y las revistas y programas de cotilleo no pudiesen seguir especulando con su inminente divorcio. Pero nada más bajar del coche, antes de entrar al restaurante, insultaron a Emilio un par de transeúntes, a la vez que unos pandilleros empezaron a hacer gestos obscenos a Soraya. Y, una vez en el restaurante (donde ocuparon la mesa más discreta y apartada), fueron abordados por una señora que, según explicó a gritos para que se enterasen todos los comensales, había perdido los ahorros de toda una vida por haberlos invertido en participaciones preferentes de Hispabank. Tras lanzar algunos improperios, la señora escupió sobre el rostro de Emilio.

—Vámonos ahora mismo de este antro —dijo Soraya, limpiándole con su servilleta los restos del escupitajo.

Y le tomó la mano a la vista de todos los comensales, para que no quedasen dudas de que seguía al lado de su marido. Todavía le resultaba muy difícil tocarlo, pero día tras día se convencía de que era su obligación mostrarle apoyo, aunque tuviese que hacer de tripas corazón.

—Estoy de acuerdo, Soraya —dijo él, apretando con devoción la mano de su esposa—. No pintamos nada aquí. No sabes cuánto me duele que tengas que pasar por estas situaciones por mi culpa.

—Cuantas más situaciones como ésta me hagan pasar, más convencida estaré de que he tomado la decisión correcta.

Y aquella noche, por primera vez en varias semanas, volvieron a dormir juntos en la cama de matrimonio que no habían deshecho desde que estallase el escándalo. Aunque Soraya no permitió que Emilio la rozase siquiera (y Emilio tampoco lo intentó, para no violentarla), estuvieron hablando en la oscuridad hasta bien entrada la madrugada. Ya sólo quedaba en el jardín de la casa el absurdo mendigo colombiano, que de vez en cuando los sobresaltaba con sus gañidos y lloriqueos de borracho.

—¿Por qué no llamas a la policía y pides que se lo lleven de aquí de una maldita vez? —preguntó Soraya.

—Ya los llamé el otro día y me dijeron que tendría que hacer una denuncia formal. Como te puedes imaginar, no pienso ir a la comisaría, para convertirme en el hazmerreír y en la comidilla de todos los agentes.

Soraya se acercó a la ventana, subió un poco la persiana y siguió la silueta bamboleante del borracho, recortado como un garabato sobre la luz de una farola. Estaba meando contra el tronco de un árbol con una meada copiosa que golpeaba la madera como un taladro; y, cuando remitió el chorro, se derrumbó como un saco sobre la hierba rociada de orín, incapaz de mantener el equilibrio.

—Es repugnante, el maldito loco —dijo Soraya, que necesitaba descargar sobre alguien las muchas injurias dirigidas contra Emilio y contra ella misma—. Tiene que ser fácil mandarlo de vuelta a su puto país. Seguro que está indocumentado.

—Qué va, no te creas —la desengañó Emilio—. En una entrevista que le hicieron en televisión enseñó a la cámara su pasaporte.

—Entonces espero que se canse pronto de nosotros. Porque menuda murga nos ha caído encima.

—Bueno, ojalá fuese ese mendigo el mal mayor. Aunque dé mucho la murga, es por completo inofensivo —dijo Emilio, procurando no mirar la silueta de Soraya, que volvía a encontrar deseable—. Ahora lo más preocupante es la Fiscalía Anticorrupción. Dicen que tiene muchas ganas de hacer un escarmiento público con todos nosotros.

—Pues tendrás que empezar a preparar tu defensa.

—Así es. Ayer me llamó Fernando, el expresidente de Hispabank. Propone que todos los consejeros diseñemos una estrategia conjunta.

El mendigo colombiano había vuelto a soltar otro gañido, mientras se rebozaba en sus orines. Soraya bajó la persiana con sigilo y volvió a tumbarse en la cama.

—Me parece muy inteligente. Aunque deberías tener cuidado, porque a ese Fernando le va a caer un buen puro y puede que quiera daros el abrazo del oso.

A veces Emilio se sorprendía de que Soraya, bajo su apariencia de mujer un poco pasiva o conformista, escondiese una inteligencia tan suspicaz.

—Tienes toda la razón —afirmó—. Habrá que andarse con ojo. Nos ha invitado a su casa de campo, en un pueblo de la provincia de Toledo, Burujón creo que se llama. Quiere que a la primera reunión asistan también las esposas, que para eso habéis sido las principales sufridoras.

Un instante después, ya se arrepentía de haber utilizado este epíteto, que referido a Soraya podía interpretarse sarcásticamente y reavivar su humillación.

—Qué disparate. Como si hubiese algo que celebrar. Esa gente ha perdido el sentido de la realidad —dijo Soraya, sin darse por aludida—. ¿Es que no se han enterado de que ya se acabó el tiempo de las fiestas?

—Tocaron el cielo con las yemas de los dedos y ahora nadie quiere saber nada de ellos —trató de justificarlos Emilio—. Necesitan crear un simulacro de vida social que los ayude a mantenerse vivos.

Soraya respiraba aparatosamente en la oscuridad, como si aquella expectativa de mezclarse con gente que siempre había repudiado la asfixiase. Al tomar aire, sus senos se alzaban orgullosos, contenidos por el sujetador que no se había quitado. Emilio reparó en ellos y se sintió anegado por el deseo y la ternura, en una mezcla que sólo provoca la mujer amada.

—Yo no tengo nada que ver con esa gentuza —dijo Soraya, cuando logró serenar la respiración—. Te ruego que vayas tú solo.

—Eso es dar oídos a sordos, Soraya. Entiendo que no te apetezca nada mezclarte con ellos. Entiendo también que no te apetezca salir conmigo. Pero tenemos...

—Que hacer el paripé —completó ella—. Ya es lo único que sostiene nuestro matrimonio. El paripé.

Y resopló hastiada. Finalmente Soraya terminaría accediendo, para no dar oídos a sordos. La reunión resultó, en efecto, lastimosa, tal como había imaginado; y no hizo sino agigantar su impresión de aislamiento y soledad. El anfitrión se encerró con los invitados en la bodega de la casa, donde se pusieron ciegos de *brandy* de solera y habanos priápicos (seguramente comprados a cargo de las tarjetas *black*), mientras se lamían las llagas. De vez en cuando prorrumpían en exabruptos broncos contra los ministros y magnates que los habían abandonado a su suerte, después de haberles permitido robar a manos llenas. Y con una voz cada vez más beoda y valentona proferían blasfemias y juraban que, cuando cambiasen las tornas, se vengarían. Tales alardes de testosterona llegaban a retazos hasta el salón donde se habían reunido las esposas de los juramentados, que se sobresaltaban compungidas por un instante, antes de seguir cotorreando. Eran todas mujeres cuarentonas o cincuentonas, de culo aligerado por las liposucciones y tobillo gordo, morritos de colágeno y cabellos quemados por el tinte. Despotricaban de las fiestas y galas a las que habían dejado de invitarlas y despellejaban a sus anfitrionas, que antaño habían sido sus amigas

del alma y ya ni siquiera les cogían el teléfono. Aunque procuraban mostrarse maliciosas y frívolas, de vez en cuando alguna se derrumbaba y empezaba a llorar compulsivamente, nostálgica de las recepciones en el Palacio Real y de las cenas íntimas con presidentes de compañías eléctricas y promotores inmobiliarios. Y entonces todas las demás, en un acto de solidaridad o incapaces de mantener el fingimiento, rompían también a llorar, como un coro de plañideras. Acababa consolándolas a todas la invitada más longeva de la reunión, una anciana con aspecto de jilguero, apergaminada y vivaracha, la única entre todas las asistentes que no estaba casada ni amancebada con ninguno de los implicados en el escándalo de Hispabank. Al parecer, era una vieja amiga de los anfitriones, remotamente emparentada con la familia real por vía colateral y residente en Biarritz. Acababa de quedarse viuda (para su descanso y reverdecimiento) y respondía al nombre de doña Soledad, aunque se refiriesen a ella por la espalda con el mote de la Borbona. Paradójicamente, el rasgo de carácter más distintivo de la Borbona era la tirria a sus parientes lejanos, de los que contaba anécdotas tremebundas; y a quienes consideraba causa de todas las calamidades que padecía España. También, por supuesto, de la caída en desgracia de sus anfitriones y, en general, de todos los consejeros de Hispabank.

—Ya veréis cómo los perroflautas los largan de España no tardando mucho, como hicieron con su abuelo, o bisabuelo, que ya ni me sé la genealogía. Se lo tienen bien merecido.

Las mujeres de los consejeros depuestos asentían con fruición, deseosas de ver rodar cuanto antes las testas coronadas.

—Podemos esperar sentadas hasta que eso ocurra... —dijo Soraya, un poco insidiosa—. Claro que, entretanto, doña Soledad, podría usted interceder por nosotros y pedirles que nos echen una mano, que para eso son sus parientes...

—¿Interceder yo? ¡Pobrecita de mí! —se alborotó la Borbona—. Me tienen una manía que no pueden ni verme. Con deciros que he tenido que fijar mi residencia en Biarritz, para que no se me echen encima los perros del fisco... Y todavía estoy temblando, no sea que me saquen a la luz las cuentas que dejó mi difunto marido en las islas Caimán. Como lo hagan, me hundan.

Habló entonces la mujer del anfitrión, que se había repuesto de su acceso de llanto. Pero las lágrimas le habían descompuesto el rímel y dejado sobre las mejillas unos regueros negros como zarpazos de sombra. Hablaba con conocimiento de causa:

—Pues no sé yo qué será peor. Porque tener el dinero inmovilizado en una cuenta a la que no podemos hincarle el diente... ¿Para qué lo queremos, si luego no podemos disponer de él sin que Hacienda se nos eche encima? ¿O es que tendremos que irnos a vivir a las islas Caimán?

—¡Siempre hay maneras de disponer del dinero, mujer! —exclamó la Borbona—. Siempre hay un político corrupto que ha cobrado una millonada en billetes y necesita hacer exactamente lo contrario que tú. O sea, sacar ese dinero del país cuanto antes y ponerlo a buen recaudo en algún paraíso fiscal, hasta que haya dejado la política y ya nadie se fije en él. Pero meter dinero en efectivo en un paraíso fiscal no es nada sencillo, porque pasar billetes por los aeropuertos se ha vuelto imposible. Y los intermediarios habituales cobran una comisión muy alta, o incluso pueden quedarse con el botín. Así que... ¿qué recurso le queda a nuestro político corrupto?

Soraya escuchaba con atención la maliciosa maquinación de la anciana. Las demás petardas, en cambio, no se enteraban de nada y parpadeaban perplejas (hasta donde el bótox las dejaba parpadear).

—Usted nos dirá, doña Soledad. Estamos deseosas de que nos instruya —la incitó.

—Pues es bien sencillo —explicó la Borbona—. El político corrupto no tiene más que acudir a alguien como yo, que tengo el dinero inmovilizado al otro extremo del mundo y puedo necesitar liquidez en un preciso momento. Siempre hay un roto para un descosido. Al político corrupto se le abre una cuenta en el mismo banco del paraíso fiscal donde tenemos la nuestra y él nos entrega su maletín con dinero contante y sonante. Nosotros entonces le hacemos una transferencia equivalente desde nuestra cuenta a la suya. El dinero ni sale ni entra en ningún paraíso fiscal. Tan sólo cambia de manos y de cuentas. Como si fuera un truco de magia. ¿Lo entendéis ahora?

Las petardas abrieron los morritos protuberantes al unísono, estupefactas ante el birlibirloque genial y sencillísimo que acababa de describirles la Borbona. Y, asimilada la sorpresa, se pusieron todas a celebrar la astucia de la anciana con risitas nerviosas, como si les estuviesen haciendo cosquillas. Soraya sintió una repugnancia casi física, una suerte de náusea que le trepó hasta la garganta, trayéndole el sabor agrio del vómito. Le asqueaba tener que reír las gracias de aquellas tiparracas. Y se lo confesó luego a Emilio, de vuelta a casa, mientras avanzaban por un camino que discurría serpenteante, bordeando las Barrancas de Burujón, como un Cañón del Colorado en miniatura. La luna alumbraba con una luz casi fosforescente las escarpadas cárcavas de piedra arcillosa.

—No aguanto más a esas cotorras —dijo Soraya, sin disimular su disgusto.

Abandonaron al fin el peligroso camino de las Barrancas y se internaron en una carretera sin arcones, con el asfalto salpicado de grietas y socavones. Emilio había bebido más de la cuenta, para sumarse con mayor convicción a los exabruptos y juramentos que habían estado profiriendo durante toda la velada sus compañeros de infortunio. Lo había hecho a sabiendas de que, si luego lo detenía la Guardia Civil, se quedaría sin carné de conducir. Pero, comparada con el escándalo de las tarjetas *black*, una pérdida del carné era una nadería. O tal vez en aquella carretera comarcal nunca se apostase la Guardia Civil.

—¿Qué es lo que ha pasado, Soraya? —se alarmó.

Y pegó un volantazo que volvía a probar su falta de reflejos. Soraya bajó las ventanillas, para que el frío de la noche lo despejara.

—Simplemente me dan asco. Son una panda de pijas insoportables a las que no interesa más que el dinero y la posición social.

—Pues... —empezó Emilio, esforzándose por controlar su lengua estoposa— la posición social ya la tienen perdida. Y el dinero... Algunas tal vez tengan mucho, pero en cuanto nos metamos en pleitos les volará por la vía rápida... como nos ha volado a nosotros.

Soraya dejó que el aire frío y húmedo de la noche se enredara en su cabello. Necesitaba estar lúcida para que sus palabras fuesen certeras y no se pudiesen malinterpretar.

—No aguanto más esta situación, Emilio —dijo con acritud—. Lo siento de veras. Creí que tendría fuerzas para ayudarte, pero me he dado cuenta de que no puedo. Sólo soy una chica de barrio sin complicaciones.

—Sé que te he hecho mucho daño, Soraya. Y estoy muy arrepentido. Espero poder demostrártelo mientras viva.

Había puesto tal énfasis en sus palabras que Soraya estuvo a punto de llorar. El ruido monocorde del motor se tragó su incipiente sollozo.

—Habría preferido que hubieses empezado a demostrármelo antes —dijo—. Mi abuela siempre me decía: «Sólo nos acordamos de Santa Bárbara cuando truena».

—Soraya, perdóname. Yo...

Su tono lloroso, mezclado con la borrachera, resultaba más bien patético. Soraya lo atajó:

—Ambos tenemos que perdonarnos muchas cosas. Demasiadas, tal vez.

Y hundió las manos entre sus muslos, como si quisiera proteger su secreto, su más íntima herida.

—Si vuelven a invitarnos, diré que tú no vienes. Entiendo que esas brujas te saquen de quicio.

—No son sólo esas brujas. No son sólo los maridos de esas brujas. ¡Es obvio que no pertenezco a tu mundo! Me esforcé al máximo por adaptarme a él; y cuando te apeteció, me expulsaste, o me dejaste al margen. —Emilio trató de rebatirla, pero Soraya no lo dejó—: Ahora, como las tornas han cambiado, pretendes que vuelva a integrarme en él. Y tú, entretanto, ¿qué has hecho por adaptarte a mi mundo? Ni siquiera te molestaste en conocer a mis amigos. Que al final los he perdido, pues se cansaron de mis desprecios de nueva rica. No, Emilio, no son sólo esas brujas. Somos tú y yo.

Las acusaciones de Soraya habían disipado la borrachera de Emilio. O al menos lo bastante para conducir sin hacer eses ni pegar volantazos, sorteando los socavones con suavidad.

—¿Quieres decir que vas a dejarme?

—Por favor, Emilio, todo lo miras a través de una lente reductora. Las cosas no son tan simples. ¡Y tampoco yo soy tan simple como piensas! —se enfadó—. Aunque creas que puedes engañarme impunemente y tratarme como si fuera un mueble, me doy cuenta de lo que ocurre. De lo que ha ocurrido en estos últimos años.

Se hizo un silencio difícil, aguzado de reproches. La noche estaba tensa y clara, con estrellas como tachones dorados y un frío premonitorio de la nieve.

—Creo que es mejor que hablemos de estas cosas mañana —se escaqueó Emilio, cobardón—. A la luz del día todo parece distinto. Ya te he dicho que reconozco mis faltas y te pido perdón. Haré... haré todo lo que me pidas para resarcirte y probarte mi amor. Pero... por favor, no me dejes.

Su tono suplicante incomodó a Soraya:

—¿Ves como el simple eres tú? No he dicho en ningún momento que vaya a dejarte. Cuando nos casamos, juré permanecer contigo en las duras y en las maduras. Yo sólo digo que esta vida que llevamos, perseguidos por la prensa, insultados por todo quisque, teniendo que salir de casa de noche como si fuésemos ladrones, es insoportable. Lo que tenemos que hacer es iniciar una nueva vida, lejos de aquí. Démonos la oportunidad de empezar de nuevo.

Sintió un raro alivio, después de soltar lo que llevaba mucho tiempo rumiando. Emilio permaneció un rato en silencio, con la mirada fija en la franja de carretera iluminada por los faros.

—¿Una nueva vida? —habló al fin—. ¿Me dices eso justamente ahora? Me enfrento a una acusación que puede llevarme a la cárcel. ¿Y sabes qué? Desde que saltó el escándalo no he vuelto a ingresar un céntimo. Y los gastos se han multiplicado. Los abogados me van a costar una millonada. ¡Ya me están costando una millonada! ¡Como para iniciar una nueva vida! Estamos en la puñetera ruina.

El enfado de Emilio hizo bullir dentro de ella palabras furiosas que, si hubiera liberado, habrían desencadenado un conflicto sin marcha atrás. Prefirió ser comedida:

—No creo que para iniciar una nueva vida haga falta mucho dinero. En muchos países de Hispanoamérica, por ejemplo, con mil euros al mes vives medio bien. Y algo de dinero todavía tendrás, digo yo.

Emilio denegó con la cabeza obstinadamente y lanzó un bufido:

—Te enseñe los saldos de mis cuentas cuando quieras, para que te convenzas. Nunca fui ahorrador, siempre viví al día. Y ahora estoy tiritando. Pronto tendremos que dejar de pagar la hipoteca de la casa.

Soraya se encogió en el asiento. Musitó, pesarosa:

—Así que estamos en la calle, como quien dice...

—Bueno, tengo el seguro de vida, que curiosamente los de Provita no han intentado cancelar todavía. Prefieren estarse calladitos, para que nadie los vincule conmigo —dijo Emilio, con lengua cada vez más fluida—. Pero, en fin, para cobrar ese seguro... tendría antes que morirme.

En alguna ocasión Emilio le había hablado de aquel seguro estratosférico, una especie de pago en especie con el que Provita lo había remunerado por aquella campaña publicitaria que multiplicó su sonrisa de hormigón armado por las marquesinas y los andenes de las estaciones. Emilio había suscrito entonces una póliza que se había publicitado como la más ventajosa de cuantas existían en el mercado asegurador español. Pero Soraya evitó seguir hablando de aquel asunto tan macabro:

—Bueno, prefiero que traten de cancelártelo con tal de que no te mueras. —Y añadió, disgustada—: Además, ¿no era tu hija la beneficiaria?

Emilio volvió a guardar silencio largo rato, un silencio que esta vez resultó opresivo y preñado de augurios.

—Te puse a ti de beneficiaria —masculló al fin—. Cuando pasó lo que pasó, cambié los términos de la póliza y te puse a ti de beneficiaria.

Soraya abrió la boca estupefacta, en un gesto muy similar al que un rato antes había visto en las mujeres de los consejeros de Hispabank.

—Nunca me habías dicho nada —dijo, halagada y a la vez confusa—. Te lo agradezco de corazón. Pero estamos hablando de tonterías. Espero morir antes que tú.

Habían tomado una salida que los conducía hasta Las Rozas. Emilio se había tornado extrañamente meditabundo, como si de repente el anhelo de una nueva vida se hubiese contagiado también a él. Había espantado por completo la borrachera y empuñaba el volante con firmeza. Soraya casi podía oír el curso de sus pensamientos, como un río que arrastrase cadenas. Junto al portón del garaje de su casa, hecho un gurrúño en el suelo, estaba el mendigo colombiano que había alcanzado una efímera celebridad, proclamándose hermano de Emilio. Habían pasado unas pocas semanas y ya nadie se acordaba de él.

—Mira a ese pobre hombre —dijo Soraya, tratando de consolar a su marido y de consolarse también a sí misma—. Él está mucho peor que nosotros. No tiene casa. No tiene seguro. No tiene donde caerse muerto. No tiene nada que perder.

Emilio tuvo que detener el coche, para no atropellarlo. Tocó el claxon; pero el mendigo dormía como un tronco, envuelto en los vapores del vino. Para no molestar más a los vecinos, descendió del coche con mucho disgusto. Al inclinarse para tratar de despertar al mendigo, lo golpeó una vaharada de orines rancios y vino regurgitado que le revolvió las tripas. Estaba tan profundamente anestesiado por el alcohol que Emilio no pudo hacer otra cosa sino arrastrarlo contra la pared, para que el coche pudiera entrar en el garaje. Pesaba como un muerto y se dejaba hacer sin protestar. Cuando al fin logró recostarlo contra la pared, Emilio lo escrutó detenidamente, como si tratara de encontrar su reflejo en aquel rostro emboscado por la barba y por la roña. Luego, para sorpresa de Soraya (que contemplaba la escena desde el interior del coche), empezó a palparle el bolsillo interior del abrigo zarrapastroso, hasta dar con unos documentos entre los que se incluía su pasaporte. Los extrajo y, a la luz de los faros del coche, los leyó vorazmente y devolvió al bolsillo, salvo el pasaporte, que se guardó con un gesto brusco de carterista, después de comprobar que estaba en regla, con todos los sellos y datos preceptivos. Un escalofrío estremeció a Soraya, que no salía de su perplejidad. Emilio volvió al coche, pulsó el mando a distancia que franqueaba el portón del garaje y soltó el freno de mano.

—¿Se puede saber qué has hecho? —preguntó Soraya, horrorizada.

—Coger su pasaporte —respondió Emilio con una tranquilidad que le heló la sangre en las venas—. Ahora ya sí que no tiene donde caerse muerto.

Ahora ya sí que no tiene nada que perder.

El coche se deslizó plácidamente por la rampa que lo conducía hasta el garaje. Era como descender hacia un abismo.

3

A Lucía nunca la abandonaba la sensación de estar tomando constantemente trenes equivocados. Se esforzaba al máximo por evitarlo, pero acababa siempre equivocando la ruta, equivocando el destino, equivocando el andén. Estaba segura de que, si algún día lograba tomar el tren correcto, se montaría en un vagón que hubiese sido previamente desenganchado. Y vería cómo su tren se alejaba, mientras ella se quedaba varada en la vía.

A veces esta conciencia de fatalidad era tan aplastante que se creía gafada. Y este pensamiento la manchaba de amargura, inspirándole sentimientos aciagos que no podía controlar. Mil veces se había propuesto, por ejemplo, perdonar a su padre y a Soraya; mil veces se había propuesto olvidar el daño que ambos le habían hecho. Pero siempre volvía a aflorar el recuerdo de las ofensas y los agravios. Nada la humillaba más que esta persistencia del rencor, nada le producía más asco y desprecio hacia sí misma.

Después de que su padre la echara de casa, Lucía había estado dando tumbos por Madrid durante unos cuantos meses, viviendo a salto de mata en casas de amigas o novias ocasionales con las que no tardaba en salir tarifando. Finalmente había decidido, para poner distancia, venirse a Malta, con la excusa de mejorar su inglés, también con la secreta esperanza de conocer a alguien que recompusiera sus añicos. Pero Malta, con su turismo sórdido de borrachería y putiferio —al estilo de una Ibiza todavía más pasada de rosca—, había acabado por decepcionarla. Harta de meterse en la cama con chicas empastilladas que no la recordaban a la mañana siguiente (pero tal vez Lucía tampoco las recordase a ellas), había encontrado al fin trabajo como camarera en un hotel horrendo, con capacidad para casi mil huéspedes, en el que le tocaba trabajar a destajo, sin tiempo para devaneos o promiscuidades.

Se había esmerado en atender lo mejor que sabía a las hordas de turistas que abarrotaban el hotel y bajaban al bufé en manada, dispuestas a zampar cuanto encontraban a su paso. Pero en unas pocas semanas el gerente ya había

recibido varias quejas que denunciaban su actitud demasiado arisca y su escaso «compromiso emocional». Lucía no entendió en qué podía consistir tal compromiso, sobre todo porque los huéspedes del hotel eran una patulea de tragaldabas que sólo exigía de las camareras que les quitasen pronto los platos con las sobras de la mesa, para poder embaular nuevas viandas. Acabó comprendiendo que lo que verdaderamente fastidiaba a aquellos zampones no era su falta de «compromiso emocional» ni parecidas zarandajas, sino su delgadez anoréxica, su pelo cortado a cepillo y teñido de rojo, sus *piercings* en cejas y orejas y sus tatuajes muy historiados y coloristas. Cuando ya creía que la iban a despedir, el gerente del hotel le había ofrecido un empleo como limpiadora; y Lucía había aceptado de mil amores. Sólo buscaba mantenerse ocupada; y cuanto más monótono y extenuante fuese su trabajo, cuanto más alejase de ella los pensamientos que la manchaban de amargura y resentimiento, mejor. A fin de cuentas, había venido a Malta huyendo de sus fantasmas, tal vez de sí misma. Y, además, el trabajo de limpiadora no le exigía hacerse la simpática con los clientes (que, por lo general, habían abandonado la habitación cuando ella entraba a limpiarla), ni preocuparse demasiado por mejorar u ocultar su aspecto.

La limpieza de las habitaciones de un hotel enseña mucho sobre la naturaleza humana. Lucía había descubierto que son el refugio donde los turistas se consideraban, al fin, liberados de todas las servidumbres de la vida social; un refugio donde se permitían ser impunemente caóticos, destrozones, cleptómanos, cerdos redomados, bestias babeantes de flujos; un refugio, en fin, donde podían remontarse a un estadio previo a la civilización. Era un suplicio tener que ir apagando luces, cerrando grifos, recogiendo bragas y calzoncillos, limpiando zurrapas en los váteres, recolectando tampones dejados sobre las mesillas y condones con regalito puestos a secar usando como tendedero la pantalla de las lámparas; y todo ello envuelto en una atmósfera de muladar, como si quienes allí dormían se estuviesen pudriendo por dentro, o al respirar expulsasen gas metano, en lugar de dióxido de carbono. Por supuesto, raro era el huésped que al abandonar la habitación no dejaba el televisor encendido, procurando además que el volumen atronase.

En aquella ocasión, el televisor estaba sintonizado en un canal informativo. Y, entre el enjambre de noticias internacionales, el locutor se refería a algún escándalo ocurrido en España. Por lo general, Lucía ni se preocupaba de saber lo que ocurría en su país; y así se ayudaba a poner tierra de por medio con su desconsuelo. Pero aquella noticia captó al instante su atención. O más bien la captaron las imágenes que la ilustraban.

Se trataba de un escándalo financiero que involucraba a los consejeros de Hispabank, un banco que había sido recientemente intervenido por el Estado y salvado de la quiebra mediante una inyección de dinero público. Al parecer, se había descubierto que, mientras Hispabank se hundía, sus consejeros habían estado utilizando unas tarjetas de crédito opacas que les proporcionaba el propio banco para pagarse sus caprichos, todos ellos bastante caros y en algunos casos indecentes. Una historia de truhanes que no habría sorprendido a Lucía si no hubiese visto aparecer en la pantalla a su padre, que se contaba entre los involucrados.

Primero lo mostraron abriéndose paso a codazos entre una nube de periodistas que le estorbaban el acceso a casa. Después pontificando en una de esas tertulias asquerositas en las que soltaba las consignas que le habían dictado desde Moncloa, envueltas en el perifollo de la charlatanería. Por último lo mostraron participando en otro programa más reciente de aspecto nauseabundo, presentado por una bruja inflada de bótox, pero esta vez no actuaba como tertuliano, sino más bien como interrogado; y su aspecto era muy distinto al que habitualmente exhibía: la barba crecida, las ojeras violáceas, el cabello alborotado y lacio. Y una palidez extrema, como si se hubiesen olvidado de maquillarlo (o tal vez no lo hubiesen maquillado adrede, para que tuviese mayor aspecto de facineroso). Lanzaba miradas nerviosas a la cámara, como si no se explicase qué hacía allí, mientras le llovían tortas por doquier. Más que el atildado figurín que había logrado camelar a media España parecía un pobre diablo condenado al patíbulo. Tras el estupor inicial, Lucía exclamó:

—¡Jódete, cabrón!

Enseguida se avergonzó de aquella expresión desmesurada de júbilo, que no hacía sino envilecerla. Después de haber tomado tantos trenes equivocados, Lucía tenía con frecuencia la triste impresión de que el odio era ya su único equipaje. Tal vez porque el odio es el sentimiento más fácil y espontáneo; tal vez porque no exige la paciencia y el sacrificio del amor. Y porque, a la postre, era el único poso que le había dejado la relación siempre conflictiva con su padre.

Ya en sus primeros recuerdos infantiles Emilio Santillán aparecía como una figura escurridiza y brumosa, con frecuencia ausente, incapaz de afrontar la deplorable situación creada por la adicción de su madre. Luego, cuando le surgió la oportunidad de medrar profesionalmente, se distanció de la novia drogadicta, por considerarla un lastre. Así, la madre de Lucía se había ido hundiendo poco a poco en una sima sin fondo. Y su padre, que tras conseguir

empleo como profesor en una universidad privada había logrado estrechar relaciones con políticos y empresarios, no tardó en abandonarla. Hasta logró que un juez lo exonerase de la custodia de Lucía, que de este modo quedó al cuidado de una mujer que no estaba en condiciones de cuidar ni siquiera de sí misma.

Aquellos años habían sido un infierno. Su madre estaba cada vez más deteriorada física y mentalmente, reducida a pellejo y esqueleto, con los nervios arruinados por el acecho de extrañas alucinaciones y desvaríos. Muchas veces había tenido Lucía que acompañarla al hospital, para que le suministraran una dosis de metadona. Muchas veces había tenido que atarla, en pleno mono, para impedir que se suicidase, o para que no la agrediese con un cuchillo. Muchas veces la había salvado *in extremis*, mientras se ahogaba en sus propios vómitos. Y como su estado ruinoso la impedía trabajar, Lucía había tenido que buscar sustento para ambas. Primero había recurrido a su padre dimisionario, que solía escaquearse, aunque para entonces ya viviese muy holgadamente; después había tratado de sablear a parientes y conocidos, que cada vez eran menos y más remolones; también había recurrido a los servicios sociales, que a regañadientes las socorrían con alguna limosna; y había terminado aceptando los trabajos más indignos para pagar tratamientos de desintoxicación que a la postre se habían revelado inútiles. A veces, en su intento de evadirse de una realidad asfixiante, Lucía había acabado drogándose ella misma. Cuando recordaba aquella adolescencia traumática, el sentimiento de culpa caía sobre ella como una lluvia sucia que calaba su piel y penetraba hasta la médula de sus huesos, pudriendo su esperanza como el agua de una filtración pudre los cimientos de una casa.

De aquella época le habían quedado heridas muy hondas, seguramente irrestañables. Pero cuando el dolor de esas viejas heridas emergía, Lucía sabía cómo aplacarlo con un pequeño impuesto de sangre, sabía dónde cortarse con una cuchilla o un cúter, sabía los rincones de su cuerpo que podía torturar sin que nadie lo advirtiese, porque los cubría la ropa o los disimulaba un tatuaje. Y mientras se hacía estos cortes, sentía una rara emoción, como si su cuerpo volviese a ser suyo y sólo suyo, limpio de recuerdos traumáticos y aniquiladores. Procuraba que los cortes no fuesen muy hondos, para que la hemorragia no durase demasiado; pero como se los infligía siempre en los mismos lugares, a veces tardaban mucho en cicatrizar, porque la piel estaba ya muy castigada. Y la invadía entonces un estremecimiento de emoción y pesar a un tiempo, porque sentía que podía destruir su cuerpo si quería, o

cubrirlo de marcas indelebles, o dejar que se ajara como una flor que arrancamos por capricho y después arrojamos al fango.

Cuando su madre murió, víctima de una sobredosis (pero la desnutrición que padecía convertía cualquier dosis en excesiva), a su padre no le había quedado otro remedio que acogerla, aunque Lucía habría preferido que le hubiese pasado una modesta asignación y se hubiese desentendido de ella, como había hecho hasta entonces. Pero Emilio Santillán empezaba ya a disfrutar de un falso prestigio que le convenía proteger. Pensó que teniendo a su hija en casa se evitaría líos que, de lo contrario, podrían terminar salpicándolo. Y, durante algún tiempo, Lucía llegó a sentirse medianamente a gusto viviendo en casa de su padre. No porque hubiesen llegado a encajar, mucho menos a reconciliarse. Pero al menos podía vivir a su aire, pues Santillán, ebrio de fama y de éxito, no hacía otra cosa sino pavonearse en los saraos y en los platós televisivos. Y entre tantos compromisos no encontraba ni un solo minuto para dedicarlo a su hija.

Y, repentinamente, apareció Soraya. Todavía hoy, cada vez que se acordaba de ella, Lucía tenía que reprimir un extraño calambre de deseo; y cuando no era capaz de reprimirlo, se sentía la persona más desdichada del mundo. Soraya apenas le sacaba cinco o seis años; y era el tipo de mujer que siempre la había subyugado, a veces desenvuelta, a veces cohibida, con una vida interior en penumbra que la atrajo como las lámparas atraen a las polillas. No pudo resistirse a la atracción enfermiza que sentía por ella, aunque sabía que sólo le iba a granjear sinsabores y pesadumbres. Pero Lucía era demasiado impulsiva, tal vez porque la vida de abandono y orfandad la había incapacitado para el dominio de las pasiones, sobre todo de las pasiones más torpes.

Y aquella pasión por Soraya la hizo sentir más culpable y sucia que nunca, más débil y manipulable que nunca. Que a alguien le guste su madre tal vez admita una complicada explicación freudiana; que le guste su madrastra sólo admite una expeditiva explicación psiquiátrica. Pronto Soraya se dio cuenta de las alteraciones que producía en su hijastra; y en lugar de disuadirla o levantar barreras que las enfriasen, se había dedicado a azuzarlas. O así, al menos, lo había interpretado Lucía, que sin embargo muchas veces pensaba que sus impresiones eran paranoicas y desquiciadas. Pero el caso es que, cuando su padre no estaba en casa, Soraya se paseaba desnuda sin rebozo ante ella, y se sentaba de esta guisa a ver la televisión en el salón, invitando a Lucía a sentarse a su lado, para susurrarle al oído alguna insinuación ambigua, tan ambigua que Lucía no lograba descubrir si su intención era

lasciva o disuasoria. Y, mientras elaboraba esta sofisticada estrategia de seducción, Soraya iba envenenando a su padre contra ella y urdiendo la trampa que finalmente la había convertido en reina única de la casa.

Pero tal vez Lucía se hubiese dejado arrastrar por las torpes pasiones que desde algún tiempo atrás la rondaban, como un enjambre funesto. Nunca había sido capaz de aceptar que tal vez Soraya y su padre estuviesen hechos el uno para el otro, que tal vez aspirasen a seguir juntos para siempre. Y que no les iba a temblar el pulso cuando tuvieran que desprenderse de ella.

Lucía los odiaba a ambos. Con un odio turbulento que la pudría por dentro.

El locutor televisivo, antes de pasar a otra noticia, afirmó que los involucrados en el caso de las tarjetas de Hispabank estaban siendo investigados por la Audiencia Nacional. Y que se esperaba una sentencia ejemplar que sirviese de escarmiento y aviso para caminantes en un país tan azotado por la corrupción.

Lucía apagó el televisor. No había vuelto a tener noticias de su padre ni de Soraya desde que la echasen de casa. Nunca más se habían preocupado por ella, nunca se habían molestado en indagar su paradero, o en hacerle llegar alguna propina que la ayudase a sobrevivir. Mientras pasaba la aspiradora por la habitación, imaginó con regocijo a su padre y a Soraya sufriendo como marranos, hostigados por la prensa, abandonados de sus falsos amigos, señalados e insultados en la calle. La asaltó una risa floja que, antes de extinguirse del todo, degeneró en un llanto incontenible. Lucía lloró por su padre, al que —en contra de su propia voluntad— seguía sin embargo añorando. Lloró también por Soraya, a la que de forma retorcida y vergonzante seguía queriendo. Lloró, sobre todo, por sí misma, porque odiaba lo que era, lo que había acabado siendo, después de tomar tantos trenes equivocados.

El agua de la culpa la pudría por dentro. Y, al mirarse en el espejo del lavabo, pensó que un pequeño impuesto de sangre aliviaría su dolor.

Aquella impresión de descenso al abismo que había sacudido a Soraya, cuando Emilio robó al mendigo colombiano su pasaporte, no hizo sino agigantarse durante las siguientes semanas. Muchas veces le preguntó por qué había hecho algo tan desconcertante; pero Emilio se había encerrado en un mutismo cada vez más receloso, como si hubiese empezado a enloquecer. Habían vuelto a dormir juntos, aunque Emilio no osase siquiera tocarla, encogido cada uno a un extremo de la cama. Soraya escuchaba la respiración insomne de su marido, mientras probaba sin éxito todas las posturas sobre el colchón, y le parecía escuchar también el rumor fabril de sus pensamientos. De vez en cuando, rompía aquella tensa espera un grito o gañido del mendigo colombiano, que volvía de sus expediciones por los contenedores de basura de la urbanización, en busca de sobras.

—Se llama Efraín. Efraín Vargas Cepeda —dijo Emilio, silabeando casi el nombre, como si deseara habituarse a él—. Natural de Medellín. Tiene tan sólo seis meses menos que yo.

—Qué alivio —bromeó Soraya—. Al menos ya no podrá decir que sois hermanos por parte de madre. Algo es algo. ¿Y cuándo piensas devolverle el pasaporte?

Emilio hizo caso omiso de su pregunta:

—El destino lo ha puesto en nuestras vidas por alguna razón, ¿no te parece?

—No dices más que chorradas —se enfadó Soraya, sin querer entender lo que sugería—. Deberías llamar a la policía para que se lo lleven y lo devuelvan a su país. Ahora que está indocumentado te resultará más sencillo.

—¿Y quién te ha dicho que quiera yo que se lo lleven? Lo que tenemos que hacer es portarnos bien con él.

Decididamente se había vuelto loco.

—Mejor sería que te portases bien conmigo —le reprochó.

—Ahora mismo, cariño, esa es mi principal preocupación —dijo Emilio, en un tono que Soraya no supo si era irónico o enigmático.

Fingió que se quedaba dormida, mientras Emilio seguía absorto en sus maquinaciones. Al rato lo oyó levantarse de la cama con sigilo y caminar descalzo hasta su despacho, donde se encerró dando una vuelta de llave a la puerta. Y lo mismo hizo en noches sucesivas. Así, encerrado en su despacho, permanecía durante horas, hasta que al alba volvía a la cama con el mismo sigilo con que la había abandonado, pensando tal vez que Soraya no habría advertido su ausencia. Otras noches, en cambio, viajaba a la casa de campo del destituido presidente de Hispabank, para reunirse con los otros consejeros implicados y seguir planificando una defensa conjunta. Nunca más volvió a proponer que Soraya lo acompañase, para no obligarla a confraternizar con las cotorras que lloriqueaban la desgracia de sus maridos (de los que, sin embargo, poco a poco se iban divorciando). Pero, a cambio de ahorrarse este trago, Soraya tenía que padecer zozobra, pues Emilio volvía de las reuniones cada vez más tarde y cada vez más borracho. Así que Soraya aguardaba su regreso en un estado de creciente desasosiego, pues no podía quitarse de la cabeza las Barrancas de Burujón, relumbrando fosforescentes a la luz de la luna, como fauces deseosas de tragarse a su presa. Cuando por fin escuchaba el chasquido del portón del garaje al abrirse, respiraba aliviada. Emilio subía por las escaleras torpón, tropezándose con cada peldaño.

—Si sigues bebiendo así, vamos a tener un disgusto —lo regañaba—. Te estás comportando de forma irresponsable.

—La Guardia Civil nunca vigila esa carretera —se excusaba Emilio, con esa voz desentonada, como de sordo, que se les pone a los borrachos.

—No lo digo porque te vaya a pillar la Guardia Civil. Lo digo porque pones en peligro tu vida.

—Es un riesgo que debo asumir —murmuró.

Y soltó una risa macabra que heló a Soraya la sangre en las venas.

—¿Riesgo? ¿De qué coños estás hablando? Me parece que deliras.

—Tengo que castigar el hígado. Y que se note en las reuniones que lo castigo —murmuró, hasta que su voz se tornó casi ininteligible—. Tengo que conseguir que todos me tomen por un alcohólico.

Guiñó un ojo, picaruelo o simplemente beodo, como si tratase de hacerla partícipe de una broma que se le escapaba, y se acercó a ella tambaleante, con el propósito de abrazarla. Pero Soraya se zafó, indignada.

—¡Basta ya de idioteces! Tal vez debería haberme divorciado de ti, pero en ningún caso quiero quedarme viuda. Si vuelves a emborracharte...

—¿Crees que tengo alguna razón para mantenerme sobrio? —la interrumpió, elevando la voz hasta casi desgañitarse—. ¿Crees que esta vida de mierda puede afrontarse sin beber?

Desde luego, la vida no les brindaba demasiados signos de esperanza. Desde el gobierno, se había ordenado a todos los ministerios y organismos públicos que prescindieran de cualquier colaborador o asesor que estuviese implicado en la quiebra de Hispabank. Dimitido o cesado de todos sus cargos, convertido en un proscrito allá donde antes se le había acogido como a un ídolo, Emilio trató al menos de reanudar su participación en tertulias televisivas, a sabiendas de que ahora le tocaría representar el papel de payaso de las bofetadas. Pero ninguno de los programas que en otro tiempo se habían disputado su presencia quería verlo ni en pintura. En un último esfuerzo por allegar ingresos, quiso regresar a la universidad privada desde la que había iniciado su ascenso meteórico. Muchas veces su rector le había suplicado, antes del escándalo de las tarjetas, que volviese a incorporarse al claustro, aunque sólo fuese para impartir esporádicas clases magistrales en las que podría disertar sobre lo que le viniese en gana. Pero donde hubo nidos antaño ya no había pájaros hogaño. Emilio ni siquiera consiguió que el rector de la universidad se le pusiese al teléfono.

Aquel rechazo no era más que una gota en el océano de desplantes que había cosechado, tras su caída en desgracia. Pero fue la gota que colmó el vaso. Y también el último y desesperado intento de rehabilitación. Emilio aceptó definitivamente que se había convertido en un leproso del que todos huían. Aceptó que nunca jamás sería perdonado ni admitido en parte alguna, ni siquiera como profesor ayudante en una birriosa universidad privada. Y esta aceptación lo volvió aún más lacónico y huraño, más replegado en sí mismo, como si hubiese decidido enterrarse en vida. Nunca compartía con Soraya sus cavilaciones; y procuraba mantenerla alejada de sus esotéricas actividades, que podían mantenerlo durante días encerrado en su despacho, u ordenando los cachivaches del sótano, o sentado como un pasmarote ante el televisor, contemplando hasta la madrugada episodios de absurdos culebrones colombianos, cuyos diálogos después repetía, entre risotadas desquiciadas, imitando el acento de sus protagonistas. Todos estos comportamientos extraños, tal vez esquizoides, se completaban con un creciente desaliño (se había dejado barba y se negaba a cortarse el cabello); y había empezado a alimentar una manía persecutoria que tal vez fuese el signo más preocupante de su deriva, y también el más molesto y demencial. Porque Emilio, en su obsesión por impedir que lo espiasen, había resuelto desprenderse de todo

artilugio electrónico que pudiera facilitar la labor a sus fantasmagóricos persecutores. Por supuesto, se deshizo de todos sus teléfonos móviles; y llamó a la compañía que les suministraba conexión a internet pidiendo la inmediata rescisión del contrato. Como la compañía se hacía la remolona, Emilio arrancó el módem que tenía conectado a su ordenador y lo arrojó a la basura; y lo mismo hizo con los repetidores que había repartidos por toda la casa, para asegurarse una óptima conexión *wifi*. El teléfono fijo se convirtió en su único hilo de comunicación con el mundo exterior; y sólo lo utilizaba lo imprescindible, mayormente para fijar los encuentros en Burujón con sus compañeros de infortunio, pero evitando siempre mantener conversaciones comprometedoras.

Soraya contemplaba con horror esta paulatina inmersión en la locura (pues ya no le quedaba duda alguna de que Emilio, en efecto, había enloquecido). En otras circunstancias tal vez habría aprovechado la ocasión para abandonarlo. Pero no quería que nadie pudiese tacharla de oportunista. Así que soportaba con paciencia y estremecimiento las rarezas cada vez más desquiciantes de su marido, que había convertido su despacho en una especie de búnker donde nadie podía entrar, ni siquiera para limpiarlo. En cierta ocasión, aprovechando que Emilio había salido al baño olvidándose de echar la llave, Soraya pudo asomarse al maremagno de fetidez y desorden que invadía el lugar: papeles hechos un gurrño que desbordaban las papeleras, mantas cubriendo las ventanas, restos de comida putrefacta en los lugares más inverosímiles y, sobre el escritorio, códigos legislativos y repertorios de jurisprudencia con multitud de *posits* adheridos a sus páginas, así como mapas de carreteras llenos de señales y un montón de folios en los que se reproducía maniáticamente una firma que no era la suya. Ante la contemplación de aquellos garabatos una y mil veces repetidos, Soraya sintió un zumbido de enjambre en los oídos y mil culebras viscosas trepando por su piel. Tuvo que apoyarse sobre el escritorio, para que no le diese un vahído.

—¿Se puede saber qué estás haciendo, Soraya? —le preguntó de repente Emilio, con una voz hosca y acusadora.

Había regresado del cuarto de baño y se apoyaba retadoramente en una jamba de la puerta, como si quisiera impedirle la salida. Tenía la barba muy crecida, el cabello largo y descuidado, y estaba mucho más flaco de lo habitual, como consumido por la fiebre de la locura.

—Había... había venido a decirte que... es la hora de cenar —tartamudeó, Soraya, consciente de la ridiculez de su excusa.

—No tengo hambre ninguna —dijo él—. Pero te ruego que pongas mi cena en una bandeja. Voy a dársela a Efraín.

Seguía apoyado sobre la jamba de la puerta, extrañamente tranquilo. Soraya descubrió que sostenía entre las manos una botella de un vino de mucha solera que había rescatado del botellero del sótano.

—No... no te entiendo. ¿Ahora te vas a quitar de comer para dárselo a un mendigo? ¿No será lo tuyo caridad mal entendida?

Emilio esbozó una sonrisa helada. Pero enseguida recobró la gravedad, inspirándole todavía más miedo a Soraya.

—Aquí la única que no entiende nada eres tú. Anda, haz lo que te he pedido.

Soraya obedeció temblorosa y volvió con la cena servida en una bandeja, tal como había solicitado Emilio, que se la quitó de las manos, olfateó las viandas con aprobación y les añadió la botella de vino, que él mismo había descorchado. Salió a la calle portando la bandeja y esperó durante un rato a la luz de una farola, hasta que finalmente el mendigo Efraín apareció, tropezando en sus harapos. Soraya observó con fascinación y espanto a Emilio, que se acercó con prevención a Efraín, como si se acercara a un perro sin amo al que se pretende conquistar. Pero Efraín ya había sufrido muchas escaldaduras; y, por cada paso que avanzaba Emilio, retrocedía él otro. Finalmente, Emilio desistió de entregarle la bandeja y la posó sobre el césped, a la vera de un chopo. Luego se retiró muy lentamente, caminando de espaldas hacia la casa, donde lo aguardaba Soraya estupefacta. La tomó de la mano muy excitado y la condujo consigo al despacho, desde el que espieron al mendigo Efraín, apartando levemente la manta que cubría una de las ventanas. Efraín engullía la comida con ansiedad, sin emplear los cubiertos, tomándola con las manos o abrevando directamente del plato, y vació la botella en un instante, bebiendo del gollete. Soraya calculó desolada que acababa de trasegarse en un periquete no menos de cien euros.

—¿Has quedado contento? —preguntó a su marido, más asustada que irónica.

—Completamente. A partir de hoy quiero que Efraín cene siempre lo mismo que yo. Y que le reserves los mejores vinos de nuestra bodega.

Lo había dicho en un tono despreocupado que contrastaba con sus actitudes esquivas y paranoicas. Soraya aprovechó su optimismo para hacerle una revelación que hasta entonces le había escamoteado, temerosa de hundirlo en la depresión:

—Si quieres... si queremos dar de comer a Efraín, habrá que meter algo de dinero en nuestra cuenta para los gastos domésticos. Hoy fui a sacar dinero y comprobé que estaba en números rojos.

Emilio asintió apreciativamente, sin mostrar excesiva desazón:

—Habrá que organizarse, entonces —dijo—. Y reducir gastos como sea. Empezaremos por despedir a la asistenta. Habrá que buscar a una chica por horas. Con esto nos arreglaremos de momento...

—¿Y quién va a cocinar? —preguntó Soraya, aturdida.

—Tendrás que arreglarte sola —respondió sin inmutarse y prosiguió sarcástico—: Lo siguiente que haremos es reunir todo el dinero que nos queda en las demás cuentas, que según mis cálculos asciende a veintitantos mil euros. Dejaremos una pequeña cantidad para que puedas seguir pagando los gastos corrientes de agua, luz y demás. Y el resto nos lo repartiremos...

Hablaba con premura, como si recitase una lección bien aprendida. Pero Soraya no sabía si le estaba exponiendo las condiciones de su divorcio o tan sólo era la divagación de un loco. Musitó, desbordada por la situación:

—¿Y con qué dinero vamos a pagar la hipoteca de la casa?

—De momento vamos a dejar de pagarla —dijo Emilio, contundente.

—Pero... —Soraya no salía de su pasmo—. Si dejamos de pagarla nos desahuciarán...

—He estudiado exhaustivamente el proceso de embargo hipotecario. — Señaló satisfecho los códigos y repertorios de jurisprudencia que se amontonaban sobre el escritorio—. Desde el primer aviso de impago hasta la entrada en mora tienen que pasar cinco meses. Luego se inicia la ejecución hipotecaria propiamente dicha, que suele llevar otro tanto. Entre pitos y flautas, puedes aguantar un año sin pagar antes de que te desahucien, más incluso si te defiendes ante los tribunales. Pero no será necesario. Mucho antes serás millonaria.

—¿Ah, sí? ¿No me digas? —ironizó Soraya ante su desvarío—. ¿Y cómo será eso? ¿Tendré que vender mi cuerpo? ¿O es que piensas forrarte escribiendo tus memorias?

Soraya echó a temblar, temerosa de haber desatado su ira. Pero Emilio le dirigió una sonrisa desarmante:

—No, querida esposa. Vas a cobrar el seguro de Provita...

Soraya sacudió la cabeza, denegando con obstinación, como si tratara de sacudirse una pesadilla recurrente.

—Oh, no, por favor, Emilio —dijo, con un hilo de voz claudicante—. Te ruego... Te ordeno que no vuelvas a ese asunto. Ya te he dicho que no quiero

quedarme viuda. No quiero...

—Vamos a cobrar el seguro de Provita y vamos a hacerlo de inmediato — insistió Emilio, haciendo caso omiso de sus súplicas—. Es un milagro que no hayan rescindido todavía el contrato, alegando que las circunstancias en las que fue firmado han cambiado por completo. A estas horas, imagino que todos los abogados de Provita andarán dándole vueltas, viendo el modo de atacarlo. Se inventarán cualquier subterfugio. Tenemos que darnos prisa.

Pero, para desmentir sus propias palabras, Emilio se mostraba extrañamente parsimonioso. Se volvió hacia la ventana y apartó un poco la manta, para contemplar de nuevo al mendigo Efraín, que ya estaba concluyendo su banquete y reclamaba, completamente beodo, otra botella de vino. Esta calma tal vez afectada de Emilio no conseguía sino enervar más a Soraya:

—¿Quieres decir que vas a darte prisa en morir? —Y gritó, desquiciada—: ¿Es que vas a suicidarte? Dime, ¿es eso lo que quieres hacer?

Emilio la miró con benevolencia, tal vez con cariño:

—¿Es que acaso tengo algo que perder?

—¿Que si tienes algo que perder? —se enfureció—. Me tienes a mí, capullo. Me has hecho sufrir mucho, pero sigo siendo tu esposa, pese a todo. Yo no quiero disfrutar del dinero de tu seguro sin ti. No quiero nada sin ti.

Y se derrumbó, buscando el apoyo de una silla, para entregarse al llanto. Lloraba de forma compulsiva, como si estuviera a punto de partirse en añicos, como si sus lágrimas liberasen un secreto dolor que llevaba gestándose mucho tiempo en sus entrañas. Emilio acarició con mimo sus mejillas empapadas y le alzó con un dedo la barbilla, para que lo mirase de frente.

—Disfrutaremos juntos de ese dinero —dijo—. Solos tú y yo, lejos de aquí.

Soraya trató de contener los sollozos; pero se hallaba en un estado tal de confusión que no lograba dominar sus emociones.

—¿Cómo?

—Vamos a simular mi fallecimiento.

Emilio se había puesto en cuclillas, para quedar a la misma altura que Soraya, y la miraba de frente con gran fijeza. El estupor había detenido su llanto; y entre las grietas del estupor asomaba el miedo:

—¿En qué... en qué estás pensando? —preguntó, cohibida.

—En lo mismo que tú. Vamos a matar a Efraín.

Horrorizada, Soraya había corrido a refugiarse en su habitación, para desaguar allí su llanto. Emilio se quedó durante un rato en el despacho, espiando a Efraín mientras la oía llorar a lo lejos, hasta que finalmente subió y se tumbó a oscuras a su lado, sobre la cama en la que ya no cumplían desde hacía mucho tiempo con el débito conyugal. No quería importunarla más, no al menos hasta que no asimilase la enormidad que acababa de confiarle. A Emilio este proceso de racionalización fría le había llevado algunas semanas, desde que robase instintivamente el pasaporte del mendigo Efraín; y todo lo que había hecho desde entonces, cada paso dado, no tenía otro objetivo sino envolver de justificaciones el crimen que se disponía a perpetrar, y también urdir las coartadas que lo dejaran impune. Y toda esta larga preparación había logrado insensibilizar su conciencia, hasta que el mendigo Efraín terminó pareciéndole un mero instrumento para llevar a cabo sus fines. Pero matar a Efraín era sólo el principio; todo lo que tendrían que hacer después —y para ello necesitaba a Soraya— era mucho más complicado.

Era como encajar las piezas de un inmenso puzle. Y sería una tarea que durase años. Pero no había otra salida. O se decidían a hacerlo o a Emilio lo aguardaban la ignominia, el descrédito y la cárcel. Por supuesto, si descubrían su artimaña, la ignominia, el descrédito y la cárcel serían todavía más terribles. Pero existía una posibilidad cierta de triunfo.

Lo que a Emilio le había costado semanas asimilar a Soraya sólo le costó tres horas. Pero él había tenido que tramar minuciosamente todo el plan, de tal modo que no quedase ningún cabo suelto. Soraya sólo tenía que subirse al barco, una vez arrojados por la borda los escrúpulos de conciencia.

—Por favor, apaga el móvil y llévalo lejos de aquí —le advirtió Emilio, cuando le pareció que estaba en disposición de escucharlo.

Pero ya para entonces Soraya había entendido las razones de su tecnofobia, que al principio había confundido con un síntoma paranoico.

—No te preocupes. Lo dejé en la cocina. Podemos hablar sin temor. Pero hagámoslo en voz muy baja.

Dejó que Emilio la atrajese hacia sí. En las últimas semanas lo había evitado siempre con muchas prevenciones púdicas, manteniéndose al otro extremo del colchón; esta vez, en cambio, se acercó sin recelo, hasta casi acurrucarse contra su pecho.

—Has aprendido la primera lección sin necesidad de que te la explique —dijo Emilio con satisfacción—. Siempre debemos mantener teléfonos y ordenadores y demás artilugios electrónicos lejos de nosotros, sobre todo cuando hablemos de estas cuestiones.

Soraya sintió el calor que irradiaba el cuerpo de su marido, como un metal radioactivo que ha permanecido mucho tiempo encerrado. Por un instante, añoró ese calor dentro de sí; y al añorarlo se avergonzó y apiadó de sí misma.

—Nadie se creerá que ese mendigo seas tú —susurró, sin demorarse en preámbulos—. Se parece a ti, pero no tanto.

—Tranquila, procuraré que, cuando descubran el cadáver, sus rasgos resulten irreconocibles —dijo Emilio, enigmático.

—¿Y si le hicieran autopsia?

—Si todo sale como espero, no la harán. Las autopsias de los cadáveres sólo se hacen cuando no están claras las causas de la muerte; y aquí espero que todo quede muy claro. —Hablabla con un convencimiento a prueba de titubeos—. En cualquier caso, cuando le robé el pasaporte, miré también la otra documentación que llevaba en el bolsillo del abrigo. Efraín tiene mi mismo grupo sanguíneo. Y ahora estoy intentando que nuestros organismos se parezcan lo máximo posible. Por eso siempre que me reúno con esos gilipollas en Burujón bebo como un cosaco. En caso de que le hiciesen la autopsia y vieses el estado de su hígado, tú dirás que yo estaba completamente alcoholizado; y los exconsejeros de Hispabank podrán corroborarlo. También por eso conviene que en estos días últimos Efraín no se alimente con sobras y desperdicios, como cualquier otro mendigo. Así, encontrarían en su estómago lo que se esperan encontrar en el estómago de Emilio Santillán. ¿Me sigues?

Aunque hablaba con extremo sigilo, en un susurro que la obligaba a acercarse mucho y oler su aliento, Soraya no había perdido ripio.

—Pero hoy en día cuentan con aparatos que pueden identificar hasta los genes...

—Hace por lo menos veinte años que no me hago un puto análisis de sangre. No pueden tener ningún registro genético mío. ¿Y crees que lo tienen

de Efraín? Francamente, lo dudo mucho. —Chasqueó la lengua, para subrayar esa improbabilidad—. La cartilla sanitaria que tenía en el bolsillo del abrigo era del año catapún, con membrete de un hospital de Medellín, y estaba escrita a mano. ¿Te parece probable que en un hospital donde las cartillas se rellenan a mano hagan pruebas genéticas a sus pacientes?

Soraya respiraba con dificultad, como si tratase de asimilar todas las conclusiones que Emilio llevaba semanas sopesando. Al cabo de un rato, tuvo valor para preguntar, reprimiendo un escalofrío:

—¿Y cómo lo ma... cómo vas a fingir tu fallecimiento?

—Voy a fingir un accidente de automóvil. Todo resultará perfectamente verosímil. Y me aseguraré de que el fuego destruirá posibles pruebas y restos biológicos —afirmó.

—¿Cuándo lo harás?

—En la próxima reunión que tengamos en casa de Fernando. Llevaré a Efraín metido en el maletero, amordazado y maniatado. —Aquí su voz había perdido algo de convicción—. Beberé todo el *brandy* que pueda, fingiendo que estoy borracho, y me quedaré rezagado, hasta que todos hayan abandonado la reunión. Así en el camino de vuelta podré actuar sin miedo a ser visto. Tengo perfectamente planeado cada paso, hasta despeñar el coche. —Se mordió el labio inferior, como si anticipara este apurado trance—. He aprovechado todos los viajes a Burujón para hacer pruebas.

A Soraya le parecía increíble que pudiesen estar departiendo con tanto desapego sobre el asesinato de un hombre inocente. Eran un par de desaprensivos que sólo miraban por su propia supervivencia. Pero ¿acaso el instinto de supervivencia no es el rasgo más constitutivamente humano?

—¿Y cómo te aseguras de que no patalee o haga ruidos en el maletero? Esas reuniones en casa de Fernando duran horas... Y por muy borracho que esté... Podría jugarte una mala pasada.

—Tendré que narcotizarlo —dijo Emilio, plenamente consciente de ese riesgo—. Con morfina o con alguna otra droga que luego tú puedas alegar que yo estaba tomando, para justificar los restos en su organismo.

Soraya frunció el ceño, reticente. Se acercó todavía más a Emilio, hasta rozar con sus labios el lóbulo de su oreja:

—Hay una solución mucho mejor —bisbiseó—. Un amigo me habló hace tiempo de una sustancia que deja a quien la toma convertido en un vegetal.

Emilio también habló arrimándose más a ella, de tal modo que sus cuerpos ya estaban pegados el uno al otro:

—¿Y qué pasa luego? —preguntó.

—El efecto dura bastantes horas. Pero lo mejor es que no deja huellas en la sangre, por muchos análisis y pruebas que hagas. Aunque le hicieran la autopsia, no se enterarían de que ha sido drogado.

En su bisbiseo, tan cauteloso, había un fondo exultante, como si íntimamente la alegrase poder hacer esta mínima, pero fundamental, aportación. Emilio llevó una mano a su cadera.

—¿Y cómo se llama esa droga milagrosa? —preguntó.

—Escopolamina. Pero la llaman «burundanga». Es relativamente fácil de conseguir. Al parecer, hasta en internet puedes pedirla...

—Internet ha dejado de existir para nosotros —saltó Emilio como un resorte—. Tienes que mentalizarte, Soraya. Entiendo que hoy en día se hace muy difícil vivir sin internet. Pero hace veinte años, o poco más, cuando tú todavía eras una niña, la gente vivía tan tranquila sin mandar *emails*, sin redes sociales y sin hacer una puta búsqueda en Google. Yo todavía viví en ese mundo, en mi juventud. Y a ese mundo tendremos que volver tú y yo desde ahora. —Su mano se aferró más firmemente a su cadera, como si buscara su adhesión—. Ni teléfonos móviles, ni conexiones a internet, ni cacharritos electrónicos. Nada de nada. No hay que dejar ningún rastro. Y, durante el tiempo que permanezcamos separados, no puede haber ninguna comunicación entre nosotros. ¿Entendido?

Ahora su mano se clavó como una garra en su nalga y la magreó, en demanda de respuesta. Soraya asintió compungida.

—¿Cuánto tiempo estarás lejos? —preguntó—. ¿Y dónde te esconderás?

—Me iré a Colombia, por supuesto. Allí Efraín Vargas puede vivir como un hombre anónimo más, sin levantar sospechas. Asumiré su identidad durante un par de años. A su pasaporte aún le restan dos años y medio de vigencia, así que puedo tirarme todo ese tiempo sin tener que renovarlo. Y a los dos años, cuando ya nadie se acuerde de mí, volveré a buscarte.

Sobre Soraya cayó un peso sordo que la abrumaba. Y los sollozos volvieron a agolparse en su garganta.

—¡Pobre de mí! —se lamentó—. ¿Y piensas dejarme durante todo ese tiempo sola?

Emilio la cubrió de besos, empezando por su frente y siguiendo por sus mejillas. Soraya no tenía fuerzas para resistirse.

—Será un sacrificio enorme, cariño. Pero a cambio podremos vivir la vida nueva de la que me hablabas, lejos de toda esta mierda. Si hubiese algún modo más sencillo de lograrlo, no te cargaría con tanta responsabilidad. Y tampoco mataría a ese pobre diablo, como te puedes imaginar —se disculpó,

incorporando a sus palabras cierto remordimiento, o más bien la reminiscencia de un remordimiento—. Pero para poder iniciar una nueva vida necesitamos mucho dinero. Y ese dinero sólo nos lo puede proporcionar el seguro. De lo contrario, nos tocaría vivir como perros hasta el fin de nuestros días. Serán dos años infernales, pero merecerá la pena.

Calló, esperando la aquiescencia de Soraya, que se mordía las lágrimas, todavía abrumada.

—Ya, ya —dijo, atenazada por la angustia—. Si lo entiendo, pero...

—Confío plenamente en ti, cariño —prosiguió él, infundiéndole ánimo—. No podemos cometer ni el más mínimo error. Y tendremos que vivir muy austeramente. Bueno, tú tan sólo hasta que logres cobrar el seguro. A mí tal vez me toque vivir en la más absoluta indigencia, una vez que se me acabe el dinero.

Soraya reprimió un escalofrío que casi apagó su voz:

—¿Y si te pillaran?

—No me pillarán, seré muy cuidadoso. He pensado en todas las posibles complicaciones —aseguró Emilio sin titubeos—. Pero te ruego que nunca, en ningún caso, intentes ponerte en contacto conmigo. Todas tus comunicaciones estarán siendo espiadas por Provita. Las compañías de seguros utilizan todo tipo de recursos ilegales para investigar a sus clientes, incluso mucho tiempo después de haberles pagado el seguro. Tú no serás, desde luego, una excepción. Lo mejor que nos puede pasar es que el juez certifique mi fallecimiento sin solicitar autopsia. Así tendríamos mucho terreno ganado, porque a los cabrones de Provita les tocaría apoquinar, aunque sigan investigando por su cuenta.

Hablaban a escasos milímetros el uno del otro, anudando sus alientos. El de Soraya estaba contaminado por unas levísimas décimas de fiebre, pues estaba en plena ovulación, y era un poco agrio. La avergonzaba que Emilio lo notase y sintiese asco; pero, para su perplejidad, notó que estaba empalmado. Lanzó la pregunta del millón:

—Y... ¿a cuánto asciende el seguro?

Emilio tomó aire y resopló:

—Ahí está también la clave de que debemos actuar con rapidez —dijo—. Como te puedes imaginar, fue una póliza especial, pensada para el impacto publicitario. Tú y yo aún no nos conocíamos, pero le dieron mucho bombo y platillo, pues se suponía que era el seguro más ventajoso que jamás habían ofrecido las compañías aseguradoras españolas. Y como yo estaba en todos los consejos de administración habidos y por haber y era asesor de varios

ministerios y la biblia en verso, me pusieron una indemnización muy elevada. —Hizo una pausa, como si se resistiera a soltar la cifra, temeroso de marear a Soraya—. En realidad, la indemnización era variable, pues se partía de la premisa de que mi muerte causaría más perjuicio cuanto antes ocurriese, por hallarme yo en racha. Por abreviar: si muero antes de cumplir cuarenta y cinco años (o sea, si muero en los próximos tres meses), la indemnización ascenderá a cuatro millones de euros. Cumplidos los cuarenta y cinco, la indemnización baja a tres millones y sigue decreciendo hasta llegar a la vejez. Era un seguro que se pretendía novedoso, pensado para famosetes y gente en la cresta de la ola.

Soraya volvió a notar tenuemente su erección. Tal vez saberse tan valioso lo pusiera cachondo, aun en medio de la zozobra.

—¿Y no crees que intentarán demostrar por todos los medios que tu accidente ha sido un suicidio? —preguntó.

—El riesgo de suicidio quedaba cubierto, transcurrido un año desde la firma del contrato. Y han pasado ya casi tres —se apresuró a contestar Emilio—. Que yo me suicide o me mate resulta totalmente intrascendente, a los efectos de cobrar el seguro.

Soraya asintió, un poco mohína de mostrarse lega en la materia. Pero a Emilio más bien le agradó, pues así mostraba que su curiosidad era desinteresada.

—Lo que más lamentaría es que tuviésemos problemas para cobrar, por haberme puesto de beneficiaria en lugar de Lucía...

—En absoluto —se apresuró otra vez Emilio a responder—. El asegurado puede designar o revocar beneficiarios en cualquier momento, sin necesidad de contar con el consentimiento del asegurador. En cualquier caso, yo en su día informé puntualmente del cambio a Provita. Todo está en regla y no hay flanco por el que puedan hincarnos el diente.

Pero a Soraya algo la desazonaba todavía:

—No sé, no sé. Tal vez lo más justo habría sido que hubieses dejado a Lucía de beneficiaria. O, en todo caso, que nos hubieses puesto a las dos...

—¿Qué coños estás diciendo? —se revolvió Emilio con furia, elevando la voz más de lo que exigía la discreción—. ¿A qué viene ahora hablar de eso? Ni loco pondría a Lucía de beneficiaria. Primero, porque es una desequilibrada de la que no podemos fiarnos. ¿Cuánto crees que tardaría en contarle a alguna de sus amigas bolleras que yo estoy vivo y todo es un montaje? Pero, además, te recuerdo que traicionó nuestra confianza del modo

más asqueroso. Y pudo habernos metido en un gran lío. Es una enferma peligrosa, tú lo sabes tan bien como yo.

—Pero tal vez... —empezó Soraya, medrosa.

—Te ruego que no sigas por ahí —la cortó Emilio, tajante—. Lucía se ha acabado para mí. Y espero que para ti también. Si en estos dos años me entero de que te has puesto en contacto con ella, me cabrearé de veras... —dijo, con una velada amenaza—. Hay un montón de cuestiones de las que debemos hablar. Imagino que todavía tendrás muchas dudas.

Soraya asintió, compungida. Puso delicadamente las manos sobre su pecho, para apaciguarlo.

—¿Qué hago si los de Provita se resisten a pagarme la indemnización? ¿Debo llevarlos a los tribunales?

—Eso es lo que ellos querrían que hicieses. El pleito se alargaría indefinidamente, y ellos harían todo lo que estuviese en su mano para suspender, entretanto, el pago. Nada de tribunales. Amenázalos con denunciarlos en un plató televisivo. A la televisión le tienen mucho más miedo que a los jueces. Una denuncia en televisión, en un programa de máxima audiencia, es una publicidad devastadora. Se cagarían de miedo. —Emilio tomó sus manos, entrelazándolas con las suyas—. Cuando se sepa que he muerto, te acosarán mucho los medios, para que les cuentes todo tipo de inmundicias. Tú hazte la mártir y di siempre que todavía no te ves con fuerzas para hablar. Pero no los mandes a freír espárragos. Procura ser melosa y dejar siempre una puerta abierta, por si tienes que echar mano de ellos. Para meter miedo a Provita, por ejemplo.

Asintió de nuevo Soraya. Y posó su cabeza sobre el pecho de Emilio, para escuchar sus latidos, como un redoble de tambor. Estaban perfectamente acompasados con los suyos.

—Y una vez que paguen, ¿qué hago con el dinero?

—Ante todo, cumple con todos los requisitos legales —la instruyó Emilio—. Paga de inmediato el impuesto de sucesiones. Aquí, en la Comunidad de Madrid, es una cantidad simbólica. Pide a Provita que te ingrese la indemnización en tu cuenta del Banco de Santander. Y abre de inmediato media docena de cuentas en otros tantos bancos (en los que te apetezca, con tal de que ninguno sea Hispabank) y ordena transferencias a cada una de ellas, repartiendo equitativamente los cuatro millones. Elige siempre sucursales discretas y con poco movimiento para tus tratos personales con los empleados de los bancos. Como te puedes imaginar, van a estar dándote la tabarra y

ofreciéndote todo tipo de productos financieros presuntamente ventajosos. Tú ni puto caso a ninguno, ¿entendido?

—Ni puto caso —repitió Soraya, sumisa y a la vez muy lúcida—. Que vayan a engañar a su madre.

—Así me gusta —dijo Emilio, acariciando su cabello—. Todo lo que te ofrezcan serán tretas para meter mano en la indemnización, como lo que hicieron en Hispabank con las preferentes. Y nosotros lo que pretendemos es convertir esos cuatro millones en dinero contante y sonante. Para ello, cada día tienes que hacer un recorrido por los cajeros de todas las sucursales bancarias en las que hayas abierto las cuentas. Y en cada uno de ellos sacarás una cantidad aproximada de mil euros, hasta reunir en billetes seis mil euros. Seis mil euros cada día, y así día tras día.

Soraya se sobresaltó:

—¿Y quieres que guarde todo ese dinero en casa?

—No, mujer, déjame terminar —la apaciguó Emilio—. Entre todas las oficinas bancarias que elijas, tienes que asegurarte de que haya al menos una con cámara acorazada. Allí alquilarás una caja de seguridad. Escoge la más grande que tengan. Una vez a la semana, llevarás el dinero que hayas ido sacando y lo guardarás allí. Dentro de dos años, tendremos todo el dinero de la indemnización, menos el que hayas tenido que destinar a tus gastos y a pagar impuestos, metido en esa caja fuerte. Dinero en efectivo y fuera de control. Para los registros bancarios, tú lo habrás extraído de tu cuenta. En el caso de que algún inspector de Hacienda suspicaz te preguntase por el destino de ese dinero, puedes decirle tranquilamente que te lo has gastado en caprichos. En realidad, no estás haciendo nada ilegal. Mientras el dinero permanezca en España, quiero decir.

Soraya no lograba espantar su vértigo:

—Será un proceso muy laborioso. Ir todos los días de cajero en cajero...

—Nadie dijo que iniciar una nueva vida fuese fácil. Pero tómalo por el lado bueno. Si vas caminando todas las mañanas de cajero en cajero, ya no necesitarás hacer más ejercicio. ¿Cómo decía un anuncio antiguo? Quien mueve las piernas mueve el corazón —bromeó Emilio—. Es un trabajo de hormiguita agotador, bien lo sé. Pero, al cabo de dos años, tendremos una fortuna en metálico. Imagínate lo que podremos hacer con ella fuera de España. Como tú misma dijiste, en algunos países de Hispanoamérica con mil euros al mes vives. Con casi cuatro millones de euros bien administrados podremos vivir como sultanes el resto de nuestros días.

—Pero antes habrá que sacar esa fortuna de España...

—Te aseguro que, aunque parezca paradójico, es mucho más fácil sacar de España el dinero en metálico que el dinero que fluye por los terminales informáticos de los bancos, que es el que deja rastro. En cambio, los billetes pasan de unas manos a otras sin dejar huella. Por eso los gobiernos están tan empeñados en que hagamos todas nuestras compras con dinero virtual.

Soraya recordaba nítidamente el procedimiento descrito por la Borbona para sus cambalaches. Probablemente la propia Borbona estuviese dispuesta a ponerles cuatro millones en algún paraíso fiscal, a cambio de otro tanto dinero en metálico entregado en mano.

—Ante todo —proseguía Emilio, cauteloso y paternal—, es muy importante que durante los próximos dos años no despiertes sospechas ni atraigas la atención. Debes llevar una vida discreta, alejada de los focos. Procura dar la impresión de que vives con cierta holgura, pero al mismo tiempo sé todo lo austera que puedas.

—Sabes que puedo ser muy austera, Emilio —intervino, un poco herida en su orgullo—. Recuerda que, hasta que me casé contigo, vivía con ochocientos euros al mes, que es lo que me pagaban en esa tele de mierda.

—Lo sé, cariño. —Emilio buscó sus labios y la besó reverencialmente, sin intercambiar saliva—. Dejo ese tema en tus manos. Mientras puedas, aplaza ciertos gastos. Por ejemplo, el pago de los plazos de la hipoteca, como te decía antes.

Se quedaron ambos en silencio, mirando hacia la ventana por la que entraba la luz pálida de la luna. Afuera, agazapado en la oscuridad, tal vez hecho un gurrúño ante el portón del garaje, estaría Efraín durmiendo la mona. Soraya tragó saliva y preguntó:

—¿Y tú qué harás durante todo este tiempo?

Emilio se encogió de hombros:

—Permaneceré en Colombia con el pasaporte de Efraín y supongo que me quedaré en Bogotá. Cuanto más grande sea el lugar donde viva, más posibilidades tendré de pasar inadvertido. Me llevaré un máximo de diez mil euros, algo menos de la mitad de lo que nos resta ahora mismo en nuestros saldos bancarios. —Hizo una pausa. También a él, bajo la fachada de la determinación, lo atormentaban las dudas—. Los primeros mil, o casi, me los gastaré en el avión. Con el resto del dinero trataré de aguantar lo máximo posible. Si se me acaba, tendré que buscarme la vida. Trabajaré en lo que haga falta, no se me van a caer los anillos. Y volveré a los dos años exactos, cuando ya nadie se acuerde de mí, para reunirme contigo. Colocaremos el

dinero fuera de España y nos largaremos de este puto país para siempre. Ojalá se hunda con toda la gentuza dentro.

El latigazo de la ira cruzó su rostro. Para apaciguarlo, Soraya se apretó más aún contra él y se puso mimosa:

—Eso será si no te enamoras de alguna colombiana. Tienen fama de ser las mujeres más guapas del mundo...

Un segundo después, Soraya pensó que tal vez esa coquetería victimista daba una imagen demasiado penosa de ella. Pero había decidido echar pelillos y papilomas a la mar, para embarcarse en una travesía demasiado incierta con el hombre que ya antes la había engañado y podría volver a engañarla.

—Demasiado exuberantes para mi gusto —la tranquilizó Emilio—. Ya sabes que prefiero las mujeres de tu estilo.

Le alzó premioso la falda y trató de bajarle las bragas. Ella probó a resistirse; pero era una resistencia ya protocolaria.

—¿Y si yo me largase con el dinero, mientras tú estás puteado en Colombia? —se atrevió a preguntar, retadora.

Emilio interrumpió por un momento su asalto, antes de reanudarlo con redoblados bríos.

—Entonces te buscaría hasta encontrarte, aunque fuese en el mismísimo infierno. Y te daría para el pelo.

Soraya no dejó que la besase con lengua, pero aceptó que debía dejarse follar, en atención a la nueva vida que Emilio había diseñado para ambos. Sacó del cajón de la mesilla un preservativo y ella misma se encargó de enfundar su pene erecto, congestionado de sangre tras muchas semanas de abstinencia. Se volvió de espaldas, hincó los codos en el colchón y puso el culo en pompa, como a Emilio le gustaba. Y ella misma guió el pene enfundado en látex hacia su vagina, para que la penetrase sin brusquedad.

—Estás empapada —dijo Emilio.

Y era verdad, aunque fuese una verdad tal vez sórdida que la avergonzaba. Mientras Emilio la penetraba hasta el fondo, Soraya cerró los ojos y fantaseó con que la estaba follando el mendigo Efraín. Y en sus fantasías, Efraín ya estaba muerto.

6

La envolvía un papel muy fino, como de cebolla. Soraya depositó el envoltorio sobre la mesa con suma precaución, ante la mirada atenta y un poco asustada de Emilio, que miraba sus manos con reverencia y horror, como si fuesen las manos de un cirujano en el quirófano. Soraya retiró con gran esmero los dobleces del papel, usando tan sólo la punta de los dedos, y apareció ante sus ojos un polvo blancuzco, como harina sucia. Soraya se apartó, para que su respiración no lo removiese.

—Ahí la tienes. Burundanga. La «droga zombi», la llaman. Anula por completo la voluntad.

Emilio asintió apreciativamente.

—¿Y cómo se administra?

—La disuelves en una bebida. No altera ni su sabor, ni su color, ni su olor —explicó—. En un par de minutos, Efraín estará completamente grogui. Y, como te dije, no deja huella en la sangre.

—¿Estás segura de que el tipo que te la ha pasado es de confianza? —preguntó Emilio, todavía escamado.

—De absoluta confianza. Es el camellete de mi barrio de toda la vida. Las chicas de mi pandilla siempre recurriamos a él... cuando queríamos costo, o pastillas para una fiesta —reconoció, avergonzada—. Nunca nos falló. Pongo la mano en el fuego por él.

A Emilio esta declaración de confianza en el camello de su juventud le pareció enternecedora y a la vez excesiva. Volvió a preguntar, obsesivo de los detalles:

—¿Estás segura de que no has dejado rastro del trapicheo?

—Lo llamé desde el móvil desechable que me pediste que me comprara y me cité con él, primero para hacerle el encargo y luego para recogerlo, sin decir nada comprometedor por teléfono —respondió Soraya sin dubitación—. Nada de guasás, nada de mensajes... Exactamente como me indicaste.

—¿No quiso saber para qué querías la burundanga? —insistió Emilio.

—Me hizo una broma: «¿Así es como te ligas a esos millonetis?». Yo le respondí: «No, así me los follo. A esos tíos les gusta el sexo chungo» —se rió—. Me he dado cuenta de que, cuando aludes al sexo para explicar cualquier cosa absurda, la gente se conforma y no te pregunta más.

Emilio nunca dejaba de admirarse de aquellas intuiciones geniales de Soraya, que tal vez no estuviese muy dotada para las grandes elaboraciones abstractas pero tenía una inteligencia práctica fuera de lo común. Durante las últimas dos semanas, desde que confiase sus planes a Soraya y empezasen juntos a realizar los preparativos, habían follado cada día, y con frecuencia varias veces al día, con el ímpetu y la entrega de quienes desean recuperar todo el tiempo perdido y también todo el tiempo que se disponían a perder. Había sido siempre un sexo profiláctico, pues Soraya no tomaba la píldora y quedarse embarazada era, entre todos los errores que en ese momento podían cometer, el más indeseable. Pero aun en su profilaxis, había sido el mejor sexo del que jamás Emilio hubiese disfrutado; y Soraya le aseguraba que lo mismo le había ocurrido a ella, aunque al principio estaba llena de resistencias y reticencias que sólo le había explicado brumosamente (y que se hacían especialmente enervantes cuando se negaba a besarlo con lengua). Sin duda, el placer que obtenían en sus encuentros amorios era directamente proporcional a la tensión que ambos soportaban. Y era, desde luego, el desahogo que ambos requerían.

Entretanto, no habían dejado de ofrecer al mendigo Efraín su cena ni un solo día. Las primeras veces, Emilio había tenido que conformarse con dejar la bandeja sobre el césped y meterse otra vez en casa, para que Efraín saltase el seto y se entregase en soledad a la pitanza. Pero, poco a poco, el mendigo había ido perdiendo los recelos y permitiendo que Emilio lo acompañase, sentado en cuclillas a escasa distancia, mientras él devoraba las viandas primorosamente preparadas por Soraya y se trasegaba una botella de vino con diez o doce años de barrica con el mismo desparpajo con el que se trasegaría una jarra de tintorro peleón. En los últimos días, incluso, Emilio abría con naturalidad la verja a Efraín, para que no tuviese que saltar el seto, y le servía, como si fuese un invitado, la cena en la pérgola del jardín, que quedaba vedada al escrutinio de cualquier hipotético paseante (aunque por la noche nadie paseara por la urbanización). Y mientras cenaban juntos, departían amigablemente; o todo lo amigablemente que Efraín, con la lengua de trapo y el cerebro arrasado por el alcohol, podía departir. A veces, incluso, salía Soraya a servirles el vino, con una sonrisa obsequiosa que Efraín apenas

percibía, entre los vapores de su perpetua borrachera. Pero, cuando ella marchaba, Efraín guiñaba a Emilio un ojo:

—Vaya mamita linda que eligió. Usted sí que sabe, patroncito.

—Seguro que tú también tienes una mamita esperándote, allá en tu país — probaba Emilio a sonsacarlo.

Así supo que Efraín, en efecto, había estado casado con una mamita con la que llegó a tener un par de hijos que no podía alimentar; por lo que se había venido a España, en busca de trabajo. Los primeros años no habían sido malos y había logrado, a costa de vivir con muchas privaciones, reunir un dinero que enviaba religiosamente a su familia todos los meses. Incluso había logrado apartar cierta cantidad para pagarse un viaje sorpresa a Medellín, que le sirvió para descubrir que la mamita de marras vivía amancebada con un vecino al que sus hijos llamaban papá, ignorantes de que su auténtico padre estaba malviviendo en España. Aquel descubrimiento enloqueció por completo a Efraín, que a punto estuvo de asesinar a la adúltera; pero por amor a sus hijos, a quienes no quería dejar huérfanos, se reprimió y volvió a España con las ilusiones derruidas y una abulia que primero lo dejó sin trabajo y después lo convirtió en un borracho sin remisión, hasta empujarlo a la mendicidad y la locura. Era una historia patética que Efraín le había contado o farfullado de forma divagatoria e inconexa a lo largo de aquellas últimas semanas. Tal vez en otra época, cuando todavía lo blindaban las murallas del éxito y el agasajo social, Efraín no hubiese logrado apiadarlo con la narración de sus penurias. Pero al Emilio defenestrado y condenado al ostracismo logró conmoverlo. Lástima que ya sólo pudiera mostrarle su compasión abreviando sus padecimientos de forma drástica e inmediata.

—Las mujeres son peores que el demonio, patroncito —remataba Efraín, a modo de moraleja—. No hay que fiarse de ellas nunca. ¡Pero también dan más gusto que el demonio!

Y lanzaba una risotada en la que dejaba asomar unos dientes carcomidos por la piorrea. Para rematar la cena, Soraya sacó una botella de *brandy* Cardenal Mendoza, que era el mismo que esa noche bebería Emilio en la casa de Burujón, donde había sido convocado, como todos los demás exconsejeros de Hispabank, para discutir nuevas estrategias de su defensa. Al parecer, la instrucción del caso estaba prácticamente concluida y en unos pocos días iba a levantarse el secreto del sumario. Pero las vicisitudes del caso Hispabank habían dejado de interesar a Emilio y Soraya, muy interesados en cambio por las vicisitudes de Efraín. Emilio contempló al trasluz la botella panzuda de Cardenal Mendoza: en efecto, el *brandy* no había cambiado de color después

de ser espolvoreado con la burundanga; y cuando la destapó tampoco parecía que se hubiese alterado su exquisito aroma.

—¿Y no has vuelto a saber nada de tu familia desde entonces, Efraín? —preguntó Soraya, que no se había retirado esta vez, para poder presenciar lo que ocurriría cuando el mendigo bebiese el *brandy*.

—Nada... —murmuró Efraín con una voz abismal, apenas inteligible—. Y mejor no saberlo.

Emilio le sirvió una copa muy cumplida, mientras Efraín miraba a Soraya sin pestañear, desde las nieblas de la borrachera y tal vez también desde ultratumba.

—Usted, don Emilio, podría compartir a su mamita conmigo... —bromeó.

Y soltó otra risotada, ahora lujuriosa además de piorreica.

—Seguro que sí, Efraín. Somos tan parecidos que ella no notaría la diferencia.

—Con tal de que se lavase un poco... —intervino Soraya, asqueada.

Pero a Efraín el comentario debió de parecerle incitante, porque prolongó su risa en un gorgoteo y paseó una mirada hidrópica por el cuerpo de Soraya, que tal vez fuese poco exuberante para su gusto, mientras se trasegaba la copa de un solo trago. El *brandy* le escocía en las encías purulentas.

—Pues me lavaré, si es preciso —concedió Efraín, con los ojos engolosinados.

Emilio volvió a servirle otra copa de *brandy*, que Efraín quiso llevarse a los labios. Pero la cabeza empezó entonces a bascularle extrañamente sobre el cuello, como si se sostuviera sobre un muelle bailón. Su mirada ya no era engolosinada, sino estupefacta.

—Me siento... muy... mal —acertó a farfullar.

—Es que tal vez hayas bebido demasiado —le dijo Emilio, lejanísimo y borroso.

Efraín trató de levantarse de la mesa, pero había perdido el control de todos sus miembros, ya de por sí muy embotados por el alcohol. Se frotó los párpados con ambas manos y sacudió violentamente la cabeza, como una caballería a la que pinchan en los ijares. Bufó un par de incoherencias, antes de derrumbarse como un tronco que se vence sobre el plato que un rato antes había vaciado. Se hizo un silencio funeral.

—¿Lo ves? —dijo Soraya—. La burundanga era de óptima calidad.

Emilio se incorporó y alzó la cabeza del mendigo Efraín, tomándola de las greñas. Tenía el gesto lelo y los ojos le asomaban bajo los párpados como

bolitas de porcelana viscosa de las que hubiesen desertado el iris y la pupila.

—Estaba tan borracho que tal vez ni siquiera hubiese necesitado la burundanga —comentó.

—Pero la borrachera se le pasará, Emilio. Y tú necesitas tenerlo fuera de juego muchas horas. Así te aseguras que no te delate en ningún momento.

El hedor que Efraín exhalaba —mezcla de vómitos y orines, frutas pútridas y un sudor arqueológico— estuvo a punto de desmayarlo cuando lo tomó en brazos. Lo llevó hasta la casa (Soraya lo precedía, abriendo las puertas y apartando todos los obstáculos) y descendió con él por las escaleras que conducían hasta el sótano. Allí, en el cuarto normalmente ocupado por aparatos gimnásticos, habían dispuesto a modo de camilla una mesa de ping pong sobre la que depositó el cuerpo de Efraín.

—Joder, pesa como un muerto —dijo, sacudiéndose los brazos casi descoyuntados.

Su comentario no había pretendido ser humorístico, pero Soraya así lo interpretó. Se pusieron ambos a desnudarlo de sus harapos mugrientos; y por un par de veces Soraya tuvo que apartarse, asaltada por las arcadas. Una vez que Efraín estuvo desnudo, Soraya abrió el grifo al que habían conectado una manguera; y ella misma se encargó de dirigir el chorro del agua hacia el cuerpo barnizado de roña mientras a Emilio le tocaba la peor parte, embadurnándolo con gel y después frotando concienzudamente la esponja, de la que brotaba una espuma siempre grisácea, como si los yacimientos de suciedad que Efraín acumulaba nunca se agotasen. Aunque al recibir el chorro de agua fría las carnes del mendigo temblaban, recorridas por violentas convulsiones, su voluntad permanecía por completo anulada, y por las comisuras de sus labios descendía una babilla muy espesa. Emilio lo volteó en varias ocasiones, al principio con delicadeza, luego como un carnicero que tiene que descuartizar una res, para enjabonar también su espalda, y muy especialmente la raja de su culo y sus partes pudendas, que eran un auténtico muladar. Cuando por fin dieron por acabada la limpieza, todo el sótano se había llenado de la pestilencia que desprendía Efraín; pero ellos ya se habían acostumbrado y ni siquiera lo percibían.

Armado cada uno con una toalla, secaron el cuerpo del mendigo; y, a continuación, Soraya se encargó de lavar con el mismo champú que utilizaba Emilio su pelo y su barba. Luego, todavía mojados los cabellos, se los recortó con primor, hasta igualarlos con los de su marido; y le retajó la barba, hasta dejarla pulida y coqueta como la de un *hipster*. Mientras le hacía la manicura y la pedicura, tuvo ocasión de reparar en algunas circunstancias distintivas de

su cuerpo: una cicatriz en el costado izquierdo, como una herencia de Longinos; los dedos índices de los pies más largos que los pulgares y un poco montados sobre ellos; el escroto con tres lunares que formaban un triángulo equilátero perfecto. Fue bastante difícil sacarle la roña incrustada en las uñas, y pulimentarlas hasta lograr que desapareciesen todas sus astillas y padrastrós. Cuando Soraya acabó, le dieron un último manguerazo, a modo de aclarado, por si se le había pegado a la piel algún resto de suciedad, y lo secaron con mucho mimo con nuevas toallas limpias, sentándolo en una butaca alejada del piso encharcado, donde Soraya le pasó el secador. Le ahuecó primorosamente el cabello, incluso logró reproducir la onda que tan irresistible volvía a Emilio en sus apariciones televisivas.

—Vete a ducharte, anda —dijo Soraya a su marido—, que yo me encargo de vestirlo.

Emilio obedeció, pues en efecto se estaba haciendo un poco tarde. Cuando se quedó a solas con el cuerpo desnudo del mendigo Efraín, Soraya no venció la tentación de manosearle el miembro, que era muy moreno, casi cárdeno, y estaba refugiado dentro del prepucio, intimidado quizá por los manguerazos. Pero, mientras lo manoseaba, empezó a crecer en su mano, como si tuviese vida propia (el rostro de Efraín se mantenía, en cambio, inexpresivo e inerte), y lo soltó asustada cuando vio asomar el glande, como un cíclope rojo de ira. Para espantar el miedo cubrió su cuerpo a la vez rígido y desmadejado con las mismas prendas, exactamente las mismas (pues las habían comprado por duplicado para aquella ocasión) con las que Emilio bajó al poco, ya vestido. Con los mismos zapatos mocasines, los mismos pantalones vaqueros y el mismo jersey verde de Lacoste, parecían en verdad gemelos.

—¿Todo bien? —le preguntó Emilio, que llegaba con el pelo chorreante y un poco azogado.

—Ha sido como cuando vestía a las muñecas de niña —dijo Soraya, con una extraña expresión ensoñadora—. Anda, mételo en el coche, que voy a secarte y a retocarte el pelo también a ti.

Emilio introdujo la cartera con toda su documentación en el bolsillo del pantalón de Efraín y le sujetó pies y manos con unas bridas de nylon, ajustando a continuación los trinquetes. También le puso una mordaza que no impedía su respiración. Cargó con él hasta el garaje, precedido por Soraya, que le abrió el maletero del coche, donde Emilio ya había guardado el macuto con el equipaje y los enseres que se llevaría a Colombia (allí estaba, en un bolsillo exterior con cremallera, el pasaporte de Efraín). También se había preocupado de dejar en el maletero un neceser con algunos botes de crema,

desodorantes, esmaltes de uñas y otros productos cosméticos altamente inflamables que asegurarían, cuando el coche ardiese, una combustión rápida. Emilio dispuso el cuerpo del mendigo en una posición fetal, con el rostro vuelto hacia el fondo del maletero.

—¿Sabes que se parece a ti más de lo que a simple vista pensé? —le preguntó Soraya.

—Ahora soy yo quien me parezco a él. Él es el hombre célebre y derrotado. Yo sólo soy un colombiano anónimo.

Lo había dicho imitando el acento aprendido en los culebrones. El efecto se pretendía gracioso, pero resultó más bien siniestro. Emilio bajó la tapa del maletero, para esconder la visión de su crimen. Se quedaron escuchando durante unos segundos, con la oreja pegada a la chapa, para comprobar si Efraín se rebullía. Pero sólo oían su respiración cavernosa, como un pálido ronquido. Al incorporarse, Emilio notó que todo su cuerpo temblaba, acalambrado.

—¿Todo en orden? —se inquietó Soraya.

Tuvo que tomar aire, porque sentía una rara opresión en el pecho.

—Me siento... como atenazado, como si me faltase aire.

—Tienes que relajarte, Emilio —dijo Soraya, tomándolo del brazo—. Anda, vamos a la butaca, que te seco el pelo.

Lo guió como si fuera un viejecito, mientras él empezaba a hiperventilar, oprimido por la congoja. El rugido del secador y las manos de Soraya hurgando en su melena y masajeando su cuero cabelludo lo aplacaron un tanto. Pero desde la butaca se veía la puerta que comunicaba con el garaje, y a través de ella el coche, que pronto sería el ataúd de un hombre que iba a ser sacrificado para su salvación egoísta. Y ni siquiera para una salvación cierta, sino hipotética y sometida a demasiados interrogantes.

—Tal vez todo esto sea un desatino —dijo Emilio, alzando la voz angustiada sobre el rugido del secador—. Dos años sin vernos... Quién nos dice que no salga todo mal.

—Cariño, necesitas serenarte. Estás entrando en un bucle.

Soraya apagó el secador. Por un instante, Emilio creyó que ella también iba a ponerse histérica, o que iba a empezar a gritarle, furibunda. Pero cuando se colocó frente a él su gesto era sumiso, como de víctima propiciatoria dispuesta a consumir el más alto sacrificio. Se arrodilló ante él y le bajó la cremallera de la bragueta.

—¿Qué... qué vas a hacer?

Le hurgaba con la mano en el calzoncillo. Soraya cerró brevemente los ojos, haciendo de tripas corazón.

—Siempre que estabas tenso me pedías que te la hiciera, ¿recuerdas? —dijo, cabizbaja y sin atreverse a mirarlo a la cara—. Y era mano de santo. Nada te relaja más.

—Pero... Ahora no, cariño. —Hizo un gesto atolondrado, señalando el maletero del coche, como si allí hubiese un testigo de su depravación—. Me parece demasiado... perverso.

—Todo lo que estamos haciendo es demasiado perverso, Emilio —lo corrigió Soraya, compungida—. Pero ya no hay marcha atrás. Ya no podemos arrepentirnos. Y esto tampoco añade ninguna perversidad. Sólo quiero que te relajes.

Emilio iba a oponer algo, pero Soraya ya le había sacado del calzoncillo el miembro, que empezaba a crecer en contra de su voluntad. Sobre todo cuando Soraya lo introdujo en su boca sin protección profiláctica alguna, como quien se arroja al abismo con los ojos cerrados, sin medir las consecuencias funestas de su acto. Emilio hizo un vano intento de apartarla, pero su glande ya llenaba la boca de Soraya y alcanzaba su garganta, como un cíclope rojo de ira. Soraya cerró los ojos, para que las lágrimas de su sacrificio no fuesen tan patentes; y mientras el miembro de Emilio crecía y se endurecía, pensó que estaba resucitando milagrosamente a un muerto. Cuando ya sentía que la eyaculación estaba próxima, Emilio empezó a ensartar obscenidades, como gustaba de hacer siempre que Soraya le procuraba este placer, y a vejarla con un mismo insulto archisabido que repetía maniáticamente, y a crispas las facciones, poniendo una cara alucinada y bestial. Soraya sintió la eyaculación como una yema de huevo que se rompía en su garganta, llenándola de una cálida viscosidad; y era casi igual de espesa, pero con un sabor metálico que le revolvía las tripas. Se lo tragó todo, sin embargo, con la obediencia del enfermo a quien su médico receta aceite de ricino.

—Es lo más salvaje que hemos hecho nunca —dijo Emilio, con respiración todavía acezante y gesto bobalición, mientras ella volvía a guardar su miembro en el calzoncillo y subía la cremallera del pantalón.

—Pues para que te lo lledes de recuerdo a Colombia y pienses en ello cada vez que te entre el bajón —dijo Soraya, tratando de animarlo—. Cuando nos veamos dentro de un par de años, será lo primero que te haga.

El rostro de Emilio aún resplandecía de gozo y de vicio.

—Tenías razón —reconoció—. Has conseguido que me relaje. Estoy como nuevo.

—¿Estás seguro? —lo retó Soraya, con un gesto pícaro tal vez algo forzado con el que quería espantar su humillación.

Emilio le tomó la barbilla y se la pellizcó, invitándola a alzarse. Él también se levantó de la butaca.

—Más seguro que el hormigón armado —dijo, parodiándose de forma lastimosa y extemporánea—. Sólo por recibir este premio, merece la pena el esfuerzo.

A Soraya la recorrió un escalofrío de la cabeza a los pies. Emilio no podía imaginarse lo costoso y dañino que ese premio era para ella. Estaba otra vez pletórico, después de descargar tensión y fluidos, y dispuesto a acometer todos los riesgos. Sus temores y aprensiones se habían disipado. Para comprobarlo, a Soraya le bastó con posar la cabeza sobre su pecho.

—Emilio...

—Dime, cariño.

—Cuando saltó el escándalo, estuve a punto de dejarte —confesó—. Incluso llegué a escribir una carta, despidiéndome de ti. Afortunadamente, nunca te la entregué. Hoy me alegro de haber permanecido a tu lado. Y ahí voy a estar siempre.

Emilio le alzó otra vez la barbilla, esta vez para besarla con lengua, sin importarle que su boca oliese todavía a semen.

—Y yo te lo agradezco mucho, cariño. Lo fácil habría sido dejarme. Sin tu perdón y tu compañía me habría hundido. No habría llegado hasta aquí.

Se fundieron en un abrazo, mientras ambos rememoraban sus muchos errores. Soraya le palmeó el culo:

—Y tenemos que llegar mucho más lejos. Hasta ganarnos una nueva vida. Vamos a por ella.

Su resolución estimuló a Emilio, que se palpó en un acto reflejo todos los bolsillos de la ropa, en los que sin embargo no llevaba nada, porque todo lo que necesitaba estaba ya dentro del coche.

—Si veinte años no es nada, como dice el tango, dos es mucho menos —dijo, para parecer también resolutivo—. Mañana será un día complicado, cariño. Tú haz vida normal, por favor te lo pido. A saber cuándo vendrán a darte el aviso del accidente.

—Haré vida normal, por supuesto —asintió Soraya, con la mirada un poco perdida o melancólica—. De hecho, he pedido consulta al ginecólogo.

Emilio no entendió la alusión. Todavía insistió:

—Quema ahora mismo todos los papeles de mi despacho. Y cuando mañana te comuniquen mi muerte, procura no ser demasiado llorona. Por lo

común, la gente se queda abrumada por el golpe, incapaz de digerirlo, pero no se pone a llorar a la primera de cambio...

—Procuraré hacerlo lo mejor que pueda, descuida.

Que tal vez fuese tan sólo medianamente bien. Pero ya no había tiempo para más demoras. Se abrazaron hasta casi quebrarse; y lloraron las lágrimas que no habían llorado hasta entonces, pero eran lágrimas de adrenalina que les escocían en los ojos. Emilio montó en el coche y Soraya le tendió la mano a través de la ventanilla, a modo de despedida definitiva. Mantuvieron anudados sus dedos durante más de un minuto, sin decirse nada, y Emilio finalmente abrió el portón del garaje con el mando a distancia mientras arrancaba. Aunque Soraya salió en pos del coche hasta la rampa, Emilio ya no volvió la vista atrás, ni miró su figura desvalida a través de los espejos retrovisores, para no arrepentirse de lo que estaba haciendo. En su cabeza se agitaban mil aprensiones y presentimientos; pero logró conducir durante más de una hora muy concentrado, sin exceder en ningún momento los límites de velocidad ni infringir las normas de tráfico, hasta llegar al camino que bordeaba las Barrancas de Burujón, que a la luz de la luna tenían un aspecto casi fosforescente, como si la piedra caliza de sus cárcavas estuviese bañada en luminol. Con ayuda del luminol había leído Emilio que la policía detecta restos biológicos en los coches accidentados; pero en este caso el fuego lo devoraría todo, para dificultar al máximo esa posibilidad.

Llegó el último a la reunión, esta vez sin mujeres, en la que se respiraba una atmósfera lúgubre y a ratos desesperada. Todos los exconsejeros de Hispabank, al igual que el anfitrión, eran fieras que se sabían acorraladas y lanzaban dentelladas sin tino. La instrucción había terminado y el secreto del sumario se levantaría de forma inmediata. Según habían podido saber los abogados, la Fiscalía Anticorrupción iba a reclamar para todos los inculpados penas muy elevadas, en muchos casos superiores a cuatro y cinco años, y aún más graves para directivos, lo que podría llevarlos a todos a la cárcel, aunque no tuviesen antecedentes penales. Tanto los fiscales como los jueces de la Audiencia Nacional estaban deseosos de hacer sangre, para ganar puntos ante el gobierno y asegurarse una promoción al Tribunal Supremo. En la reunión se aireaban las intimididades más aberrantes, verídicas o fingidas, de estos jueces y fiscales, a los que algún exconsejero de Hispabank proponía amenazar y extorsionar. Otros eran más partidarios de probar un intento de soborno. Y los había, en fin, dispuestos a tirar de la manta, implicando o salpicando a magnates y ministros que habían mamado de la teta de Hispabank y ahora pretendían irse de rositas. Emilio los veía desgañitarse y

gesticular como si estuviese al otro lado de un escaparate, como los peces que viven tranquilamente en su pecera ven a los humanos que les hacen gestos ridículos. Todo aquel escándalo de Hispabank, como sus consecuencias penales, le importaban una mierda, porque él ya estaba muerto; y Efraín, que era el único vivo por el que debía preocuparse, nada tenía que ver con aquel gatuperio de ricachones que se habían creído los reyes del mambo. Así que, mientras los demás vociferaban y proferían sandeces calenturientas, Emilio se dedicó a castigar su hígado bebiendo ostentosamente una copa tras otra de Cardenal Mendoza, el *brandy* preferido del anfitrión, el mismo *brandy* que el mendigo Efraín había probado unas horas antes, por primera y última vez en su vida. Era una bebida que lo llenaba de un calor intrépido y le soltaba la lengua:

—No estáis diciendo más que chorradas —escupió, en medio del griterío—. Sabéis perfectamente que, si intentáis sobornar a los jueces, se os puede caer el pelo. Y en cuanto a tirar de la manta... Basta de majaderías. Si de verdad tuvieseis pruebas que incriminasen a todos esos personajes, ya habríais tirado de la manta hace tiempo.

Se hizo un repentino silencio hostil.

—No seas insolente, Emilio —lo reconvino Fernando, el anfitrión—. Has bebido más de la cuenta. Por supuesto que tenemos pruebas...

—¿De qué cojones de pruebas estamos hablando? —se burló Emilio—. ¿Grabaciones ilegales? ¿Confidencias que os hicieron cuando los invitasteis a vuestros yates, mientras os metíais unas rayas de coca y os la mamaban unas fulanas? Venga, tíos, ¿a quién pretendéis engañar? Esas pruebas no las admiten en ningún juzgado. Y si las alegaseis, se volverían contra vosotros, lo sabéis mejor que yo. Por no hablar de que los acusados tomarían de inmediato represalias contra vuestros patrimonios y contra vuestras familias. Tienen el poder suficiente para arruinaros de un plumazo. Pueden contratar a unos negros que desgracien a vuestras hijas. Pueden tirar a vuestra mujer desde un balcón. Pueden hacer lo que les salga de la polla, porque son los putos amos. No seáis tan infantiles, joder.

Sus palabras los hundieron en una depresión de la que ya no salieron en lo que restaba de reunión, que fue a partir de entonces más pesarosa y agónica. También más discreta, porque los conjurados se apartaron en un corro, para marear la perdiz de las intrigas estériles, mientras Emilio seguía trasegando *brandy*, que a la vez que castigaba su hígado anestesiaba sus últimos escrúpulos. Todavía de vez en cuando, para que su papel de aguafiestas resultase más notorio, lanzaba alguna invectiva llena de amargura, en una voz

cada vez más áspera y desentonada. Y así, a fuerza de zaherirlos, consiguió que poco a poco los otros exconsejeros fuesen desfilando, desalentados, y marchasen a casa en sus respectivos coches. Al final, Emilio logró quedarse el último, a solas con su anfitrión.

—¿No te parece que te has pasado de la raya esta noche? —le reprochó, más hastiado que iracundo—. ¿Se puede saber por qué ahora renuncias a tu defensa? ¿Crees que sólo a los demás nos van a destrozar la vida, que sólo tú estás por encima del bien y del mal? Te advierto que tus gastos son los que más han encabronado a la opinión pública. Si alguien debería temer el veredicto del juez, aparte de mí, eres tú, bocazas.

Emilio apuró una copa más. Sintió cómo hacía cóctel con el vómito que ya le trepaba por el esófago.

—Me la pelan los jueces. Me la pela la opinión pública. Me la peláis todos vosotros.

Y dejó que lo invadiera una risa hueca y floja, tan floja que no la podía contener, porque tenía la lengua de corcho. Calculó que ya estaba tan borracho como Efraín, antes de tomar la burundanga.

—Será mejor que te quedes a dormir aquí —le aconsejó Fernando, poco dispuesto a pelearse—. Tienes un pedo que no te tienes. Te vas a matar si te pones ahora a conducir...

—Me la pela matarme —lo cortó Emilio y probó a levantarse del sofá, lo que sólo logró después de varias intentonas. Y lanzó una broma de mal gusto —: Tú lo que quieres es aprovechar que tu mujer te ha dejado para pegarte un revolcón conmigo y dejarme el culo como la bandera del Japón, pillín.

Fernando le dirigió un gesto de asco o de lástima y ya no se esforzó más en disuadirlo. Emilio salió de su casa tambaleándose y tropezando con todos los cachivaches que surgían a su paso. Pero el relente de la noche le devolvió la lucidez que precisaba para acometer su misión; y el *brandy* le brindaba el coraje. Antes de montar en el coche puso ambas manos sobre el maletero, cuya chapa, extrañamente, le transmitió un vago calor humano, a pesar de estar cubierta de rocío. Cuando arrancó y empezó a conducir por el camino que conducía hasta los barrancos, observó que el alcohol, en efecto, mermaba sus percepciones, pero a la vez hacía más nítidas las pocas que le restaban. Mientras avanzaba envuelto por una noche impenetrable incluso a la luz de los faros, le pareció que avanzaba por un túnel lóbrego. Justo antes de alcanzar las Barrancas, el camino atravesaba un soto o bosquecillo; y entonces Emilio giró el volante. Conocía el itinerario como la palma de su

mano después de estudiarlo *in situ* en cada uno de sus viajes y también en los mapas de carreteras.

—Vamos allá —se decía a sí mismo, para infundirse ánimos—. Esto va a ser pan comido.

Se detuvo en lo más espeso del soto. Bajó del coche y aspiró el aire gélido tres o cuatro veces, para devolverlo convertido en un penacho de vapor etílico. Luego abrió muy delicadamente el maletero, que se alumbró al instante. Allí seguía Efraín, en la misma posición fetal en que lo habían dejado; pero ahora sus ojos estaban abiertos como platos, y con las pupilas muy dilatadas, llenas de noche y horror. Tal vez la burundanga le permitiera disponer de los sentidos, a la vez que anulaba su voluntad y lo mantenía como catatónico. Le habló, aunque no lo oyese:

—Todo será rápido, Efraín. No sufrirás demasiado.

Pero, como si quisiera desmentir sus palabras, sacó el macuto del maletero y, a su luz exigua, extrajo la ropa que había elegido para viajar a Colombia: una camiseta blanca de algodón, sin leyendas ni emblemas; un chándal comprado en un mercadillo, de aspecto entre hortera y pobretón, como de sicario albanokosovar; y unas deportivas de colores chillones y fosforitos. Se desnudó parsimoniosamente, guardó en el macuto la ropa idéntica a la que llevaba Efraín y se vistió con aquellas prendas de adefesio que borrraban definitivamente la elegancia del extinto Emilio Santillán. A continuación tomó el macuto y lo escondió entre unos matorrales, antes de iniciar la parte más compleja de la operación.

Tomó de la guantera del coche (en la que también había guardado diversos productos cosméticos con materiales inflamables) una linterna y unos guantes y, después de cerrar momentáneamente el maletero, se tendió cuan largo era en el suelo, para meterse por debajo del coche. Enfocó con la linterna el depósito del combustible, en el que días atrás, después de vaciarlo, había hecho una fisura, golpeándolo con una piedra, de tal modo que la fuga de combustible cayese exactamente sobre el colector de escape. Después de hacer la fisura, Emilio la había sellado con un plástico derretido que, ya solidificado, pudo quitar con suma facilidad, incluso con los guantes puestos, como si fuera un tapón sin rosca. Enseguida empezó a derramarse a través de la fisura un tenue hilo de gasolina.

Se levantó y se sacudió el polvo del chándal. Volvió a abrir el maletero y cortó las ligaduras que apresaban las manos y los pies de Efraín, así como la mordaza que tapaba su boca; y todo se lo guardó en un bolsillo del chándal. Comprobó que ni ligaduras ni mordaza le hubiesen dejado excoriaciones en la

piel y tomó en brazos su cuerpo a la vez rígido y desmadejado, evitando mirar sus ojos condensados de noche y horror. Mientras lo acomodaba en el asiento del piloto, la cabeza se le balanceaba como el badajo de una campana. Le cruzó el cinturón de seguridad, le puso las manos en el volante y le apartó los pies del pedal del acelerador, que Emilio empezó a pisar con ahínco, después de poner la palanca de cambios en punto muerto. El silencio de la noche se llenó una y otra vez con el rugido sordo y estéril del motor, que no podía poner en marcha el coche pero sin embargo se calentaba igualmente. Como la gasolina seguía fugándose a través de la fisura y los colectores de escape estaban cada vez más caldeados, el combustible terminó prendiendo. Cuando empezó a brotar una humareda del motor, Emilio dejó de repetir su gesto; retocó un poco la postura de Efraín y cerró la portezuela del piloto. A continuación se subió al asiento del copiloto, dejando la puerta entreabierta, y devolvió los guantes y la linterna a la guantera. Alargó la pierna izquierda y la introdujo entre las piernas inertes de Efraín, mientras metía la marcha en la palanca. A la vez que se contorsionaba para alcanzar el volante, pisó el acelerador; y de esta guisa salió del soto, mientras la humareda del combustible derramado crecía. De regreso otra vez al camino, aceleró a fondo, para que el automóvil cogiera velocidad y la transmisión automática fuera elevando la marcha. Entre tanto, las alarmas del coche habían empezado a pitar, advirtiéndole de la avería.

En apenas cuatrocientos metros, que era la distancia que lo separaba del lugar desde el que debía precipitarlo, logró poner el coche a cien kilómetros por hora, tomando las curvas de manera suicida. Pero nunca se había notado tan lúcido, tan afiladamente lúcido; era como si el alcohol ingerido hubiese desinfectado sus facultades de absurdas cautelas. La humareda que brotaba de los bajos del coche y del capó ya le impedía la visibilidad a través del parabrisas; pero conocía tan bien el camino que consiguió que la rueda izquierda delantera cayese en el socavón que partiría su eje. Y lo consiguió justo en el momento en el que brotaban las primeras llamaradas del capó. El coche se abalanzó sobre el precipicio; y, antes de saltar, Emilio tuvo la sangre fría de mirar por última vez al hombre que iba a morir por él y a regalarle una nueva vida.

Parecía como si se le estuviesen empezando a disipar los efectos de la burundanga, porque boqueaba como un pez que se ahoga fuera del agua y sus ojos lo miraban implorantes. Eran ojos de córnea veteadas por mil vasos sanguíneos, agrandados de pavor, que en un instante vertiginoso alcanzaron a comprender lo que estaba sucediendo.

—Nos vemos en el infierno, Efraín —se despidió Emilio.

Y se lanzó contra la puerta entreabierto del copiloto, que cedió fácilmente ante su peso y lo dejó caer rodando sobre el camino, mientras el coche se derrumbaba por el barranco. La caída de Emilio había sido muy violenta, pero se apresuró a levantarse, para contemplar el descenso del coche por la barranca, que allí era más escarpada que en ningún otro lugar. Resultaba fácil distinguirlo en la oscuridad, porque era ya una tea encendida, aureolada por una polvareda caliza que también parecía incendiarse a su paso. Finalmente el coche tropezó en su descenso con una cárcava, y ya no dejó de girar con gran estrépito como un trompo hasta finalmente detenerse a escasos metros del embalse de Castrejón, cuya superficie rielaba, rizada por la brisa. Allí, al fondo del precipicio, el fuego por fin alcanzó los productos inflamables que Emilio había guardado en la guantera y en el maletero. Y el estallido de su combustión sumó una llamarada azulenta al incendio general del coche, que en apenas media hora se habría convertido en un amasijo de hierros retorcidos.

Emilio se asomó a la barranca. Entre el lejano crepitar de las llamas, le pareció escuchar el lento socarramiento del mendigo Efraín, su olor a chamusquina elevándose al cielo, como un incienso caníbal. Tal vez para entonces se hubiesen disipado por completo los efectos de la burundanga y Efraín hubiese padecido en su más cruda intensidad el tormento del fuego. Emilio repudió esta idea demasiado cruel y deseó encarecidamente que su muerte hubiese sido indolora.

Ya no le quedaba rastro de borrachera, ni tampoco de resaca. De hecho, de buena gana se habría tomado entonces otra copa de *brandy*, que tal vez no podría volver a probar en los próximos dos años. Poco a poco, la crepitación del fuego se pacificaba y el silencio volvía a caer sobre el mundo como una mortaja. Emilio desanduvo el camino hasta el soto, guiado por la tenue luz de la luna, y tomó el macuto donde se juntaban sus escasas pertenencias: el pasaporte de Efraín, diez mil euros y las ropas más menesterosas que pudo encontrar al fondo de los armarios. Cargándolo sobre el hombro, reanudó la marcha, hasta llegar a una bifurcación donde, según rezaba un letrero para senderistas, se iniciaba la ruta que conducía hasta Albarreal de Toledo, donde podría tomar el autobús hacia Madrid. Eran casi seis horas de camino, pero la expectativa del ejercicio físico lo alborozaba.

Antes de iniciar la caminata, miró por última vez al fondo de la barranca. El coche era todavía una brasa que no se rendía, allá a lo lejos. Empezaba a

clarear muy tímidamente cuando le pareció escuchar, lejanísima, la sirena de la Guardia Civil, o tal vez fuese una ambulancia.

Hasta que no estuvo sentado en el autobús que lo iba a llevar desde Albarreal de Toledo a la estación de Príncipe Pío, en Madrid, no pensó en nada de lo que había hecho. Y cuando por fin el autobús inició la marcha, con mucho bamboleo y paradas en todos los pueblos del itinerario, no meditó sobre el asesinato que acababa de perpetrar, ni tampoco se detuvo a considerar su nueva condición de hombre difunto y renacido. Sus primeros pensamientos fueron para Soraya, que a partir de aquel mismo instante tendría que cargar con la parte más ingrata del ardid. Primero tendría que reaccionar con verosimilitud a la noticia de su muerte, cuando la llamasen para identificar el cadáver del mendigo Efraín. Después tendría que afrontar el difícil cobro del seguro, que los cancerberos de Provita intentarían evitar o al menos dilatar. Y a continuación tendría que repartir la suma que le pagasen entre diversas cuentas, para después ir las drenando poco a poco. Sin amigos, sin confidentes ni cómplices, sin nadie que la ayudase, en la más completa soledad durante dos largos años.

Emilio temía que Soraya finalmente se quebrase, incapaz de soportar tanta responsabilidad. Y no lo temía tanto por el fracaso de sus planes, sino por la propia supervivencia anímica de su mujer. No se le escapaba que Soraya había tenido que encajar demasiados golpes durante los últimos años. En primer lugar, el desapego de su propio marido, que ahora tanto lo abochornaba. Pero, cuando estaba en la cumbre del éxito, Emilio había comprobado que pasear a Soraya por los salones de la vida social era contraproducente para ambos, porque a ella la crucificaban, por puro prejuicio clasista, y a él lo arrinconaban, por haber sucumbido a los encantos de una paria. Le habían perdonado que hubiese perdido la cabeza por una chica de barrio, como se lo permitían a tantos millonarios y hombres de éxito; pero no le perdonaban que la exhibiese orgullosamente. Así que Emilio resolvió aparcar a Soraya en casa, como si se avergonzase de ella. Y Soraya, en justa

correspondencia, dejó de mostrarse cariñosa y solícita con él, dejó de ser su reposo del guerrero. Y, a medida que Soraya se hacía más arisca, Emilio había empezado, por responderle con la misma moneda, a retrasar siempre el regreso a casa por las noches, a aceptar todos los viajes que le proponían y hasta a inventarse viajes que no existían. Ahora era más consciente que nunca del error cometido.

Y luego estaba el asunto todavía más espinoso de Lucía. Nunca había aspirado a que su trato con Soraya fuese cordial, pero tampoco había podido imaginar que llegase a ser tan problemático. Emilio había sido desde el principio consciente de que su hija trataba de abusar de la confianza que ambos le habían demostrado, permitiéndole vivir en su casa. Pero Soraya siempre había tratado de restar importancia a las actitudes chulescas de Lucía, llegando incluso a ocultárselas con frecuencia. Y cuando por fin, venciendo el pudor, se atrevió a insinuarle lo que Lucía estaba haciendo, o intentando hacer, Emilio no le había hecho demasiado caso. Así, desoyendo las discretas quejas de su mujer, había dejado que las cosas llegasen demasiado lejos. Hasta que Soraya finalmente tuvo que resolver con coraje y en soledad una situación sumamente escabrosa. Y aquel trago la había dejado en verdad muy tocada.

Emilio había roto entonces con su hija, pero no había cuidado suficientemente a Soraya, que empezó a hundirse más y más en la depresión. Así hasta que se desató el escándalo de Hispabank, que paradójicamente había servido para ambos de revulsivo, salvando *in extremis* su amor hecho trizas. Y si el escándalo de Hispabank había salvado su amor, el asesinato del mendigo Efraín lo sellaba y blindaba. Seguramente de un modo muy retorcidamente perverso; pero la complicidad en el crimen puede ser la mejor argamasa del amor, entre gente retorcida y perversa.

En estas reflexiones pasó el viaje en autobús, que en otras circunstancias se le habría hecho eterno, y también el traslado en metro desde la estación de Príncipe Pío hasta el aeropuerto de Barajas. Con su atuendo grimoso, su barba y su melena nadie lo reconocía, lo cual era a la vez gratificante y turbador. Lo mismo le ocurrió en el atestado aeropuerto, donde ya probó a impostar su voz con acento de telenovela. En el puesto de venta de billetes de Iberia le dijeron que todos sus vuelos a Bogotá de ese día, directos o con escala, estaban completos. Más suerte tuvo con la compañía Avianca, que todavía tenía un par de plazas libres en un vuelo que despegaba en apenas tres horas. Cuando Emilio pagó su billete en metálico, el dependiente de Avianca lo contempló

atónito, como si ante sus ojos se hubiese corporeizado un dinosaurio o un alienígena. Pero Emilio, por supuesto, no se inmutó.

En el control de pasaportes, el guardia en la garita le dedicó una mirada desganada que a continuación desvió hacia la fotografía de Efraín. A Emilio todavía le costaba comprender el significado de aquellas miradas más displicentes que despectivas, más arrogantes que hostiles, que le habían empezado a dirigir, desde que asumiese su nueva identidad. Eran —pronto se daría cuenta— las miradas que se dedican a quien ni siquiera existe, a quien es borroso, irrelevante, invisible. Se dirigió hacia la puerta de embarque que habían asignado a su vuelo, para lo que tuvo que recorrer pasillos interminables, bajar escaleras automáticas y tomar un tren subterráneo que lo llevó a una terminal satélite. Entre el pasaje abundaban los colombianos alborozados de volver a su patria por unos días. Pero su alegría era modesta y dulce, nada que ver con la alegría bullanguera y engreída de algunos grupos de españoles empeñados en hacerse notar. Emilio encontró una silla vacante y probó a cerrar los ojos, para evitar la conversación con otros pasajeros y ensimismarse en sus cavilaciones. Pero de repente se organizó una gran tremolina en la puerta de embarque. Una pareja de guardias civiles había empezado a solicitar los pasaportes con formas algo expeditivas.

—Manténganse en sus asientos, por favor —dijo el más veterano en voz alta—. Si no se alborotan, todo será mucho más rápido.

Sólo exigían la identificación a los varones. Algunos pasajeros ni siquiera se inmutaban; a otros los invadía cierta desazón, tal vez porque tuviesen algo que ocultar. A Emilio lo bañó instantáneamente un sudor frío de la cabeza a los pies; y lo atenazó el pánico. Había sido un presuntuoso, al urdir aquel delirante plan y pretender burlar la acción de la justicia. Se reprendió amargamente por haber urdido aquel rocambolesco engaño y haber arrastrado a Soraya consigo. Los picoletos, entretanto, ya se acercaban al lugar donde se hallaba sentado. A los pasajeros que lo habían precedido en la inspección, después de solicitarles sus respectivos pasaportes y tarjetas de embarque, les preguntaban a qué ciudad se dirigían, en qué trabajaban, cuál era el motivo de su viaje y otras cuestiones más bien triviales que, sin embargo, Emilio no se había preocupado de preparar de forma convincente. Nunca se había molestado en indagar la biografía de Efraín, o en su defecto de inventársela en torno a los escasísimos datos que había logrado sonsacarle, entre los vapores de su borrachera perpetua. Y ahora le iba a tocar improvisar sobre la marcha ante unos picoletos que tal vez estuviesen buscando a un malhechor, que tal

vez lo estuviesen buscando a él mismo. Por un momento, pensó absurdamente excusarse de responder sus preguntas, alegando que padecía amnesia.

El guardia civil más bisoño había acabado con el pasajero que se hallaba a su vera y ya se dirigía a Emilio, que le tendió su pasaporte y tarjeta de embarque con un ademán envarado.

—Disculpe, caballero, ¿su nombre? —preguntó.

—Efraín. Efraín Cepe... Vargas Cepeda —respondió, trabucando los apellidos.

Al esforzarse por impostar un acento colombiano (que ahora le sonaba artificial y grotesco), perdía el control sobre lo que decía, como cuando hablamos en una lengua extraña que no dominamos.

—¿Cuál es el motivo de su viaje? —insistió el guardia civil.

Notó que las palabras se le quedaban atrapadas en la garganta. Susurró con un hilo de voz:

—Vuelvo a mi tierra porque no encuentro trabajo en España.

El picoletto lo miró suspicaz, dispuesto a hurgar en esa herida. Pero entonces su compañero más veterano, que solicitaba pasaportes en otra zona de la sala, recibió a través de su *walkie talkie* una comunicación.

—¡Ya lo encontraron! —voceó—. Se había escondido en los baños.

Y se fueron sin mayores explicaciones, ligeros como gamos, dejando tras de sí un rumor de cuchicheos y lucubraciones. Una mujer que estaba sentada a la derecha de Emilio repitió lo que la azafata encargada del embarque estaba difundiendo:

—Al parecer pillaron a un pasajero que transportaba droga.

Era una cuarentona de rasgos ajados que tal vez había sido exuberante en la juventud. Pero ahora esa exuberancia se había pasado de sazón, como la fruta que empieza a pudrirse. Era petisa y caderona.

—¡Juepucha, señor! ¿Qué le pasó? —se inquietó.

Emilio había empezado a temblar de forma incontenible, como si todas las tensiones acumuladas durante las últimas horas se le viniesen encima de repente. Debía de tener un aspecto espectral, porque la mujer no salía del susto.

—Nada, señora. Muchas gracias por preguntar —dijo al fin—. Siempre me pusieron nervioso estos españoles tan bruscos. Y tantos años con la amenaza de la expulsión sobre mi cabeza... acaban pasando factura.

—Yo sólo vine para visitar a unos familiares, pero enseguida noté que los españoles son muy prepotentes —añadió la mujer, dispuesta a pegar la hebra a toda costa—. Y unos corronchos también, aunque se crean muy finos.

Introducía localismos en su conversación cuyo significado se le escapaba, o sólo podía deducir por el contexto. Emilio tampoco se había preocupado de aderezar su habla con estas expresiones que le habrían dado mayor viveza. Empezaba a darse cuenta de que su pretensión de hacerse pasar por colombiano era más bien quimérica, aunque su tez morena lo hiciese en un principio verosímil. Y tanto más quimérica cuanto más se le obligase a hablar y explicarse.

—De todo hay —dijo con cautela—. Yo he estado aquí trabajando durante quince años y algo he llegado a conocerlos. ¡Hasta me contagié de su habla!

—Ya lo noté. Tiene un acento muy raro que no se sabe de dónde es. —Y lo halagó—: Pero muy chévere, en cualquier caso. Yo sería incapaz de quedarme tanto tiempo fuera. Soy tan cachaca que a los cuatro días ya estoy deseando volver. ¡Perdone, no me presenté! Me llamo Milena.

Y le tendió una mano cálida, un poco sudorosa y muy chiquita, en contraste con su cuerpo ancho y desparramado.

—Efraín, a sus órdenes —dijo Emilio, estrechándola con cortesía, pero sin demasiada efusión.

Ella, en cambio, le ofreció su expresión más radiante:

—Antes, cuando le enseñó el tiquete al guardia, vi que tenemos asiento en la misma fila.

Emilio rescató del viejo repertorio su sonrisa de hormigón armado. Reparó en que Milena llevaba una *tablet* en su bolso. Tal vez fuese su última oportunidad de saber si la muerte de Emilio Santillán ya se había difundido.

—¡Qué chévere! —exclamó, reciclando el adjetivo que Milena acababa de emplear—. Me agrada mucho tenerla de compañera. ¿Me permitiría consultar un momento su *tablet*?

Milena se la cedió gustosa y Emilio leyó los titulares de los digitales de mayor circulación. En ninguno se comentaba nada sobre el fallecimiento en accidente de Emilio Santillán. En cambio, todas las portadas se estrenaban con titulares sobre la apertura del secreto del sumario del caso Hispabank y con las peticiones de cárcel de la fiscalía para los implicados. Observó con frialdad algo rencorosa que la petición de condena para él era superior que la del resto de consejeros, que en muchos casos habían gastado más que él con su tarjeta *black*.

—Voy por una gaseosa, Efraín. ¿Quiere que le traiga algo? —se ofreció Milena.

Emilio tenía un hambre canina que hasta el momento había intentado disimular. Asesinar daba hambre, contener la inquietud tras el asesinato, todavía más.

—Pues si me trajera un sándwich de cualquier cosa, se lo agradecería mucho.

Le pareció que Milena, mientras se alejaba, contoneaba su culo ecuménico con intención lasciva, o al menos coqueta. Emilio se prometió fingirse dormido, en cuanto se acomodaran en el avión, para impedir que sus coqueterías fuesen a más. Siguió consultando los digitales, desentendido de los avatares del caso Hispabank, que le resultaban por completo ajenos, y en busca de alguna última hora que anunciara de forma sensacionalista su muerte. Pero la noticia aún no había saltado a los medios. Lo sacudió de nuevo la zozobra de que su treta hubiese sido descubierta y que para entonces Soraya estuviese entre rejas. Pero también podía ser que la policía estuviese reteniendo la información, hasta que no se hiciesen todas las comprobaciones de rigor. Devolvió la *tablet* a Milena, que ya había regresado con un sándwich de aspecto grimoso, envuelto en una funda profiláctica.

—¿Y de qué parte de Colombia es usted? —preguntó.

—De Medellín —dijo Emilio, por no apartarse de las indicaciones del pasaporte—. Pero hace tanto que me fui...

—Yo de hecho lo hacía, por el acento, de la costa, Cartagena o Barranquilla, mi corazón.

De Cartagena o Barranquilla serían, probablemente, los galanes y macizas de los culebrones que se había tragado durante los últimos meses. No se le pasó inadvertido el vocativo cariñoso empleado por Milena, que tras el contoneo lascivo auguraba también culebrón.

—Se me mezcló el acento madrileño y me salió este monstruo. Pero hábleme mejor de usted, Milena. Le aseguro que mi vida es muy anodina.

Milena se volvió a sentar, después de beber un largo trago de su refresco. Emilio hincó el diente al sándwich que, en efecto, sabía a comida sintética.

—Regento una casa de huéspedes en Germania, en el puritito centro de Bogotá. Con decirle que las habitaciones están al pie de los cerros orientales...

Parecía que estuviese tratando de alquilarle alguna, o más bien de ofrecérsela, para que se quedase a vivir allí indefinidamente.

—¿Y la regenta usted sola, sin ayuda de nadie? —se interesó Emilio.

—Mejor sola que mal acompañada —respondió Milena, que súbitamente endureció las facciones—. Estuve casada en el pasado con un mal hombre que

antes se había casado con otra y no me lo había dicho.

Habían lanzado el aviso de embarque; y sus asientos se hallaban en las filas convocadas por la azafata. Emilio fue el primero en levantarse, deseoso de abreviar sus confidencias.

—Qué rata malparida —dijo. Y se le escapó un refrán demasiado castizo —: Pero agua pasada no mueve molino...

—Y encima me tocó a mí pagar todos los gastos del proceso de nulidad. Me dejó sin plata, el muy pendejo. Pero me alegro de haberme gastado todo lo que tenía. Cualquier cosa antes que tener algo que ver con ese hijuemadre. Ahora soy completamente libre —aclaró Milena, tal vez deseosa de echar y de que le echasen el lazo—. Pero el hombre que elija tiene que convencerme mucho. A mí ya no me conquista cualquier aparecido.

Entre los pasajeros que habían entrado en el avión había un grupo de españoles cantamañanas empeñados en hacerse *selfies*, para lo que disponían incluso de una barra extensible. Hacían una piña para salir todos en la foto, aprovechaban el paso por el angosto pasillo de alguna azafata estresada para retratarse también con ella y, en general, elegían para sus fotos las poses más groseras y las risotadas más estruendosas. Emilio advirtió con desasosiego que uno de los cantamañanas, cada vez que hacía una foto, procuraba que en el tiro de cámara entrase siempre Emilio, a quien tal vez hubiese reconocido, o tan sólo le hiciese gracia que un colombiano con chándal zarrapastroso y deportivas chillonas fuese la versión barbada del atildado Santillán. Cuanto más se esforzaba el cantamañanas por incorporar a Emilio al fondo de sus fotos, más intentaba él volver el rostro, o taparlo con la *tablet* que Milena muy cortésmente le había vuelto a prestar. Así hasta que los cantamañanas fueron obligados a interrumpir su sesión fotográfica y volver a sus asientos.

—¿Y usted está casado, Efraín? —le preguntó Milena a bocajarro.

Decidió mentir, para resultar disuasorio:

—Tengo a una noviecita esperándome en Medellín. Y dos retoños que están hechos un sol. Ya no aguanto las ganas de reunirme con ellos.

El gesto de Milena se agrió, irremediablemente. Fue como ver pudrirse en cuestión de segundos una fruta lozana. Al poco esbozó una sonrisa protocolaria:

—Bueno, por si tiene que pasar la noche en Bogotá, le doy una tarjeta con la dirección y el teléfono de mi casa de huéspedes.

Le tendió la tarjeta; y un minuto después ya se había arrebuñado en la manta que suministraba la compañía, como si deseara enfajar sus lорzas y blindarlas contra el escrutinio de Emilio.

—Se lo agradezco de corazón, Milena. Nunca se sabe cuándo puede surgir la necesidad —dijo, con un poco de retintín—. Desde luego, cuando pare en Bogotá cuente que le haré una visita para presentarle a mi familia.

Despegó al fin el avión, dejando en tierra un cargamento de crímenes sin condena. Emilio se sintió liviano como una pluma. Cerró los ojos y fingió dormirse, renunciando al rancho repugnante que repartían las azafatas, por matar el hambre de los pasajeros o poner a prueba su resistencia gástrica. De vez en cuando, miraba con el rabillo del ojo a la despechada Milena, que seguía envuelta en su manta y con la atención supuestamente fija en alguna película de catástrofes conyugales.

En una de aquellas miradas con el rabillo del ojo descubrió que el cantamañanas seguía haciéndole fotos a hurtadillas.

8

Soraya se pasó toda la noche en vela, limpiando el sótano de inmundicias y achicando el agua que había dejado el lavamiento del mendigo Efraín. También se preocupó de quemar en la chimenea sus apestosos harapos y desechos capilares. Y, cuando el suelo estuvo seco, pasó media docena de veces la aspiradora, para asegurarse de que no quedase ningún resto biológico de su víctima; y, a continuación, arrojó también al fuego la bolsa de la aspiradora, con todo su cargamento de tamo y pelusas. Este fue igualmente el destino de todos los libros, mapas y apuntes que Emilio había desplegado en el escritorio de su despacho durante las últimas semanas.

Y, mientras se afanaba en la destrucción de pruebas, trataba de imaginar lo que su marido estaría haciendo, hasta montar en el avión que lo llevaría a Colombia, convertido ya en Efraín Vargas Cepeda. La impresionaba (pero también la halagaba íntimamente) que Emilio hubiese sido capaz de urdir un plan tan redondo y enrevesado, para brindarle una vida nueva. Pero para alcanzar definitivamente esa vida nueva tendrían que mostrarse ambos muy astutos y pacientes.

Terminó sus tareas de limpieza cuando ya había amanecido. Estaba exhausta; pero a la vez tan desazonada que, aunque se tumbó durante largo rato para reponer fuerzas, no logró conciliar el sueño. A las ocho encendió el televisor, por ver si la bruja de Ana Salazar anunciaba la muerte de Emilio (y estaba segura de que, cuando lo hiciese, derramaría alguna lagrimilla hipócrita ante las cámaras); pero en *Siempre juntos*, como en los demás programas basurientos de la competencia, hablaban compulsivamente de las condenas que la Fiscalía Anticorrupción reclamaba para los consejeros de Hispabank. Por supuesto, aprovechaban para enumerar, con gran despliegue gráfico, los variopintos gastos efectuados por cada consejero, reservando sus pullas más cáusticas para las expediciones prostibularias de Emilio. Pero toda aquella cochambre ya no la alteraba ni lo más mínimo. Para llevar a buen

puerto la nave que Emilio le había encomendado necesitaba pulso firme. Y no podía dejarse descomponer por naderías.

A mediodía todavía no se había anunciado en los boletines informativos la muerte de Emilio Santillán; y todas las llamadas al teléfono de casa (a las que, por supuesto, no contestó) eran de reporteros y demás patulea chismosa, tratando de recabar reacciones ante la petición de condena de la fiscalía. Tal como había concertado, Soraya acudió al final de la mañana a la consulta de su ginecólogo, que la sometió a un exhaustivo chequeo; y, tras comer en un Vips del centro muy parsimoniosamente, volvió a casa en taxi a eso de las cinco. Escuchó los mensajes que durante su ausencia habían dejado en el buzón de voz varios gacetilleros. También a su móvil desechable, que no se había llevado consigo, había estado llamando algún pelmazo o cotilla; pero, por supuesto, no se dignó devolver la llamada. Se puso una camiseta y unas mallas que se amoldaban a su cuerpo como un guante y se calzó sus botas *ugg* con forro de borreguito, con las que tan cómoda se sentía en casa cuando llegaba el invierno, y se sentó a esperar acontecimientos.

A eso de las siete de la tarde, aproximadamente, vio merodear a través de la ventana un coche de la policía nacional. Buscaba infructuosamente su casa, deteniéndose a cada poco, para descifrar la numeración de los chalés. Soraya corrió al cuarto de baño, para darse unos discretos retoques de maquillaje que disimularan los estragos de una noche pasada en vela. Había llegado el momento de empezar a mostrar sus dotes interpretativas; y tal vez aquella primera fuese la prueba más exigente. Tardó un poco en contestar a los timbrazos, para no denotar premura ni aturullamiento. Y, mientras se acercaba a la puerta, se anunció jovialmente:

—¡Ya va, ya va, jolines!

Abrió con la misma jovialidad, como si pensase que abría la puerta a su marido; pero, al tropezarse en las escaleras con dos extraños, se mostró más retraída. Tomó enseguida la iniciativa quien parecía más curtido de madrugadas y sinsabores, un hombre que frisaría la cuarentena, de aspecto vigoroso y a la vez exhausto, con la barba crecida y la ropa gastada. Le pareció un hombre que, bajo su fachada pacífica, escondía una trastienda de vergonzante violencia.

—¿Doña Soraya Aguado? —preguntó, un poco cabizbajo—. Soy el inspector Ramiro Cifuentes, del Cuerpo Nacional de Policía. Me acompaña el agente Suárez.

El agente era un pipiolo al que Soraya ni siquiera miró: la protuberancia en la zona posterior del cuello y los hombros anchos lo delataban como un

insípido cachas de gimnasio. Soraya se dirigió en todo momento a su superior:

—Mi marido no está en casa. Tal vez si vuelven un poco más tarde...

Hizo amago de darles con la puerta en las narices, o siquiera de entrecerrarla un poco, para no mostrarse en ropa de andar por casa. Pero el inspector Cifuentes dio un paso al frente, hasta ocupar el umbral.

—En realidad hemos venido a decirle...

Soraya cuidó la modulación de la voz, que todavía mostraba más extrañeza que alarma:

—¿Es que... le ha sucedido algo a mi marido?

Cifuentes cruzó con el agente un fugacísimo gesto atribulado. Luego alzó la cabeza, para dirigirse a Soraya; pero no fue capaz de sostenerle la mirada, por lástima o tal vez por pudor. Más bien por pudor, decidió Soraya, que vio asomar el sonrojo en el rostro mal afeitado del inspector.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio? —preguntó Cifuentes, en un tono neutro.

Soraya pasó de la extrañeza a la desorientación:

—Ayer por la noche. Pero hoy he estado bastantes horas fuera de casa. Tal vez haya pasado por aquí y marchado otra vez porque tuviese algún compromiso.

—Ayer por la noche... —repitió Cifuentes, ahora en un tono más luctuoso—. ¿Y le dijo adónde iba?

—No estará insinuando que mi marido se haya fugado de la justicia ni nada parecido, ¿verdad? —se encaró Soraya, pasando de la desorientación al enojo—. Emilio está deseando poder defenderse de todas las acusaciones falsas que le han hecho.

—No se me ocurriría insinuar semejante cosa —aseguró Cifuentes, compungido—. ¿Y adónde fue?

—Me dijo que tenía una reunión en una casa que Fernando Mateo, el expresidente de Hispabank, tiene en la provincia de Toledo, cerca de las Barrancas de Burujón —dijo, mientras los dos policías intercambiaban una mirada de connivencia—. Solían reunirse allí, para preparar su defensa... Pero no quiero seguir hablando, no sea que diga alguna inconveniencia. Por nada del mundo querría perjudicar a mi marido.

—No ha dicho ninguna inconveniencia, señora Aguado —afirmó Cifuentes, misericordioso—. Así ocurrió, en efecto. El propio señor Mateo nos lo ha confirmado.

—Tal vez volviese a casa, avanzada la noche —siguió Soraya—. A veces ocurre que estoy dormida y no me despierto. También es posible que haya venido mientras yo estaba en el ginecólogo... Pero ¿ustedes por qué están aquí? ¿Vienen a arrestarlo, o qué?

Había adoptado un tono amonestador, para evitar que siguiesen mareando la perdiz. La mención al ginecólogo había desazonado al inspector Cifuentes, que tal vez imaginase que Soraya estaba esperando un niño.

—Su marido tuvo un accidente la pasada noche... —empezó.

Soraya puso una cara de susto bastante convincente y enseguida otra de preocupación, como si no quisiera que una conversación tan delicada se siguiera manteniendo en el umbral de la puerta.

—Hagan el favor de pasar —dijo—. ¿Quiere... quiere decir que le ha ocurrido algo malo a mi marido?

El corazón le bombeaba sangre cada vez más rápido, pues se acercaba el momento en que debía ofrecer su mejor interpretación. Al invitarlos a entrar en casa, Soraya dio la espalda a los dos policías, para ganar siquiera unos instantes en los que no pudieran escrutar su rostro. Los imaginó, mucho más satisfechos, escrutando su culo, que las mallas delineaban nítidamente, aun en sus circunstancias más turbadoras. Tal vez no fuese un atuendo muy indicado para una viuda. Tal vez no fuese un culo muy indicado para una viuda.

—Su marido falleció anoche, señora Aguado —dijo a sus espaldas el inspector Cifuentes.

Soraya se llevó las manos a los oídos, para no oírlo, y sacudió la cabeza de derecha a izquierda, como si espantase el acoso de una pesadilla. Su actuación era tan verídica que la sangre empezó a zumbarle en las sienes, como si se aproximase un desmayo. Y notó que las rodillas le flojeaban.

—Tiene... tiene que ser una equivocación —farfulló—. Mi marido ha hecho ese camino decenas de veces. Bromeaba diciendo que podía hacerlo con los ojos cerrados. —Y, como los policías no añadían nada, aguardando a que ella se desahogase, se volvió de nuevo hacia ellos, increpándolos—: ¿Qué han hecho con mi marido? ¡Quiero verlo de inmediato!

Se dejó llevar por aquel simulacro de ataque histérico y se lanzó contra el inspector Cifuentes, como si quisiera aporrearle el pecho. Cifuentes la tomó con dulzura de las muñecas, aunque tal vez —pensó Soraya— le hubiese gustado tomarla por otro sitio, y con menos dulzura.

—Lo sentimos de corazón, señora Aguado —dijo, sin atreverse a mirarla a los ojos, mientras Soraya forcejeaba—. Está en el Instituto Anatómico Forense. Nos gustaría que viniese con nosotros, para... identificar el cadáver.

Por fin Soraya cesó en su manoteo. Dijo, en un susurro:

—¿Es completamente necesario?

—Nos tememos que sí, señora Aguado —respondió Cifuentes—. Pero no tiene que ser ahora mismo. Puede tomarse su tiempo. Puede esperar a reponerse un poco.

Soraya se derrumbó sobre el sofá del salón, desmadejada como una marioneta sin hilos. Era consciente de que la malla le marcaba obscenamente la entrepierna; pero también era consciente de que debía ganarse al inspector Cifuentes, si quería salir con bien de aquel trance. Y para ganarse a un hombre no existe mejor fórmula que inspirarle a un tiempo compasión y deseo.

—¿Van a hacerle autopsia? —preguntó, todavía sin rectificar la postura.

—Cuando alguien fallece en accidente de tráfico —le explicó Cifuentes—, el juez decreta el levantamiento del cadáver en el mismo lugar del siniestro. No se realiza autopsia, a menos que no estén claras las causas del accidente. Pero no parece ser el caso. Su marido perdió el control del coche porque se partió el eje de las ruedas delanteras...

Así que Emilio había conseguido hacer tan verosímil su simulacro que ni siquiera se haría autopsia del cadáver. Todo un triunfo. Soraya tuvo que esforzarse para que no se le notase el alborozo. Quiso disipar todas las dudas:

—Entonces... ¿por qué lo han llevado al Instituto Anatómico Forense?

—Fue por deferencia —dijo Cifuentes, que fijaba la vista en el suelo para no sucumbir a la tentación—. Al ser su marido un personaje público, y hallándose en una situación tan especial, inculpada en el caso de las tarjetas *black*, no queríamos que hubiese escándalo. Nos pareció lo más discreto. Por esa misma razón la Guardia Civil de Toledo, que fue la que notificó el siniestro al juez y la que identificó a su marido por el número de matrícula de su coche, se puso en contacto con nosotros...

—¿Y quiénes son ustedes? —preguntó Soraya, que volvía a fingir desorientación.

—La unidad de la policía adscrita a la Audiencia Nacional, dependiente de la Jefatura Central de Operaciones —aclaró Cifuentes, que levantó tímidamente la mirada, imantada por el cuerpo de Soraya—. Somos nosotros los encargados de la investigación del caso Hispabank.

Soraya se sintió examinada hasta en su más íntimo recodo, más allá incluso de lo que las mallas delineaban. Recompuso la postura, enderezándose sobre el sofá y juntando muy modosamente las piernas. También el agente Suárez mostraba signos de sofoco y turbación. Pero aquel

comparsa no le interesaba ni lo más mínimo. En todas sus preguntas siguió dirigiéndose a Cifuentes:

—Y me decía que mi marido perdió el control del coche porque se partió el eje de las ruedas...

—Así es —asintió Cifuentes—. En un socavón. El camino de las Barrancas de Burujón está, al parecer, muy mal señalizado y, en algunos tramos, discurre muy pegado al precipicio.

—Lo conozco bien —dijo Soraya, que se llevó las manos a la cara, como si lamentara que Emilio no le hubiera hecho caso—. Más de una vez le dije que se anduviera con cuidado. Había que estar sorteando baches constantemente.

—Era noche cerrada y... —titubeó Cifuentes—. Bueno, al parecer su marido circulaba a demasiada velocidad. Y es posible que en casa de don Fernando Mateo bebiera más de lo debido. Y hasta puede que influyese su estado de ánimo... El caso es que el accidente fue debido al socavón, que le hizo perder el control del volante. Y, luego, durante la caída por el precipicio, el combustible se inflamó y el coche ardió...

Soraya se mostró abrumada ante la avalancha súbita de información. Pero no podía pasar por alto cierta insinuación de Cifuentes. Reaccionó airadamente:

—Ha dicho que pudo influirle su estado de ánimo... Esa sugerencia me parece asquerosa. Mi marido estaba, desde luego, atravesando una situación muy difícil. Pero estaba lleno de ganas de vivir y de luchar para demostrar su inocencia. Me parece indignante que sugiera que pudo suicidarse.

Había logrado golpearlo y abochornarlo:

—Le juro que no pretendía sugerir tal cosa, señora Aguado. Yo tan sólo...

Pero Soraya no lo escuchaba (o, mejor dicho, fingía no escucharlo). Se levantó e hizo como que las rodillas le flojeaban. Por supuesto, como había previsto, Cifuentes se apresuró a ofrecerle su brazo, para que le sirviera de báculo.

—Iremos ahora mismo a reconocer el cadáver —dijo Soraya, con voz grave—. Voy a cambiarme y enseguida bajo.

Subió tambaleándose por las escaleras que conducían hasta las habitaciones. No necesitaba volverse para saber dónde se había clavado la mirada de Cifuentes (como la del comparsa Suárez, pero ése le importaba un comino). Y también sabía que iba a tardar mucho en quitarse de la cabeza el recuerdo de su cuerpo, de las circunstancias que le habían revelado las mallas. Tal vez, incluso, no lo olvidaría nunca, si Soraya le renovaba de vez en

cuando la visión, si conseguía soltar y recoger carrete, como hacen los pescadores duchos cuando sienten que un pez ha picado el anzuelo. Cuando al fin desapareció de su vista, los dos policías resoplaron, en un gesto ponderativo; y el agente Suárez, incluso, recortó brevemente en el aire una silueta femenina. Pero no hizo ningún comentario rijoso, para no molestar a su superior, que, aunque se había puesto tan cachondo o más que él, se hacía el caritativo:

—Pobrecilla. Menudo golpe —se lamentó—. Y aún le falta el trago de identificar el cadáver. Si supiera con lo que se va a encontrar...

—¿Está en muy mal estado? —preguntó el agente.

—De lo peorcito que he visto en mi vida —aseguró Cifuentes, que adoptó una expresión lúgubre—. La piel quemada en dos terceras partes del cuerpo. Y la cara totalmente destrozada. Y se estuvo asando durante dos o tres horas. Pero parece ser que cuando cayó por el precipicio se partió el cuello, de modo que no creo que sufriera mucho.

—¿Y van a hacerle ver eso? —se sorprendió Suárez, con un gesto de repulsión.

—Conoce el procedimiento tan bien como yo, agente. Así que deje de tocar los cojones —se encampanó Cifuentes—. ¿O cree que la obligo a identificar ese despojo por gusto?

Suárez dobló la testuz, humillado. Entonces ambos oyeron gritar a Soraya. No era un grito sollozante, ni siquiera un grito de histeria, sino más bien un intento de expulsar la rabia y el dolor. Y el grito se repitió una y otra vez, como un estribillo desesperado. Soraya había seguido las instrucciones de Emilio, evitando mostrarse en exceso llorosa o deshacerse en pamemas ridículas; pero juzgaba con buen criterio que mostrar una excesiva contención podría denotar demasiada frialdad y despertar las suspicacias de los policías. Así que había resuelto gritar hasta quedarse afónica; pues le parecía una reacción congruente que, además, la ayudaba a aliviar la tensión.

—Voy a subir a ver qué pasa —dijo Cifuentes a su subalterno—. Tengo miedo, no sea que cometa alguna locura.

Subió las escaleras de tres en tres y se guió por la procedencia de los gritos, hasta llegar a la habitación con una cama matrimonial. Soraya se había encerrado en el cuarto de baño contiguo, donde tal vez se hallase desnuda, porque había dejado desperdigadas sobre la colcha de la cama las prendas que unos minutos antes llevaba puestas: la camiseta, las mallas, incluso unas bragas mínimas, un tanga que era casi un hilo de tela y acababa de estar en contacto con las partes más recónditas de su cuerpo. Cifuentes se quedó

mirando aquellas dulces prendas por su mal halladas. Alargó instintivamente una mano hacia el tanga, pero se sintió obsceno y la retiró también instintivamente, como si quemase. Preguntó:

—¿Señora Aguado? ¿Se encuentra bien?

Del baño brotó una voz agónica a la que apenas restaba resuello, después de los gritos:

—¿A usted qué le parece? ¿Cómo se encontraría usted si le comunicasen que su mujer se ha matado en un accidente de coche?

Pero lo cierto era que, diez años atrás, al inspector Cifuentes le habían comunicado algo semejante. No sobre su mujer, pues nunca había llegado a casarse con su novia; y tampoco que hubiese muerto en un accidente de coche, sino de una leucemia que la había devorado en apenas unos meses, cuando todavía no había cumplido los treinta años. Y aunque había anticipado mil veces ese aviso, Cifuentes había quedado igualmente devastado. Nunca desde entonces había querido tener relaciones serias con mujeres, en las que prefería no reparar siquiera. Se sentía sucio haciéndolo, porque consideraba absurdamente que estaba traicionando a su difunta novia. Por eso lo desasosegaba tanto la repentina atracción que sentía por la viuda de Emilio Santillán.

—Serénesse, por favor, señora Aguado —dijo, acercándose a la puerta del baño—. Si lo prefiere, podemos postergar el reconocimiento hasta mañana. No hay ningún problema por nuestra parte.

—Cuanto antes acabemos con esta tortura, mejor —dijo Soraya—. Salgo en cinco minutos.

Cifuentes no quiso mirar otra vez hacia la cama, por no sucumbir a la tentación de tocar u olisquear el tanga. En su lugar reparó en un secreter de una madera muy bellamente taraceada, seguramente comprado en algún anticuario. Sobre su tablero había unas cuartillas escritas con una letra temblorosa y menuda, sin apenas tachaduras. Aunque tal vez fuese más obsceno que tocar y olisquear un tanga, Cifuentes no pudo reprimir la tentación de posar la vista sobre lo que parecía una larga carta y empezar a leer:

Acaba de saltar el escándalo. Ocupa los titulares de los telediarios. O, más exactamente, ocupa los telediarios completos...

Siguió leyendo en diagonal, hasta advertir que el texto se refería al escándalo de las tarjetas *black* de Hispabank. Tardó algo más en descubrir que era una larga carta que Soraya dirigía a su marido. Por supuesto, Cifuentes

sabía —como toda España— en qué se había pulido el dinero el degenerado de Santillán. Siguió leyendo:

Pero todos nuestros actos tienen consecuencias, Emilio. Y pueden causar daños muy graves a otras personas. A tu mujer, por ejemplo. Sí, Emilio, a tu sacrificada mujer. Y no me refiero tan sólo a daños morales.

Si algún tipo humano provocaba la aversión del inspector Cifuentes era el del putero. Su mismo padre lo había sido, convirtiendo la vida de su madre en un infierno de vejaciones y asco insuperable. Y, tal vez en desagravio de la madre, cada vez que tenía que vérselas con puteros, Cifuentes les apretaba las tuercas hasta donde lo permitían las ordenanzas y un poco más también. Soraya soltó otro grito en el baño; aunque menos prolongado, lo sobresaltó doblemente, porque estaba por completo absorto en la lectura de la carta. Lo sublevó que aquella hermosa mujer estuviese enamorada de un putero que le llevaba veinte años y no era más que un figurín vanidoso. Se saltó pudorosamente las partes más ruborizantes de la carta, en las que Soraya narraba las vicisitudes de su idilio con el difunto. Y así llegó a las cuartillas finales:

Hace un par de meses fui al ginecólogo, para hacerme una revisión rutinaria. Para mi estupor, me descubrió una pequeña verruga en el cuello del útero que le dio muy mala espina y me ordenó que me hiciese de inmediato unos análisis. Había sido contagiada por el virus del papiloma.

Cifuentes dejó de leer, a la vez asqueado de lo que aquel tipo le había hecho a Soraya y muy profundamente condolido. Sin sonrojo alguno, se regocijó de que ese mal bicho hubiese encontrado la muerte; y sólo lamentó que se hubiese partido el cuello, en lugar de achicharrarse en vida. Y, a la vez que albergaba sentimientos tan turbios contra el narciso y putero de Santillán, sintió que nacía dentro de él un anhelo de resarcir a la viuda por el daño que aquel hijo de mala madre le había causado y brindarle protección, ahora que se había quedado sola en el mundo. Ordenó apresuradamente las cuartillas, para que Soraya no pudiese advertir que las había fisgoneado. Salió de puntillas de la habitación y habló desde el pasillo:

—¿Necesita algo, señora Aguado?

—Nada, inspector —respondió Soraya, con la voz algo más recompuesta—. Sólo le rogaría que me esperase abajo, si no le importa. Voy a salir del baño y estoy desnuda.

Cifuentes nada deseaba más que verla desnuda. Y advirtió que era la primera vez en muchos años que un deseo semejante no le causaba desazón ni

remordimiento. Interpretó que su difunta novia, que lo estaba viendo desde el cielo, autorizaba aquel deseo. Tal vez estuviese autorizando, por primera vez en diez años, que se enamorase de otra mujer.

—Por supuesto, señora —dijo, tras un titubeo—. La esperaremos mejor en la calle.

Y bajó las escaleras, haciendo un gesto al agente Suárez, para que montase en el coche. Hacía, en efecto, diez años que Cifuentes no mantenía trato carnal con ninguna mujer; y, en las escasas ocasiones en que el deseo sexual lo apremiaba, resolvía el aprieto del modo más expeditivo y solitario. Ahora el deseo se le presentaba en una faceta muy diversa, como si quisiera abrazar el destino de aquella mujer, compartir su desdicha, fundirse en su mismo dolor. Se preguntó si estaría delirando, si sus anhelos serían enfermizos y aberrantes, una consecuencia morbosa de tantos años de soledad.

—Podemos irnos cuando lo desee, inspector —dijo Soraya, apareciendo al cabo de pocos minutos.

Se había puesto para la ocasión un jersey negro y muy pudoroso de cuello cisne, que sin embargo revelaba unos senos que —según calculó Cifuentes— colmarían exactamente el cuenco de sus manos, y unos vaqueros flojos, con los que tal vez pretendiese borrar de su memoria la imagen ceñida de sus nalgas. Pero nada se iba a borrar de la memoria del inspector Cifuentes. Y, además, aunque Soraya se hubiese limpiado el rostro de cualquier vestigio de maquillaje y recogido el pelo en una sencilla coleta, su hermosura, pálida y despojada, relumbraba más aún que antes, la hacía aún más deseable que antes. Cifuentes le abrió la portezuela del coche, invitándola a subirse al asiento trasero. Una vez que lo hizo, rodeó el coche y entró por el otro lado. Dejó entre ambos suficiente espacio para que no se sintiese importunada.

—Le habrá extrañado que no haya llorado al recibir la noticia —dijo Soraya en un tono atribulado, cuando el coche salió a la carretera que los acercaba a Madrid.

—No se crea —dijo Cifuentes, tratando de serenarla—. Llevo más de quince años de policía y tengo sobrada experiencia. Cuando la gente recibe una noticia tan impactante, se queda demasiado hecha polvo para ponerse a llorar. La procesión siempre va por dentro, al menos los primeros días.

Y la procesión que Soraya llevaba por dentro —pensó Cifuentes— tenía que ser, desde luego, desgarradora. Escarnecida ante los ojos de la opinión pública e infectada de papiloma por un tipejo al que ahora, encima, se veía obligada a llorar. Menuda papeleta. Cifuentes volvió a alegrarse de que un

indeseable así hubiese sido borrado de la faz de la tierra. Y se prometió dedicar sus esfuerzos a consolarla.

—Le agradezco mucho que esté siendo tan amable conmigo —susurró Soraya.

Y le rozó por un breve instante, apenas una décima de segundo, la rodilla con la yema de los dedos. Pero aquel contacto tan somero lo electrizó.

—¿Cómo queda ahora su situación, Soraya? —preguntó Cifuentes.

Era la primera vez que se atrevía a llamarla por su nombre de pila, aunque todavía no se lanzaba al tuteo. Había sido una pregunta inesperada y un tanto extemporánea (sobre todo porque el comparsa Suárez los escuchaba, mientras conducía), pero Soraya sabía que la complicidad del inspector podría beneficiarla mucho durante los próximos meses, incluso años. Así que utilizó también su nombre de pila:

—No sabría decirle a ciencia cierta, Ramiro. En estos últimos meses hemos pasado bastantes apuros. Muchos gastos y ningún ingreso, ya sabe. A mi marido dejaron de llamarlo de la tele y lo obligaron a dimitir de todos los consejos y fundaciones en los que estaba. Me temo que hemos vivido siempre al día, por encima de nuestras posibilidades, y no creo que me haya dejado nada... —Rectificó sobre la marcha, como si se le acabara de pasar por la cabeza—: Bueno, tenía un seguro, pero no creo que sea gran cosa.

Cifuentes, de buena gana, habría puesto a su disposición su sueldo, que no era desde luego para tirar cohetes. Pero resultaba un tanto ridículo ofrecer un sueldo modesto a una mujer que, al menos durante los últimos años, habría vivido a todo trapo.

—Imagino que para cobrar el seguro tendrá que presentar un montón de documentación, empezando por el certificado de defunción de su marido —dijo—. Esos tipos de las compañías aseguradoras son unos perros de presa tremendos. En lo que podamos ayudarla, no dude en recurrir a nosotros. El médico forense ha dictaminado que no es preciso hacer autopsia. Y yo mismo así lo defenderé ante quien haga falta.

Pero un rato antes había insinuado que tal vez Emilio tuviese impulsos suicidas, o hubiese bebido demasiado antes de montar en el coche. Soraya se dio cuenta de que Cifuentes había empezado a actuar con parcialidad. Había picado el anzuelo. Ahora había que empezar a soltar y recoger carrete. Pensó que Emilio se sentiría orgulloso de ella si pudiese verla a vista de pájaro (y tal vez en aquel mismo instante estuviese volando hacia Colombia).

—Ya hemos llegado —la avisó Cifuentes, cuando el coche se detuvo—. Le reitero que si no se encuentra con fuerzas...

—Vamos allá, no lo demoremos más —resolvió Soraya.

El Instituto Anatómico Forense tenía una fachada desangelada, como de oficina del catastro. El agente Suárez se quedó en el coche, desde donde lanzó una última mirada apreciativa a Soraya, mientras Cifuentes le abría obsequiosamente la portezuela y la guiaba, ya en el interior del edificio, a través de un dédalo de pasillos. Dejaron atrás una zona de tumulto estudiantil, donde se hallaban las aulas de disección, hasta alcanzar un área mucho menos concurrida, con cierto aire soviético. Un médico forense ataviado con bata los esperaba ante una habitación refrigerada dispuesta para el reconocimiento del cadáver. Cifuentes hizo las presentaciones de rigor, y el forense le tendió una mano displicente o tibia. Soraya calculó que sería maricón, o tal vez meapilas, o ambas cosas a la vez, y decidió que también quedaba excluido de la lista de hombres a los que convenía camelar.

—Su marido se halla en muy mal estado —le advirtió el forense, mientras entraban en la sala, fría como un iglú—. Desde luego, por las facciones le resultará imposible reconocerlo. Pero nos preguntamos si usted conoce alguna peculiaridad anatómica que nos permita...

Soraya dejó al forense con la palabra en la boca y se acercó al centro de la sala. Allí, sobre una especie de catafalco de aluminio, se hallaba el cadáver del mendigo Efraín, cubierto por una sábana blanca de la cabeza a los pies. Soraya sintió entonces algo parecido a la piedad ante la contemplación de aquel cuerpo que menos de veinticuatro horas antes había acicalado con mimo. Sintió piedad por aquel hombre —su víctima—, al que nadie echaría nunca de menos, al que nadie lloraría jamás. Y fue entonces, precisamente entonces, cuando derramó las lágrimas que no había podido derramar todavía.

—Enséñeme su cara, por favor. Necesito verla —pidió Soraya al forense.

—Como le decía, ha quedado...

—Hágalo, si la señora se lo pide —ordenó Cifuentes, muy tajante.

El médico obedeció, con un leve encogimiento de los hombros, y apartó el bozo de la sábana. La cabeza apenas se sostenía sobre el cuello, revelando la fractura. El rostro del mendigo Efraín había quedado, en efecto, prácticamente consumido por el fuego. Todos sus cabellos se habían calcinado; y con ellos, el cuero cabelludo, que dejaba asomar el cráneo mondo. Tampoco subsistían la nariz y el labio superior, aunque en cambio asomaban unos dientes caballares incrustados en la mandíbula (pues las encías se habían quedado reducidas a una gelatina chamuscada con aspecto de carne gangrenosa). En cambio se había conservado parte de la barba que ella había recortado primorosamente la noche anterior. Las mejillas estaban llenas de pústulas,

como si el fuego las hubiese hecho burbujear. Soraya apartó la vista de aquella visión execrable, volviéndose hacia Cifuentes, que sintió la proximidad de sus senos como dos palomas en cautiverio, palpitantes y ansiosas de volar.

—¿Y cómo voy a decir si se trata de mi marido? —preguntó, acuciada de nuevo por el llanto—. Podría tratarse de cualquier hombre, en realidad. Aunque, desde luego, el labio inferior es como el de mi marido, y también la barba, que últimamente se había dejado para que no lo reconocieran por la calle.

El forense murmuró:

—Por eso le dije que enseñarle la cara era hacerla sufrir a lo tonto. En cambio, sería muy interesante si recordase alguna peculiaridad anatómica de su marido que nos permita confirmar que nos hallamos ante su cadáver...

Sin embargo, el muy maricón o meapilas no había apartado todavía la sábana del cuerpo del cadáver, como si en el fondo desconfiase de Soraya y no quisiera darle pistas. Cifuentes también la miraba interrogativo. Fue un momento de tensión que Soraya dilató al máximo, por un sibaritismo del espanto que tal vez resultase un tanto sádico. Se sorbió un último sollozo:

—Emilio tenía los dedos índices de los pies más largos que los pulgares, y ligeramente montados sobre ellos —dijo al fin—. Y tenía una cicatriz en el costado izquierdo, de una vez que se hizo una herida, siendo niño, al intentar saltar una alambrada de espinos... Y, bueno... —se ruborizó— tenía... tenía tres lunares en los testículos, justo debajo de... bueno, ya me entienden. Tres lunares formando un triángulo equilátero perfecto.

Cifuentes lanzó al forense una mirada imperativa, para que apartase la sábana e hiciese las comprobaciones de rigor. El torso del mendigo Efraín estaba también abrasado, hasta el punto de que la bolsa abdominal se había abierto, derramando tripas y vísceras socarradas. Pero, curiosamente, los costados habían quedado casi intactos, protegidos por los brazos. El forense se puso unos guantes de goma y levantó el brazo izquierdo, que permitió contemplar nítidamente la cicatriz en el costado, como una firma de Longinos. Los pies, por su parte, se habían quemado más que ninguna otra parte del cuerpo, hasta mostrar la nervatura de huesos y tendones. Pero por ello mismo era más fácil percibir que, en efecto, las falanges del dedo índice eran más alargadas que las del pulgar, y se montaban sobre ellas. Por último, se aproximó a los genitales del cadáver, que también habían quedado medianamente preservados, aunque desde luego su glande ya no fuese un cíclope rojo de ira, sino más bien una bellota mustia. El doctor la alzó con su

mano enguantada y en los testículos jibarizados pudieron contemplar los tres lunares en la disposición que había anunciado Soraya. Cifuentes suspiró complacido.

—Entonces, no creo que quede mucho por hablar —dijo.

El médico forense cubrió el cuerpo pudorosamente y ratificó su parecer:

—Es evidente que nos hallamos ante el cadáver de Emilio Santillán Infante, como desde el primer momento anticiparon los agentes de la Benemérita.

Soraya se apartó con paso medroso de la mesa o catafalco sobre el que descansaba el cuerpo del mendigo Efraín. Dijo, con voz abstraída:

—Era impensable que se tratase de otra persona. Emilio jamás hubiese permitido que otro condujese su coche, ni siquiera yo.

—El coche es ahora un amasijo de hierros —comentó Cifuentes, que la tomó del hombro para dirigirla hacia la salida—. Estuvo ardiendo durante horas, hasta que unos lugareños finalmente dieron parte a la Guardia Civil.

—Viendo... el cadáver de mi marido, puedo hacerme una idea de cómo habrá terminado el coche —murmuró Soraya—. Precisamente por lo destrozado que está no me parece de buen gusto enterrarlo. Creo que incinerarlo sería más adecuado. Y más respetuoso con su memoria.

Buscó la anuencia de Cifuentes, buscó el vislumbre del deseo y de la piedad en su mirada. El inspector asintió de inmediato:

—Tiene usted toda la razón, Soraya. Si le parece bien, nosotros mismos podremos ocuparnos de los preparativos y del papeleo.

Pero, aunque recurría al plural de modestia, Cifuentes quería decir, en realidad, que él personalmente se ocuparía de que el cadáver fuese incinerado, tan pronto como fuese posible. Se despidieron del forense, que volvió a estrechar sus manos con tibieza o desgana; y Cifuentes acompañó a Soraya hasta una salita más bien sórdida, con sillas de metacrilato y un fluorescente ronroneando como un tábano en el techo, donde esperaron que les entregaran el certificado de defunción. Cifuentes se sentó al lado de Soraya y se esmeró en brindarle consuelo:

—Por fortuna, su marido murió antes de quemarse. El coche dio varias vueltas de campana, mientras caía al fondo del barranco. En alguna de ellas se partió el cuello.

Soraya asintió, con la vista clavada en el abominable suelo de terrazo. Se mordió el labio inferior, dejando sobre su carne voluptuosa la marca pálida de sus dientes, para éxtasis de Cifuentes.

—¿No han podido recuperar ningún efecto personal suyo? —preguntó.

—Sus ropas, incluso su cartera, estaban calcinadas por el fuego. Apenas queda algún retazo insignificante de tela. Hasta los zapatos están quemados... —Y añadió con encono—: Lamentablemente, no llevaba puesta la alianza.

Y señaló hacia la mano derecha de Soraya, donde en cambio brillaba aquel signo de fidelidad conyugal. Soraya la hizo girar sobre su dedo anular y esbozó un gesto entre melancólico y pesaroso:

—Hace mucho tiempo que se la quitó —murmuró—. Consideraba que le daba mala imagen en la tele, que le restaba atractivo entre sus admiradoras.

A Cifuentes le bullía la sangre en las venas. Estalló:

—Me va a perdonar, Soraya, pero su marido era un gilipollas. Y también un putero. —Y ante la reacción de asombro de Soraya, atemperó un poco su osadía—: Yo tuve la desgracia de padecer a un padre putero que hizo sufrir mucho a mi madre. Conozco bien a ese tipo de hombre. Y ninguno me repugna tanto.

No se atrevió, en cambio, a reconocer que había leído la carta de su secreter y que conocía el daño íntimo que su marido le había causado, a mayores del daño moral.

—Todos tenemos que cargar con nuestra cruz, Ramiro —dijo Soraya, en un tono resignado que lo sublevó todavía más, aunque tratase de apaciguarlo—. Tenemos que saber perdonar a quienes no se han portado del todo bien con nosotros, si no la vida se convierte en un infierno. —Hizo una pausa amarga—. Emilio tiene una hija de una relación anterior. Lucía, se llama. Creo que debería saber lo ocurrido cuanto antes.

Cifuentes la miró ya no sólo con deseo y piedad, sino también con admiración. Soraya volvió a llorar sin ruido, con un llanto liberador con el que descansaba al fin de las muchas fatigas de las últimas veinticuatro horas. El agotamiento es una tristeza sin épica.

—La encontraremos en un periquete, no se preocupe, Soraya —la tranquilizó—. No puede imaginar lo fácil que es localizar hoy en día a alguien, con los adelantos de la tecnología digital.

—No, no puedo imaginarlo —dijo Soraya, elevando a duras penas la voz entre las lágrimas.

Y volvió a tocar otra vez la rodilla de Cifuentes. Pero esta vez terminó posando allí su mano durante casi un minuto, sin decir ni una sola palabra, ni esperarla del inspector. Y, cuando por fin la retiró, dejó en su piel un rescoldo vivo que ya nunca se iba a apagar.

Hacía un frío que apergaminaba las caras. Así, los asistentes, aunque estuviesen pensando en las musarañas, podían impostar un gesto consternado y fúnebre.

Habían acudido al cementerio casi todos los consejeros de Hispabank involucrados en el escándalo de las tarjetas. Componían juntos, con sus poses severas y las solapas de los abrigos vueltas hacia arriba, un sanedrín delictivo que los fotógrafos que pululaban por doquier no cesaban de retratar. Naturalmente, habían venido para mostrarse ante la opinión pública como mártires que ya empezaban a padecer bajas, víctimas de la persecución judicial.

También habían acudido algunos tertulianos casposos que pugnaban por ocupar el hueco dejado por el difunto, para después poder cotillear sobre la ceremonia en sus respectivas letrinas televisivas, así como varios cronistas de sociedad, que con sus aspavientos y sus atuendos de colores chillones daban a la ceremonia un aire de carnavalada. No había acudido, en cambio, ningún político a la ceremonia, tampoco ninguno de los magnates o mangantes que hacía apenas unos meses escuchaban los diagnósticos charlatanescos de Emilio sobre la evolución de la economía como si fuesen vaticinios del oráculo de Delfos.

Y había venido Ana Salazar, la diva televisiva que había logrado hacer la última entrevista al difunto. Iba disfrazada de viuda de Chanel, con unas gafas de sol que le disimulaban la última inyección de bótox en las patas de gallo y, de paso, le permitían ensayar una pamema de llanto sin lágrimas. Los reporteros la habían asaltado a la entrada del cementerio, donde había entonado las loas del difunto, recomendando olvidar al Santillán de los últimos meses, depredador de los ahorros de la gente humilde, para quedarse con «el hombre que a todos nos sedujo con su labia y su sonrisa». A la

Salazar el frío le remangaba el labio superior, inflado de rellenos, y convertía sus pucheritos en rictus abominables.

Soraya avistó también al inspector Ramiro Cifuentes, que se mantenía alejado del columbario donde discurría la breve ceremonia. Se había preocupado, en efecto, de agilizar la cremación de los restos, ayudando a Soraya con el papeleo. Y lo había hecho al mismo tiempo con suma discreción y suma disponibilidad, con una abnegación que era el preámbulo de una estrategia de cortejo. Soraya sabía que en los próximos meses tendría que lidiar con los galanteos del inspector Cifuentes con mucha mano izquierda, sabiendo dar largas sin resultar disuasoria. Emilio no le había especificado cómo debía obrar en una situación así; pero suponía que le habría recomendado marear la perdiz hasta donde pudiera, e incluso dejarse algún pelo en la gatera por el bien de la causa. Pues la ayuda de Cifuentes, en efecto, podía resultar extraordinariamente valiosa en sus forcejeos con la aseguradora Provita.

—Desata, Señor, el alma de tu siervo Emilio de todo vínculo de pecado; para que resucitado viva gozoso en la gloria, entre tus santos y elegidos. Por Cristo Nuestro Señor.

—Amén.

El cura de guardia en el cementerio roció con el hisopo el nicho donde había quedado guardada la urna con las cenizas del mendigo Efraín, para el mundo Emilio Santillán Infante. Acabados los responsos, los presentes fueron abandonando el columbario de uno en uno, como en una pasarela de la infamia, para que los fotógrafos pudieran retratarlos de frente y de perfil para las revistas del corazón y la ficha policial. Antes de marchar daban el pésame a Soraya, que a todos correspondía con una sonrisa desvaída, como si estuviera a punto de desmayarse. Era su modo de fingirse desolada; pero lo cierto es que estaba más exultante que nunca. Pues con aquella ridícula ceremonia se coronaba con éxito la primera fase de la misión que Emilio le había encomendado.

Cuando terminó de recibir los pésames y condolencias, alzó el rostro hacia el bosque de cruces que se estiraba en lontananza, esperando la resurrección de la carne. Soraya caminó por el paseo central, flanqueado de cipreses, hacia la salida del cementerio. Se había levantado un ventarrón que apenas le permitía avanzar y además dificultaba su equilibrio, pues se había calzado zapatos de tacón. Tal vez porque estaba demasiado ocupada en mantenerse en pie, no reparó en la figura flaca y desgarrada que le había salido al paso hasta que la tuvo encima. Pero cuando lo hizo, no necesitó ni

siquiera mirarla a la cara para reconocerla: el pelo teñido de rojo y cortado a cepillo y los *piercings* en cejas y orejas bastaban para identificarla. Soraya sintió una floración repentina de mariposas en el estómago, como vulgarmente se dice (aunque era más bien una sensación de vértigo y vacío a un tiempo). Y la sangre empezó a batirle en las sienes, como una alarma instintiva. Había aprendido que, allá donde estuviese Lucía, se hallaba el peligro.

—Cuánto tiempo, Soraya.

Se atrevió al fin a mirarla. Estaba más escuálida que nunca, más pálida y demacrada también, y con los ojos muy irritados, tal vez de haber llorado, tal vez de haber velado, tal vez de haber envenenado su sangre. Pero a pesar de los signos de deterioro (que su juventud hacía más inquietantes), seguía siendo una muchacha muy guapa. O al menos así se lo parecía a Soraya. Así se lo había parecido siempre, incluso cuando Lucía se había comportado más odiosamente con ella.

—Me alegra verte, Lucía —mintió—. Y te agradezco mucho que hayas venido. Creo que a tu padre le habrá gustado.

Se miraron mutuamente, azotadas por el ventarrón cada vez más recio. Lucía había anticipado aquel encuentro con la imaginación cientos de veces; y se había prometido que no se alteraría ni se dejaría arrastrar por el tumulto de sentimientos contradictorios que Soraya le provocaba. Pero le había bastado volver a verla para intuir que todos sus propósitos resultarían vanos.

—No digas chorradas, Soraya. A mi padre le habrá caído como el culo. Igual que a ti.

Resguardó las manos en los bolsillos de su cazadora militar en cuanto Soraya desvió la mirada hacia ellas, hacia sus uñas mordisqueadas, hacia su dorso invadido de tatuajes, tal vez también de cicatrices.

—Quizá haya llegado el momento de firmar la paz, Lucía —dijo, en un esfuerzo por ganársela—. Ambas tenemos ya suficientes frentes abiertos.

Se preguntó si la muerte del padre la habría ablandado, como ocurre con tantos hijos que en vida odiaron a sus progenitores y luego empiezan a embellecerlos en el recuerdo. Se preguntó también si la muerte del padre la animaría a reanudar su acoso contra ella, a hostigarla otra vez con su amor compulsivo y desnortado, con su odio también desnortado y compulsivo. Se preguntó, en fin, si Lucía se habría tragado el simulacro de la muerte de su padre, o si albergaría sospechas de lo realmente sucedido.

—¿Cuánto hace que murió exactamente? —le preguntó a bocajarro.

—Dos días... —vaciló Soraya—. Dos días hizo la pasada noche. ¿Por qué?

Lucía esbozó una sonrisa irónica que se convirtió en un mohín de asco:

—Sí que te has dado prisa en incinerarlo... Y sin que le hagan autopsia. Me pregunto si no lo habrás matado tú.

Lo había dicho en un tono entre jocoso y hastiado, pero en cualquier caso revelador de que albergaba suspicacias sobre lo sucedido, aunque fuesen desencaminadas. A Soraya no se le escapaba que cualquier suspicacia podía poner en peligro la misión que Emilio le había asignado. Procuró que su voz sonase a la vez tajante y comprensiva:

—Basta, Lucía. No digas disparates. Te ciega el odio. Ambas ganaríamos más...

—Aquí sólo ganas tú —la cortó, sarcástica—. Y no me ciega el odio. Me cegaste tú, con tus falsas atenciones y tus juegucitos malévolos. Y finalmente te las has arreglado para dejarme al margen en todo.

Había perdido la compostura y se encaraba con Soraya, fuera de sí, arrinconándola contra el tronco de un ciprés.

—¿Al margen? —balbució Soraya—. Durante todo este tiempo no he hecho otra cosa sino intentar que tu padre recapacitase y se reconciliase contigo. Incluso...

Iba a decirle que incluso había tratado de que volviera a nombrarla beneficiaria del seguro de Provita, para que ambas se hubieran podido repartir la indemnización. Pero Lucía estaba desquiciada. Y ya no había marcha atrás.

—¿Incluso qué? —la hostigó.

—Incluso estuvimos tratando de localizarte, sin éxito —mintió Soraya, para no tener que reconocer que Emilio se había negado a cualquier tipo de arreglo—. ¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿Y cuánto hace de tu marcha? Al menos un año.

—Casi dos años, más bien —dijo—. He estado en Malta. Y no creo que hubiese sido tan complicado localizarme. Para empezar, habríais podido dejarme un recado en mi Facebook.

Esta vez Soraya no tuvo que encubrir a Emilio con falsedades:

—Ya sabes que tu padre odiaba internet. Pero te juro que te llamé en varias ocasiones. Siempre tu teléfono me daba una señal muy rara, como si estuviese desactivado.

Lucía alzó la mirada al cielo anubarrado, como si suplicase ayuda divina. Tal vez sólo fuese un gesto delator de su locura.

—Estaba desactivado —subrayó, hosca—. Pero te lo agradezco igualmente. Ahora tendrás mucho más fácil localizarme. Me he instalado en Fuenlabrada.

—¿En Fuenlabrada? —se extrañó Soraya.

—Sí, qué pasa. ¿Te parece un sitio demasiado cutre? No todas podemos vivir en Las Rozas, como tú.

La expectativa de tenerla tan cerca, rondándola, espiándola, estudiando sus movimientos (y pronto tendría que moverse mucho, siguiendo las instrucciones de Emilio), la intimidó. Afectó camaradería:

—Me parece un sitio estupendo. Te recuerdo que no soy una pija —dijo, completamente en serio—. Pero ¿por qué Fuenlabrada?

—He conseguido trabajo de dependienta en una zapatería —proclamó, con un orgullo que a Soraya le pareció patético—. Y, además, el alquiler me sale allí infinitamente más barato que en Madrid.

Soraya se miró sus ridículos zapatos de tacón, tan presumidos e incómodos. Le gustaban mucho más las botas Doctor Martens que llevaba Lucía, estampadas con motivos góticos de doncellas y dragones. Calculó que habrían corrido a cargo de su primer sueldo en la zapatería, que imaginó dirigida a una clientela de tribus urbanas.

—A tu padre le hubiese gustado que estudiases una carrera... Eso me dijo cuando nos conocimos.

Se hizo un silencio afilado entre ambas; y el viento intentaba todavía sacarle más punta. Lucía la miró de un modo que se pretendía duro e indiferente, pero ocultaba un meollo de debilidad:

—Durante estos últimos dos años, desde que me marché de vuestra casa, ¿te hablaba de mí?

Soraya consideró mentir, para confortarla. Pero resolvió que tampoco le convenía hacerlo:

—Lo cierto es que no —respondió—. Tenía yo que sacarle el tema, y aun así se resistía. De todas maneras, todo habría sido mucho más sencillo si hubieses llamado en alguna ocasión.

—¿Estás de broma? —preguntó, desafiante—. ¿Después de lo ocurrido encima me reprochas que no llamase?

A Soraya le pareció detectar un temblor en su labio, como si la merodease un ataque de furia. Trató de calmarla:

—Jamás le conté a tu padre lo sucedido...

—Venga ya, Soraya —se revolvió terca—. ¿A quién quieres engañar a estas alturas? ¿Y entonces cómo es que mi padre me echó de casa?

—Cuando tu padre volvió, yo estaba en un estado de *shock*. ¿Tengo que recordarte lo que hiciste? Nunca en mi vida lo pasé peor. Tu padre me notó muy alterada, al borde del ataque de histeria, con una llorera que no podía controlar. Y enseguida se olió que eras la causante de mi estado... —Trataba de resultar conciliadora, pero comprobó que era en vano—. Bueno, no me apetece seguir hablando de ese asunto. Es demasiado desagradable.

Por el cielo cruzó una bandada de pájaros furiosos que tal vez fuesen vencejos. Pero a Soraya le parecieron cuervos.

—Así que mi padre se murió pensando que yo era una degenerada —resumió Lucía.

—Tu padre se murió pensando que necesitabas una ayuda que siempre te negaste a recibir... —la corrigió Soraya.

—Quieres decir que quería encerrarme en un manicomio e inflarme a pastillas hasta que dejase de ser lesbiana —se burló cínicamente.

—No, Lucía —dijo Soraya, con hastío y desesperanza—. Tu padre quería que te examinase un psiquiatra, para que dejaras de... hacerte daño y pusieras un poco de orden en tu caos. Yo amaba a tu padre de veras, Lucía. Y tú estabas destruyendo nuestro matrimonio. Por celos, por resentimiento, porque necesitas matar todo lo bueno que hay a tu alrededor. Por lo que sea. Pero yo amaba de veras a tu padre, por mucho que él también me hiciese sus putadas, y no podía permitir que te cargases nuestro matrimonio y que encima destrozases su buen nombre. Porque lo que hiciste lo hubiera puesto en la picota si llega a saberse...

—Ya se puso en la picota él solito, yéndose de putas —dijo al fin Lucía, despectiva e hiriente—. Se ve que lo que le dabas no le satisfacía demasiado.

Soraya hizo caso omiso de la pulla:

—Tal vez tengas razón. Pero ahora no estábamos hablando de eso. Yo te quise siempre, Lucía, te hubiese podido querer como una madre, o como una hermana mayor... Pero no podía quererte como tú pretendías. Era demasiado fuerte para mí. Era demasiado fuerte para cualquier persona que no haya perdido la cordura.

Sacudió la cabeza, como si quisiera espantar la inminencia del llanto, que sin embargo ya había acudido a sus ojos. Lucía la miró inexpresiva, como si su dolor no le afectara, o necesitase demostrarse que no le afectaba.

—No llores, por favor —suplicó, con voz átona.

Soraya asintió repetidamente, llevándose un pañuelo a los ojos.

—Te pido perdón en lo que pudiera ofenderte —dijo—. Todavía podemos ser buenas amigas.

El viento le sopapeaba el rostro y agitaba sus cabellos, de súbito serpenteantes como los de Medusa. También le pegaba la blusa al cuerpo, resaltando sus senos redondos y firmes, con los pezones erectos por el frío. Dio un paso hacia Lucía, en un intento de abrazarla, para sellar la reconciliación. Lucía volvió la cara, para no mirar su cuerpo, que tantas veces había visto florecer en sueños.

—Está bien, Soraya. Dejémoslo ahí.

—Y, por supuesto, tienes las puertas de casa abiertas para lo que necesites —insistió Soraya—. Sólo tienes que pedírmelo.

Muy delicadamente, sin forzarla, tomó una de las manos laceradas de Lucía y la envolvió entre las suyas, como si la fuese a vendar. Luego la atrajo hacia su blusa, como si quisiera resguardarla también en su corazón, entre los senos que el viento delataba. Lucía por un momento se dejó hacer, pero enseguida reaccionó como si las manos de Soraya le quemasen la piel.

—Eres tú la enferma y no yo —escupió, rabiosa—. ¿Qué es lo que me estás sugiriendo?

Soraya la miró perpleja, sorprendida de no haberse hecho entender:

—Ahora que te falta tu padre, creo que tengo ciertas obligaciones contigo —explicó—. Tan sencillo como eso. Pero, vamos, si te ofende que te ofrezca mi ayuda...

Lucía se avergonzó de haber imaginado una insinuación lúbrica en sus palabras. Pero tapó su vergüenza con una mayor hostilidad:

—Desde luego, con el pastizal que van a pagarte, no te costará mucho ayudarme...

—¿De qué pastizal hablas? No me consta que vayan a pagarme ningún pastizal.

Entre el bosque de cruces, avanzaban subrepticios varios fotógrafos. Se habían provisionado ya de suficiente carroña, pero aquel coloquio o enfrentamiento entre la esposa y la hija del difunto era una carnaza a la que no podían renunciar. Soraya los descubrió con el rabillo del ojo. Pero Lucía permanecía ajena a su presencia:

—Sabes perfectamente a qué pastizal me refiero —dijo—. No hablan de otra cosa en los programas de cotilleo. Al parecer, la póliza que mi padre firmó con Provita, cuando hizo para ellos aquella campaña publicitaria, es de órdago.

Soraya se refugió detrás del tronco de un ciprés, para dificultar el trabajo de los fotógrafos, o para sostener su cada vez más mermada fortaleza. De nuevo volvía Lucía a agredirla con sus suspicacias, por el momento

desencaminadas. Pero ¿quién le aseguraba que no terminase cayendo en la cuenta de lo sucedido? Se preguntó si le estaría pidiendo, a cambio de su silencio, una participación en las ganancias. ¿Debía llegar a algún tipo de arreglo con ella? Lamentablemente, Emilio no estaba allí para darle una respuesta. Pero si le ofrecía una parte de la indemnización, Lucía podría pensar que se trataba de una especie de resarcimiento; y no se conformaría con la parte que le diese, y seguiría reclamando, importunando, asediando, chantajeando. Además, Emilio había precisado que había que dejarla al margen. Y si algo tenía claro Soraya era que tenía que seguir las instrucciones de Emilio al dedillo. No obstante, quiso ser magnánima:

—Lo que sí te aseguro es que cumpliré siempre la voluntad de tu padre —aseguró—. Y como tu padre en cierta ocasión me dijo que le habría gustado que estudiases una carrera... Puedes contar con mi ayuda, si decides hacerlo.

—¡Oh, cuán generosa eres! —se burló Lucía—. No pienso pedirte jamás ni un mísero céntimo. A fin de cuentas, él quiso que tú fueras la única beneficiaria...

Soraya dio la conversación por zanjada. Se esforzó por aparentar seguridad:

—Si no estás de acuerdo, te recomiendo que acudas a los tribunales.

Y arrancó a caminar hacia la salida, zigzagueando entre las tumbas, para dificultar su tarea a los fotógrafos carroñeros. Era un avance penoso, porque el viento la golpeaba de frente y los tacones de los zapatos se clavaban en la tierra húmeda, que parecía querer tragarla en su seno, incorporándola a la legión de los muertos. Lucía la seguía mucho menos penosamente, pues las botas que calzaba eran idóneas para caminar sobre el barro. Y no dejaba de atormentarla:

—Tengo la corazonada de que mi padre no murió de forma accidental.

—Ya. E imagino que sospechas que lo he matado yo. ¿Me crees capaz de eso?

—De eso y de mucho más —la zahirió.

Soraya se detuvo, harta de soportar vejaciones. Su respiración era casi afezante:

—Lástima que la muerte de tu padre ocurriese a cien kilómetros de casa. Lástima que las causas del accidente hayan sido perfectamente establecidas. —Notó que estaba a punto de ponerse a vociferar y se aplacó—: Pero tal vez lo maté por telepatía, tal vez guié su coche hasta el barranco en sueños. Te recomiendo que, si quieres enterarte con pelos y señales de todo lo sucedido, hables con la policía.

—Ya lo hice —se encaró Lucía—. Hablé con un tal inspector Cifuentes, al que por cierto no le costó tanto como a vosotros localizarme en Malta. Parecía tu portavoz oficial, el puto pringao. Me flipa la habilidad que tienes para comerle el tarro a la gente. —Y abandonó el tono retador para añadir, mohína—: Aunque a mí también me lo comiste, cuando te interesó, para hacerte la buenecita delante de mi padre.

A Soraya la invadió una sensación aplastante de desaliento. Era muy dura la carga que Emilio había echado sobre sus espaldas. Y tendría que sobrellevarla sin compartirla con nadie, sin desahogarse con nadie, durante dos largos años.

—No voy a seguir discutiendo contigo, Lucía —dijo, con voz hastiada o claudicante—. Búscate otra a quien martirizar.

Arrancó otra vez a andar, pero Lucía seguía mordiéndole los calcañares, como una serpiente:

—Mi padre conducía de puta madre. No me lo imagino derrapando en un precipicio. Si la policía se niega a escucharme, hablaré con Provita.

Habían alcanzado al fin la salida del cementerio. Atrás quedaban los muertos antiguos; afuera los hombres temerosos de morir, ansiosos de morir, invadidos siempre por el cáncer sigiloso de la muerte. El tráfico hacía casi inaudibles sus palabras:

—¿Cómo puedes ser tan tozuda, Lucía? No podrás probar nada. Dices que no imaginas a tu padre derrapando en un precipicio. ¿Tú qué sabes lo que pasaba por la cabeza de tu padre? —se enfadó—. Mientras tú estabas en Malta, tu padre estaba atravesando un infierno aquí. Estaba muy deprimido. Había empezado a beber. Ya no era ni la sombra del hombre que fue.

—¿Me... me estás sugiriendo que pudo suicidarse? —balbuceó Lucía.

—Yo no te estoy sugiriendo nada. Sólo digo que tu padre estaba atravesando una situación muy difícil. Todos sus falsos amigos le habían dado la espalda, había perdido sus fuentes de ingresos, en la calle lo insultaban y escupían. —Hizo una pausa y esbozó una mueca sardónica—. Pero no te hagas ilusiones. Aunque se hubiese suicidado, te daría lo mismo. A ti y a los capullos de Provita. El riesgo de suicidio queda cubierto en la póliza que firmó. Aunque, por supuesto, si tú les llegas dispuesta a soltar mierda, te utilizarán en su beneficio. Pero al final sólo habrás logrado arrastrar todavía más el nombre de tu padre por el fango. Tú sabrás lo que haces.

Se volvió hacia la carretera, en un gesto ostentoso de desdén, para buscar un taxi que la llevase hasta Las Rozas.

—Tienes, en el fondo, toda la razón —reconoció sarcásticamente Lucía—. Nunca podré probar nada. Conseguiste que destruyeran la principal prueba. Conseguiste que convirtieran en cenizas el cuerpo de mi padre, sin que le hicieran ni siquiera la autopsia. Enhorabuena.

Soraya murmuró, exasperada:

—Yo no conseguí nada, niñata. Fueron el juez y la policía quienes lo autorizaron.

Pero aquellas últimas palabras ya no las pudo oír Lucía, que finalmente había desistido de su asedio y se alejaba, acera adelante, en busca de alguna estación de metro que la acercara a su destierro de Fuenlabrada. Soraya vio alejarse la figura desgarrada y escuálida de Lucía, como una cigüeña que se ha caído del nido y vaga errante, incapaz de alzar otra vez el vuelo. Pero su aparente fragilidad escondía un carácter obsesivo y tenaz que podría desbaratar sus planes. Soraya maldijo a Emilio por no haber previsto este inconveniente. Y entonces apareció el inspector Cifuentes.

—Me quedé rezagado, atendiendo a unos periodistas. Hay que saber torear a esa gentuza —dijo, orgulloso de sus habilidades. Pero enseguida reparó en la palidez de Soraya—: ¿Qué le ha ocurrido? Parece que ha visto un fantasma.

—Ojalá hubiese visto un fantasma —respondió—. Pero se trata de algo mucho peor. Ha vuelto Lucía, la hija de mi marido. Y ha vuelto llena de odio contra mí.

Cifuentes propuso acercarla hasta Las Rozas en su coche. Lo había aparcado a escasos cincuenta metros de allí, en una calle en la que estaba prohibido hacerlo, sirviéndose de sus prerrogativas policiales. Antes de abrir la portezuela del copiloto, Cifuentes lanzó una mirada pesquisidora a derecha e izquierda, para asegurarse de que los *paparazzi* no los estaban acribillando. Soraya entró en el coche con mucho miramiento, evitando que se le alzase la falda y Cifuentes pudiera vislumbrar sus muslos fibrosos. Sabía que se había enamorado de ella como un becerro; y temía que cualquier descuido gestual o indumentario pudiera ser interpretado por él como un estímulo. Desconocía, sin embargo, que Cifuentes ni siquiera necesitaba este tipo de estímulos de naturaleza carnal. Un rato antes, mientras la observaba en el columbario, enlutada de la cabeza a los pies, le había parecido más deseable que nunca, más desvalida que nunca, más digna de ser amada que nunca.

—Ya noté yo que esa chica estaba llena de odio, o por lo menos de rabia, cuando hablé con ella por teléfono —dijo, mientras arrancaba el coche y hacía la maniobra para desaparcar—. ¿Qué demonios busca? ¿Dinero? Porque

tampoco la noté tan afectada por la muerte de su padre... Es más, en algún momento me pareció que la consideraba un justo castigo.

—No, no creo que busque dinero —contestó Soraya—. O no tan sólo. Le acabo de ofrecer ayuda económica y la ha rechazado. Busca venganza. Quiere machacarme, para resarcirse de ciertos... roces que tuvimos en el pasado. En su delirio está dispuesta a acusarme del asesinato de su padre.

Cifuentes llevaba constantemente la mano derecha a la palanca de cambios, como si buscara que en alguno de aquellos movimientos la mano de Soraya se interpusiera en su camino y poder así rozar su piel, posarse sobre ella, incluso entrelazar los dedos con ella.

—¿Se lo ha dicho así, abiertamente? —se sorprendió.

—Me lo ha soltado en un par de ocasiones, de forma bastante chungu —dijo Soraya, que permanecía con las manos muy púdicamente enlazadas sobre su regazo—. Y me ha amenazado con meter los perros en danza a los capullos de Provita.

Cifuentes pensó que Soraya tal vez dejaba las manos sobre el regazo como expresión de vergüenza, por una conciencia del oprobio que el putero de su marido le había causado, contagiándola de papiloma. Le fastidiaba no poder brindarle mayor consuelo; pero no podía reconocerle que había leído sin su permiso aquella carta desgarradora que Soraya había dejado sobre su secreter.

—Sin embargo, no creo que Lucía sea capaz de hacer daño a una mosca —dijo Cifuentes, tratando de quitar hierro al asunto—. En el fondo, esa muchacha lo que tiene es el típico síndrome del «príncipe destronado». O de la princesa, más bien. Nunca soportó que su padre se casase con una mujer a la que siempre vio como una rival. Freud en estado puro.

Soraya prefirió no desengañarlo, metiendo en el guiso el lesbianismo de Lucía y su morbosa fijación por ella, tampoco las escabrosas pulsiones autodestructivas que la obligaban a infligirse cortes en la piel. Freud en estado puro, en efecto; pero en su versión de cloaca. Además, tampoco quería denigrar a Lucía. A fin de cuentas era su hijastra; y, en otro tiempo, su amiga.

—Ya no es ninguna niña —dijo, sucintamente—. Y le aseguro que es capaz de hacer mucho daño, si se lo propone. Y no solamente a una mosca.

—Hablé largo y tendido con ella el otro día —le contó Cifuentes—. Como te dije, no nos costó ni cinco minutos localizar su teléfono. Estaba en Malta, trabajando de fregona en un hotel. No paraba de quejarse del trato que ha recibido de su padre y de ti. Debí de confundirme con su psicoanalista.

Se había pasado al tuteo con la más absoluta naturalidad; aunque Soraya sospechó que lo había calculado al milímetro. Pero le siguió la corriente:

—Simplemente se dio cuenta de que eres un hombre comprensivo... —dijo, lanzándole un halago y a la vez un reproche—. Y trató de camelarte.

—Sólo que yo no me dejo camelar tan fácilmente —se pavoneó Cifuentes—. Ha debido de sufrir mucho. Pero no debes darle tanta importancia. Nos pidió que le dejáramos identificar el cadáver; pero tú ya lo habías identificado de forma inequívoca. Así que no accedimos. En algún momento se puso un poco chulita y tuve que pararle los pies. Un poquito de por favor, niña, que tu papaíto era un putero.

No había podido dominar el impulso de denigrar al difunto, aun a riesgo de resultar un tanto rudo ante Soraya, incluso de reavivar su dolor. Pero conocía casos de mujeres ultrajadas por sus maridos que, al quedarse viudas, desarrollaban un absurdo síndrome de Estocolmo e idealizaban sus figuras. Cifuentes no iba a permitir que ella incurriese en esa deriva. Mientras conducía en silencio, notó que Soraya hacía esfuerzos por no llorar. Cuando por fin se repuso, dijo:

—Lucía piensa que te he comido el tarro. Y que por eso no ordenaste que hicieran autopsia.

—Lucía no tiene ni puta idea de nada —saltó Cifuentes, todavía más rudo—. No había razón alguna para hacer autopsia. Además, quienes dictaminan lo que debe hacerse son el forense y el juez que asiste al levantamiento del cadáver. Yo sólo soy un mandado al que le cayó el marrón de rebote, por estar tu marido implicado en el caso Hispabank...

—Si a mí no me tienes que explicar nada, Ramiro. De sobra sé yo que no te he comido el tarro ni nada parecido.

Y esta vez sí puso su mano sobre la mano de Cifuentes, apoyada en aquel momento en la palanca de cambios. Notó que su pulso se alteraba, se ponía a dar saltos y cabriolas, se desbocaba y disparaba, hasta casi hacerle perder el control del volante.

—Si hubiese mandado hacer autopsia es cuando habría prevaricado —continuó Cifuentes, una vez repuesto de la impresión—. Cumplí con mi obligación; no por ayudarte, sino por respeto a mi oficio. Y cuando los de Provita nos envíen a sus investigadores, los atenderé con mucho gusto y les mostraré que todo está en regla. Faltaría más.

Se había embalado, aprovechando que la carretera estaba libre. Tal vez hubiese infringido las limitaciones de velocidad, aprovechándose de sus

prerrogativas policiales. Soraya le apretó la mano, antes de soltársela. Su voz sonó emocionada:

—No sabes cuánto te lo agradezco. A veces me siento tan sola...

Irrumpieron en su urbanización a una velocidad desmesurada que la obligaba a sujetarse en las curvas, para que su cuerpo no se balanceara, como si persiguiesen a un criminal. Pero Cifuentes sólo perseguía su deseo.

—¿Puedo invitarte a comer? —preguntó, después de frenar en seco el coche ante el seto que rodeaba su chalé.

A Soraya no se le escapaba que tenía con él una deuda de gratitud que de un modo u otro tendría que pagar. Pero tampoco se le escapaba que, si se apresuraba a pagarla, Cifuentes querría más y más, hasta pedirle lo que ella no quería darle.

—No me parece prudente, Ramiro —dijo—. Tú mismo lo acabas de señalar. En los próximos días vas a tener que atender a los investigadores de Provita. No creo que convenga que nos vean juntos.

Cifuentes asintió, pesaroso y a la vez arrepentido de su temeridad.

—Está bien, chica fuerte. Te lo compro.

—Te equivocas, Ramiro —le dijo ella, mirándolo melosa—. Soy demasiado débil, por eso te digo que no.

Y, antes de abandonar el coche, le dio un beso precipitado en la mejilla. Fue apenas un espectro de beso, pero Cifuentes sintió el ascenso de la adrenalina como un magma dispuesto a desbordarse y estallar.

Emilio había alquilado un cuchitril a las afueras de Bogotá, en el suburbio de Monteblanco, en un edificio que se había quedado a medio construir, con la fachada de ladrillo sin encalar y las vigas de hormigón (armado, como su difunta sonrisa) enseñando el esqueleto. Que apenas tuviese un ventanuco por el que con dificultad cabía su cabeza no le importaba demasiado, pues ante todo quería no ser visto mientras permanecía allí, que era sólo el tiempo que dedicaba a dormir y a leer; y, además, cerca de Monteblanco había un vertedero que, cuando el viento soplaba del sur, invadía con el hedor de la putrefacción todo el suburbio.

El alquiler del cuarto era muy barato y los gastos de Emilio, mínimos. Se había propuesto vivir con trescientos euros al mes (que en Bogotá daban mucho más de sí que en Madrid, sobre todo si se vivía en el extrarradio), cuatrocientos como máximo, para poder aguantar los dos años antes de regresar a España, y reservando además una cantidad suficiente para comprar el billete de avión para la vuelta. Guardaba el dinero debajo del entarimado del cuarto, envuelto en una bolsa para que no lo royese los ratones; y al comienzo de cada mes extraía los trescientos o cuatrocientos euros que convertía en pesos en cualquier casa de cambio. Se alimentaba con la comida casi siempre grasienta, pero muy gustosa, que ofrecían los vendedores ambulantes a un precio módico: huevos pericos, arepas, empanadas, patacones y una fritanga de la más baja estofa que mataba el hambre al instante, pero era como inyectarse colesterol en vena: chicharrones y chunchullos, morcillas, bofes y chorizos, con su guarnición de yuca y bien regado todo con salsa de ají. Y para que aquellas bombas calóricas no obturasen por completo sus arterias, caminaba durante horas por la ciudad, hasta llegar a conocer todos sus barrios. Había conseguido no llamar la atención de nadie; o, dicho más exactamente, había conseguido que su aspecto menesteroso (sus chándales y camisetas albanokosovares le

resultaban de gran utilidad) lo tornase por completo invisible, que es exactamente lo que Emilio pretendía, para evitarse problemas. Si alguna vez lo apretaba el apetito sexual, se acercaba a la zona de tolerancia del barrio de Santa Fe, una cuadra debajo de la avenida Caracas, entre las calles 20 y 22, donde las guarichas se ofrecían en los andenes, negras y blancas, mulatas y mestizas, indias y orientales, tratando todas de engatusar a los transeúntes con sus dulzuras fingidas y sus senos como albardas, ofreciéndose por un precio tan módico como el de la fritanga que vendían los vendedores callejeros.

Pero no recurría a los servicios de las guarichas más que una vez cada dos o tres meses; y lo hacía más bien por la negra honrilla de no masturbarse. Habitualmente, dedicaba sus días a caminar, que era la actividad que le resultaba más gustosa, porque le permitía separarse del resto del mundo y disfrutar de la soledad. Había descubierto que, para no ser molestado por nadie, para no provocar curiosidad en nadie, bastaba con no perturbar el flujo del tráfico humano. No iba nunca más deprisa que los demás, tampoco se quedaba nunca rezagado, ni obstaculizaba a quienes venían detrás; y así pasaba siempre inadvertido. Había observado, además, que en las calles atestadas de Bogotá (como probablemente ocurriese también en las de Madrid, sólo que él no se había fijado hasta entonces) la gente, cuando camina, adopta una mirada vidriosa y desenfocada que le impide reparar en lo que ocurre a su alrededor. Emilio se movía de un extremo a otro de la ciudad y se sentaba a descansar en los parques, para ver pasar a los bizcochitos, sin que nadie le hiciese caso. Sin dar papaya, como decían los bogotanos. Efraín Vargas Cepeda se había convertido en un hombre completamente anónimo.

Tal vez fuesen los mercados los lugares por donde más le gustaba pasear. En el barrio de La Aurora había descubierto uno en el que se perdía durante horas, mientras los vendedores anunciaban sus productos con voces recias que atronaban el recinto y alcanzaban las calles adyacentes, como el rumor de una trifulca o de un partido de fútbol disputado. Aquel mercado tenía un techo transparente que aprovechaba al máximo la luz del sol; y se ramificaba en multitud de corredores que se extendían paralelos de sur a norte y de oriente a occidente, en tres pisos superpuestos, inundados de olores que golpeaban la pituitaria. En una zona se alineaban las frutas tropicales (mangos y maracuyás, guanabanas y curubas, chirimoyas y zapotes, chontaduros y tamarindos); en otra las carnicerías, con venta de animales vivos que el comprador podía llevarse a casa, para darles allí matarile, o pedir que se los matase el tendero. Había también puestos de especias y hierbas aromáticas, también de artesanías (con sus canastos de cabuya y de fique) y de bebidas

calientes, donde a veces Emilio se tomaba un tinto o un aguapanela con pedacitos de jengibre y jugo de limón, si todavía le quedaban pesos suficientes para llegar a fin de mes. Y había, en fin, vendedores de muebles viejos, de ropas viejas, de baratijas viejas e incluso de papeles viejos que se podían comprar al peso. Y hasta el puesto de los papeles viejos se encaminaba Emilio cada semana, después de embriagarse con todas las fragancias y fetideces del mercado. Porque allí cargaba cada semana con un montón de revistas y periódicos españoles atrasados que el tendero le guardaba por un precio ínfimo.

No sabía cómo tales revistas y periódicos llegaban hasta allí. Emilio dedujo que los traía algún empleado de la limpieza del aeropuerto de Bogotá, que los recolectaba en los aviones procedentes de Madrid. Desde luego, se notaba que los periódicos y revistas ya habían sido leídos y manoseados, a veces les habían cortado hojas y otras la tinta estaba borrosa o difuminada. Pero nada de esto importaba a Emilio. Se había impuesto no conectarse jamás a internet, ni siquiera en un establecimiento público, ni siquiera para consultar las noticias, obsesionado con la idea de no dejar rastros; y aquellos periódicos y revistas venían de perillas a su propósito. Los cargaba hasta su cuchitril en Monteblando y allí, tumbado sobre el camastro, a la luz de un flexo de pantalla oxidada, se dedicaba a hojearlos, en busca de noticias y comentarios sobre el escándalo de Hispabank y también sobre su propia muerte. En esta labor de búsqueda podía pasarse noches enteras en vela. Y, mientras tanto, los ratones correteaban por debajo del entarimado.

Así supo que por fin había empezado el juicio contra los consejeros de Hispabank, que durante semanas, mientras se sucedían sus declaraciones ante el tribunal, volvieron a ser vilipendiados y zaheridos. Las fotografías de los periódicos los mostraban muy demacrados y alopecicos, tan viejos que parecían sus propios abuelos. Durante el tiempo que había durado la instrucción del caso, les habían descubierto otros chanchullos financieros: cuentas en paraísos fiscales, fraudes tributarios, operaciones bursátiles dudosas, sociedades instrumentales regentadas por testaferros, blanqueo de capitales y otras cochinerías semejantes. Todo un entramado que se había desvelado cuando la policía intervino sus ordenadores, sus teléfonos móviles, todos los artilugios electrónicos desde los que daban órdenes a sus asesores fiscales, a sus apoderados, a sus agentes de bolsa, a sus fiduciarios. El escándalo de las tarjetas *black* sólo había sido, a la postre, la punta de un iceberg de proporciones colosales que iba a aplastarlos bajo su peso. Leyó algún reportaje en el que se detallaban las vidas desbaratadas de aquellos

hombres que apenas un año atrás se creían los reyes del mambo: dimitidos de todos sus cargos, inhabilitados para el ejercicio de sus profesiones, abandonados por sus mujeres, execrados por sus hijos, con todas sus propiedades y cuentas embargadas, convertidos en carne de banquillo que tarde o temprano daría con sus huesos en la cárcel, mientras gastaban los últimos retales de su fortuna en pagar abogados chupópteros y fianzas mastodónticas. «Espero que termine pronto esta pesadilla, ya sólo quiero descansar, aunque sea en prisión», confesaba en una entrevista sobrecogedora Fernando, el expresidente de Hispabank y anfitrión de las reuniones en Burujón, para entonces reducido a un guiñapo, descorbatado y con la barba crecida, con media docena de causas pendientes, entre ellas una denuncia por malos tratos de su mujer, que acababa de divorciarse de él. «A veces, me tiente el suicidio», reconocía en un pasaje especialmente patético de la entrevista. Una vida arruinada para siempre, como la de todos los implicados en el escándalo, que ni siquiera podían salir a la calle a comprar el pan, si no deseaban ser vituperados y escarnecidos en público.

Cualquiera de aquellos desgraciados envidiaría su vida anónima y desastrada en Bogotá. Y ni siquiera podría soñar con la vida nueva que Emilio había urdido, en combinación con Soraya, lejos de España y respaldados por una fortuna que, administrada con prudencia, les duraría hasta la vejez. Emilio leía también con fruición las noticias sobre su muerte aparecidas en la prensa española. Aunque no se ocultaban sus tejemanejes con las tarjetas de Hispabank, predominaba en casi todas las informaciones un tono consternado y hasta plañidero, con declaraciones muy afectadas de personajillos abyectos que en los últimos meses de su vida le habían negado el pan y la sal y, de repente, resaltaban los aspectos «más luminosos» de su personalidad. Incluso llegó a leer con regocijo alguna necrológica abiertamente elogiosa en la que se ponderaban sus «aportaciones a la ciencia económica» y su valor en «la denuncia de la escuela keynesiana». Pero lo cierto era que, si Emilio había denunciado esa escuela, era porque sus patrocinadores se alineaban en la escuela contraria y siempre conviene tener contentos a los que pagan. Y lo que el necrólogo llamaba «aportaciones a la ciencia económica» no eran más que alardes charlatanescos sin otro propósito que justificar los desmanes del gobierno, que a cambio lo enchufaba como asesor de ministerios y grandes compañías. Pero la muerte —descubrió entonces Emilio—, sobre todo cuando es prematura e impremeditada, todo lo embellece y perdona.

La muerte, en efecto, lo había salvado póstumamente del desprestigio que se ensañaba con el resto de consejeros de Hispabank. Especialmente

instructivos eran los reportajes sobre su entierro que habían publicado las revistas del corazón, en los que contrastaba la actitud austera de Soraya con los aspavientos lacrimosos de Ana Salazar, la diva televisiva, que había acaparado todo el protagonismo (tal vez ya se oiese que los ejecutivos de su cadena habían decidido darle una patada en el culo, por carcamal y mamarracha). La revista *Hola* había publicado en exclusiva un reportaje mucho más interesante —al menos para Emilio— que captaba el encuentro en el cementerio de Soraya y Lucía; aunque las fotos eran ambiguas (en alguna, incluso, Soraya tomaba la mano de Lucía entre las suyas), predominaba cierto aire de conflicto y querrela familiar. En números sucesivos de *Hola* se dedicaban numerosas páginas a Soraya, «la joven viuda de Emilio Santillán», que según se revelaba estaba librando una batalla a cara de perro con la compañía Provita, para cobrar el seguro suscrito por su marido. Y se ilustraban estas revelaciones con fotografías insustanciales, en las que Soraya aparecía paseando briosa por las calles (el viento alborotaba su melena y alzaba el vuelo de su falda), o correteando en mallas por un parque próximo a la urbanización (y una mancha de sudor resaltaba la raja de su culo), o entrando cabizbaja en alguna oficina bancaria, parapetada detrás de unas gafas de sol y aferrada a un bolso muy abultado que Emilio imaginaba atestado de billetes. A la vista de aquellos reportajes, dedujo que Soraya se estaba convirtiendo a su pesar en diana de la curiosidad morbosa de los medios. E imaginó que su figura estaría siendo glosada en multitud de programas de cotilleo, a los que sin embargo nunca había acudido, según se desprendía de los comentarios biliosos recogidos en la sección de chismes de un periódico pretendidamente venerable: «Te haces más de rogar que la viuda de Santillán», escribía el plumilla, haciéndose eco de la resistencia de Soraya a conceder entrevistas (y se rumoreaba que en un programa de máxima audiencia le habían ofrecido un cheque en blanco). También leyó en alguna parte que, aunque había cobrado una indemnización millonaria y era requerida en multitud de eventos y saraos, la viuda de Emilio Santillán llevaba una vida alejada del bullicio y de todo lo que oiese a notoriedad. No faltaban tampoco los comentaristas que la presentaban como una nueva Penélope, asediada por mil pretendientes y fiel sin embargo a la memoria de su difunto marido, «que sigue siendo, por el momento, el único hombre en su vida». La cursilería de aquella última frase emocionó a Emilio y le brindó un consuelo muy necesario en medio de su aislamiento. No en vano alguien escribió que lo cursi abriga.

Soraya estaba cumpliendo puntiliosamente sus instrucciones y siguiendo al dedillo sus consejos. Llevaba una vida discreta, había logrado rodearse de un halo de misterio y se las había arreglado para no conceder ni una sola entrevista. Emilio estaba seguro de que, detrás de sus paseos solitarios con la melena alborotada y sus visitas a las oficinas bancarias parapetada detrás de unas gafas de sol, se ocultaban todos los trasiegos dinerarios que le había encomendado. Estaba seguro también de que, aunque no hubiese concedido ninguna entrevista, mantendría muy zalameramente engolosinados a unos cuantos periodistas, para poder hacerles revelaciones ruidosas en caso de que intentasen perjudicarla desde Provita. Emilio estaba orgulloso de haberse casado con una mujer como Soraya, seguramente no tan distinguida en los salones ni tan fogosa en la cama como él hubiese deseado; pero obediente en todo y siempre dispuesta a sacarle las castañas del fuego, como se desprendía de los periódicos y revistas atrasadas.

Habían transcurrido ya más de diez meses (casi la mitad de su previsto exilio) cuando Emilio leyó en un ejemplar de *Hola* una noticia con llamada en portada que lo inquietó, al menos en un principio. En ella se especulaba con la posibilidad de que Soraya hubiese encontrado «de nuevo» el amor; y se aportaban, a modo de débil indicio, unas fotos chapuceras y granulosas tomadas con teleobjetivo en las que Soraya aparecía comiendo (en una pizzería bastante cutre, por cierto) con un amigo al que, según se especificaba, había conocido «con motivo de la muerte de su marido». En las fotos no se percibía la menor expresión de afecto en Soraya, que ni siquiera se mostraba risueña (aunque, desde luego, su acompañante la contemplase con ojos de cordero degollado, mendigando su amor). Y, al salir del restaurante, no se tomaban de la mano, ni se rozaban siquiera (incluso se percibía en el gesto de Soraya cierto envaramiento o incomodidad); pero lo cierto es que el acompañante le abría muy obsequioso la portezuela de su coche, en el que Soraya entraba, y ambos marchaban, lejos del escrutinio de las cámaras. Emilio se quedó muy apesadumbrado y empezaron a rondarlo las dudas y los celos. Volvió a leer atentamente el texto que acompañaba las fotografías, tan chapucero como ellas mismas. Al acompañante de Soraya no se le identificaba, ni se mencionaba su profesión; pero, puesto que Soraya lo había conocido «con motivo de la muerte de su marido», no parecía peregrino suponer que fuese policía. El modo en que lanzaba miradas vigilantes a derecha e izquierda, para controlar si alguien los estaba observando, mientras Soraya montaba en su automóvil, así lo sugería. Y todavía resultaba más significativo que el coche estuviese aparcado ante una señal que prohibía

hacerlo, excepto para carga y descarga de vehículos; lo que denotaba un desparpajo en el incumplimiento de las normas de tráfico que sólo se permiten los policías muy conscientes de sus prerrogativas. Como el tipo, además, le pareció un hombre de aspecto algo gastado al que Soraya no correspondía demasiado en sus atenciones, dedujo que su relación con él sería de pura conveniencia. Pensando esto, se tranquilizó. Pero a la vez le dolió enormemente que, por lealtad, Soraya tuviese que sacrificarse hasta ese extremo. Porque los favores que obtuviese de aquel hombre —de eso Emilio estaba seguro— no iban a salirle gratis.

Para no dejarse derrotar por los pensamientos funestos, para no ceder ante los recelos y las aprensiones, Emilio daba paseos cada vez más largos, procurando siempre que su mente quedase en blanco, hasta olvidarse de todas sus preocupaciones, hasta olvidarse de sí mismo. Así lograba alcanzar una cierta paz, un saludable vacío interior que le permitía sobrevivir a un presente opresivo y a un futuro lleno de interrogantes. Mientras vagaba por las calles de Bogotá, conseguía que todos los lugares se volviesen borrosos e iguales, hasta perder la referencia del sitio en que se hallaba, como si caminase por una especie de limbo. Procuraba, sin embargo, mantener cierta recurrencia en sus caminatas. Un día determinado de la semana se acercaba hasta el mercado del barrio de La Aurora, donde recogía sus remesas de prensa atrasada; otro día visitaba tal o cual parque en Usaquén o en Los Nevados (cualquiera le servía, con tal de que le permitiera caminar mucho); otro se encaminaba hacia la plaza de Bolívar, cónclave de turistas y ociosos. Y, en general, elegía siempre lugares muy concurridos donde su gesto cada vez más sombrío pasase inadvertido entre las diversiones desenfadas de la multitud.

Un día, cuando estaba a punto de cumplir su primer año de estancia en Bogotá, todo empezó a torcerse. Se hallaba precisamente en la plaza de Bolívar, sentado en el muro que se prolonga alrededor del monumento central, y contemplaba en su derredor el vuelo de las palomas, los niños que merodeaban los carritos de los vendedores de helados, las parejas de enamorados que se hacían arrumacos y los fotógrafos callejeros que ofrecían sus servicios a los paseantes. Era una tarde apacible; el sol espejeaba en las losas del suelo y cosquilleaba voluptuosamente la piel, invitando al sueño. Emilio se quedó amodorrado casi sin darse cuenta y permaneció durante unos minutos con los ojos cerrados. Repentinamente los abrió; y descubrió, a escasos diez o quince metros, a un hombre que lo estaba escrutando fijamente. Desde luego, no era colombiano; y su primera impresión fue que se trataba de un español. Aunque iba disfrazado de turista, se movía y actuaba

como si estuviese en la plaza cumpliendo una encomienda. Emilio se sobresaltó. Desde que se instalase en Bogotá, nunca nadie se había fijado en él con tanto ahínco. Nunca nadie se había quedado mirándolo de forma tan intensa, como si tratase de discernir las facciones que se ocultaban detrás de su barba y su melena. Tal vez sólo fuese un curioso impertinente, como aquel cantamañanas con el que había coincidido en el avión. Pero también podía ser un periodista que anduviese detrás de su pista, o un detective contratado por Provita, o incluso un agente al servicio de la Interpol.

Aquella noche no pudo dormir, atormentado por la inquietud. Y a los pocos días sus sospechas se intensificaron, cuando volvió a avistar al mismo hombre en el parque de Usaquén, fundido entre la multitud que abarrotaba un mercadillo próximo. Y las sospechas se convirtieron en certezas cuando descubrió a ese mismo hombre sentado en la buseta que lo llevaba de regreso a Monteblanco. No bajó en la misma parada que él, sino que siguió ruta; pero, evidentemente, estaba haciendo el paripé. Pues su propósito no era otro sino circunscribir el lugar donde residía Emilio; y ya lo había conseguido.

En los siguientes quince días, no se atrevió a salir de su cuchitril. Había comprado provisiones en una tienda próxima; y se dedicó obsesivamente a leer la prensa española atrasada. No encontró, sin embargo, nuevas referencias a su caso que le permitieran explicarse aquel extraño merodeo. Cuando finalmente se atrevió a reanudar sus paseos, el tipo no volvió a hacerse visible. Y eso que Emilio puso especial empeño en sorprenderlo. Pero se lo había tragado la tierra. Tal vez se tratase, en efecto, de un simple curioso, de un turista güevón, de un cacorro con ganas de rumba. Emilio consiguió convencerse de que todos sus temores eran paranoias producto de la soledad y el aislamiento. Hasta que un día, al volver a su cuarto, descubrió que le habían entrado a robar.

El asaltante había estado hurgando en su macuto, en el que por fortuna Emilio no guardaba nada comprometedor. Y se había llevado los casi cinco mil euros que guardaba debajo del entarimado, que para entonces eran toda su fortuna. A simple vista, un robo rutinario, como tantos otros miles de robos que a diario se perpetran en Bogotá. Pero estaba seguro de que el móvil era distinto al de cualquier otro robo. Lo que el ladrón pretendía era que Emilio, para salir del aprieto, utilizase una tarjeta de crédito; o, todavía mejor, que solicitase ayuda a España, por teléfono o correo electrónico, pidiendo que le enviaran dinero. Así su perseguidor sabría si él era, como su pasaporte declaraba, Efraín Vargas Cepeda, o más bien Emilio Santillán Infante. Pero

no iban a doblegar su voluntad tan fácilmente; no iban a hacerlo caer en la trampa.

Aquella misma noche Emilio abandonó el cuarto clandestinamente, todavía sin comprender del todo la nueva situación a la que se enfrentaba. Nunca se había planteado seriamente ganarse la vida en Bogotá, seguro de que le alcanzaría con el dinero que se había traído de España, si sabía racionarlo al máximo. Y la posibilidad de dormir en un albergue, en compañía de vagabundos pulgosos y borrachos empapados de vómito, lo abrumaba. Decidió finalmente refugiarse en un parque próximo, lindante ya con el monte y atravesado por el río Tunjuelo, aun a riesgo de que los tombos lo arrestaran por vagancia. Pero allí la hierba era fresca y mullida, óptima para el descanso; y había arbustos muy tupidos que lo protegían del relente. Al abrigo de uno de esos arbustos durmió aquella primera noche, usando el macuto donde guardaba la ropa como almohada; señal de que su agotamiento era aún mayor que su miedo.

Al día siguiente, todavía le quedaba algo de calderilla en los bolsillos y pudo engañar el hambre con un poco de fritanga. En los días sucesivos, conseguir comida se convirtió en un problema prioritario; pues, aunque procuraba llevar una vida sedentaria para no gastar energías, el estómago seguía reclamando su tributo. Terminó aceptando con gran quebranto moral que, si no quería perecer por inanición, tendría que alimentarse, rebuscando en las canecas de basura, con los desperdicios que tirasen los domingueros, después de merendar en el parque. Al principio, le daba mucho asco llevarse a la boca restos de comida que desconocidos habían mordisqueado con sus dientes infestados de gérmenes y bacterias; pero, poco a poco, fue perdiendo el escrúpulo y aceptando que, puestos a contar gérmenes y bacterias, ninguna dentadura podía competir con la suya. A veces comía frutas podridas o mendrugos de pan mohoso; y sufría vómitos y diarreas espantosas, o fiebres que iban y venían y lo dejaban tullido.

Por fin se había convertido en la réplica perfecta de Efraín Vargas Cepeda. Aunque todavía guardaba algún chándal de repuesto en el macuto, en previsión de que algún día lo necesitase, sus ropas estaban cada vez más descoloridas y harapientas, más mugrosas y hediondas. Sus cabellos enmarañados hormigueaban de piojos; y la barba le amarilleaba con la grasa de los desperdicios que se le escurrían por las comisuras de los labios. En apenas un par de meses, Emilio se había convertido en una persona distinta a la que había sido, selvática y huidiza de la luz del sol, que se tiraba las horas muertas rascándose la sarna hasta hacerse pústulas en la piel, o escachando

liendres. Aunque espiaba obsesivamente los movimientos de los paseantes y ociosos que frecuentaban el parque, nunca volvió a avistar al curioso impertinente que había destruido su simulacro de paz y robado sus ahorros (porque Emilio seguía convencido de que ambos eran el mismo hombre), obligándolo a convertirse en un vagabundo. A medida que pasaban los días, su obsesión por aquel hombre misterioso se fue relajando. Y, en el marasmo de su indolencia, llegó incluso a olvidarse de él, como en general llegó a olvidarse de su vida anterior en compañía de Soraya, cuando se rifaban su sonrisa de hormigón armado en platós televisivos y recepciones palaciegas. Al tratar de recordar aquella vida, le parecía que formase parte de un sueño, o de un mundo extinto.

Su aspecto debía de ser cada vez más repulsivo, porque a veces sorprendía a la gente burlándose de él, o haciendo gestos de asco cuando se acercaba. Los niños pequeños lo miraban estupefactos y lo señalaban como si fuese un ogro o algún raro homínido antediluviano. Y las mujeres, cuando paseaban solas, se alejaban de él, despavoridas. Pero Emilio aceptaba todas estas humillaciones como una parte integrante de su vida cotidiana. En las noches más frías, se juntaba a la orilla del río Tunjuelo con otros vagabundos y desarrapados que se calentaban en derredor de una fogata, o ponían en común las inmundicias que habían recolectado en la basura y el vino agrio como el vinagre que los emborrachaba a la vez que los hacía vomitar. Todos ellos habían renunciado a la esperanza de salir de la marginalidad, que al menos les permitía vivir al margen de las servidumbres y convenciones de la vida social, como en una Arcadia de la cochambre donde nada estaba prohibido. El propio Emilio, en medio de su enajenación, llegó a contemplar con gusto un porvenir semejante.

Cuando llegó la temporada de las lluvias, casi todos aquellos vagabundos que acampaban junto al río se dispersaron por los albergues para mendigos que había diseminados por la ciudad. Pero Emilio prefirió quedarse en el parque, abrigado por sus harapos y usando como chubasquero las bolsas de plástico que los domingueros arrojaban por doquier. Dormía en un gran contenedor metálico de basura, donde la lluvia repiqueteaba con un golpeteo infernal y se formaba un vaho fétido que apenas le permitía respirar; pero al menos así podía pasar la noche sin empaparse. Como la tapadera del contenedor estaba abollada y no encajaba del todo, quedaba abierto un hueco que le permitía respirar y no morir asfixiado por los vapores de la basura. Pero una noche unos conchudos con ganas de guasa le echaron un chorro de gasolina por el hueco, le prendieron fuego y sujetaron la tapadera, para que no

podiera salir y se ahogara con el humo de la chamusquina. Y se reían como locos y aporreaban el contenedor como si fuese un tambor, mientras Emilio se desesperaba por apagar el fuego.

Finalmente lo dejaron salir, entre insultos y carcajadas, cuando sus pulmones estaban a punto de rendirse. Convertido en un guiñapo y abrazado a su macuto, que había logrado salvar de la quema, Emilio se arrastró hasta el río Tunjuelo, para lavarse las quemaduras. Se quitó sus harapos chamuscados y se metió desnudo en el agua, que, aunque contaminada y fangosa, le pareció la fuente cristalina en la que se contempló Narciso. Prolongó su baño durante casi una hora, entregado a cavilaciones funestas. Era como si de repente hubiera recuperado la cordura y cobrado conciencia de su situación terminal. Tenía que reaccionar, si no quería hundirse para siempre. Pensó, por primera vez en muchos días, en Soraya, que le estaría esperando en Madrid, deseosa de iniciar una nueva vida; pensó en los muchos esfuerzos que les había costado urdir su plan. No podía rendirse. No había matado a un hombre para ahora dejarse morir.

Salió del río y buscó en su macuto la única ropa medianamente limpia (aunque impregnada por los efluvios de la basura) que para entonces le restaba. Eran el chándal y las zapatillas con que había viajado a Colombia, el chándal y las zapatillas con los que se había disfrazado, justo antes de despeñar por las Barrancas de Burujón al mendigo Efraín. Los había preservado, como una reliquia de aquella noche en que había trocado su identidad. Y decidió volver a ponérselos entonces, como quien dispara el último cartucho. Al vestirse aquellas ropas (que apenas un año antes le hubiesen parecido ridículas), lo poseyó una sensación de irrealidad, tan acostumbrado estaba a vestirse con andrajos. Tuvo que palparse el pecho escuálido, los brazos entecos, los muslos magros, para comprobar que seguía siendo él, que no era un fantasma del pasado. En un bolsillo del chándal descubrió una tarjeta arrugada y borrosa que leyó con dificultad, como si la lectura también formara parte de una vida anterior y remotísima.

Era la tarjeta que, un año atrás, le había dado Milena, su compañera de asiento en el avión que lo trajo a Bogotá. Allí figuraba la dirección de la casa de huéspedes que regentaba, al pie del cerro Monserrate, en pleno centro de la ciudad. Lo había invitado amablemente a hospedarse allí, tal vez con intenciones libidinosas a las que entonces Emilio había hecho ascos, porque consideraba que Milena era una mujer demasiado ajada y pelma, o por un prurito de lealtad a Soraya. Ahora aquellos escrúpulos se le antojaban ridículos; y el hallazgo de la tarjeta, providencial.

Emilio ya se había comido, como el hijo pródigo de la parábola, las algarrobas de los puercos. Había llegado el momento de hacer una visita a Milena, arrepentido de su pasada actitud orgullosa, y decirle, puesto de rodillas: «Milena, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco ser ni siquiera tu amante. Trátame como a uno de tus criados».

La había citado el mismísimo presidente de Provita en las oficinas centrales de la compañía, allá al final del Paseo de la Castellana, en el barrio de La Paz. Soraya, por supuesto, acudió vestida de riguroso luto. Provita ocupaba las plantas más elevadas de uno de los rascacielos de fachada acristalada que se habían levantado en los confines de la ciudad, como obeliscos megalómanos o reclamos para discípulos de Bin Laden. Mientras subía en el ascensor, acompañada de un azafato o mayordomo que la esperaba a la entrada del edificio, tuvo la certeza de que la habían citado en aquel lugar para impresionarla, para abrumarla, para apabullarla con un despliegue de poderío. La condujeron hasta una sala de reuniones muy diáfana, de mobiliario minimalista o galáctico, con un ventanal enorme ocupando por completo la pared frontal, como un trampolín para suicidas. Allá abajo, al fondo del vértigo, los transeúntes que se movían por las aceras parecían diminutos e irrelevantes insectos. Soraya se preguntó si las grandes compañías elegían siempre como sede las plantas más altas de los rascacielos para tener esa visión cenital de la gente, para poder confundirla sin remordimientos de conciencia con diminutos e irrelevantes insectos.

Por supuesto, la hicieron esperar durante un largo rato, sin ofrecerle siquiera un vaso de agua, para que sus resistencias se fuesen desmoronando. El inspector Ramiro Cifuentes ya la había prevenido contra esta argucia, que es la misma que emplea la policía antes de empezar el interrogatorio de los sospechosos, cuando quiere que canten *La Traviata*. Ramiro le había aconsejado que, en lugar de ponerse nerviosa, aprovecharse aquel tiempo para ordenar sus pensamientos y repasar su estrategia. Así, cuando al fin tuviera que enfrentarse con los capullos de Provita, estaría mucho más segura y confiada, trasladando el desconcierto a la otra parte.

—Disculpa, Soraya. ¿Te ha tocado esperar mucho? —le preguntó sarcástico el presidente de Provita, mientras estrechaba su mano.

Era un tipo de aspecto grimosín, uno de esos cincuentones obsesionados con mantener un aspecto juvenil, de pelo ratonero probablemente implantado y dentadura llena de fundas. Vestía, como los dos borrosos y enjutos acólitos que lo flanquearon en la mesa, un traje muy apretado, como para empitillarle el pitilín, y corbata de tirilla.

—En absoluto. Acababa de llegar, de hecho —mintió Soraya—. Ni siquiera me ha dado tiempo a sentarme.

Lo hicieron los cuatro, dejando a Soraya enfrente de ellos, con todo el sol que entraba a través del ventanal dándole en los ojos. El presidente y sus acólitos, sentados a contraluz, parecían un tribunal que fuese a examinarla.

—Hemos dudado mucho si convocarte, Soraya, estando la muerte de tu marido todavía reciente —empezó el presidente de Provita, insistiendo ofensivamente en el tuteo—. Imagino que sabrás que tu marido suscribió con esta compañía un seguro de vida, en el marco de una campaña publicitaria de gran ambición. Un seguro de vida formalizado en unas circunstancias, digamos... excepcionales que, lamentablemente, han cambiado mucho desde entonces.

Cifuentes le había recomendado que se comportase como una mosquita muerta, ignorando todas las insidias de sus oponentes, hasta que llegase el momento de descargar toda la artillería.

—¡Y tanto que han cambiado! —dijo, con una sonrisa cándida—. Sobre todo para mi marido, que ha muerto. Si he de serle sincera, nunca estuve muy al tanto de las circunstancias en que se firmó ese contrato, ni de las condiciones que en él se establecieron. Piense que Emilio lo firmó antes de conocerme. Me acuerdo, desde luego, de aquella campaña publicitaria. Y me acuerdo también de que, hace un par de años, mi difunto marido me hizo beneficiaria. Pero ahí se acaban todos mis conocimientos. Todavía no he tenido ocasión, ni ganas, de revisar los papeles.

El presidente de Provita estiró los labios, poniendo en orden de formación todas las fundas de sus dientes.

—Pues no te preocupes, que te lo explico en un periquete —se ofreció—. Aquel contrato formaba parte, en efecto, de un *pack* publicitario con el que pretendíamos impactar el mercado...

—Había carteles en todas las paradas de autobús —lo interrumpió Soraya—. «Más seguro que el hormigón armado», decía el eslogan.

El presidente de Provita parpadeó, molesto. Sin duda, pensó que le tocaba bregar con una niñata estúpida.

—Efectivamente... Aquel contrato se firmó con un hombre que estaba en la cima del estrellato, un icono mediático que transmitía fiabilidad...

—Tengo entendido que multiplicaron sus ventas de manera pasmosa — volvió a interrumpirlo Soraya.

—Tal vez en un primer momento —concedió a regañadientes el presidente de Provita—. Pero pronto aquella campaña se volvió contra nosotros y acabó convirtiéndose en un lastre del que no sabemos si llegaremos a recuperarnos algún día. A raíz del escándalo de las tarjetas *black* de Hispabank, nuestra compañía se ha convertido en el hazmerreír de las redes sociales. No sé si has visto los *memes* que circulan por ahí con los carteles publicitarios de tu marido...

—Yo no pierdo el tiempo en internet —se apresuró a aclarar Soraya.

Lo había dicho con una tajante sinceridad que el presidente y sus acólitos no se creyeron del todo. Uno de ellos intervino, en apoyo de su jefe:

—Lo más bonito que nos llaman es «jetas de hormigón armado». Nuestras ventas están cayendo en picado. Este ejercicio cerraremos con pérdidas por culpa de aquella campaña.

—Por culpa de haber elegido para nuestra campaña a la persona equivocada —se atrevió a precisar el presidente, con más osadía que su subalterno y dispuesto a intimidar a la viuda—. Durante los últimos meses, estuvimos considerando muy seriamente la posibilidad de demandar a tu marido, por los daños causados a la imagen de nuestra compañía. Daños tanto morales como patrimoniales. No lo hicimos por no parecernos todavía el momento adecuado... Por no cebarnos con quien en ese momento las estaba pasando canutas.

Se hizo un silencio apremiante. El aire acondicionado sonaba con un rumor acuático.

—Espero que no piensen hacerlo ahora... —se sorprendió, o se hizo la sorprendida, Soraya.

—No, no, por favor —contestó, zalamero, el presidente—. Si entonces no quisimos perjudicar a tu marido, mucho menos queremos perjudicarte ahora a ti, que no tienes ninguna culpa en los daños que tu marido nos ha causado. Por el contrario, nos solidarizamos completamente contigo, pues sabemos que a ti también te ha hecho daño, aunque de otra manera distinta —precisó aviesamente—. Pero tal vez podríamos llegar a un... compromiso entre ambas partes.

Soraya había calculado aquel paso. Primero la humillaban, aludiendo tácitamente a los gastos prostibularios de Emilio con la tarjeta *black*; y

enseguida, aprovechándose de su postración, le lanzaban una propuesta desventajosa que corría el riesgo de aceptar, por el afán de acabar pronto con una situación incómoda. También el inspector Cifuentes la había advertido contra este ardid, muy empleado en los interrogatorios policiales.

—¿Un compromiso entre ambas partes? —repitió Soraya, haciéndose la lela—. ¿Un arreglo, quiere decir?

En ese preciso instante sonó su móvil desechable en el bolso. En los últimos días no había dejado de sonar; pero ni siquiera se molestaba en mirar quién la llamaba, pues daba por hecho que sería gente más deseosa de cotillear y hurgar en su desgracia que de acompañarla en su dolor. Dejó que saltase el buzón de voz. Sólo entonces habló el presidente de Provita:

—Arreglo es una palabra que no me gusta. Yo preferiría llamarlo un pacto de mutuo acuerdo por el que aceptarías una rebaja sobre la suma de la indemnización, a cambio de que nosotros renunciemos a reclamar daños a nuestra imagen corporativa. —Hizo una pausa, para que Soraya pudiera asimilar la propuesta—. O sea, nosotros te hacemos un pago parcial, pongamos la tercera parte de la suma que se establecía en la póliza, y a la vez...

—Me resulta por completo incomprensible —volvió a cortarlo Soraya. Había cambiado el tono de mosquita muerta por otro mucho más afilado y lleno de aristas—. Ustedes podrían haber intentado modificar las condiciones de la póliza, o incluso haber intentado rescindirla, mientras mi difunto marido aún vivía. Pero no lo hicieron. —Hizo un gesto jocoso que denotaba pillería—. Yo no creo que fuese por no cebarse con él, que en efecto las estaba pasando canutas. Más bien creo que tenían miedo a que se les vinculase con Emilio. Tenían la esperanza de que ya nadie recordara la campaña publicitaria que habían hecho juntos. Y, al mismo tiempo, temían que, si intentaban rescindir la póliza, el asunto saltase a la prensa y ustedes resultaran salpicados por el escándalo de Hispabank, con la consiguiente publicidad negativa. Así que decidieron no hacer nada, esperando que pasase el chaparrón. Además, pensaban con buen criterio que Emilio, una vez linchado y condenado al ostracismo, sería mucho más vulnerable y aceptaría cualquier cosa que ustedes le propusieran, con tal de llevarse una limosnilla. —Asomó a sus labios una sonrisa amarga—. ¿Me equivoco? Apostaron y perdieron. Mi marido murió y el contrato ya no se puede cambiar. Y, además, ¡mecachis!, en su muerte no hay ningún elemento extraño que les permita negarme la indemnización y pleitear ante un tribunal.

Concluyó con el mismo gesto pillo que había empleado antes, aunque íntimamente estuviese devastada por la tensión. El gorgoteo del aire acondicionado se confundía con los balbuceos del presidente de Provita:

—Está... está en contra de la política de nuestra empresa... pleitear contra nuestros clientes. Pero deberías saber...

—¿Quién le ha dado permiso para tutearme? —preguntó Soraya, sacando fuerzas de flaqueza—. Juraría que es la primera vez que nos vemos. Le ruego que me trate con el mismo respeto con el que yo lo trato a usted.

El presidente la miró estupefacto, y también sus acólitos, que murmuraron al oído de su jefe alguna insidia que lo recompusiera en su ofensiva.

—Debería saber, señora Santillán...

—Santillán era el apellido de mi difunto esposo. El mío es Aguado.

—Debería saber, señora Aguado... —titubeó el presidente de Provita— que también hay quien pone en duda que la muerte de su marido fuese accidental.

La bañó un sudor frío que prefiguraba el desmayo o la lipotimia. Pero tenía que seguir manteniendo la compostura y la impasibilidad:

—¿En serio? —se burló—. ¿Quién lo pone en duda? ¿Se refiere a cierta jovencita despechada, hija de Emilio, que en un principio fue designada beneficiaria? ¿Saben por qué su padre decidió revocar esa designación? Deberían preguntárselo a ella. Porque, si deciden ir a juicio, se acabará sabiendo. Y les aseguro que, cuando la opinión pública lo sepa, su imagen corporativa va a quedar todavía más dañada. Mucho más dañada de lo que se puedan imaginar.

Se preguntó si, en su esfuerzo por mostrar una entereza de la que íntimamente carecía, no se estaría mostrando en exceso pendenciera. El presidente de Provita parlamentaba con sus acólitos en un bisbiseo de confesionario.

—Nos lo está poniendo muy difícil, señora Aguado —dijo, al fin, en un tono contemporizador.

—Vayan a juicio —lo instó irónicamente Soraya, que en cambio consideraba que no era tiempo de contemporizar—. Ustedes con los delirios que les haya inspirado Lucía. Yo con todos los certificados médicos, judiciales y policiales que atestiguan que la muerte de mi marido fue accidental. Y, hasta que el juicio se celebre... —los miró con complacencia—, me dedicaré a pasearme por los platós televisivos, contando lo sucedido. Contaré cómo la compañía Provita se escaquea de pagar las indemnizaciones mediante los subterfugios más grotescos. Contaré también cómo la compañía

Provita se ceba con una viuda indefensa; y tal vez, mientras lo cuente ante las cámaras, no pueda contener las lágrimas. ¿Saben el efecto persuasivo que pueden tener las lágrimas televisadas de una viuda indefensa, en horario de máxima audiencia? Y da la casualidad de que, en estos momentos, tengo ofertas para entrevistarme de casi todos los programas de máxima audiencia. ¿A quién creen que hará más caso la opinión pública? ¿A una viuda desconsolada o a una panda de pijos que tienen su sede en un rascacielos de diseño y visten pantalones de pitillo? —Les dedicó una mirada muy refinadamente desdeñosa que logró humillarlos, porque con ella parecía haber medido el tamaño insignificante de sus pitilines empitillados—: ¡Ah! Se me olvidaba. No sólo cuento con informes médicos, judiciales y policiales que avalan mi petición ante los tribunales. También tengo en mi poder todos los correos electrónicos que mi marido intercambió con ustedes, mientras discutían las condiciones de la póliza. Algunos de esos correos son muy reveladores y muestran el tipo de gentuza marrullera que son ustedes. Especialmente interesantes son aquellos en los que le proponen diversos trucos para defraudar a Hacienda. Sospecho que, lo mismo ante un juez que ante una cámara de televisión, esos correos electrónicos van a dar mucho juego.

El presidente y sus acólitos se habían quedado pálidos, de una palidez casi cérea. El gorgoteo del aire acondicionado sonaba ahora sarcástico, como si gargajese.

—Señora Aguado... tal vez... tal vez deberíamos... plantear la cuestión en otros... términos —balbució el presidente de Provita, al borde del colapso.

—No hay ninguna cuestión que plantear —zanjó Soraya, mientras se levantaba de la mesa, totalmente cegada por el sol, pero sin permitirse ni un parpadeo—. No me han gustado nada sus insinuaciones sobre mi esposo y sobre su muerte. No me gustan sus métodos. No me gustan ustedes. Si en un mes la indemnización no ha sido ingresada en mi cuenta, recibirán la visita de mis abogados. Caballeros, buenos días.

Abandonó la sala sin darles tiempo siquiera a reaccionar, procurando que sus pasos sonasen firmes y rítmicos, aunque para entonces ya ni siquiera sintiese las piernas. Las paredes blancas de los amplios pasillos devolvían su eco, convirtiendo cada paso en un trallazo, como si fuesen pelotas lanzadas contra un frontón. Lo cierto era que ni siquiera tenía abogados; pero el inspector Cifuentes le había recomendado que lanzase aquel farol, acompañando su ultimátum. Soraya había logrado encajar en su alegato todas las recomendaciones de Cifuentes, así como las que previamente le había

hecho Emilio; y calculó que ambos habrían quedado satisfechos, si hubiesen podido escucharla. Soraya, desde luego, lo estaba; pero no pudo disfrutar demasiado de aquella satisfacción. En cuanto entró en el ascensor, mientras descendía de las alturas, su vigor se rindió, agotado de representar un papel de mujer de rompe y rasga que no se acomodaba del todo con su personalidad. Estuvo a punto de desvanecerse entonces. Y en los siguientes meses, muchas veces tuvo que bregar con aquella impresión mixta de vértigo y desfallecimiento. Se había arrojado a un torbellino demasiado peligroso; y ya no le quedaba otro remedio que aguantar el tipo hasta el final.

Provita pagó, en efecto, la indemnización establecida en la póliza, antes de que expirase el plazo concedido por Soraya. Cuatro millones de euros fueron ingresados en su cuenta para impedir que la viuda indefensa destruyera la imagen corporativa de Provita, desfilando por los platós televisivos. Tan pronto como le fue notificado el ingreso, Soraya empezó a ejecutar escrupulosamente todas las instrucciones que Emilio le había dejado. En primer lugar, liquidó el impuesto de sucesiones, para evitarse enojosos requerimientos e inspecciones fiscales. Después abrió media docena de cuentas de ahorro en otras tantas entidades bancarias, a las que desvió mediante transferencia partes alícuotas de la indemnización. Eligió sucursales del distrito de Hortaleza, que le parecieron las más discretas de Madrid, las menos concurridas y bulliciosas, las que tenían trabajando en sus oficinas a los empleados más indolentes y remisos; todas ellas, por supuesto, dotadas de cajero automático. Tal como Emilio le había advertido, de todas las sucursales recibió propuestas de inversión y rutilantes ofertas de productos bancarios que sistemáticamente rechazó. Ni siquiera aceptó las trocientas tarjetas de crédito que le ofrecieron, cada cual con prestaciones más superferolíticas; y a cambio solicitó, en todos los bancos en los que abrió cuenta, una sencilla y básica tarjeta de débito.

Y, armada con sus tarjetas de débito, empezó a drenar las cuentas. Había diseñado una ruta que repetía cada día, sábados y domingos incluidos. Todas las mañanas, a una hora muy temprana, tomaba el autobús en Las Rozas que la llevaba hasta el intercambiador de Moncloa; y desde allí cogía el metro hasta el barrio de Hortaleza, donde iniciaba su recorrido, con estación en los cajeros de la media docena de sucursales elegidas. De cada uno de ellos extraía diariamente mil euros, ni uno más ni uno menos, que iba guardando en el bolso, al que se aferraba como si fuera una víscera más de su cuerpo, sobre todo cuando todavía no se había habituado a la rutina de cada día y estaba temerosa de que pudieran asaltarla, mediante el procedimiento del tirón. Pero

con el tiempo fue ganando soltura y desparpajo, también en su modo de guardar los billetes en el bolso, como quien guarda un clínex, para seguir después el itinerario. Los lunes eran el día más complicado de todos, porque era el señalado para depositar todo el billeteaje que había reunido durante la semana anterior en una caja de seguridad alquilada para tal propósito. Para ello había elegido una oficina bancaria con cámara acorazada. Se identificaba ante un empleado bastante remolón que descendía con ella al sótano, le franqueaba la entrada a la cámara acorazada y la acompañaba hasta la caja, que tenía doble cerradura. El empleado del banco encajaba una llave en una de las cerraduras; y después de hacerla girar abandonaba la cámara, dejando a Soraya sola, para que pudiera hacer girar la otra cerradura con la llave que el banco le había suministrado. Así se abría la caja y Soraya podía entonces hacer el trasiego del dinero. Como los billetes que iba juntando eran más bien pequeños, había alquilado la caja con mayor capacidad, del tamaño aproximado de una maleta. Y en ella iba depositando cada lunes los fajos recolectados durante la anterior semana, que aseguraba con una goma, para que no se desperdigasen y abultasen algo menos. Cada vez que abría la caja, se hacía la ilusión de que los billetes hubiesen procreado allá adentro, en la penumbra del metal. Y aspiraba el aroma de su coyunda, ese olor correoso e inconfundible del papel timbrado, mezcla de parafina y de tinta, de avaricia mugrosa e inmaculada, que impregnaba también sus manos durante horas. Soraya, mientras depositaba los billetes en la caja, los miraba de forma desapasionada, incluso con un leve repeluzno. Y cuando por fin la cerraba y llamaba al empleado del banco para que le diese el cerrojazo, sentía algo parecido al alivio.

Semana tras semana, fue convirtiendo aquel recorrido en un automatismo, haciéndolo del mismo modo que los pulmones respiran o las plantas realizan la fotosíntesis. Sin pensar en nada mientras desfilaba de un cajero a otro, sin cuestionarse nada, sin plantearse dilema moral o inquietud alguna, como quien cumple asépticamente una orden, limitándose a ser un instrumento ejecutor. A veces, mientras esperaba la salida de los billetes de un cajero, o mientras los amontonaba como provisiones para años de carestía en la caja de seguridad, pensaba que tal vez se había convertido en una autómatas a quien Emilio movía telepáticamente desde Bogotá. O desde donde estuviese. Si es que estaba en algún sitio, si es que no había desaparecido para siempre, si es que no la había dejado a su suerte, acarreado billetes, mientras él se pudría en algún ignoto paraje del atlas, en alguna oscura habitación, en algún olvidado vertedero de vidas. Cuando la asaltaba la sospecha de que Emilio

hubiese muerto, o iniciado una nueva vida lejos de ella, Soraya se marchitaba. Y aquella sensación opresiva podía durarle varios días. Se sentía entonces como un asteroide al que ya sólo le resta trazar órbitas extraviadas en el vacío sideral. Y a veces despertaba, en medio de la noche, creyendo que se ahogaba.

Su vida, por lo demás, era extraordinariamente sobria y frugal, tal como Emilio le había aconsejado. Los diez mil euros que le había dejado antes de marchar le habían durado más de medio año; y, cuando al fin se le acabaron, empezó a apartar mínimas cantidades de la indemnización que destinaba al pago de las facturas de luz, agua y demás tasas municipales, así como a la remuneración de la chica que venía un par de días a la semana a limpiarle el chalé. Dejó de abonar los plazos de la hipoteca, tal como Emilio le había recomendado; y sólo cuando el banco la amenazó con iniciar la ejecución hipotecaria se resignó a reanudar los pagos (pero con el propósito de interrumpirlos otra vez, en cuanto pudiese). No gastaba un céntimo en trapos, ni en joyas, ni en cosmética; y, sin embargo, las revistas del corazón y los programas de cotilleo se empeñaban absurdamente en convertirla, a raíz de su fingida viudez, en árbitro de la elegancia (como decían los antiguos) o *influencer* (como dicen los modernos). Este empeño desquiciante se fue haciendo cada vez más engorroso, pues de tanto verla retratada en las revistas algunos imbéciles la abordaban en plena calle, deseosos de hacerse una foto con ella; así que tuvo que empezar a embozarse en invierno y a taparse en verano con unas gafas de sol del año de la tana que le cubrían medio rostro, para poder hacer su recorrido por los cajeros sin sobresaltos. Pero siempre le hacían alguna foto furtiva que luego se divulgaba por las redes; y lo mismo los embozos invernales que las gafas de sol del año de la tana se ponían de inmediato en boga (como decían los antiguos) o creaban tendencia (como dicen los modernos). Con embozo o sin embozo, Soraya tenía que cargar, para su estupefacción, con aquel sambenito sobrevenido e insospechado; y pronto empezaron a llamarla de los sitios más peregrinos. Ya no sólo de los programas basura donde pretendían que se desfogara, soltando mierda contra los acusadores de su difunto marido, o bien contra el putero de su marido que la había humillado públicamente (el caso era que soltase mierda, no importaba contra quién), sino también de los saraos donde apenas un par de años antes la recibían con disgusto, por considerarla una choni. Inauguraciones de tiendas o discotecas, pasarelas de moda, galas benéficas, cenas de entrega de premios literarios o taurinos... No había ningún evento social en el que la presencia de Soraya no fuese requerida. Y Soraya a todos daba calabazas. Con lo que no conseguía sino acrecentar la aureola de

misterio que la envolvía, haciéndola todavía más deseable a los ojos de sus solicitantes chasqueados.

Inevitablemente, empezaron a llamarla también las mujeres y querindongas de los inculpados en el caso de las tarjetas *black* de Hispabank, que por entonces estaban pasando un calvario judicial, con la esperanza de rehabilitarse ante la opinión pública, arrimándose a ella. Y, en fin, la llamaban insistentemente las amigas de la adolescencia, deseosas de prosperar en el mundo del famoseo. Pero de todas se deshacía Soraya; y lo mismo hacía con los moscones que pretendían cortejarla, para no salirse ni un ápice de la vida de discreción y anonimato que le había marcado Emilio. Y también porque aquel mundo de vanidad y oropel la repateaba.

Sólo con una persona hacía excepción. Se trataba, naturalmente, del inspector Ramiro Cifuentes, con el que solía quedar cuando estaba de permiso. No lo hacía porque le apeteciese demasiado (más bien no le apetecía nada), sino por gratitud al hombre que le había mostrado una lealtad admirable en los momentos más difíciles y le había regalado consejos muy valiosos en su enfrentamiento contra los capullos de Provita. Y sin pedirle nada a cambio, o al menos nada material. Porque era indudable lo que le estaba pidiendo: no había más que ver el modo en que su rostro se iluminaba en cuanto Soraya aparecía, no había más que escuchar sus palabras atolondradas y obsequiosas, no había más que reparar en sus miradas, a un tiempo devotas y encendidas de deseo. Soraya estaba dispuesta a ofrecerle su cariño y amistad, por corresponder a todos sus desvelos (y también porque Cifuentes podría volver a sacarle las castañas del fuego, si le surgían nuevos problemas); pero no podía darle todo lo que él deseaba. Aunque quisiera, no podía; y le resultaba muy difícil explicárselo. Y para que no se ilusionase demasiado, se citaba con él siempre a la hora del almuerzo (nunca a la hora de la cena); y siempre le proponía los restaurantes menos incitantes, a veces decididamente execrables, tanto por su ambiente (manadas de paletos haciendo más ruido que una estampida de búfalos) como por su cocina (casi tan rápida como grasienta). Pero Cifuentes tragaba con todo, en su afán por agradaarla. Y no parecía importarle que durante la comida Soraya apenas hablase, o tratase siempre de desviar la languideciente conversación hacia asuntos inanes. Era un hombre extraordinariamente tenaz. Cuando la devolvía al chalé (siempre se ofrecía a llevarla en su coche), le decía, antes de despedirse:

—¿Me invitarás algún día a tomar algo en tu casa?

Lo decía en un tono de velado reproche o herida resignación, y poniendo siempre una carita de perrillo apaleado. Pero Soraya le respondía una y otra vez con evasivas, cada vez menos convincentes y convencidas. Y Cifuentes lo encajaba con una deportividad cada vez más magullada. Así hasta que, harto de irse de vacío, se sublevó. Fue un día en que había estado especialmente dicharachero durante la comida; y Soraya había cometido el error de reír alguna de sus bromas y ruborizarse ante alguno de sus piropos. Cuando, ante la puerta de su casa, volvió a responderle con evasivas, Cifuentes se enfadó:

—¿Qué pasa? ¿Tan poca cosa soy para ti que me despachas siempre, como si fuera tu chófer?

Soraya se quedó consternada. Se le llenaron los ojos de lágrimas:

—¿Cómo puedes pensar eso, Ramiro? Has sido conmigo la persona más amable y generosa, cuando peor lo estaba pasando. Sin tu ayuda, probablemente estaría pidiendo limosna. Gracias a tus consejos pude cobrar el seguro...

Y jamás le había hecho ni la más mínima insinuación de que quisiera llevarse una parte. Jamás había buscado ninguna compensación, ni pedido nada a cambio.

—Ya te he dicho mil veces que no tienes nada que agradecerme. Pero estoy un poco harto de que siempre me cites en restaurantes que se le cae a uno el alma a los pies de lo cutres que son. Y siempre a la hora del almuerzo. Y todo por...

Se mordió la lengua y golpeó el volante repetidamente, descargando sobre él la ira contenida. A cada golpe, Soraya se sobresaltaba, hasta que el temblor la inundó por completo. Pero reunió el valor para preguntar:

—¿Y todo por qué? Termina.

—Todo porque temes que piensen que estás liada conmigo —respondió Cifuentes, mirándola con ojos llorosos—. Si fuésemos a cenar a un restaurante elegante, pensarían que estamos celebrando algo, y tienes pánico al qué dirán. Te avergüenzas de mí.

La abochornó aquella acusación, que a grandes rasgos era cierta, aunque no por las razones que suponía Cifuentes. No le importaba demasiado que su amistad sirviese de carnaza a las revistas del corazón, o fuese cacareada por los programas de cotilleo. A fin de cuentas, su vergüenza y humillación habían sido mucho mayores cuando se hicieron públicos los gastos de los consejeros de Hispabank. Estaba harta, desde luego, de ser la comidilla del mundo del famoseo, sin participar de él ni pretenderlo; pero la razón por la que se resistía a conceder a Cifuentes una cena romántica sin derecho a cama

era mucho más rocambolesca y desquiciada. Temía que, si los cazaban al salir del restaurante y alguna revista publicaba las fotos, Emilio acabase viéndolas, allá donde estuviese, de algún extraño modo. Era una ocurrencia completamente absurda, pues sólo podía enterarse conectándose a internet; y si de algo estaba segura Soraya era de que su marido jamás iba a conectarse a internet, mientras permaneciese escondido en Colombia. Pero tenía la constante sensación de estar siendo observada por Emilio. Era una sensación completamente paranoica, bien lo sabía, pues para entonces Emilio podría estar muerto, o encerrado en alguna cárcel colombiana, después de fracasar en su intento de usurpar la identidad del mendigo Efraín. Pero no podía sustraerse a ella.

—No me avergüenzo de ti en absoluto, Ramiro —dijo, tratando de apaciguarlo—. Pero tal vez no haya pasado todavía el tiempo preciso...

—¿Estás hablando en serio? —se revolvió Cifuentes—. Hace un año ya que murió tu marido. No tuviste hijos con él. ¿De veras crees que debes a nadie ninguna explicación?

Había algo conmovedor en su enfado, como en la tozuda lealtad y en la dedicación que siempre le había mostrado, desde aquel lejano día en que vino a anunciarle la muerte de Emilio. Probablemente nada de lo que había conseguido hasta entonces hubiese sido posible sin la ayuda de Cifuentes. Soraya lo sabía bien. Pero también sabía que, si lo invitaba a entrar en su casa, el precario equilibrio que había logrado mantener hasta entonces se podría venir abajo. Tal vez la primera vez Cifuentes se conformaría, en efecto, con tomar una copa y charlar un rato con ella. Pero habría una segunda, y una tercera, y un montón de veces en que Soraya tendría que ofrecerle algo más. Desde el principio, había estado dispuesta a dejarse algunos pelos en la gatera, con tal de llevar a buen puerto los planes de Emilio. Pero tampoco quería quedarse por completo calva. Y tal vez hubiese una forma de lograrlo.

—Tienes toda la razón, Ramiro —dijo, resuelta—. Pasa y tomamos algo.

Cifuentes se quedó desarmado y perplejo, como el niño al que de repente sorprenden con el juguete que le han estado regateando durante meses, ignorando sus lloriqueos. Tal como Soraya había supuesto, no hizo además alguno de propasarse. Por el contrario, se sentó al otro extremo del sofá, cuidando de mantener en todo momento una distancia de seguridad que evitase situaciones ambiguas. Y, antes de que Soraya se diese cuenta, empezó a contar —en una voz muy baja, casi un susurro— una trágica historia, llena de pormenores patéticos, sobre una novia muy querida a la que habían

diagnosticado leucemia, diez años atrás, y en apenas unos pocos meses había fallecido, dejándolo en soledad y llanto. Nunca desde entonces había vuelto a tener ninguna relación seria con ninguna mujer. Nunca hasta entonces. Siempre había sentido que el recuerdo de aquella novia muerta, o más bien su presencia misteriosa, se lo impedía, como una espada interpuesta en su lecho. Pero ahora sentía que esa espada había sido retirada. Soraya tomó aquella confidencia tan desgarradora primero como un desahogo, después como un crudo testimonio a través del cual Cifuentes le mostraba sus heridas más íntimas. Hasta que al fin se dio cuenta de que en realidad le estaba declarando su amor. Le había abierto su corazón, se lo había expuesto en su desnudez más sangrante, para después entregárselo, en una ofrenda que exigía ser aceptada o rechazada, sin medias tintas. Antes de que siguiera, Soraya decidió acotar las condiciones de su aceptación:

—Ramiro, yo también debo confesarte una cosa...

Había hablado en un tono muy apagado, imitando a Cifuentes. El crepúsculo invadía de sombras el salón de la casa, añadiendo cierta gravedad sufriente a sus palabras.

—Adelante. Todo lo que me digas queda entre nosotros.

—Te lo agradezco no sabes cuánto —dijo Soraya, tragando saliva con dificultad—. Tú has mostrado conmigo una confianza fuera de lo común al contarme este episodio tan terrible y yo quiero corresponderte. Necesito ser sincera contigo, como tú lo has sido conmigo. Eres una persona excepcional y creo que podrías gustarme enormemente, a medida que nos vayamos conociendo. Pero no quiero darte falsas esperanzas. La realidad es que no puedo tener relaciones con ningún hombre...

Había procurado que su voz sonase suficientemente lastimada, incluso le había parecido que se había excedido un tanto, hasta parecer una plañidera. Pero, para su sorpresa, Cifuentes restó importancia a lo que acababa de decir:

—Lo entiendo perfectamente. Necesitas tu tiempo. Has sufrido mucho. Yo también he necesitado muchísimo tiempo. Pero no importa. Sabré esperar. Y te acompañaré durante el duelo.

Había adoptado un tonillo condescendiente que la molestó. Pero procuró que no se le notase:

—No, Ramiro, no me refiero al duelo. Me refiero... Es muy duro lo que voy a contarte. Me causa mucho dolor y mucha vergüenza. —Cabizbaja, trató de serenar su ánimo, antes de proseguir—: Mi marido era un hombre... promiscuo. Ya sabes que con las tarjetas *black* pagaba...

—Lo sé, Soraya —la interrumpió Cifuentes, compasivo—. No es necesario que entres en detalles.

—Sí es necesario, Ramiro. Lamentablemente es necesario —se opuso ella, alzando la voz con dureza—. Mi marido me contagió una enfermedad...

Cifuentes se apresuró a acallarla, como si corriese a cubrir su desnudez, más pudoroso que ella misma:

—Basta, Soraya, no sigas. Ya lo sabía.

Se quedó estupefacta. Apenas acertaba a hablar:

—¿Cómo... cómo que ya lo sabías?

—Lo supe... —empezó Cifuentes, que no sabía cómo justificar su curiosidad insana—. Lo supe el día que vinimos a anunciarte la muerte de tu marido. Fue... por accidente. Subí corriendo a tu habitación porque estabas pegando unos gritos tremendos y... bueno, había sobre el secreter una carta... escrita de tu puño y letra.

Soraya estuvo a punto de lanzar otro grito entonces, que sin embargo se le quedó coagulado en la garganta y se transformó en un sollozo. La atenazaban el bochorno y la turbación:

—Qué horror, Dios mío —dijo al fin, entrecortada por el llanto—. En esa carta escribí cosas muy fuertes. Ni siquiera me atreví a dársela a Emilio... Me siento violada en lo más íntimo. —Se cubrió el rostro con ambas manos—. ¿Y tu compañero la leyó también?

Cifuentes se decidió al fin a acercarse a ella, infringiendo la distancia de seguridad que se había impuesto, para consolarla.

—No, no, no. Te aseguro que nadie sabe nada, excepto yo. No se lo he dicho absolutamente a nadie. Ni siquiera me había atrevido antes a comentarlo contigo... Ahora lo hice porque quería evitarte el mal trago de tener que contarlo.

Soraya reclinó la cabeza contra el pecho de Cifuentes, que empezó a acariciarla en el cogote y a jugar con sus cabellos, para aquietarla.

—Entonces ya conoces mi secreto más terrible —dijo Soraya entre hipidos—. Te puedes imaginar lo sucia que me siento.

—¿Sucia por qué? —se sublevó Cifuentes—. Tú no tienes culpa de nada. Tú eres la víctima. Tuviste la desgracia de casarte con un hijo de la gran puta, nada más.

La brutalidad y contundencia con que se había expresado la perturbaron un tanto. Lo corrigió:

—No me parece bien que hables así, Ramiro. Emilio me hizo mucho daño, es verdad, pero se lo he perdonado sinceramente. El dinero y el éxito lo

cegaron.

Cifuentes sabía bien que muchas mujeres maltratadas acaban justificando los abusos de su maltratador, incluso desarrollando patológicamente un complejo de culpa que las obliga a aceptar el abuso y sus secuelas, a modo de penitencia debida. Le resultaba deplorable que Soraya pudiera ser una de esas mujeres, pero se contuvo:

—Me parece admirable que hayas podido perdonarle. Yo sería incapaz de perdonar a alguien que me hubiese hecho eso.

—En los últimos meses pasamos por situaciones muy difíciles —dijo Soraya, secándose las lágrimas—. Supongo que esa fue la razón. En medio de las ruinas llegamos a sentirnos más unidos que nunca...

Sonó en el bolso de Soraya el móvil desechable. Pero en lugar de dejar que saltase el buzón de voz, se apresuró a apagarlo, sin mirar siquiera quién la llamaba.

—Ya, Soraya, pero me tienes que reconocer que eso era una relación enfermiza. Espero que al menos no volvieras a mantener...

—Eso jamás —afirmó ella con rotundidad—. De hecho, desde que supe que tengo papiloma he desarrollado una aversión completa al sexo. He quedado muy marcada por aquel episodio y he decidido no volver a mantener relaciones. —Lo había soltado de forma abrupta, sin concederse un respiro. Luego recuperó un tono más compungido—: Esto es lo que quería decirte. No sé adónde llegará lo nuestro, Ramiro. Ojalá llegue lejos. Pero no me pidas, te lo suplico, que tengamos relaciones sexuales. Sé que eso es mucho pedir y entendería que te echases atrás. Pero es una fobia que no puedo dominar.

Se quedaron ambos callados durante un rato. Soraya se acurrucó aún más contra Ramiro, que siguió acariciando su melena. Al final, habló él. Era una voz llena de abnegación, tal vez un poco fanática:

—No te preocupes, cariño. Estoy seguro de que con el tiempo te curarás. De tu papiloma y también de esa fobia. Vayamos poco a poco, con calma.

Soraya se incorporó levemente para besarle en la mejilla. Al hacerlo, Ramiro notó la pesantez de sus senos, redondos como frutas que hubiesen colmado sus manos. Pero no había llegado la sazón. La esperaba paciente.

—Es algo superior a mis fuerzas —dijo Soraya—. Si me pidieras ir a la cama, instintivamente te rechazaría... Pero yo te dejo que tengas relaciones con otras mujeres si quieres, no te puedo exigir...

Cifuentes le tapó la boca con gran delicadeza:

—Basta, Soraya, no digas tonterías. El sexo no lo es todo en la vida. El sexo no es nada, en realidad, comparado con el milagro de haberte conocido.

Con el milagro de estar aquí, a tu lado.

Y le acarició el rostro sin libidinosidad. Soraya cerró los ojos, en señal de gratitud, como si se adormeciese.

En apenas un año, Lucía había logrado ganarse por completo la confianza de su jefe. Seguramente, en cualquier otra tienda del mundo una dependienta como ella habría espantado a la clientela. Pero aquélla era una zapatería que se dirigía a un público que podía definirse —con palabra muy del gusto de su difunto padre— como «rarito» en el más amplio sentido de la palabra, compuesto a la vez por inadaptados sociales, rebeldes con causa y sin causa, friquis desatados, pijos con traumas infantiles que deseaban disfrazarse de perroflautas para hacerse perdonar y, en fin, un mogollón de chavales desnortados o de sexualidad confusa que expresaban a través de la indumentaria lo que no eran capaces de expresar a través de sus heridos sentimientos. Toda esta fauna multiforme reconocía en Lucía a una congénere que distinguía sus gustos y, sobre todo, lo que esos gustos delataban, lo que esos gustos tenían de grito agónico y proclama desesperada. Así que, si en las primeras semanas su jefe la había sometido a una vigilancia exhaustiva, receloso de que arruinase su negocio, poco a poco fue concediéndole más competencias, incluso dejando a su elección el género que debían adquirir o exhibir en el escaparate. Y, por supuesto, no tenía ninguna prevención en dejarla al frente de la tienda, para que fuese ella misma quien tomase las decisiones, que encargase los pedidos o hiciese el arqueo de la caja. Y empezaba a ser frecuente, incluso, que la dejara durante horas sola en la zapatería, mientras él se tiraba la mañana en el banco, o en alguna oficina municipal empeñada en subirle las tasas, o tomando el café con sus amigos.

Y era entonces, al dejarla sola, cuando Lucía no podía resistir la tentación. No sucumbía a ella cuando estaba en su estudio, conectada desde su portátil; porque, aunque le costaba dominar sus bajas pasiones, la conciencia del peligro y el temor a ser desenmascarada lograban finalmente reprimirla. Su portátil sólo lo usaba ella; en cambio, aquel ordenador de la trastienda era usado al menos por otras cinco personas: el propio jefe, sus dos hijos

adolescentes (que, al salir por la tarde de la escuela, se adueñaban de él, supuestamente para hacer los deberes, aunque Lucía sospechaba que no hacían más que ver porno), el administrador que un par de veces a la semana venía a poner en orden la contabilidad del establecimiento y otra dependienta que trabajaba los fines de semana. Así Lucía se hacía la ilusión de que sus navegaciones por internet pasaban inadvertidas entre las que hacían los otros usuarios. Y que la virulencia de los comentarios que dejaba en foros y redes sociales, en blogs y páginas web resultaba más difícilmente atribuible. Se trataba, por supuesto, de una ilusión vana. Pero de ilusión también se vive. Y se ama. Y se odia.

Por fortuna, su jefe no se preocupaba de limitar el acceso a su ordenador mediante una contraseña. Lucía activó el «modo incógnito» de navegación y abrió una de las muchas cuentas falsas de correo que había creado durante los últimos meses. En ella recibía aviso de las noticias que salían en la red relacionadas con su padre (del que ya nadie hablaba, era un muerto bien enterrado) o con Soraya (cuya fama, por el contrario, no hacía sino crecer). A Lucía le resultaba por completo incomprensible que Soraya se hubiera convertido de la noche a la mañana en lo que los memos llamaban una *it girl*, sin hacer nada por conseguirlo; o, más bien, haciendo todo lo posible por evitarlo, jugando al escondite con la prensa y tratando de pasar inadvertida entre los fotógrafos que se agazapaban ante el seto de su casa, o en los escasos establecimientos públicos que frecuentaba. Lucía conocía casos de cantantes o escritores mediocres que habían alcanzado la celebridad envolviendo su anodina vida en una coraza de misterio, pero no sabía de ninguna otra choni (porque Soraya, a fin de cuentas, era una choni de barrio, por mucho que hubiese tratado de refinarse tras la boda con su padre) que hubiese alcanzado esa distinción.

No podía negar, desde luego, que fuera guapa (demasiado guapa incluso, para su desdicha). Tampoco que tuviera cierta gracia para peinarse y maquillarse (no en vano era su oficio). Y, en fin, la humillación pública de la que había sido víctima, cuando se supo que Emilio Santillán era asiduo de algún prostíbulo de lujo, seguida de su viudez trágica le habían ganado el aprecio de los papanatas que necesitan compadecerse del sufrimiento ajeno, para que los sufrimientos propios les resulten más llevaderos. Además, su posterior triunfo sobre la compañía aseguradora Provita había multiplicado la fascinación que ejercía sobre ese público. Soraya había conseguido lo que para la gente vulgar tan sólo era una fantasía, una quimera irrealizable; y se había convertido en su heroína, en la vengadora de sus vidas grises de jornada

intensiva y ahogos a fin de mes. Y, para que nadie la ganase a chula, Soraya ni siquiera se dignaba desfilarse por los platós televisivos, donde sin embargo se la trataba con respeto, casi con reverencia religiosa, mientras se comentaban las últimas fotos que le habían hecho mientras paseaba por las calles desiertas del barrio de Hortaleza (a saber qué manejos la llevarían hasta aquellos parajes), mientras correteaba en chándal (o más bien en mallas) por un parque próximo a su casa, mientras salía de un restaurante apestoso con un poli con pinta de Russell Crowe venido a menos. Con el que, por cierto, se rumoreaba que tal vez mantuviese un idilio secreto. A Lucía tales sandeces la hacían reír.

Pero era una risa sañuda, rezumante de resentimiento. Contra Soraya, por supuesto, pero también contra toda aquella patulea de imbéciles que le doraban la píldora, contra toda la muchedumbre de mindundis que le rendían adoración, mientras se comían los mocos de su insignificancia y se consolaban de sus vidas birriosas pegados al televisor como lapas.

Y, mientras navegaba por internet, visitando las páginas en las que se hablaba de Soraya, dejaba en cada una de ellas los comentarios más sórdidos, vomitaba su resentimiento en frases que, si hubiese releído, la habrían llenado de espanto. Lucía sentía entonces como si su alma se purificase, como si su vida (que también era insignificante y birriosa, como la de los mindundis que adoraban a Soraya) se hiciese más soportable. Mientras injuriaba a Soraya de los modos más degradantes, mientras le atribuía las intenciones más mezquinas y los vicios más abominables, mientras la trataba como a un trapo y la reducía a caricatura, a pelele, a garabato, sentía que su demonio interior se pacificaba y dejaba de lanzar dentelladas, siquiera por un rato. Aunque tal vez sólo dejase de hacerlo para recuperar fuerzas y volver más tarde a la carga con renovados bríos.

Era, en verdad, enloquecedora la cantidad de páginas de internet, blogs y foros que se dedicaban a glosar la figura y las andanzas de Soraya. Estaban, por un lado, los sitios dedicados al cotilleo, en donde nunca faltaban las especulaciones más absurdas sobre su vida sentimental. Estaban también los sitios dedicados a la moda, donde por lo menos una vez a la semana se comentaban los modelitos que elegía en sus paseos semiclandestinos (siempre embozada, siempre emboscada) y entronizaban todas sus elecciones indumentarias (incluso aquellas que evidentemente hacía para mejor embozarse y emboscarse). Y estaban, en fin, los sitios de pajilleros, donde se colgaban las fotografías más insinuantes o cochinillas de Soraya (la ráfaga de viento que le levantaba fugazmente la falda para mostrar sus muslos sin celulitis, el sudor que empapaba sus mallas mientras corría, dibujando la línea

del tanga o la raja del culo), para éxtasis de los homínidos que las frecuentaban. Y en todas partes Lucía dejaba sus cagaditas, en todas troleaba a sus anchas, amparada en identidades falsas, procurando siempre que sus ofensas provocasen a su vez un vendaval de reacciones furibundas, hasta convertir todas aquellas páginas en una mezcla de urinario y patíbulo donde Soraya siempre terminaba siendo fusilada. Y, después de dejar un reguero de comentarios atroces en todas estas páginas, Lucía lanzaba desde sus perfiles apócrifos de Twitter mensajes monstruosos dirigidos a las cuentas de periodistas carroñeros que, en alguna ocasión, entraban al trapo y contribuían a su difusión, retuiteándolos. Pero le iba resultando cada vez más difícil que sus insidias encontraran eco, al menos más allá del gueto de los trolls más amargados y justicieros, porque Soraya se había convertido en el ídolo adorado por todas las chonis de España. Y en la mujer deseada por todos los garrulos que, en cambio, tenían que conformarse con las chonis adoratrices.

Las barbaridades que Lucía tuiteaba no se distinguían demasiado, en realidad, de las acusaciones que había intentado deslizar insidiosamente ante los directivos de Provita. Pero aquellos cobardes no habían querido escucharla; o, al escucharla, habían decidido que no podían concederle ni un ápice de crédito. La hipótesis de que Emilio Santillán hubiese sido asesinado por su mujer indudablemente les resultaba muy golosa; pero Lucía sólo podía sostenerla como corazonada, sin aportar ningún indicio. Y los episodios escabrosos que Lucía les había referido sobre Soraya los tomaron por alucinaciones calenturientas de una pobre enferma. A todo lo que Lucía les revelaba, le reclamaban pruebas; y cuando Lucía les respondía que su testimonio sería la prueba con la que podrían acudir a los tribunales, los directivos de Provita se miraban consternados. Su testimonio, al parecer, valía menos que el de una loca recién salida del manicomio. Y ya sólo le quedaba el consuelo de desahogarse en las letrinas de internet.

Aquella tarde, cuando se quedó sola en la zapatería, Lucía se lanzó a hacer algo todavía más rastrero. Tomó un par de fotos de Soraya en las que su gesto de sorpresa por haber sido fotografiada en la calle (la boca entreabierta y a punto de formular una queja, la mirada oblicua, un fruncimiento de labios que denotaba hastío), convenientemente descontextualizado, podía interpretarse como un gesto lascivo o incitante. Con un programa de edición de imágenes empalmó esos rostros de Soraya con cuerpos de mujeres desnudas que había seleccionado por parecerle que tenían una complexión similar: los senos redondos y firmes (pero sin operar), la cintura breve, las caderas armoniosas y desafiantes, los muslos fibrosos. A Lucía le bastaba cerrar los ojos para

evocar hasta en sus más mínimos detalles el cuerpo de Soraya. Completado el montaje, redactó un texto sólo apto para degenerados, en el que una «viuda famosa y cachonda» se ofrecía para encuentros sexuales esporádicos, preferiblemente con hombres «sucios, gordos y peludos», en los que al fin pudiera sentirse tratada como la puta que era. Colgó el texto con las fotos trucadas en una página de contactos muy concurrida. Y añadió un número de móvil que Soraya le había proporcionado años atrás, cuando todavía no habían surgido las desavenencias entre ambas. Lucía ni siquiera sabía si ese móvil seguía estando operativo, pues cuando había marcado su número en diversas ocasiones (siempre a horas intempestivas) jamás había obtenido respuesta. Tal vez Soraya no contestase a números ocultos o desconocidos. Pero, desde luego, las llamadas insistentes de una legión de cerdos babeantes de lujuria no se las iba a quitar nadie. Y tampoco los mensajes regados de procacidades que le dejasen en el buzón de voz.

Antes de apagar el ordenador, Lucía revisó por última vez sus cuentas apócrifas de Twitter, por ver si algún periodista carroñero había retuiteado sus exabruptos. Ninguno lo había hecho. Pero se tropezó, en el buzón de notificaciones, con el tuit de un desconocido que ni siquiera se había molestado en completar su perfil con un avatar. Su cuenta respondía al nombre de Augusta Dupin (a Lucía le pasó inadvertido el guiño al personaje de Poe) y el mensaje decía así:

¿No te parece penoso lo que estás haciendo? ¿Hasta dónde llega tu odio? Todavía estás a tiempo de quitar ese anuncio asqueroso. Hazlo por ti.

Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza. Y cayó sobre ella, como una lluvia de agua sucia, un sentimiento de culpa que la penetraba hasta la médula de los huesos. Tratando de dominar la ansiedad y el bochorno de saberse espiada, Lucía acudió otra vez a la página de contactos donde apenas unos minutos antes había subido el falso anuncio de Soraya. Los pulmones se le llenaron de arena al descubrir que el número de teléfono había sido tachado con aspas, para que nadie pudiera leerlo. Alguien (aquella enigmática Augusta Dupin) tenía intervenido el ordenador de la zapatería y monitorizaba cada instante de su navegación. Lucía pensó que tal vez fuese un benefactor, o al menos alguien que no deseaba su desgracia, puesto que le ofrecía la posibilidad de retractarse. Había borrado el número de teléfono, para impedir que cualquier rijoso pudiera llamar a Soraya; pero a la vez había dejado intacto el anuncio, para que fuese Lucía quien lo retirase. Así lo hizo, invadida por un sentimiento de vergüenza y oprobio.

Sabía perfectamente que tales sentimientos sólo podía apaciguarlos con un impuesto de sangre. Aquella noche, de vuelta a su estudio (que, en momentos como aquel, se convertía en la jaula de sus remordimientos), Lucía se encerró en el baño y se cortó en lugares escondidos donde las heridas pasaban inadvertidas porque las cubría la ropa, o porque las disimulaba el trazado sinuoso de sus tatuajes. Y, al deslizar la cuchilla sobre aquellos parajes de su piel y ver gotear la sangre sobre la loza del lavabo, sintió un raro alivio, como si al fin el demonio o alimaña que llevaba dentro se saciase.

Fue entonces, mientras su sangre goteaba sobre el lavabo, cuando el odio que la reconcomía la abandonó. Era una sensación a un tiempo liberadora y deprimente, porque, a la vez que la limpiaba de las inmundicias que apenas un rato antes había concebido y propagado, hacía más vivo su recuerdo. Y le devolvía la conciencia de que todas sus navegaciones por internet estaban siendo rigurosamente vigiladas. ¿Por quién? No tenía ni la más remota idea. Pero en aquella Augusta Dupin había creído descubrir, junto a la reconvencción y la censura, cierta piedad o condescendencia.

Quizá la piedad y la condescendencia fuesen los únicos sentimientos luminosos que Lucía podía despertar para entonces; y sólo entre personas especialmente caritativas. A nadie, desde luego, podía inspirar amor. Nadie puede amar auténticamente a una persona trastornada; nadie puede amar a quien ha dejado de amarse a sí misma, a quien se ha dejado habitar por el odio. En estos pensamientos que la hundían poco a poco en la desesperanza se le fue pasando la noche. Incapaz de conciliar el sueño, conectó su ordenador portátil. Sabía que en algún lugar impreciso, tal vez a la vuelta de la esquina, tal vez en las antípodas, Augusta Dupin se habría conectado también al suyo, avisada de que Lucía volvía a navegar por internet. Pero en aquella ocasión no lo hacía para ensuciar el nombre de Soraya, sino para volver a ver, por enésima vez, su película favorita. Ni siquiera era una película con demasiadas virtudes cinematográficas, sino más bien tontorróna y un poco esquemática. Pero la hacía llorar siempre.

Se titulaba *Bajo el sol de la Toscana*; y se la habían recomendado, años atrás, porque entre sus personajes secundarios se contaba una lesbiana que se lanzaba a ser madre. A Lucía, sin embargo, la película le había interesado por otras razones. Primeramente, por los paisajes de la Toscana, con sus olivares y sus carreteras sinuosas, sus villas campestres y sus colinas incendiadas de amapolas, sus pueblecitos sobre collados y sus iglesias aldeanas, que para Lucía eran lo más parecido al paraíso que podía imaginar. Pero, sobre todo, por la empatía que le despertaba la protagonista, a la que interpretaba la

preciosísima Diane Lane, una escritora americana a la que acaba de abandonar su marido y, sintiéndose expulsada del mundo, se instala en un pueblo de la Toscana. Allí no hace otra cosa sino buscar de forma compulsiva el amor, fracasando una y otra vez en sus intentonas, a cada cual más desnortada y desmoralizante. Así hasta que un italiano sabio le hacía notar que el amor no hay que buscarlo sin tino, sino más bien esperarlo tranquilamente, después de habernos preparado para recibirlo. Y se lo explicaba a través de una metáfora: «Entre Viena y Venecia, en la región de los Alpes, construyeron una vía férrea antes de que existiera un tren que hiciera el recorrido. Pero aun así la construyeron, porque sabían que algún día llegaría el tren».

Siempre, al llegar a este pasaje de la película, Lucía no podía contener un sollozo. En lugar de construir la vía férrea por la que algún día pudiera circular su tren, se había dedicado a tomar trenes siempre equivocados. Y finalmente se había convertido en un terreno mucho más inhóspito que los Alpes, mucho más escarpado y helador, un terreno donde la soledad y la devastación hacían su nido, un terreno sobrevolado por los negros pajarracos de la angustia y la locura.

Se preguntó si Augusta Dupin estaría también escuchando, a la vuelta de la esquina o en las antípodas, su llanto sin esperanza.

—¿Quihubo? ¿Qué anda buscando por aquí? —preguntó Milena.

Lo había dicho en un tono desconfiado y autoritario que desmentía la impresión de calidez un poco empalagosa que había dejado en Emilio cuando la conoció, un año atrás. Y lo miraba de arriba abajo con desaprobación, a la vez que fruncía el morro, golpeada por las vaharadas fétidas que desprendía su chándal. La casa de huéspedes de Milena se hallaba, en efecto, en un lugar privilegiado desde el que se avistaban, casi al alcance de la mano, las montañas de Bogotá, como titanes dormidos que esperasen una orden para ponerse en pie y aplastar la ciudad. La decoración un tanto sobrecargada del vestíbulo, con mucho espejo de marcos sobredorados y paredes empapeladas de colores sofocantes, recordó a Emilio la de aquellos *meublés* de otra época, picaderos disfrazados de hotelito decente que acababan siempre resultando más indecentes que cualquier picadero.

—¿No me recuerda, Milena? —la saludó, procurando impostar un tono jubiloso—. Soy Efraín. Nos conocimos hace un año, aproximadamente, en el avión que nos trajo de Madrid.

Milena achinó los ojos, como si así pudiera escudriñar mejor las facciones demacradas de Emilio, bajo las melenas y la barba.

—¡Juepucha, ya lo recuerdo! —exclamó, más maliciosa que alborozada—. Fue un poco ingrato conmigo. Usted era más picado que muela de gamín, pero ahora lo veo hecho un cuero. ¿Qué ocurrió con aquella noviecita y aquellos dos bebés que lo esperaban en Medellín?

—La noviecita se buscó un amante durante mi ausencia —dijo Emilio, en un tono mohíno—. Y los bebés ya ni siquiera me recordaban, después de tantos años.

Milena rió con una risa estrepitosa, como un piano al que le saltan todas las cuerdas.

—¡Así que la noviecita tenía tinieblo! —se burló, dirigiéndole una mirada rencorosa—. Se lo tiene bien merecido, por engreído.

A Emilio lo desconcertaba que todavía le durase el despecho, después de un año. Sospechó que Milena le iba a hacer pagar con creces la displicencia con que la había tratado entonces.

—Tal vez tenga razón —se excusó, contrito—. No fui tan amable como usted merecía. Y ahora vuelvo con el rabo entre las piernas...

—Pues habrá que levantarlo un poco, que entre las piernas el rabo se marchita —bromeó ella, soltando otra risotada estrepitosa.

—Me preguntaba si me podría acoger, al menos durante unos pocos días —murmuró Emilio, con la cabeza gacha—. Hasta que encuentre un trabajo...

—Si es por camellar, acá no le faltará en qué —dijo Milena, en un tono más hospitalario.

Y le guiñó un ojo, a la vez que le brindaba una sonrisa ancha. Emilio intuyó que pensaba emplearlo como semental, para que le diese gusto a su cuerpo pasado de sazón, como una fruta que ya empieza a pudrirse. Y, en efecto, aquella misma noche Emilio tuvo que empezar a ejercer de tinieblo, que es como Milena designaba el oficio de amante, tal vez porque se desempeña a oscuras y furtivamente. Aunque primero, desde luego, lo mandó bañarse y le prestó otra ropa que, aunque le quedaba holgada, no desprendía los efluvios pestilentes de su chándal. Y cuando ya lo tuvo compuesto y acicalado, lo mandó pasar a su habitación, que estaba al fondo de la casa y excedía a todas en decoración prostibularia. Milena le ordenó que se pusiera él debajo en la cama; y mientras lo cabalgaba le pedía que le agarrara con ambas manos su culo ecuménico y blandujo, lleno de hoyuelos como cráteres lunares. Enseguida se dio cuenta Emilio de que no iba a poder rendir como hubiese deseado: los meses de hambruna lo habían dejado sin energías; y, además, su cuerpo estaba acostumbrado a un ritmo muy distinto del que pretendía imponer Milena, que caía sobre su miembro con una violencia de martillo neumático. Eyaculó sin deleite alguno, por el ímpetu del frotamiento, y se esforzó inútilmente por mantener la erección, mientras Milena se agarraba al catre de la cama, como el preso a los barrotes de su celda. Gritaba como una posesa:

—¡Muévete, cabrón, muévete, que ya me vengo!

Pero a Emilio la escandalera no hacía sino arredrarlo más, y se fue marchitando dentro de Milena, hasta que ella por fin se corrió derrengándose sobre él y soltando unos bramidos que retumbaron en las paredes de la casa. Cuando por fin recuperó el resuello, lo obligó a un segundo asalto, esta vez en

la postura del misionero. Milena, además de chuchona, era muy mandona en la cama (tan mandona como fuera de la cama, en realidad).

—Pero, mujer, dame un respiro... —suplicó Emilio.

—¿Qué vaina es esa del respiro? —se encrespó—. No seas marica y ponte manos a la obra. Que aquí has venido a camellar, ya te lo advertí.

Como si el eco de su coyunda hubiese enardecido a los huéspedes de la casa, llegó a través de los tabiques el rumor de otras coyundas tiernas o bestiales, urgentes o morosas, un aquelarre acústico de jadeos, ayes y chillidos que exigía a Emilio una nueva prestación. Como quien entrega su alma al diablo, sacó fuerzas de flaqueza y se lanzó a la hazaña, que logró consumir a duras penas, extraviado en aquel cuerpo desbordado y chapoteante en donde no podía hacer otra cosa sino capear el temporal, antes de caer exhausto sobre las sábanas empapadas de sudor.

—¿Te gustó? —le preguntó Milena.

—Fue chévere —mintió, casi sin aliento.

Temió que a continuación Milena se pusiese mimosa y le declarase su amor. Pero su intención era bien distinta:

—Pues ya sabes cuál será tu primera obligación. Cada noche tendrás que satisfacerme. Y, durante el día, a ganarte el pan con el sudor de tu frente —añadió, despiadada—. Aquí no quiero conchudos ni parásitos. Y mañana mismo te motilas, que con esos pelos pareces el Señor Caído de Monserrate.

Emilio logró, en cambio, que Milena no lo obligara a raparse la barba, que era su última máscara. Y a partir de ese momento quedó convertido en el factótum de la casa de huéspedes. A cambio, Milena no le pagaba ni una mísera moneda, pues juzgaba que ya estaba muy bien retribuido con el alojamiento y la manutención, más los revolcones de cada noche, que ella consideraba incentivos y Emilio, penosas servidumbres, mucho más penosas que la limpieza de las habitaciones donde los huéspedes acababan de desahogar sus flujos. Al principio, tenía que reprimir una náusea cuando entraba en aquellas piezas en las que se apelmazaban los olores más hediondos, cuando cambiaba las sábanas regadas con las secreciones más repulsivas, cuando barría el suelo de condones usados y vellos púbicos. Pero, a medida que pasaba el tiempo, fue criando callo y ejercitando todas estas faenas serviles con indiferencia, como el caballero limpia los establos de estiércol. Y hasta llegó a deleitarse con los olores de la lejía y el zotal, que gastaba a mansalva, pues Milena quería ante todo que su establecimiento fuese famoso por sus condiciones higiénicas. Así había logrado ganarse un prestigio entre su clientela, formada igualmente por funcionarios de los

ministerios, ejecutivos de medio pelo y camellos del barrio (que en Colombia llaman jíbaros), para quienes la frecuentación de la calle 20 resultaba demasiado comprometedor.

Casi sin darse cuenta, se fueron sucediendo los meses. Ya iba quedando menos para que se cumplieran aquellos dos años que Emilio había acordado con Soraya mantenerse alejado de España. Había conseguido al fin, en medio de su abyección y sometimiento, llevar una vida pacífica, sin los sobresaltos de antaño. Es verdad que le tocaba fregar váteres y cambiar sábanas sucias, así como tener satisfecha a la insaciable Milena; pero a cambio se sentía más protegido que nunca desde que llegó a Bogotá. No tenía otra preocupación sino conseguir mil euros (o tres millones de pesos) para comprarse el pasaje de avión de regreso a Madrid; pero no encontraba el modo de hacerlo. A Milena no se los podía pedir, pues, aparte de que no se los daría, la pondría en guardia respecto a sus intenciones. Tampoco podía ganarlos lícitamente en ningún otro empleo, pues el trabajo en la casa de huéspedes (o de lenocinio) no le dejaba tiempo ni energía para ganar sobresueldos. Y conseguirlos de forma delictiva, asaltando por la calle a algún ricachón desprevenido o vaciando la caja de alguna tienda, se le antojaba arriesgadísimo y causa suficiente para arrojar por la borda el trabajo sacrificado de casi dos años. Algo que no podía permitirse.

Los jíbaros que frecuentaban la casa de huéspedes la cerraban una vez al mes durante todo el fin de semana para agasajar a su proveedor, Jacinto, un bacán de renombre en el mundo del narcotráfico que disfrutaba como un enano de las guarichas bogotanas. Emilio trató de postularse ante este Jacinto, un hombrecillo petiso y triponcete, con cierto aspecto de sátrapa andino, en la esperanza de llevarse alguna propina, atendiendo todos sus requerimientos y ejerciendo de recadero para él y para las guarichas, que en medio de la jodienda siempre reclamaban gaseosas y chocolates. En uno de aquellos viajes al supermercado, mientras rebuscaba en las alacenas, Emilio se dio de bruces con el hombre que lo había estado observando mientras dormía en la plaza de Bolívar y lo había seguido durante semanas, cuando todavía vivía en el barrio de Monteblanco, para finalmente robarle los ahorros. Allí estaba, más cierto y corpóreo que nunca. Y, en lugar de escabullirse, lo miraba con insolencia y esbozaba una sonrisa retadora. Tal vez ya se hubiese resignado a abandonar su búsqueda de Emilio, después de haberle perdido la pista cuando se convirtió en un indigente que sobrevivía escarbando en las canecas de basura. Y ahora, milagrosamente, volvía a tenerlo a su merced.

Emilio salió apresuradamente del supermercado. Para tratar de dar esquinazo a su perseguidor, tomó a la carrera una buseta que lo alejó del centro de Bogotá, después otra que lo volvió a acercar de forma zigzagueante, y ya por último dio un largo rodeo por calles poco transitadas hasta llegar a la casa de huéspedes de Milena. Que, por supuesto, lo abroncó histéricamente por llegar tan tarde y de vacío; y lo mandó como castigo a desatascar un váter donde las guarichas con menos tragaderas habían ido a soltar la vomitona. Emilio obedeció sin rechistar. Pero cuando acabó aquella ultrajante tarea, que le llevó no menos de dos horas, se tropezó con que los jíbaros y sus guarichas ya daban por concluida la parranda en honor al proveedor Jacinto y salían de la casa, con las caras estragadas por el vicio y los andares tambaleantes. En el vestíbulo se cruzaron con el perseguidor de Emilio, que esperó paciente a que Milena terminara de despedir zalamera a los crápulas. Cuando por fin abandonaron el establecimiento, preguntó:

—Buenas tardes. ¿Tienen alguna habitación libre?

Milena hizo un gesto a Emilio, señalándole la habitación contigua a la suya, antes de responder:

—Si el señor espera unos minutos, le dejaremos una habitación limpia y reluciente para que se instale. ¿Trae el señor compañía?

El hombre, que ya se olía el tomate que se cocinaba en aquel lugar, respondió sin dejar de mirar a Emilio:

—No, señora. Vengo solo. Ando buscando a un amigo al que perdí la pista hace algún tiempo.

Y lanzó una mirada entre divertida y taimada a Emilio, que se había quedado petrificado al fondo del pasillo, con su caja de herramientas en una mano y el cubo con la fregona en la otra. Cabizbajo y mohíno, se dirigió hacia la habitación que Milena le había pedido que arreglase, que tras la juerga había quedado como una leonera, con los consabidos desperdicios diseminados por aquí y por allá, las toallas sucias y varios tubos de perico olvidados en el lavabo. Hacía ya mucho tiempo que Emilio no se drogaba; pero en aquella ocasión esnifó sin dudarle, para acometer con prontitud una faena que no podía seguir dilatando más. Hasta entonces, la conversación que mantenían en el vestíbulo Milena y su perseguidor se le había antojado un cuchicheo inaudible; pero la cocaína expandió al instante sus percepciones.

—¿Y espera encontrar pronto a su amigo? —preguntó Milena, en un tono entre jocosos y entrometido.

—Me ha parecido verlo en la calle, pero cuando me acerqué a él salió corriendo para darme esquinazo —dijo el hombre.

—¡Pues qué amigos tan raros! —se escamó Milena—. ¿No será usted un culebro de esos que van cobrando deudas?

—¿Tengo yo cara de culebro? —se enojó el hombre—. Culebras son los que huyen de mí. Y a las culebras hay que pisarlas.

A Milena algo debió de amedrentarla en el forastero, al que ya no quiso seguir dando coba. Con el subidón del perico, Emilio limpió rápidamente el cuarto; y con la misma celeridad se puso a adecantar los otros, cambiando sábanas y toallas, desinfectando sanitarios y fregando suelos a una velocidad que a la propia Milena la dejó pasmada. Y mientras Emilio trajinaba, el hombre que le seguía el rastro se había encerrado en su habitación, donde mantuvo una breve conversación telefónica en un tono clandestino que resultaba por completo imposible escuchar, ni aun pegando el oído a la puerta, como hizo Emilio en un par de ocasiones. Cuando terminó la limpieza, mucho antes de lo previsto, fue a dar el parte a Milena.

—Así me gusta verte, Efraín, camellando sin parar —dijo, burlona—. Vas a ganarte pronto un ascenso.

Emilio no sabía si debía tomárselo como un halago o una amenaza. Murmuró:

—Ya sabes que estoy dispuesto para lo que necesites.

Milena asintió con satisfacción un poco bestial. Pero se excusó:

—En cambio, esta noche no voy a poder premiarte. Con la rumba que hemos tenido, no he podido pegar ojo en dos días. Me voy a quedar foquiada en cuanto caiga en la cama.

Emilio ensayó un puchero, para que no se le notase el alivio:

—Cuánto lo siento, Milena. Pero mañana será otro día. Que descanses.

Y se retiró a su habitación. La cocaína le permitía pensar más rápidamente y le inspiraba ideas temerarias. Abrió la caja de las herramientas y extrajo el destornillador más fino de cuantos allí guardaba, tan fino que más bien parecía un punzón o un estilete. Luego, para aquietar los latidos de su corazón, se tumbó unos minutos en la cama sin inmutar un solo músculo, como la araña que espera a su presa, mientras el sol empezaba a ocultarse detrás de las montañas de Bogotá. En la habitación contigua, su perseguidor había dejado de hablar al teléfono y medía el suelo con grandes zancadas, impaciente. Emilio tomó aire, como si se dispusiera a zambullirse en el agua, se levantó de la cama y salió con gran estrépito de su cuarto. Como la cocaína le había aguzado el oído, pudo percibir, mientras bajaba por las escaleras, que su perseguidor también había abandonado sigilosamente el suyo, para seguirlo. Una lluvia ligera había empezado a caer cuando salió a la calle,

provocando la prisa y la desbandada de los transeúntes. Emilio apretó el paso, seguro de que su perseguidor también lo haría, para no perderle el rastro. La sangre le zumbaba en los oídos y golpeaba las sienes, mientras caminaba cada vez más deprisa, rumbo a la taquilla del teleférico que subía hasta la basílica del Señor de Monserrate. Sacó un tiquete y esperó en la escalinata haciéndose el distraído, hasta comprobar que, en efecto, su perseguidor también se dirigía a la taquilla. Sólo entonces pasó el control y se metió en el funicular, mezclándose con un grupo de turistas mexicanos.

Su perseguidor entró cuando ya iban a cerrarse las puertas y se sentó al otro extremo del vehículo. Pero Emilio ni siquiera se dignó mirarlo, sino que en todo momento se volvió de espaldas a él, para disfrutar del ascenso contemplando la vegetación espesa que tapizaba el cerro, pinos y eucaliptos imponentes que escondían en su espesura secretos centenarios, y al fondo Bogotá, azotada por los vientos helados de la sabana, parpadeando como una nueva Babel de la quincalla bajo el cielo anubarrado (o tal vez tapiado por la polución). El último tramo del ascenso discurrió a través de un túnel lóbrego con forma de herradura, cuyas paredes florecidas de verdín amedrentaron a los turistas. Pero llegaron por fin a la cima del cerro, dejando atrás el túnel, y los turistas salieron en estampida del teleférico, para correr hacia la basílica, antes de que la noche se les echase encima.

Emilio, en cambio, prefirió demorarse por el camino donde se representaban las figuras del Viacrucis, con esculturas que los peregrinos habían pulido y abrigado, a fuerza de besos devotos, en los pies y en las manos. Por aquel camino pedregoso subían durante el día cientos de penitentes con los pies descalzos, dejando sobre el camino un rastro de sangre que, a la caída de la noche, refrescado por la lluvia, exhalaba un perfume embriagador. O al menos eso le pareció a Emilio, cuyos sentidos estaban más despiertos y exaltados que nunca. Dejó que la lluvia lo calase antes de dirigirse hacia la basílica, cuando ya los últimos turistas la abandonaban, de vuelta al funicular. Sobre el altar, iluminado por unas velas pobretonas, se hallaba el Señor Caído de Monserrate, una talla barroca y tremendista que mostraba a Cristo —un Cristo enflaquecido y sangrante— tratando de alzarse del suelo, tras una de sus caídas camino del Gólgota, pero con una de sus manos ya clavada al madero de la cruz, lo que tornaba vano su esfuerzo. El Señor Caído tenía las rodillas despellejadas, el pecho ensangrentado, el rostro nublado de dolor, el cabello rojizo como barba de choclo. En la basílica olía a penumbra, a incienso, a sacrificio de inocentes. Emilio avanzó a través de la

nave donde lo aguardaba, sentado en uno de los primeros bancos, su perseguidor.

—Quihubo, hermano —lo saludó, sentándose a su espalda. Se esforzaba por emplear su mejor acento colombiano—. ¿Qué lo trae por aquí?

Su perseguidor se volvió lentamente. Por fin Emilio pudo examinar con calma los rasgos pálidos y más bien anodinos de aquel hombre todavía joven, de unos treinta y cinco años, que sin embargo empezaba a quedarse calvo.

—Vine buscando a un amigo español —dijo, en un murmullo.

En sus ojos inquisitivos temblaba la llama de las velas que iluminaban al Cristo.

—¿Y lo encontró?

—Aún no estoy seguro. Encontré a un hombre que se le parecía mucho, pero su jefa me asegura que es de Medellín —dijo, con una sonrisa dudosa—. Y su nombre no coincide con el del amigo que busco. Tendré que solicitar informes a España.

Emilio se inclinó hacia delante, hasta acercar su rostro a menos de un palmo de distancia de su perseguidor.

—¿Y por qué no habló primero con el hombre de Medellín? —le preguntó, con voz lastimada—. No se puede ir por el mundo atemorizando a la gente. Ustedes los españoles son todos unos corronchos.

—¿Unos qué? —se extrañó su perseguidor—. Perdone, pero no le entendí.

Emilio lo tomó del hombro y se acercó todavía más, hasta casi rozarle con los labios el lóbulo de la oreja:

—Corronchos. Gente sin modales ni educación. —Y, antes de que el otro reaccionara, añadió—: Te voy a quebrar, malparido.

Le dobló el cuello y le ensartó el destornillador entre los tendones y vértebras del cogote, en un limpio descabello, hasta alcanzar el cerebelo. Su perseguidor trató de lanzar un grito, pero sólo brotó de su garganta un gorgoteo ahogado por la brusca sangre que de pronto le llenó la cavidad bucal y empezó a derramarse por las comisuras de los labios. Mientras moría, Emilio miraba sus ojos absortos, en los que la llama de las velas pobretonas se agrandaba hasta convertirse en la llama de un cirio pascual, casi en un incendio. Antes de expirar, el cuerpo de su perseguidor se acalabró y sus piernas se agitaron en una pataleta convulsiva; y Emilio lo abrazó muy amorosamente, sin dejar de mirar su rostro, que en el trance de la muerte parecía nublado por el dolor, como el del Señor Caído de Monserrate. Cuando por fin cesaron las convulsiones, Emilio dejó que se desmadejara sobre el banco, con la cabeza vuelta en una rara torsión, como un junco tronchado. La

sangre que le brotaba del cuello se extendió sobre la madera del banco como un charco de esmalte; pero desprendía un olor aborrecible, como la primera sangre del cerdo en la matanza.

Emilio extrajo con cuidado el destornillador de su cuello y le palpó las ropas, hasta dar con el bulto de la cartera en uno de sus bolsillos interiores. Leyó en su pasaporte un nombre que nada le decía, tan pálido y anodino como su rostro: «Antonio García González». En la cartera guardaba, además, varias tarjetas de visita en las que se especificaba su oficio: «Investigador privado». Emilio se guardó todos sus documentos identificativos, para dificultar las labores policiales. Antes de abandonar la basílica, al mirar por última vez a su víctima, sintió una inesperada y deleznable piedad que espantó sacudiendo la cabeza, como las bestias espantan el sueño.

Mientras bajaba por el camino del Viacrucis, donde tantos peregrinos se desollaban los pies, se limpió la sangre de las manos en unas malezas o cardos que a su vez también lo hicieron sangrar. Sonaban las campanas de la basílica, anunciando a los turistas rezagados y a los cadáveres recientes la hora del cierre. Y su tañido se clavaba en la noche invernal como un punzón o un estilete.

Bogotá ya no era un lugar seguro. Había que volverse cuanto antes a Madrid.

Llegó un momento en que le resultaba más engorroso rechazar las insistentes invitaciones que recibía para asistir a saraos, que dejarse ver en unos pocos. De este modo, además, Soraya consiguió que dejaran de tomarle fotos clandestinas durante su recorrido por los cajeros del barrio de Hortaleza, que seguía realizando puntualmente cada mañana. Y, en fin, asistiendo a unos pocos saraos, podía sacarse un sueldecito con el que vivía más holgadamente; pues siempre conseguía sablear a los anfitriones, o a los patrocinadores del acto, o al modisto del modelito que lucía para la ocasión. Soraya había decidido, incluso, empezar a pagar los plazos de la hipoteca y otros gastos corrientes con el dinero que le proporcionaba su vida social, para no mermar los billetes que cada semana guardaba en la caja de seguridad. Y había logrado, incluso, reponer las cantidades que antes había tenido que descontar de la indemnización del seguro. En apenas unos días acabaría de drenar todas las cuentas y los cuatro millones de euros estarían convertidos en billetes, aguardando que los liberasen de su escondrijo.

La decisión de hacer vida social, pese a las ventajas económicas, no había sido tan fácil. La repugnaba sobremanera codearse con la misma gentuza que, unos pocos años atrás, la había rechazado y ahora la adulaba del modo más servil. La repugnaba también tener que posar en los *photocalls* con unos modelitos que ni siquiera le gustaban y cuyas ventas se dispararían durante las siguientes semanas entre las chonis (pero se consolaba pensando que, aunque el modelito fuese horroroso, al menos se llevaría un buen pico por lucirlo). Y le repugnaban especialmente las preguntas necias de los reporteros del cotilleo, que la abordaban en tumulto, después de que los fotógrafos la hubiesen acribillado en el *photocall*:

—¿Sigues desocupado tu corazón, Soraya? —le preguntaban machaconamente.

Y ella, que llevaba las respuestas preparadas, las iba soltando como quien echa algarrobas a los cerdos, acompañándolas de una sonrisa desmayada:

—Yo no diría desocupado, porque el amor a mi difunto marido ocupará siempre un lugar preferente. Mi corazón está reponiéndose de las heridas. Como un campo en barbecho.

Los reporteros eran unos garrulos de asfalto que no entendían estas metáforas agrarias:

—Vamos, que no te cierras a nada... —la azuzaban.

—Nunca he sido una persona cerrada. Ni de cabeza ni de corazón ni de espíritu —decía, con un gesto modosito—. Sólo me cierro ante quien quiere hacerme daño.

—Pero se dice que hay un nuevo hombre en tu vida, Ramiro Cifuentes. ¿Qué hay de cierto en el rumor?

Aunque en algún lugar había salido publicado el nombre del inspector, nunca se mencionaba su oficio, pues debían de considerar que rebajaba el caché de Soraya. Preferían que se liase con un magnate, con un futbolista, con un torero. Soraya soltaba una risa condescendiente y se ahuecaba la melena brillante y sedosa, para que todas las chonis de España se deprimieran, al compararla con su cabello ratonil y abrasado por el tinte.

—Ramiro es una persona excepcional, mi auténtico ángel de la guarda —respondía, con gesto ensoñador—. Nadie me ha ayudado tanto como él en los momentos difíciles. Pero ambos preferimos ir poco a poco. De momento, sólo somos buenos amigos. Mañana, Dios dirá.

Arreciaban entonces las preguntas de los reporteros, pero Soraya los dejaba con la intriga. En aquella ocasión, había acudido a un desfile de moda de mucho ringorrango, vestida para la ocasión con un modelito del modisto titular, un botarate al que no se le levantaba ni con poleas, empeñado en trabajar con los trapos más deslucidos. Soraya, sin embargo, los llevaba con mucha más gracia que las modelos anoréxicas que desfilaban sobre la pasarela, un montón de ectoplasmas que parecían salidos de Auschwitz o al menos de la Cañada Real, con unas pierrecillas de grulla tísica que daba grima verlas. Muchas veces habían propuesto a Soraya que desfilase como modelo de tal o cual modisto; y ella siempre se había escaqueado con las mismas disculpas coquetas: que si ya era muy mayor, que si le faltaba garbo, que si estaba demasiado gorda. De este modo, además de provocar los halagos de sus admiradores (que ponderaban sus pocos años, su cuerpo esbelto, su estilazo inigualable), fastidiaba a las gordas, a las viejas y a las poco garbosas. En el intermedio del desfile, Soraya no se movió de su sitio,

como hace la gente verdaderamente importante, mientras los postulantes se despepitan y corretean como gallos descabezados de grupo en grupo, en pos de su medro. Y hasta su sitio se acercaron diversos moscones y polillas que querían poner a prueba, siquiera por un minuto, su leyenda de viuda inexpugnable. A todos los iba despachando con displicencia sin levantarse del asiento, a veces sin mirarlos siquiera, mientras oteaba el panorama de cacatúas emplumadas y efebos que arrimaban cebolleta a todo lo que se movía. Entre el tumulto divisó a una viejecita con aspecto de jilguero, apergaminada y vivaracha, que también se había quedado en su sitio, por pereza o desdén. Aunque no había vuelto a ver a la Borbona desde hacía más de dos años, la había recordado en multitud de ocasiones, en sus caminatas matutinas de cajero en cajero.

—¡Doña Soledad! —gritó, exultante.

Y se levantó, para reunirse con ella, dejando con la palabra en la boca al moscón que la aturdí en ese momento. La Borbona, que había oído que alguien la llamaba, no logró sin embargo orientarse entre el barullo circundante. Y sólo cuando tuvo ante sí a Soraya mostró su alborozo:

—¡Cómo me alegro de verte, chatina! Muchas veces me he acordado de ti.

—También yo de usted, doña Soledad —dijo Soraya, devolviéndole la cortesía.

La Borbona la tomó del brazo con una mano que la artrosis y el vitíligo disfrazaban de garra.

—¡Ay, aquellas reuniones en la casa de Burujón! —se lamentaba—. Parece como si hubiese caído una maldición sobre todos los asistentes. Primero tu marido, con aquel accidente tan terrible. Después, todos los condenados en el juicio: muchos de ellos en la cárcel; y los que se libraron de la cárcel, caídos en el más absoluto de los descréditos y arruinados para siempre. ¡Y qué me dices de sus mujeres! Pensaron que divorciándose y haciéndose la cirugía conseguirían salvarse de la quema y que ya nadie recordase su pasado. Pero les dio exactamente igual. Más bien consiguieron que nadie recordara su futuro. Sólo tú y yo nos hemos mantenido a flote...

Su voz se había apagado, vencida por la pesadumbre.

—¡Somos unas supervivientes! —trató de animarla Soraya—. No hay quien pueda con nosotras.

—Yo por vieja —dijo la Borbona, restándose protagonismo—. Me ven tan próxima a la muerte que ni siquiera consideran que merezca la pena hundirme. Pero lo tuyo sí que tiene mérito...

—No se crea, doña Soledad. ¡A mí sí que me favorece la proximidad de la muerte! —la contradijo—. Mi viudez les da morbo y por eso no me machacan.

La Borbona descargaba sobre el brazo de Soraya todo el peso de su cuerpo, cada vez más torpe y quebradizo. Resopló:

—¡Pero no es que no te machaquen, chatina! ¡Es que te has convertido en una estrella del papel cuché! Desde la Preysler no se había visto nada igual.

La comparación la indignó un poco, porque Soraya no había hecho nada por ganarse esa consideración que, por lo demás, la asqueaba. Pero no quería soliviantarse:

—¿Y qué es lo que la trae por Madrid? Porque yo la hacía en Biarritz...

—¡Ya quisiera yo estar en Biarritz, alejada del mundanal ruido! —se lamentó la Borbona, haciendo aspavientos de contrariedad—. Pero tengo un par de hijos que son unos inútiles integrales y están llenos de deudas. Y, como no puedo disponer de mi dinero, me va a tocar vender un piso que heredé de mi padre, en el barrio de Salamanca. Todo por sacar de un aprieto a ese par de majaderos.

Soraya la miró perpleja y la llevó hacia un aparte, para asegurarse de que nadie las escuchaba:

—Pero... ¿no tiene dinero a mano para pagarles las deudas?

La Borbona esbozó un puchero que abultó su belfo, como una rúbrica de su estirpe.

—Lo tengo todo... bueno, ya sabes, fuera de España —dijo, melindrosa.

—¿No se acogió a la amnistía fiscal del gobierno? —preguntó Soraya, tensando la cuerda de la curiosidad—. Tengo entendido que fue un chollo. Todo el que tenía dinero en paraísos fiscales pudo regularizarlo pagando un porcentaje bajísimo...

—Era una amnistía con truco, chatina. En efecto, parecía una bicoca. Pero en cuanto afloró el dinero se han puesto a investigar si procedía del blanqueo de capitales —gruñó la Borbona—. ¿De dónde diablos iba a proceder? El caso es que ahora están investigando a cientos de pipiolos que picaron el anzuelo. Yo, por fortuna, no lo hice, porque me dieron el chivatazo.

Soraya sonrió, complacida, y se llevó la mano al pecho, para mostrar su alivio:

—¡Cuánto me alegro, querida amiga! Así que sigue teniendo su dinero...

—En las islas Caimán, chatina —dijo, en un susurro—. Pero no se me pega la camisa al cuerpo. Cualquiera día me sacan en otra lista Falciani. Estoy que trino.

Y Soraya adoptó un gesto mohíno, para amoldarse al estado de ánimo de la Borbona, que en aquel duro trance reclamaba sobre todo solidaridad. Se inclinó para susurrarle al oído:

—Seguro que más pronto que tarde encuentra un político corrupto con un maletín lleno de billetes... Usted misma nos explicó el procedimiento en la casa de Burujón, ¿se acuerda?

La Borbona la escrutó apreciativamente, pasmada de su memoria:

—El problema es que los políticos corruptos están cayendo como moscas. Los tienen a todos con los teléfonos y los ordenadores intervenidos... —Y clamó, indignada—: ¡Menudo mundo nos aguarda! Ya no podemos ni siquiera disponer del dinero que hemos ganado con... con el ingenio de nuestra frente y asumiendo unos riesgos terribles. Tú eres muy joven y no puedes imaginar las piruetas que tuvimos que hacer mi marido y yo para evitar que nos cazaran con ese dinero. ¡Y ahora, en mi vejez, resulta que no puedo disponer de él!

Ignoraba qué piruetas tendría que haber hecho la Borbona para esconder su dinero en las islas Caimán. Pero estaba segura de que serían piruetas de poca monta, comparadas con las que Emilio y ella misma estaban haciendo, para cobrar la indemnización del seguro y convertirla en billetes.

—Terminaré encontrando a alguien con quien pueda ponerse de acuerdo, doña Soledad. Estoy completamente segura —dijo, para animarla—. ¿Estará mucho tiempo por Madrid?

—Me marcho en un par de días o tres —respondió la Borbona—. Pero espero volver pronto, para firmar la venta del piso.

Soraya la besó demoradamente en ambas mejillas, que tenían un tacto frío y granuloso, como de pollo fiambre.

—Yo de usted esperaría todavía un poco para venderlo —le aconsejó, mirándola fijamente con complicidad—. Me gustaría verme con usted antes de que se vaya.

A la Borbona le fulguraron los ojillos, entre las ruinas de la vejez. Tal vez fuera porque olfateaba un negocio ventajoso, tal vez porque Soraya le había despertado alguna querencia sáfica que creía enterrada para siempre. Tomó su mano de ángel entre las suyas, un poco reptilianas.

—Cuenta con ello, preciosidad. Nos llamamos.

Y se despidieron, pues ya se reanudaba otra vez el paseíllo inane de las modelos escuálidas, que al caminar parecía que se fuesen a desgualdrajar. Soraya permaneció un rato sentada, sin mirar apenas el desfile de adefesios, rumiando la conversación que había mantenido con la Borbona. Antes de que

terminara la mamarrachada, cuando el modisto salió a saludar, Soraya se escaqueó, para evitar los achuchones de la salida. También para ahorrar la espera al inspector Cifuentes, que había quedado en pasar a recogerla, al salir de su trabajo. Soraya quería llegar antes que Cifuentes al lugar de encuentro, para que la recogida fuese discreta y el inspector no tuviera que hacer uso de sus prerrogativas policiales, abriéndose hueco entre los automóviles que abarrotaban los accesos. Así podrían largarse de inmediato, sin organizar revuelo.

Desde que había decidido sacar tajada a su condición de *it girl*, su relación con Ramiro Cifuentes se había vuelto más tirante. Ambos habían decidido de mutuo acuerdo que no les convenía aparecer juntos ante las cámaras, para no perjudicar la carrera policial del inspector y evitar maledicencias. Pero detrás de esta decisión se ocultaba cierto complejo de inferioridad de Cifuentes, que se sabía demasiado tosco para el nuevo tipo de vida rutilante que Soraya había decidido probar. Lo avergonzaba hacer el ridículo ante los focos, lo avergonzaba convertirse en la comidilla de las marujas, lo avergonzaba sobre todo que la opinión pública se espantase de que una diosa como Soraya hubiese elegido, entre todos los hombres del mundo, a un policía gris e insulso como él, aunque sólo fuese como acompañante. Y la tirantez se alimentaba, además, de otra frustración todavía más abrasadora.

Cuando Soraya le había confesado el trauma que le había causado su marido, al contagiarla de papiloma, Cifuentes pensó insensatamente que podría mantener con ella un noviazgo blanco. También que, gracias a sus desvelos y atenciones, Soraya iría superando poco a poco ese trauma. Cifuentes había llegado a creer que su relación acabaría siendo plena, más allá de las prevenciones profilácticas que exigiese la enfermedad de Soraya. Pero no había podido ser así. Casi un año después, Soraya seguía manifestando la misma aversión al contacto sexual. Y Cifuentes no había podido mantener a buen recaudo el deseo que Soraya le despertaba, como en un principio había creído fatuamente. La urgencia y frustración sexual del inspector se habían disparado, además, desde que Soraya empezase a hacer vida social. Mientras no se había exhibido públicamente, su deseo reprimido se había consolado pensando que los demás hombres aún disfrutaban menos de ella. Pero, al frecuentar Soraya fiestas y saraos, surgieron cientos de moscones que la abordaban y se fotografiaban con ella en actitudes insinuantes o directamente avasalladoras, que la ceñían de la cintura o la besaban en la mejilla o bromeaban ante los reporteros, asegurando que habían conseguido una cita con la viuda inexpugnable.

Es verdad que Soraya sólo hacía vida social cuando Cifuentes estaba de servicio, para que no se sintiese postergado; y que nunca le escatimaba tiempo ni dedicación en los días en que disfrutaba de un permiso. Pero Cifuentes ya estaba envenenado por los celos. Compraba las revistas del corazón y se tragaba todos los programas de cotilleo, para seguir la actividad de Soraya; y siempre la veía rodeada, agasajada y requerida por maromos mucho más vistosos y adinerados, mucho más jóvenes y cachas, mucho más dicharacheros y modernillos que él. Una panda de soplapollas y de frívolos que no tenían ni media leche, desde luego; pero lo cierto es que, a la postre, ellos disfrutaban de una faceta de Soraya que a él le había sido vedada. La Soraya más glamurosa, la Soraya más risueña e insinuante, la Soraya más juguetona y provocativa, la Soraya que guiñaba un ojo a la cámara, o dejaba asomar la puntita de la lengua entre los dientes, mientras posaba en el *photocall* y se ponía de perfil ante las cámaras, contoneándose muy discretamente, con una exquisita elegancia que, sin embargo, resultaba extraordinariamente excitante.

Durante los primeros meses, Cifuentes había logrado ocultar su frustración. A veces, mientras veía a Soraya en los programas de cotilleo, posando en los *photocalls* con sonrisa y ademanes picaruelos, se masturbaba vergonzantemente; y estos desahogos solitarios le permitían mantener durante unos días más su simulacro de noviazgo blanco. Pero cierto día, al recoger a Soraya de uno de sus saraos para devolverla a casa, le pidió que posara también para él como lo hacía para las cámaras. A Soraya la petición le pareció surrealista; pero enseguida rectificó su desconcierto inicial y se mostró dispuesta a hacerlo. A fin de cuentas, sus posturitas en el *photocall* eran una farsa que representaba a cambio del dinero que apoquinaban sus anfitriones o patrocinadores. Y, puesta a hacer teatro, lo haría con mucho más gusto ante Ramiro, que no en vano era su auténtico ángel de la guarda.

Fue una pantomima grotesca; pero Soraya la ejecutó sin rechistar, obediente como una autómatas. Con la misma obediencia de autómatas con que había seguido al dedillo las instrucciones de Emilio, para convertir la indemnización del seguro en dinero contante y sonante. Aquella pantomima, en el fondo, formaba parte de una misma regla de obediencia; pues, para llevar a buen puerto el plan diseñado por Emilio, debía esforzarse en tener contento a Cifuentes. Así que lo dispusieron todo en el salón de la casa como si fuese un *photocall*, con varias lámparas enfocadas hacia una pared sobre la que Soraya ejecutó sus poses teatrales y fingidas sonrisas, poniéndose de

frente, de perfil y de espaldas, mientras Cifuentes la contemplaba desde la oscuridad, sentado en el sofá.

Si se conformaba con esa farsa y a cambio no le exigía sexo, Soraya estaba dispuesta a satisfacerlo.

También lo satisfizo cuando, a la tercera o cuarta ocasión que repetía la pantomima, Cifuentes se atrevió a pedirle que se alzara la falda y le mostrara el tanga.

También lo satisfizo cuando en otra ocasión le pidió que se quitara el tanga.

Y cuando le propuso que, después de alzarse la falda y quitarse el tanga, se volviese de espaldas hacia él, arqueando la espalda y poniendo el culo en pompa.

A Soraya no se le escapaba lo que Cifuentes estaba haciendo en la oscuridad, mientras solicitaba estas cochinadas. Escuchaba su voz entrecortada, su respiración acezante, sus bufidos y resoplidos. Para no tener que escucharlos, le propuso poner un poco de música, que a la vez que relajaba la tensión permitía a Soraya ejecutar sus posturitas de modo más rítmico. Pronto logró desinhibirse tanto que ya ni siquiera necesitaba que Cifuentes le fuera dictando el repertorio: ella misma, por iniciativa propia, se alzaba la falda, se bajaba el tanga, arqueaba la espalda y ponía el culo en pompa, desabotonaba la blusa y se arrancaba el sostén, se masajeaba los senos, se revolcaba por el suelo y abría lentamente las piernas, para mostrar sus partes más íntimas, allá donde se escondía la herida que la tornaba inaccesible.

Así hasta que Cifuentes, sofocado y trémulo, la autorizaba a vestirse otra vez. Soraya había llegado, incluso, a disfrutar de aquellas pantomimas, seguramente sórdidas, pero no mucho más falsas que sus posados ante el *photocall*. Después de todo, eran un sucedáneo que le permitía postergar el trance que se había propuesto evitar a toda costa. En cierto modo, aquellas cochinadas eran su sudario de Penélope. Un subterfugio dilatorio, mientras esperaba el regreso de Ulises.

Y, además, acabaron generando desazón y descontento en el propio Cifuentes, que comprobaba cómo su luminoso amor se iba enturbiando de tortuosas fantasías. Aquella tarde, después del desfile de moda, mientras la conducía hasta su casa, se mostró especialmente parco y taciturno. Fue un alivio escuchar al fin sus palabras, cuando ya habían tomado el desvío hacia la urbanización:

—Esta noche no voy a pasar, Soraya.

Cifuentes tenía la barba crecida y la mirada vidriosa. Conducía como si se hallase bajo los efectos de un hipnótico. Soraya trató de que su curiosidad sonase alarmada:

—¿Y eso? ¿A qué se debe?

—Lo que estamos haciendo es algo enfermizo —respondió Cifuentes, apretando los labios—. Algo asqueroso. No me enamoré de ti para terminar... en fin, no voy a entrar en detalles.

Soraya se volvió hacia él y le acarició las mejillas barbudas y febriles.

—Ramiro, yo nunca te he reprochado...

—Eso lo hace más enfermizo todavía —la interrumpió Cifuentes—. Pero no es necesario que me reproches nada. No me chupo el dedo. Sé de sobra que te desagrada. Sé que accedes por complacerme. Y eso hace que me sienta todavía peor.

Se internaron por la calle que conducía hasta su chalé, flanqueada de aligustres altos como acantilados que la última luz del día tornaba amenazantes. Soraya se acurrucó contra él, tomándolo del cuello, a riesgo de estorbar su conducción.

—Pero, cariño, ¿por qué? —se esforzó por animarlo—. A mí no me parece asqueroso. Es un juego entre adultos, ¿no te parece? Yo me hago a la idea de que estoy posando para un fotógrafo... Precisamente acabo de recibir una oferta de una marca de lencería para...

—Déjalo, Soraya —la cortó, con voz atribulada—. Te agradezco mucho el esfuerzo. Pero no vas a lograr convencerme. Me siento sucio y siento que estoy ensuciando nuestra relación. Creo que es mejor que paremos un poco. Una pequeña separación puede venirnos bien. Pensé que podría resistir, pensé que podría tener una relación saludable contigo sin necesidad de sexo... Pero me equivoqué. No entiendo qué me pasa. Tal vez tan sólo sea que me gustas demasiado, que te deseo como nunca había deseado a nadie. Pero... no podemos seguir así: tú desnudándote y haciendo posturitas como si fueses una actriz porno; yo cascándome pajas como un cerdo. Vamos a parar y a tomar un poco de perspectiva, ¿de acuerdo?

Había soñado con un amor luminoso que lo redimiera de su largo purgatorio y se hallaba inmerso en un amor clandestino como un zulo o una alcantarilla. Y sentía emerger, dentro de sí, una oscuridad devoradora.

—Como prefieras, Ramiro —aceptó Soraya a regañadientes—. Pero conste que yo...

—Te quiero demasiado para seguir con este sucio juego. Vamos a tomarnos un respiro y aclararnos.

Habían llegado ante la fachada de su casa. Cifuentes no apagó el motor ni echó el freno de mano, para dejar claro que no quería prolongar demasiado la despedida. Soraya suplicó:

—Pero... ¿podremos al menos seguir hablando por teléfono?

—¡Buena eres tú para hablar por teléfono! —bromeó Cifuentes.

—De sobra sabes que estamos todos pinchados —se defendió Soraya—. Tú mismo me lo has reconocido mil veces.

Cifuentes la acarició reverencialmente: en la frente, en las mejillas, en el cuello, hasta llegar a los hombros. Musitó:

—Me conformaría con que un día de estos me llamasas para decirme que... que ya has superado tus miedos y que...

Soraya le tapó la boca con los dedos, dejando que él los atrapase entre sus labios.

—Descuida, Ramiro. Cuando eso ocurra, serás el primero y el único en saberlo.

Lo besó demoradamente sin rehuir sus labios, aunque evitando que hubiera trasiego de saliva entre ambos. Cuando por fin abandonó su coche, se quedó en la calle agitando el brazo en ademán de despedida, un poco llorosa, hasta que Cifuentes se perdió en la noche. Entró a oscuras en casa y avanzó entre los muebles del salón como si avanzara por el estómago de una ballena dormida, cuidando de no despertarla. Sobre el sofá había dejado, antes de marchar al desfile de moda, su móvil desechable, que de repente emitió un zumbido de abejorro moribundo, como si hubiese detectado su entrada. Cuando se repuso del susto, Soraya miró la pantallita iluminada con un mensaje de texto. Lo abrió y leyó con un escalofrío:

Estoy en casa en menos de media hora.

Desde que aquella fantasmal Augusta Dupin interviniese, afeando sus troleos en internet y desactivando el más indecente y miserable de todos, Lucía había logrado reprimir sus malos hábitos. No había sido fácil, sin embargo. A veces, en mitad de la noche, se despertaba con mono de escribir comentarios calumniosos contra Soraya en cualquier foro, o de propagar infundios en las redes sociales. Se sentía desazonada y fuera de sí, como el drogadicto que depende de su dosis de metadona para no despeñarse otra vez por los precipicios de la adicción. A veces lograba acallar sus pulsiones tomándose un tranquilizante; pero otras veces sus demonios interiores seguían torturándola y tenía que aplacarlos con un impuesto de sangre.

A sus cuentas de correo apócrifas seguían llegando los avisos de noticias en las que se mencionaba a Soraya. Su popularidad no había hecho sino crecer en progresión geométrica durante los últimos meses. Por fin había abandonado su altivo aislamiento y se dejaba ver por fiestas y eventos sociales, en los que lucía unos modelitos despampanantes. Cada vez que la prensa la asaltaba a la entrada de los saraos, Soraya soltaba las mismas paridas que sueltan todas las petardas del famoseo. Y se notaba, además, que las soltaba con recochineo, burlándose de los imbéciles que estaban pendientes de sus andanzas. Pero estaba más guapa que nunca. Tan guapa que a veces, mientras Lucía contemplaba sus vídeos en internet, un estremecimiento recorría todo su cuerpo. Había rejuvenecido, como tantas otras viudas; y aunque todas sus respuestas eran protocolarias y desganadas, llenas de topicazos y de una teatralidad tan forzada que casi resultaba irrisoria, se la notaba llena de expectación y alegría. Como si, después de dos años de viudez, diese por acabado definitivamente su duelo. «Me dispongo a iniciar una nueva vida», declaraba en uno de los vídeos más recientes, con un énfasis que era a la vez jocoso y tremendamente serio. Pero cuando los reporteros le pedían mayores explicaciones, Soraya se negaba a darlas. Sabía

mejor que nadie crear misterio donde probablemente no lo hubiese. Era una maravillosa vendedora de humo.

Mientras consultaba las noticias sobre Soraya, Lucía se imaginaba espiada por aquella Augusta Dupin que tal vez fuese su protectora, además de su centinela. Pero lo cierto es que Augusta Dupin no volvió a dar señales de vida. Para consolarse, Lucía solía dejar por las noches el ordenador portátil encendido, con la pantalla orientada hacia la cama. Así se hacía la ilusión de que Augusta Dupin estaba velando su sueño. También probaba a mandarle tuits que eran mensajes de náufrago, a veces humorísticos, a veces desesperados, a pesar de que su cuenta estaba por completo inactiva. Durante algunas semanas, Lucía logró mantener viva la fantasía de que su centinela permanecía emboscada; pero finalmente se resignó a aceptar que había perdido por completo el interés por ella. Como terminaba ocurriéndole con todas las mujeres que se habían cruzado en su vida.

Aunque a veces la conciencia de abandono la obligaba a matar la ansiedad haciéndose pequeños cortes, nunca había llegado a tener tanto control sobre su vida como entonces. Y ese control se lo proporcionaban el orden y el recogimiento. Durante los días laborables, no hacía otra cosa sino ir del estudio en el que vivía a la zapatería y de la zapatería al estudio. Cada vez se dedicaba con mayor esmero a su trabajo, porque la competencia crecía, sobre todo la del comercio digital, que entre la clientela de friquis e inadaptados de la zapatería tenía mucho gancho. Para mantener el interés del público, Lucía había aconsejado a su jefe que adquiriese género de diversas marcas, absolutamente desconocidas en España, que había descubierto en sus navegaciones por internet. Su jefe había terminado por hacerle caso, tras resistirse como gato panza arriba; y las botas y zapatos de aquellas marcas ignotas habían causado furor entre su clientela, con lo que Lucía había logrado una subida de sueldo. Pero seguía llevando una existencia solitaria y formidablemente austera: no había hecho amistades en Fuenlabrada (tampoco había buscado ningún ligue, aunque ocasiones en la zapatería no le habían faltado); y los fines de semana los dedicaba a machacarse en el gimnasio y a ver comedias románticas o documentales sobre la Toscana. Aunque fuese a costa de sentirse un poco sola, Lucía tenía la sensación de estar tomando las riendas de su vida. Y era una sensación tan novedosa como estimulante.

Entonces empezó a llamar su atención aquel coche. Un Mercedes negro, modelo *coupé*, que solía aparcar cerca de la zapatería, enfrente del escaparate, aproximadamente a ochenta o cien metros, como si su conductor deseara mantener una distancia que lo hiciese irreconocible. Lucía reparó en el coche

por casualidad, mientras maniobraba para aparcar, un día en que estaba cambiando el escaparate de la tienda; le sorprendió que su conductor no bajase, pero dedujo que estaría esperando a alguien. Cuando a las dos o tres horas el coche se alejó sin que nadie más hubiese montado en él, Lucía se escamó. Mucho más lo hizo cuando lo descubrió aparcado cerca de la cafetería en la que solía hacer una comida rápida, antes de volver al trabajo. Durante los días siguientes, Lucía siguió avistando el coche de marras, siempre a una distancia prudencial, siempre presto a partir si percibía que Lucía se acercaba demasiado, aunque las horas que elegía para su espionaje variasen de un día a otro. Lucía supuso que su conductor, aparte de vigilarla, estaría tratando de interceptar sus comunicaciones; por lo que dejó de usar tanto el móvil como los ordenadores. Un día, al acabar su jornada, observó que el Mercedes la seguía discretamente hasta la parada donde tomaba el autobús para volver a casa. Y cuando bajó del autobús, a las afueras de Fuenlabrada, lo distinguió parado ante un bloque de edificios próximo. Lucía quiso fingir indiferencia y arrancó a caminar en dirección a su portal; pero a mitad de camino, súbitamente rabiosa, se dio media vuelta y corrió hacia el Mercedes. Su conductor, aunque sin duda la veía venir de frente, tardó en reaccionar. Lucía le gritó enfadada:

—¿Se puede saber por qué me sigues, cabrón?

El coche se alejó entonces marcha atrás, antes de que Lucía pudiese llegar a distinguir las facciones del conductor. Pero logró, en cambio, memorizar la matrícula.

—¿Eres Augusta? —gritó en plena carrera.

Más que una zozobra era una esperanza. Pero para entonces el conductor del Mercedes había conseguido recular hasta una calle adyacente, en la que maniobró para poder salir raudo, derrapando en la curva, inalcanzable ya para Lucía.

No pudo pegar ojo en toda la noche, invadida por la excitación. A la mañana siguiente, pidió a su jefe unas horas de permiso, alegando que se sentía indispuesta, y tomó el autobús a Alcorcón, donde había una oficina de la Jefatura de Tráfico que imaginó menos concurrida que la sede central de Madrid. Después de aguardar en una sala de mobiliario antediluviano y paredes tapizadas con carteles de campañas de seguridad vial del siglo pasado, la atendió un funcionario con bigote de morsa y ojeras como riñoneras. Mientras Lucía hablaba apresuradamente, el funcionario la escrutaba con una calma arqueológica.

—Quisiera saber la identidad del propietario de un automóvil con matrícula 7137 SWJ —dijo Lucía, tendiendo su carné de identidad al funcionario.

—No facilitamos esa información —dijo él sin inmutarse.

Se atrincheraba en una indolencia teñida de inquietud. Lucía, por supuesto, seguía fiel a su indumentaria y exhibía sin rebozo *piercings* y tatuajes. No se arredró:

—Anoche visité la página web de la Dirección General de Tráfico y leí que cualquier persona mayor de edad y convenientemente identificada puede acceder al registro de vehículos matriculados, siempre que exista un interés legítimo y directo.

El funcionario resopló, un tanto fastidiado, alborotando su bigote de morsa. Pero era el suyo un fastidio beatífico.

—¿Y cuál es tu interés legítimo y directo?

—Ese coche lleva siguiéndome varias semanas —respondió Lucía—. Quiero saber quién es la persona que está tan interesada en ficharme.

Adoptó un gesto de perrillo apaleado, para ablandar las resistencias del funcionario, que todavía gruñó un poco:

—¿Y por qué no lo denuncias en la policía?

—Porque no me fío de los maderos —se sinceró Lucía—. Los conozco de requetesobra. Te juzgan por tu aspecto exterior y se cruzan de brazos. Luego, si el tío que te está siguiendo te viola o descuartiza, vienen las lamentaciones.

El funcionario frunció el ceño, a punto de ceder. Tomó el carné de Lucía y confrontó sus facciones con las que reproducía su retrato.

—Se han probado muchos fraudes entre la gente que nos hace este tipo de consultas —dijo, tratando de justificar sus reticencias—. Algunos delincuentes utilizan ese truco para conseguir el nombre de las personas que quieren secuestrar.

—¿Es que tengo yo pinta de delincuente? —preguntó Lucía, en un tono lastimero.

El funcionario la miró púdicamente, sin atreverse a responder lo que pensaba. Al final, después de mordisquearse un poco el bigote de morsa, esbozó una sonrisa paternal.

—La verdad es que tienes tanta pinta de delincuente que, si de verdad lo fueras, no tendrías cuajo para presentarte así. Anda, rellena este formulario con tus datos. Y no olvides poner el número de matrícula.

Tuvo, además, que pagar una tasa y explicar por escrito la razón de su consulta. El funcionario le reveló que el Mercedes que la había estado

siguiendo pertenecía a un tal Antonio García González, con domicilio en Madrid, calle de la Princesa, número 3. El nombre no dijo nada a Lucía; era tan corriente que sus búsquedas en internet sólo le depararon un zurrburri de resultados confundidores, en donde se entremezclaban las personas más variopintas e insulsas. De modo que resolvió viajar a Madrid y presentarse en la dirección que le había facilitado el funcionario, en la que sin embargo faltaba el piso. El edificio, según comprobó, era de apartamentos alquilados, idóneos para gentes de paso recién llegadas a Madrid que desean a un mismo tiempo vivir en un lugar céntrico y ampararse en el anonimato: turistas, adúlteros, viajeros, prostitutas y otras faunas limítrofes. Tenía la fachada llena de ventanas, para que ningún inquilino pudiera quejarse de que su casero le escatimaba las vistas o le dificultaba el suicidio. El portero del edificio, encerrado en una garita acristalada que lo aislaba del exterior, no levantó la mirada cuando Lucía entró en el amplio portal.

—Disculpe, he venido a visitar a Antonio García González. ¿Me podría facilitar su número de apartamento? —preguntó Lucía, con la mayor naturalidad posible.

Tuvo que inclinarse para hablar a través de una abertura redonda en el cristal. Esperaba tropezarse con la suspicacia del portero, que sin embargo más bien adoptó un gesto consternado:

—Me temo que eso no va a ser posible... —se excusó, buscando en vano alguna reacción en el rostro de Lucía, que permaneció impertérrita—. ¿Es que no lo sabes? A don Antonio lo mataron. Lo asesinaron en Bolivia, o en Colombia, o en algún país de esos. Una historia terrible. Al parecer, su cadáver estuvo una semana entera en el depósito de cadáveres, hasta que lo identificaron.

La abrumó la inesperada noticia. Pero si aquel Antonio García González había sido asesinado una semana atrás al otro lado del Atlántico, evidentemente no era la persona que la había estado siguiendo en los últimos días.

—Y... ¿se sabe quién lo asesinó? —preguntó, en un tono también consternado.

El portero se encogió de hombros:

—Vete tú a saber. Ni siquiera se ha dicho qué estaba haciendo en esos países. Pero, bueno... —buscó la complicidad de Lucía—, ya sabes que su trabajo lo obligaba a viajar mucho, a veces a sitios poco recomendables.

—Y tanto —dijo Lucía, por seguirle la corriente—. Me deja usted de piedra...

—¿Eres familiar suyo? —preguntó el portero, a lo que Lucía denegó con la cabeza—. ¿Clienta más bien? Deberías hablar con su socia, entonces. Estaban muy unidos y ahora será ella quien tome el mando de la agencia. Precisamente vino hace un rato para empezar a recoger las pertenencias de don Antonio. Te puedo pasar con ella, seguro que agradecerá que le des el pésame.

Aquella propuesta la arredró. La prudencia le dictaba replegarse, pero la tentaba demasiado la posibilidad de desenmascarar a Augusta Dupin.

—El caso es que a su socia no la conozco demasiado... —dijo, dubitativa—. Ni siquiera recuerdo su nombre.

—Pues en eso no te puedo ayudar, porque a mí me pasa lo mismo. Pero te puedo comunicar con ella a través del teléfono interno.

El portero señaló, ufano, un panel de mandos que tenía el encanto de las tecnologías obsoletas. Antes de que Lucía pudiera oponerse, le preguntó su nombre y pulsó un par de teclas del panel, a la vez que descolgaba un teléfono igualmente obsoleto y además mugroso. Tardaron en atender su llamada.

—Perdone la molestia —dijo el portero cuando por fin lo hicieron—. Está en el portal la... señora Lucía Santillán. Venía a visitar a don Antonio, sin saber lo ocurrido... Le paso con ella.

Al otro extremo de la línea se escuchaba una voz femenina tan aturdida como la de la propia Lucía, a quien el portero tendió el auricular del teléfono a través de la abertura del cristal. Los crujidos de la electricidad estática apenas permitían escuchar la voz de su interlocutora:

—¿Oiga? —preguntó, un tanto perpleja—. ¿Con quién hablo?

Lucía trató en vano de identificar aquella voz, trató en vano de ponerle rostro. Se lanzó a la piscina:

—¿Es usted Augusta Dupin?

Se hizo un silencio largo y tenso que llenaron las crepitaciones de la electricidad estática. Lucía esperaba una reacción áspera, pero se encontró para su sorpresa con una voz serena, aunque resquebrajada por el dolor:

—Me llamo Inés —dijo—. ¿Se puede saber cómo has conseguido localizarme?

Lucía miró con el rabillo del ojo al portero, que no perdía ripio y ya había empezado a mirarla con suspicacia.

—Prefiero ocultar mis fuentes —respondió, adoptando irónicamente un lenguaje conspiratorio—. Pero creo que estoy en mi derecho, ¿no te parece? Al menos, mientras tú no me reveles las razones por las que has estado espiándome.

Se hizo otro silencio largo. La voz de Inés sonaba más bien afligida:

—Mantente alejada de este embrollo, Lucía. Es un consejo de amiga.

—¿De qué embrollo me estás hablando? —se enfadó—. ¿Y cómo quieres que te considere una amiga, si ni siquiera te conozco? Lo único que sé de ti es que me has vigilado de forma ilegal. ¡Menuda amiga estás hecha!

—Di mejor que te he estado protegiendo contra ti misma —la corrigió la desconocida—. Pero ahora no puedo atenderte. He venido a recoger las pertenencias de mi socio... Y, la verdad, estoy bastante hecha polvo. ¿Qué te parece si quedamos a almorzar en un par de días? Te lo explicaré todo... hasta donde yo sé. —Y añadió, un tanto desalentada—: Que es mucho menos de lo que quisiera.

Pero seguro que, a su vez, era mucho más de lo que sabía Lucía. Aceptó:

—Está bien. Pero... ¿cómo te reconoceré?

Inés rió, al otro extremo de la línea. Era una risa a la vez cansada e indulgente:

—No te preocupes. Te reconoceré yo a ti. No olvides que he estado vigilándote. Pasado mañana, a las dos, en la azotea del Círculo. ¿Te parece bien?

—Allí estaré —dijo Lucía sin dudarlo.

No se atrevió a pedir nada más, para no escamar al portero. Mientras abandonaba el edificio, la asaltó la pululación del misterio. Se prometió que nadie lograría apartarla de aquel embrollo.

—¡Qué rico, papito, qué gusto me das! Cada día lo haces mejor —exclamó exultante Milena.

Emilio se derrengó sobre la cama, exhausto, y refugió su vergüenza bajo la almohada. El apetito sexual de Milena no hacía sino crecer con los días, más voraz y desordenado, obligándolo a prestaciones cada vez más numerosas, a posturas cada vez más acrobáticas. En ocasiones, no conforme con la coyunda convencional, atenazaba su cabeza entre los muslos, obligándolo a hozar en su entrepierna, hasta casi asfixiarlo. Milena tenía una vagina de labios cárdenos y amplios como las solapas de un casacón dieciochesco. Y cuando alcanzaba el orgasmo, una marea viscosa y fragante anegaba a Emilio de asco y humillación.

—A la orden, Milena.

Aspiró aire de forma agónica, como el buzo después de una larga zambullida. Milena también tardaba en recuperarse del sofoco.

—Me estás demostrando que eres hombre firme —dijo al fin—. Pero tenía que ponerte a prueba para estar bien segura.

—¿Bien segura de qué? —preguntó Emilio.

—De que no querías aprovecharte de mí. La cagaste el día que nos conocimos en el aeropuerto, engallándote tanto. Y cuando volviste hecho un ñero, me dije: «Me las va a pagar esta coscorria inmundas». Y vaya si me las has pagado. Con creces.

Emilio apenas lograba prestarle atención. La noticia de la muerte del detective había tardado un par de días en aparecer en los periódicos, que al principio sólo le habían dedicado gacetillas rutinarias, destacando que el cadáver hubiese aparecido en la basílica de Monserrate. A fin de cuentas, sólo se trataba de un asesinato cualquiera en una de las ciudades más violentas del mundo. Finalmente la policía había logrado determinar la identidad, profesión y procedencia de la víctima; y las gacetillas habían empezado a engordar con

especulaciones disparatadas sobre los posibles móviles del crimen. Pero a Emilio no se le escapaba que la policía filtra a la prensa lo que le conviene. Para entonces, era probable que supiesen cuál era la razón que había llevado a Antonio García González hasta Bogotá. Y, aunque a Emilio lo amparaba una identidad falsa, su desazón no hacía sino crecer a cada minuto. Tenía que marcharse de Bogotá cuanto antes.

—Nunca podré pagarte todo lo que has hecho por mí —dijo, para mantener contenta a Milena—. Ya sabes que yo estoy aquí para darte gusto... y para camellar.

Milena se volvió en la cama, para contemplarlo satisfecha, como si fuera su propiedad:

—Pues no, papito. Se acabó el camello. Ahora te quedas de amo de la casa, porque me voy por una semana, y a la vuelta...

—¡Para el carro! —se sobresaltó Emilio—. ¿Qué es eso de que te vas por una semana?

Milena le pellizcó la mejilla y lo besó en los labios con fruición. Emilio sintió como si le hubiesen rebozado los morros con un chuletón crudo.

—Voy a ver a mi hermana a Madrid. Ha sido un año con muchas ganancias y puedo permitírmelo —dijo—. ¿Recuerdas que nos conocimos en un viaje mío anterior?

Emilio puso en funcionamiento toda su inteligencia maquinadora. Y también la fábrica de halagos:

—¿Cómo no habría de acordarme? Fue la Providencia quien te puso en mi camino. ¿Y por qué no me llevas contigo? Así podrías presentarme a tus familiares.

—Muy afanado te veo —se burló Milena—. No se puede tener tanto afán. Espero que la próxima vez podamos ir juntos. Pero, entre tanto, te dejo de amo y señor. Te encargarás...

El enojo lo abrasaba. Y también el odio hacia aquella bruja que en un año no había hecho otra cosa sino exprimirlo hasta el agotamiento:

—¿No decías que se había acabado el camello?

—Pero esto no es camello de esclavo, sino de jefe —aclaró Milena—. En estos días la casa quedará cerrada. Y vamos a aprovechar para instalar televisores y estufas en las habitaciones. No podemos dejar pasar otro invierno sin poner estufas. Y no sé qué vaina les pasó a los clientes, que quieren ver películas porno. ¡Jueputas, dejen la recocha y pónganse a culiar!

Emilio soltó una risita fingida. Había hallado el modo de vengarse de Milena, por todas las humillaciones acumuladas.

—Ya nos llegó el virus español. Allá todos son unos degenerados impotentes y se arrechan viendo películas porno —se exaltó—: ¿Y vas a poner estufa y televisor en todas las habitaciones?

—En todas, papito, incluida la nuestra —asintió Milena, juguetona—. Con la estufita no pasaremos frío, aunque estemos empelotas. Y el televisor lo usamos para ver las telenovelas, ya que nosotros no lo necesitamos para arrecharnos. —Mientras hablaba, Milena había metido la mano entre las sábanas, para manosear las partes pudendas de Emilio y medir sus ganas de rumba—. Veinte estufas con panel de cerámica y otros tantos televisores de pantalla plana.

Emilio resopló, ponderando la inversión:

—¡Buena plata te habrán costado!

—Quince millones de pesos, entre una cosa y otra —contestó Milena, muy orgullosa de su capacidad adquisitiva—. Este año, como te decía, ha sido chévere. Las parrandas de Jacinto nos han llenado las arcas. Y como precisamente fue Jacinto el que me pidió que pusiera estufas y televisores en las habitaciones... ¡No podía negarme! ¿Serás capaz de hacer la instalación?

La muy bruja ni siquiera mencionaba su trabajo sin remuneración como causa de la bonanza económica. Emilio sonrió hipócritamente:

—¡Cómo no voy a ser capaz! Me pongo con ellas en cuanto lleguen. No creo que se me resistan.

—Si te causaran problemas, Jacinto me dijo que lo llamáramos y él se encargaba de mandarnos un electricista —dijo Milena.

Venciendo la animadversión que lo consumía, Emilio se achuchó contra ella y manoseó sus aborrecibles nalgas.

—Yo lo haré mejor que ese electricista, mamita. Déjame, de todas formas, el teléfono de Jacinto, por si las moscas. Cuando vuelvas de España, tendrás tus estufas y televisores instalados como me llamo Efraín —se burló, sañudo—. ¡Con la condición de que la próxima vez que viajes a España me lleves contigo!

Milena lo abrazó muy fuertemente, aplastándolo contra sus tetas, como si quisiera empollar un huevo. Aún le pediría durante la noche un par de prestaciones más, como si se hubiese propuesto exprimirlo por completo, para que durante la semana que iba a estar lejos de Bogotá no sintiera necesidad de ninguna otra mujer. Y Emilio, excitado ante la imprevista oportunidad que se le ofrecía, cumplió más briosamente que nunca. Aquella noche Milena aulló de placer y confirmó, después de haberlo sometido durante un año a las pruebas más ímprobos, que Efraín era el hombre de su vida, el hombre que

llevaba esperando toda la vida, el hombre al que quería unirse en lo que le restaba de vida. Y con esta convicción y un cargamento de augurios dichosos marchó a España.

Emilio no se movió de la casa de huéspedes, en la que colgó el cartel de cerrado por vacaciones. Y, para distraer su zozobra, se dedicó con tesón a labores de limpieza, hasta que por fin, al día siguiente, unos transportistas le trajeron las estufas y los televisores, directos del almacén y muy concienzudamente embalados. Apenas marcharon, Emilio llamó a varias tiendas de electrodomésticos, ofreciendo el lote íntegro por un precio alzado de diez millones de pesos. Tras varias intentonas fallidas, por fin dio con un tendero interesado en la mercancía, que solicitó examinar. Era un hombre mansito, calmoso, de mirada ladina o desconfiada y mañas de perista, que fue examinando una por una todas las estufas y televisiones, en prevención de que quisieran endosarle alguna maula. Pretendió regatear el precio convenido, pero Emilio se opuso:

—Comprados directamente a la fábrica me costaron quince millones, así que puestos a la venta pueden valer casi el doble —alegó—. Se lleva usted una ganga.

—Pero la ganga me la vende porque se quiere deshacer de ella —se resistió el tendero—. Quién sabe por qué extraña razón. Y, además, al minuto de salir del almacén un electrodoméstico se deprecia.

Emilio sonrió benévolo:

—No hay ninguna razón extraña. Simplemente, como le dije, hemos decidido cerrar el negocio y dedicarnos a otra cosa. Diez millones de pesos en efectivo —se atrincheró—. No se hable más.

El tendero terminó accediendo, consciente de que, en efecto, se llevaba una ganga a la que podría sacarle mucha plata. Con el dinero en su poder, Emilio fue a comprar un pasaje de avión a la oficina más cercana de Avianca, que le costó casi tres millones de pesos. Y, de regreso a la casa de huéspedes, marcó el teléfono que le había dejado Milena y habló con Jacinto, que contestó con una voz lastrada por el guayabo. Al principio no recordaba quién era Efraín; y, cuando por fin lo identificó, pensó que lo llamaba para que le enviase un electricista. Cuando consiguió que entendiera que le estaba pidiendo una cita urgente, Jacinto se mostró más bien remolón, pero Emilio le insistió suplicante, recordándole las muchas atenciones que le había dedicado en sus parrandas con las guarichas. Tal vez Jacinto no recordase tales atenciones (o, si las recordaba, se le antojasen atenciones debidas), pero la insistencia de Emilio acabó por despertar su curiosidad. No quiso recibirlo en

su domicilio, ni tampoco desplazarse hasta la casa de huéspedes, por resquemor de que se tratase de alguna encerrona; pero lo citó en un lugar bastante próximo, la plaza del Chorro de Quevedo, en el barrio La Candelaria, en apenas un par de horas. Emilio preparó su equipaje, que recogió en el mismo macuto que lo había acompañado durante todo su periplo, y se vistió el chándal albanokosovar y las deportivas de colores fosforitos que había empleado, dos años atrás, para salir de España disfrazado de Efraín, el mismo atuendo que había vestido para presentarse como un hijo pródigo ante Milena.

Dejó las llaves de la casa de huéspedes en el mostrador del vestíbulo y se dirigió al barrio La Candelaria. Por el camino, se detuvo en un quiosco y compró los periódicos del día. En las páginas de sucesos de *El espectador* se incluía un reportaje sobre el español asesinado en la basílica del Señor de Monserrate, a quien se identificaba como «director operativo» de Jano Detectives, un cargo que a Emilio le pareció inventado, como suele hacerse en las empresas pequeñas que quieren darse pote. A Jano Detectives el gacetillero la describía como «una consultoría de investigación privada que presta soluciones exclusivas y resolutivas a compañías aseguradoras, mutuas y particulares». Y especificaba que desde *El espectador* habían tratado de ponerse en contacto con algún representante de Jano, sin éxito hasta el momento. También se afirmaba que, aunque la policía manejaba varias hipótesis, el móvil más probable del crimen había sido el robo, considerando que a la víctima le habían limpiado los bolsillos. Emilio dedujo que, entre todas las tesis que manejase la policía, seguramente aquella del robo era la que les merecía menos crédito. Y que la propagaban precisamente para confundir al asesino.

Se echaba sobre Bogotá el invierno, cubriendo el cielo de nubarrones que pronto se vaciarían sobre la ciudad. Pero todavía no habían empezado las lluvias; y había algo ascético y purificador en el frío bogotano. Llegó a la plaza del Chorro de Quevedo antes de la hora acordada y se sentó en los bancos que rodeaban la ermita. La plaza, con su fuente en medio y sus casitas antiguas en derredor, pintarrajeadas con los murales más coloristas, tenía cierto aspecto circense. Y, para confirmarlo, en ella se apostaban tragafuegos y malabaristas, también vendedores de pulseras y collares de abalorios. Hasta Emilio llegaba un guirigay de voces que pronto dejaría de escuchar: voces de la costa caribeña y del interior, voces del Valle de Cauca y de la costa pacífica, voces a veces dulces y tímidas, a veces pendencieras y arrogantes, que nunca había aprendido a distinguir del todo. Bajaba de los cerros

orientales un viento que lo obligó a cerrarse hasta el cuello la cremallera del chándal.

—Quihubo, Efraín.

Se había sentado a su lado Jacinto, a quien se le notaban los estragos de una noche de farra en las ojeras violáceas y el cabello grasiento. Emilio observó que un par de matones se habían apostado ante los bancos de la iglesia, protegiéndole los flancos y oteando la plaza.

—Muchas gracias por atenderme, Jacinto —dijo—. Muchas gracias de corazón.

El traficante lo miró inquisitivo con sus ojos de sátrapa andino:

—¿Y qué es lo que se le ofrece?

—Resulta... —le costaba resumir su extraña petición en unas pocas palabras—. Resulta que estoy metido en un negocio grande en Madrid que puede sacarme de pobre. Pero temo por mi vida.

—Son ratas y torcidos esos españoletes —asintió Jacinto—. Cosita seria. Tema por su vida, pero sobre todo por el biyuyo.

Emilio no supo a qué se refería Jacinto con el biyuyo, pero decidió que era mejor no preguntarlo, no fuera a delatarse. Mintió, para despejar sus dudas:

—A Milena la he puesto al tanto de todo antes de partir...

—No, no, mejor no me cuente nada —lo interrumpió Jacinto, con un ademán tajante de la mano—. De sus negocios, cuanta menos gente sepa, mejor. ¿Y cómo puedo yo ayudarle? Porque me habrá llamado para pedirme ayuda...

Emilio asintió, como un perrillo adúlón:

—Usted seguro que conoce a alguien en Madrid que pueda facilitarme una pistola. Yo se la pagaría a usted ahora mismo; y su contacto en Madrid me la entregaría nada más llegar yo allá, a ser posible en el mismo aeropuerto.

No sabía qué se iba a encontrar a su regreso, después de dos años de ausencia. No sabía si Soraya habría ejecutado sus instrucciones. No sabía si lo estarían esperando agentes de la Interpol, o detectives contratados por Provita. Pero, desde luego, no estaba dispuesto a rendirse sin pelear, después de haber pasado tantos padecimientos. Y, si el plan que había encomendado a Soraya hubiese fallado por cualquier razón, ya nada tenía que perder. Por lo que estaba dispuesto a morir matando.

—Espere, maestro, espere —dijo Jacinto, un tanto abrumado por su petición—. No se me acelere. ¿Cuándo viaja a Madrid?

—Salgo esta misma tarde —respondió Emilio. Y puso ojillos implorantes—. Llegaré mañana al aeropuerto de Barajas, terminal 4, a las doce del

mediodía, hora española. Iré vestido con este mismo chándal. Creo que resultaré suficientemente reconocible.

Jacinto miró su atuendo con sarcástica piedad:

—La chompa, desde luego, es muy bacana... Veo que lo tiene todo muy bien pensado. ¿Alguna indicación más?

Emilio alzó la mirada sobre los tejados de las casas. Allá a lo lejos se avistaba la basílica de Monserrate, como un recordatorio de la sangre derramada, tal vez también como un vaticinio de la sangre que habría de derramarse.

—Les rogaría que me la diesen con munición —susurró humildemente Emilio—. Y con silenciador, a ser posible.

—¿Con silenciador? —se extrañó Jacinto—. Usted es como exigente.

—Es por no hacer escándalo si tengo que usarla —se excusó Emilio—. No estoy acostumbrado...

Los matones miraban a Jacinto, invitándolo a abreviar. Llegado el mediodía, la plaza se ponía demasiado concurrida.

—¿Y cuánto me ofrece a cambio? —preguntó Jacinto, en un tono condescendiente o socarrón.

—Siete millones de pesos —respondió Emilio, sacando del bolsillo del pantalón el fajo de los billetes, que había enrollado y sujetado con una goma—. Es todo lo que tengo.

Su gesto era de nuevo suplicante, acompañado por un mohín de los labios que parecía anticipar las lágrimas. Jacinto tomó el fajo y desprendió algunos billetes.

—Ande, tenga al menos medio millón, para los gastos mínimos cuando llegue a España —le dijo, magnánimo—. Aparte de ratas y torcidos, ustedes los españoletes son unos güevones. ¿A quién se le ocurre viajar sin dinero, sino a un español?

Emilio quiso balbucir una excusa, o fingir desconcierto, pero las palabras se le quedaron pegadas al paladar. Había logrado durante dos años que nadie descubriera su procedencia, ni siquiera Milena, y en un instante aquel Jacinto lo había desenmascarado.

—Yo le juro...

—¿Piensa que me he caído del zarzo? Usted es españolete de la cabeza a los pies, aunque ande disfrazado y machucando en un acento ridículo. —Y se carcajeó, divertido—. Pero me ha resultado simpática esa manera suya de hacerse el paisa. Y es verdad que fue muy servicial cuando te mandé a hacer recados. Tendrá el fierro esperándole en el aeropuerto de Barajas. —Hizo un

gesto, señalando al macuto que llevaba entre los pies—. Abra la cremallera y deje que se lo metan los muchachos.

En la plaza se había juntado una muchedumbre que regateaba con los vendedores de abalorios y aplaudía a tragafuegos y malabaristas. Por un momento, Emilio temió que la compasión de Jacinto fuese fingida.

—No sé cómo agradecersele...

—Pues no me lo agradezca más —zanjó Jacinto, levantándose y dando por concluido el encuentro—. Bogotá es una ciudad siempre puesta en pie de guerra, poco recomendable para los forasteros. Le conviene regresar a España. Suerte es que le digo.

Jacinto le estrechó la mano sellando el compromiso, antes de marchar apresuradamente, flanqueado por sus matones, hasta un coche que los esperaba en un callejón próximo. Emilio no supo si le había deseado una fortuna favorable o más bien que se quitase de en medio cuanto antes y no volviese.

Tuvo el presentimiento de que, en efecto, no volvería a Bogotá. Que la muerte me coja cuando quiera, pensó retador, mientras lo empujaba el viento. Y volvió los ojos a las altas misericordias del Señor Caído de Monserrate.

Allí estaba Rafa, bajo la luz harapienta de la farola que exageraba todavía más su musculatura de culturista, con una bolsa de Burger King en la mano. Soraya entreabrió sigilosamente la puerta, para que entrase. Rafa se plantó en el salón, con cuatro saltos de antílope, y se abalanzó sobre Soraya, embadurnándola con sus besos salivosos y apremiantes y magreándole las nalgas como si se las quisiera estrujar.

—Te he dicho mil veces que no me envíes mensajes al móvil, joder. Cualquier día me vas a meter en un lío. Eres un descerebrado de la hostia.

Soraya sentía una rara mezcla de alivio y congoja, después de haber salido otra vez airosa de su encuentro con Cifuentes, y soltando tacos se relajaba. Además, el café de Rafa le daría enseguida un poco de bambú, que lo estaba necesitando más que el respirar.

—Relaja la raja, nena... ¿Qué quieres que haga? De algún modo tengo que ponerme en contacto contigo.

Soraya le auscultó el paquete bajo los vaqueros prietos, con el miembro duro y combado como un olifante.

—Estoy hasta el coño de tus imprudencias —lo regañó—. Aquí soy yo quien toma la iniciativa, ¿te enteras?

Le bajó la cremallera y le hurgó en el calzoncillo, hasta lograr sacarle aquel pollón que seguramente estaba también inflado por los anabolizantes, como el resto de su cuerpo. Rafa y Soraya habían sido novios, o más bien follamigos, allá en la adolescencia, en Lavapiés, donde habían compartido garitos y echado algunos polvos siempre perentorios y salvajes, en los lugares más inverosímiles. Cada vez que un novio pasajero la dejaba insatisfecha, Soraya recurría a Rafa para que le diera bambú sin complicaciones ni empalagosos corolarios. Así, al menos, hasta que se había casado con Emilio Santillán, momento en el que decidió esconder en el trastero todo su pasado. Pero después de quedarse viuda (después de que el mundo creyese que se

había quedado viuda), Rafa había empezado —como tanta amiga choni y tanto novio cañí— a darle la brasa, llamándola por teléfono, por el morbo de follarse a la amiga rica, a ser posible con la ropa de luto todavía puesta. Soraya, que a ninguna amiga choni ni novio cañí había admitido en su vida, había hecho sin embargo una excepción con el cachas de Rafa, para que le diese bambú cuando necesitase un desahogo de urgencia (y en aquellos dos años de tensiones y fingimientos a veces insoportables había necesitado, desde luego, unos cuantos, porque nada la relajaba tanto como el sexo brutote). A Rafa podía, además, pedirle que le trajese comida basura, que tanto echaba de menos en su absurda vida de tía finolis, aunque luego le tocase quemarla sudando la gota gorda, para seguir en el machito del famoseo. Y, sobre todo, podía utilizar a Rafa como recadero, haciéndole todo tipo de encomiendas que ella no podía atender, por falta de tiempo y de ganas, o por cálculo de conveniencia.

—Estaba un poco preocupado por ti, tía. Me preguntaba: «¿Y si ese poli cabrón al final no se aguanta y se la folla?».

Soraya lo agarró del pollón, como si fuese el mango de una carretilla, y lo subió por las escaleras que conducían hasta su habitación. Rafa se iba chocando contra las paredes, como si sus músculos buscaran chichones que los abultasen todavía más.

—El poli está totalmente bajo control —lo tranquilizó Soraya.

Y pensó, para sus adentros: «Exactamente igual que tú, montón de carne con ojos». Rafa no se fiaba, sin embargo; y, en el fondo, tal vez estuviese un poquito celoso.

—Joder, tía, me puse a zapear y de repente te veo en el *Sálvame*, diciendo no sé qué polladas a la entrada de un desfile de que si tu corazón está berberecho, y que si el poli cabrón es tu ángel guardamarina, y me pillé un rebote del quince. —Sacudió la cabeza, contrariado—. Que uno tiene su corazoncito, cojones.

Habían llegado al fin a la habitación. Soraya apartó la colcha de un zarpazo, para que no se llenara de grasa de las hamburguesas, que dejó sobre la mesilla. A continuación, desabotonó a Rafa el pantalón.

—¿Tú no sabes lo que es disimular un poco o qué? Claro, con esa polla tan gorda es normal que pienses con ella —se burló—. Tenemos que andarnos con mucho ciudadito. Sobre todo ahora, que tengo siempre una cámara pegada al culo.

Rafa se arrimó contra ella, a la vez que la volvía de espaldas. Mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja, le susurró:

—¿Y no preferirías tener pegado mi rabo, perraca?

Al oírse llamar así por aquel pedazo de bestia, Soraya se puso cachonda instantáneamente. Se dejó caer sobre la cama como un fardo y se abrió de piernas. La luz fúnebre de la luna que entraba por la ventana hacía más cruda su postura.

—Hazme trizas el vestido, cerdo —le pidió—. Es un modelito que cuesta dos mil euros, diseñado por el modisto maricón del que nos estuvimos descojonando el otro día. Y me ha pagado otros dos mil por llevarlo a su desfile, el puto anormal.

Rafa obedeció encantado, rasgando el vestido como si estuviese despedazando el envoltorio de un regalo. Y Soraya, sin duda, era el mejor regalo que le habían hecho jamás. Ciertamente, no podía lucirla ante los amigos; y, además, tenía que someterse a sus reglas, aceptando que siempre fuese ella quien establecía cuándo y dónde Rafa podía entrar o salir de su vida. Así había sido también al principio, cuando eran follamigos, antes de que Soraya se ligase a aquel Emilio Santillán que había acabado despeñándose por un barranco. Pero Rafa estaba convencido de que, por muy controladora que fuese, acabaría algún día cometiendo un error que la dejara a los pies de los caballos. Y Rafa, que no era tan lerdo como ella pensaba, estaría allí, para salvarla si le convenía, o bien para recoger sus despojos. Y, entre los despojos, el dineral que, según había leído en internet, había cobrado del seguro, tras la muerte de su marido. Entretanto, ejecutaba sin queja y sin desmayo su papel de semental intermitente. Dejó que Soraya le enguantara la polla en un condón que apenas daba de sí para cubrirla, reventona y enhiesta como estaba.

—¿No quieres que te suelte el chorrizo dentro? —le preguntó, por ver si picaba con el calentón—. Te daría un gustazo que te mueres.

—No, rico, el chorrizo que se quede en la gomita —dijo Soraya—. A pelo, si quieres, folla con las pales de tu gimnasio.

Lo exasperaba aquella obsesión profiláctica de Soraya. Para atraparla en sus redes, Rafa había pensado primeramente (primariamente) dejarla preñada; pero pronto aceptó que tendría que urdir tretas más elaboradas. De momento, aspiraba a complacerla sexualmente, pues a Soraya le gustaba ser avasallada en la cama, le gustaba ser penetrada de forma áspera, y eso era algo que no podía proporcionarle cualquier hombre. Estaba seguro, por ejemplo, de que el figurín de la sonrisa de hormigón armado jamás le había echado un polvo en condiciones. Por eso la notaba tan ansiosa de rabo, después de tanta continencia forzosa. Rafa le rasgó también el tanga y la encalomó sin

miramientos ni preliminares, para enseguida empezar a percutirla rítmica y violentamente, como si estuviese al mando de un martillo pilón. Y mientras la percutía, le estrujaba también sin miramientos las tetas, o le atenazaba la garganta hasta dejarla sin aire, hasta llegar casi a palpar los gritos de placer que se le quedaban allí atrapados, mientras su rostro se congestionaba. Soraya sentía dentro de sí el pollón de Rafa, como un émbolo que la quebraba por dentro, que rompía su útero, que descoyuntaba sus miembros, que tronzaba sus huesos, que desmigajaba todas sus resistencias. Le gustaba sentirse raspada, desgarrada, perforada, hasta estallar en un orgasmo, como un dique que al fin se retira y moja la carne agredida y tumefacta. Sudaban ambos con un sudor casi oleaginoso; y sus corazones bombeaban una sangre negra y espesa como el betún.

—Cabrón, qué bien lo haces —dijo al fin Soraya, tratando de recuperar el resuello.

Rafa, halagado, contempló su polla, que, aunque morcillona, todavía mantenía una decorosa dureza; pero el condón, como un pingajo grimoso, mataba toda su prestancia. Soraya se lo quitó muy atildadamente e hizo un nudo en la goma, para que no se le escapase el regalito. Luego, todavía excitada, se puso a horcajadas sobre su tripa y se restregó contra su tableta, de un color bronceo logrado con mucho rayo uva y mucha loción de procedencia dudosa. Así alcanzó otro orgasmo, dejando su piel embadurnada de flujos, mientras Rafa le abarcaba la cintura con sus dos manazas de estibador o sicario. Soraya cayó sobre la cama sin aliento.

—¿Hiciste lo que te pedí? —preguntó, cuando su respiración recobró el ritmo.

Alargó el brazo para alcanzar la bolsa con las hamburguesas que Rafa le había traído. Siempre después de follar con él le entraba un hambre canina; y no un hambre cualquiera, sino hambre de comida basura, hambre de grasas polisaturadas, hambre de comistrajos que se pudiesen coger con los dedos y luego, durante la digestión, repitiesen y le provocasen gases y regurgitaciones. A Soraya le gustaba sentirse sucia y basta de vez en cuando, para vengarse de las dietas y los melindres que le exigía su pantomima de chica glamurosa. Ofreció a Rafa el cestillo de patatas fritas, después de regarlas con una salsa barbacoa burbujeante de triglicéridos. Pero Rafa sólo comía bazofias de culturista.

—Ya tienes el buga matriculado y en regla —dijo él, orgulloso del trabajo bien hecho—. Que, por cierto, vaya birria de buga que te has comprado. ¡Un

Opel Corsa, y encima de dos puertas! Ya podías haberte estirado un poco más.

Soraya salivó al retirar el envoltorio de su hamburguesa doble, con huevo, queso y bacon entreverados. Hundió la boca en toda aquella geología del colesterol, hociqueando en su deliciosa o insalubre promiscuidad de sabores. La yema del huevo se derramó sobre su barbilla y sobre su bozo; y la lamió con fruición, paseando la lengua en derredor de sus labios.

—Me la sopla que no te guste el coche —dijo, con la boca llena—. Yo buscaba un utilitario que fuese barato, nada más. Lo he pagado con el dinero que me dan por asistir a fiestas y vestir trapos. ¿Y te entendieron en el taller de tus colegas lo que quiero que hagan?

—Les dejé los dibujos que me diste —asintió Rafa—. Alzar el asiento trasero y hacer unos cajones por debajo. Es un curro puñetero, no te creas.

—Pero tus colegas son unos manitas que te flipas. Menudos tuneos que hacen a los coches. —Lo besó agradecida, rebozándole los morros de salsa barbacoa y mostaza—. Eres un solete, Rafa. ¿Y para cuándo te dijeron que lo tendrían?

Le manoseó la polla, simulando una intención lúbrica. Pero tan sólo quería limpiarse el pringue de la mano en su vello púbico. Por supuesto, la polla de Rafa se puso otra vez firme, como un solícito soldado.

—Pues lo dejé en el taller el martes de la semana pasada, así que... —Contó con los dedos, como si estuviese inventando el cálculo aritmético—. Mañana o pasado tiene que estar listo.

—Estate atento para recogerlo en cuanto lo tengan —indicó Soraya, sin molestarse ya en disimular su tono imperativo—. Luego, antes de que te vayas, te daré el mando del garaje, para que cuando lo traigas no tengas que andar llamando ni nada. Si estoy en casa, lo celebraremos echando otro polvo. Si no estoy, lo dejas en el garaje y santas pascuas. Voy a tener ahora unos días bastante moviditos.

En realidad, eran días que había dejado completamente libres en su agenda, para terminar de drenar las cuentas en las que había repartido el dinero del seguro; y, además, necesitaba montar urgentemente un encuentro con la Borbona, antes de que volviese a Biarritz. Debía obrar sin premura, pero con prontitud: ya se habían cumplido los dos años desde que Emilio se marchase a Colombia y su regreso —si es que no había perecido entretanto— podía ser inminente.

—¿Y se puede saber para qué quieres que te hagan esos dos cajones en el asiento trasero? —preguntó Rafa, incapaz de morderse la curiosidad.

Soraya tardó en responder. En su ansia por devorar la hamburguesa, se le había hecho un bolo en la garganta. Hizo acopio de saliva y por fin pudo deglutirlo.

—Para guardar jamones, por ejemplo... —respondió, burlona—. Venga, Rafa, no me rayes. El coche tiene poco espacio en el maletero y hay que sacar sitio de donde sea para meter equipaje. Ya verás qué bien nos vendrán esos cajones cuando nos vayamos de vacaciones juntitos, por ejemplo —lo engatusó—. ¿No me habías pedido unas vacaciones de lujuria y desenfreno?

Rafa le sobeteó el coño todavía húmedo. Por un instante, Soraya temió que también él se quisiera liberar de algún pringue, tal vez del que ella misma le acababa de dejar en el vello púbico.

—Joder, tía, estás que lo petas —dijo Rafa, alborozado—. Pero... ¿se puede ir en coche a Cancún?

—No, animal... —se desesperó—. Pero podemos viajar a Francia, por ejemplo.

Pensaba viajar a Francia, desde luego. Pero no acompañada por aquel montón de carne con ojos. Rafa se sobresaltó:

—¿A Francia? ¿Y qué se nos ha perdido en Francia? Allí no hay más que moracos ametrallando a la peña. ¿No estás al loro o qué?

Soraya soltó una risita despectiva o engreída, mientras atacaba unos crujientes de pollo con una costra de huevo rebozado que rezumaba nostalgia de la freidora. Se agobió un tanto, pensando en lo mucho que tendría que sudar para expulsar toda esa grasa de las cartucheras.

—En Francia hay unos cirujanos que te cagas, solete. Y yo quiero darme unos retoquitos aquí y allá —mintió—. Las patas de gallo acechan. Y las arrugas en las comisuras de los labios... ¿Tú qué me cambiarías, si pudieras?

En realidad, pensaba en efecto pasar por el quirófano cuando todo hubiese terminado, pero no para darse unos retoquitos, sino para que no la conociese ni la madre que la parió y desaparecer para siempre del radar de seguidores y perseguidores, incluyendo al propio Rafa. Pero antes tenía que atar muchos cabos.

—A mí me pareces un pibón tal como estás, churri... —dijo Rafa, pero se le notaba que tenía bien pensada la respuesta—. Bueno, el culo lo tienes un poco escurrido para mi gusto. Podías ponértelo como la Kardashian.

Soraya lo miró como si fuese un gusarapo o una cucaracha. Pero aún no había llegado el momento de pisotearlo, aún debía sacarle provecho antes de arrojarlo al vertedero.

—Menudo canteo, tío —se contuvo, haciéndose la colegui—. ¿Se te ha ido la pinza o qué? No me pongo yo ese culo de elefante ni aunque me maten. Pero, en fin, que no hace falta que vengas a Francia si no te apetece. Total, no te necesito. Sé conducir de puta madre.

—Eso es lo que me flipa de ti —dijo Rafa—. Que puedas conducir tan pichi. A mí me daría un chungo.

—¿Y por qué no voy a poder conducir? —se extrañó Soraya, zampándose el último crujiente de pollo.

—Joder, tía, por el trauma de la muerte de tu marido. A mí me daría yuyu entrar en un coche, mucho más conducirlo. Nunca se vuelve al lugar del crimen.

La miró con algo de socarronería cómplice. Soraya pensó que debía andarse con cuidado. Aunque Rafa fuese un completo tolai, tenía un fondo de malicia cazurra que podía resultar muy peligroso.

—¿De qué crimen hablas, bocas? —se enfadó—. No aguanto que me hagas bromas con ese tema.

Hizo un gurrño con la bolsa de papel del Burger King, que le tiró a la jeta, procurando hacerle daño. Se levantó de la cama como impelida por un resorte, dispuesta a echarlo de casa, aunque fuese en pelotas.

—Pues deberías ver las burradas que se escriben sobre ti en internet, entonces —dijo Rafa, cachazudo.

Y se irguió un poco en la cama, apoyando los codos en el colchón, para contemplar su silueta a contraluz. Aparte de un culo como el de la Kardashian, Soraya requería también, para ser completamente de su gusto, unas tetas recauchutadas. Aquellos senos suyos, aunque redondos y firmes, se le antojaban demasiado delicados y pictóricos. Había logrado ponerla frenética:

—¡Yo no pierdo el tiempo en internet, como hacéis los muertos de hambre! —Y era por completo verdad que no se había asomado a internet en dos años y no sabía lo que se vomitaba contra ella en esa letrina. La venció la curiosidad—: ¿Y qué burradas has leído sobre mí, si puede saberse?

El cabello, todavía sudoroso, y los morros brillantes de la grasa de las hamburguesas le daban un aspecto selvático o carnívoro. Rafa se arredró un tanto:

—Bueno, ya sabes, bromas macabras sobre que si mataste a tu marido, que si seguro que trucaste el coche para que no pudiera frenar... —murmuró, refiriendo sólo las burradas más veniales. Y añadió otra que le parecía especialmente ridícula—: También hay un trol que va por todos los foros

diciendo que eres una bolleraza, y que después de asesinar a tu marido te estarás hartando a comer chuminos como si fuesen...

Iba a decir hamburguesas, pero decidió reprimirse, no fuera que su broma la caldease todavía más. Al contarle aquel último y disparatado infundio, Soraya se había quedado pensativa:

—Eso es cosa de la zorra de Lucía, la hija de Emilio —dijo, bullente de rabia—. Ella sí que es una bolleraza de echar la papa. Qué asco de tiorra. Anduvo jodiendo todo lo que pudo y más para que no me dieran la pasta del seguro. Y, como le salió el tiro por la culata, estará echando mierda en internet, para que los tíos empanaos como tú os la traguéis.

Volvió a mirarlo como si de un gusarapo o cucaracha se tratase, esta vez sin disimulo. Rafa se dio cuenta de que le había pisado un callo demasiado doloroso y que podía ganarse su desapego, incluso su animadversión, si no hacía algo para compensar. Se lanzó:

—Claro, la muy zorra lo que quiere es tu pasta —dijo con la convicción infalible de quien quiere exactamente lo mismo—. A ésa lo que habría que hacer es darle un par de yoyas bien dadas.

Soraya lo miró con una rara intensidad. Ahora que su triunfo estaba tan próximo, ¿por qué no darse ese gustazo? Se sentó en la cama y acarició el cuerpo de Rafa, como una exagerada lección de anatomía para miopes.

—¿Tú se las pegarías? —le preguntó.

—Hostia, Soraya, me da bajón zurrar a una tía... —se excusó. Pero ella permanecía impertérrita—. ¿Quieres en serio que le rompa la jeta?

—Hombre, ya puestos preferiría que le rompieras el ojete con esa tranca que Dios te ha dado... —dijo, con los ojos encendidos de deseo—. Pero me conformo con que le des un buen susto. Que no le queden más ganas de andar soltando mierda contra su querida madrastra.

Rafa asintió como hipnotizado mientras Soraya le volvía a enguantar la polla, antes de encajarse a horcajadas sobre él. Naturalmente, Rafa no conocía ese verso de Kipling que nos enseña que la hembra de la especie es siempre más mortífera que el macho, pero en aquel momento se sintió devorado, succionado, vaciado de voluntad por una fuerza primordial contra la que no había resistencia. Notó que Soraya podía contraer el cuello del útero y hacerlo palpar al ritmo de su sangre, procurándole un placer que nunca antes había imaginado. Y, mientras se lo procuraba, se reclinaba sobre él y le susurraba al oído:

—Ahora, memoriza lo que vas a decirle...

Aunque todavía no había concluido el mes de abril, el día elegido para su encuentro resultó radiante y casi estival. La azotea del Círculo de Bellas Artes estaba atestada de gafapastas y cultuquetas que miraron a Lucía con aprensión mientras zigzagueaba entre las mesas, en busca de Inés. La distinguió instintivamente en cuanto la vio, sentada en una mesa muy próxima al balaústre. Era rubia y menuda, de unos treinta y cinco años, de una belleza elegante y sin estridencias. Cuando reparó en Lucía, se alzó las gafas de sol sobre la frente, a modo de diadema, revelando unos ojos de color miel. Tenía una sonrisa hospitalaria y llena de dientes, con los dos incisivos protuberantes y ligerísimamente encabalgados.

—¡Al fin nos conocemos! —dijo Inés, con una expresión que pretendía ser alegre, aunque disimulase cierto sonrojo.

Pero Lucía más bien tenía la impresión de que Inés la conocía hasta en sus secretos más íntimos y dolorosos. Vestía una camiseta con la efigie de David Bowie que no le pareció mala elección indumentaria. Lucía, en cambio, se había cubierto con una cazadora de cuero claveteada, para que no se le viesan los cortes en los brazos.

—Al fin te conozco, querrás decir —la corrigió—. Porque tú ya me conoces a mí de requetesobra.

Era como si se hallara ante alguien extraño que, sin embargo, la hubiese visto desnuda. Sabía que, si Inés quería, podía ser plastilina entre sus manos. Tal vez por eso dejó que fuese ella quien pidiese para las dos una comida muy ligera, cuando el camarero vino a preguntarles.

—Creo que te debo una explicación —empezó Inés, sin circunloquios ni paños calientes—. Hace unos meses empecé, en efecto, a hacerte un... seguimiento. En Provita nos dijeron que habías lanzado acusaciones muy graves contra tu madrastra, atribuyéndole la muerte de tu padre. Nosotros las estudiamos y pudimos comprobar que eran totalmente infundadas, un poco

delirantes incluso. —Hizo una pausa compungida, mientras a Lucía la consumía la vergüenza—. Pero a los detectives nos interesan cosas que ante un tribunal carecen de valor, no sé si me entiendes.

Lucía miró al cielo, de un añil espléndido e insultante.

—Vaya, que os daba morbo hurgar en mi vida —dijo, con un gesto hastiado—. Pero en realidad no he venido para que me cuentes eso. Más o menos me lo puedo imaginar. Quiero saber qué es lo que hacía tu socio en Bogotá.

Conociendo el oficio de aquel Antonio García González, le había resultado mucho más sencillo buscar información sobre su muerte en internet. Sabía que había sido asesinado en una basílica, que la policía bogotana había tardado varios días en identificar su cadáver (pues el asesino se había tomado la molestia de llevarse su documentación) y todavía unos pocos más en repatriar sus restos, sin que al parecer la investigación hubiese deparado ningún hallazgo reseñable. Inés carraspeó y se esforzó por complacerla:

—Bueno, como te iba diciendo, Provita decidió no pleitear contra tu madrastra...

—Deja de llamarla mi madrastra —la corrigió Lucía con aspereza—. Esa tipeja no es nada mío.

—Provita decidió pagar la indemnización, para evitarse líos —continuó Inés, restando importancia a la rectificación—. Soraya les había amenazado con organizar un escándalo y patearse todos los platós televisivos. Pero, a la vez que pagó, nos encargó que investigásemos. Descartada la hipótesis del asesinato, empezamos a considerar la posibilidad de que tu padre hubiese fingido su muerte.

—Eso sí que me parece un disparate completo.

—A mí también me lo ha parecido en muchos momentos de la investigación —afirmó Inés—. Pero Antonio se guiaba por estas corazonadas. Decía que tenía un hombrecillo en el pecho que, cada vez que se olía algo raro, golpeaba la aldaba. En otras ocasiones, ese hombrecillo no le había fallado. Así que nos pusimos manos a la obra. Primeramente hicimos un seguimiento a Soraya que resultó muy frustrante. Esa mujer pasa por completo de internet y utiliza poquísimo el teléfono; de hecho, la mayoría de las llamadas ni las atiende. Aunque es verdad que tenía conductas extrañas, como andar constantemente sacando dinero de los cajeros...

—Se estaría fundiendo la indemnización, la muy zorra —la interrumpió Lucía con acritud.

El improprio turbó un tanto a Inés. Se apartó las gafas de la frente y las volvió a utilizar para protegerse del sol, o de las miradas inquisitivas de Lucía.

—Tal vez no —dijo—. Tal vez lo haya estado trasvasando de unas cuentas a otras sin dejar rastro informático, o haciendo enjuagues raros, para escaquearse de pagar impuestos. Pero detectar esas irregularidades es trabajo del fisco, no nuestro. Nosotros teníamos que averiguar si había cobrado ese dinero fraudulentamente. Para ello, le pinchamos los teléfonos y le jaqueamos el ordenador, en busca de comunicaciones sospechosas... Y después de tenerla vigilada durante semanas, no pudimos descubrir nada que alimentara la hipótesis de Antonio. Nada de nada.

—Es mucho más lista de lo que te puedas imaginar —se impacientó Lucía—. No sabes hasta dónde llega su astucia.

Inés la examinó detenidamente, parapetada detrás de las gafas de sol. Sintió que había tocado el núcleo de su obsesión patológica.

—Seguro que tú podrás ayudarme a saberlo —condescendió, para proseguir con su narración—. Estábamos bastante desanimados. Pero justo en ese momento surgió una pista muy débil y rocambolesca que Antonio decidió seguir.

—¿Y qué era?

—Un bandarra había colgado en Instagram unas fotos de su viaje en avión a Colombia. Ya sabes, las típicas fotos chorras con sus amigotes haciendo muecas a la cámara, dando la tabarra a las azafatas y demás. En algunas de las fotos salía un tipo barbudo y con el pelo largo que guardaba un parecido muy llamativo con tu padre. —Buscó en los archivos de su móvil las fotos a las que se refería—. El bandarra hizo notar este parecido en los comentarios que escribió en Instagram. Y sus colegas se hicieron unas risas macabras y compartieron las fotos. Ya sabes que la gente que anda en internet está siempre buscando motivos para el cachondeíto. La muerte de tu padre estaba fresca y el caso de las tarjetas *black* se hallaba en plena efervescencia. Que de repente un muerto tan célebre, tan... pulcro y elegante, tuviera su doble en un colombiano barbudo vestido con un chándal cutre a la gente le hizo mucha gracia. Las fotos circularon mucho en Instagram y otras redes. Incluso hicieron *memes* con ellas.

Inés le tendió el teléfono móvil, en el que había aumentado una de aquellas fotos para que el rostro del hombre barbudo ocupase toda la pantalla. Lucía miró con detenimiento y extrañeza la foto y lo mismo hizo con otras de la misma serie, todas ellas tomadas en el interior de un avión. El hombre, que

en efecto parecía el sosias chungo de su padre, había advertido que unos majaderos lo estaban fotografiando de manera subrepticia y miraba al objetivo con muy malas pulgas; o bien, se volvía de espaldas, para conversar con la pasajera que se hallaba sentada a su lado, una cuarentona algo ajada que tal vez hubiese sido bonita y exuberante en su juventud.

—Las fotos están un poco movidas y borrosas —dijo Lucía, perpleja ante el parecido de aquel tipo con su padre—. Si hubiese un vídeo en el que le viese hablar o gesticular, te diría con total seguridad si es él o no. Pero, desde luego, el tipo tiene un aspecto de pobre diablo que no sé si da más miedo que pena o al revés. Es exactamente el aspecto que mi padre no se hubiese permitido jamás. No soportaba a los perdedores, le daban auténtica grima. Antes se hubiese disfrazado de *drag queen*.

Al estirar el brazo para devolverle el móvil, Lucía mostró sin querer los tatuajes del antebrazo; y, fundidas casi con los tatuajes, unas cicatrices rosáceas y extrañamente abultadas que no pasaron inadvertidas a Inés.

—Ya, pero si uno quiere que no lo reconozcan, no se disfraza de *drag queen* —dijo Inés, todavía un poco sobresaltada por la visión de aquellas cicatrices, que encajaban en el cuadro psicológico que se había hecho de Lucía—. En cambio, podría disfrazarse de aquello con lo que la gente no lo relacionaría nunca, si además es un disfraz relativamente discreto. Esto era, al menos, lo que a Antonio le susurraba su hombrecillo. Lo consultamos con Provita, donde tampoco se mostraron muy entusiastas con las corazonadas de mi socio, ni consideraron que el parecido del tipo de las fotos con tu padre fuese tan determinante. Pero le habían cogido un odio africano a tu ma... a Soraya, y autorizaron que extendiésemos nuestras pesquisas a Colombia.

Lucía volvió a sentir la pululación del misterio y también unas ganas irrefrenables de fumar.

—¿No tendrás un cigarrillo, verdad? —preguntó a Inés.

—No, pero te consigo uno de inmediato.

En la azotea había, en efecto, muchos comensales fumando (quizá el éxito del lugar dependía, en buena medida, de que permitiesen fumar, más que de las vistas panorámicas que desde allí se contemplaban, banales y archisabidas como un cuadro de Antonio López). Inés se levantó y pidió un cigarrillo a una pareja de ejecutivos que no se resistieron a su sonrisa hospitalaria y que, cuando Inés les volvió la espalda, lanzaron miradas rijosas hacia su culo almendrado. A Lucía le dio asco la mirada de aquella pareja de primates.

—Lo que sí tengo es mechero. Yo te lo enciendo —dijo Inés, que se llevó el cigarrillo a los labios y lo prendió. Aspiró la primera calada con fruición—.

Fumé en el pasado, ¿sabes? Y siempre lo añoro. Además, me gusta el olor del tabaco... ¡Al menos hasta que se queda pegado a la ropa!

Le tendió el cigarrillo ya prendido, que llevaba en el filtro el rastro leve de su saliva. Lucía no pudo reprimir un escalofrío al llevárselo a los labios.

—Me decías que os lanzasteis a la búsqueda de... del tipo del chándal en Colombia. Pero eso era como buscar una aguja en un pajar...

Expulsó el humo, que Inés olisqueó con fruición. Lucía se preguntó si era consciente de lo turbadora que resultaba su actitud.

—Para no exagerar, digamos más bien que como buscar una aguja en un costurero —precisó—. En Jano Detectives tenemos contactos con otras agencias en las principales capitales del mundo hispano. Y esas agencias, a su vez, cuentan con fuentes de información por muy diversos canales. Chivatazos y confidencias de todo tipo. Pasaron varios meses sin que nos llegara ningún soplo interesante. Pero, de repente, nos hablaron de un tipo bastante rarito y solitario que todas las semanas se pasaba por un mercado de Bogotá, para llevarse a casa un cargamento de revistas y periódicos viejos... españoles. Semana tras semana, sin dejar pasar ni una. Nos pareció una actitud muy coherente con la psicología de un hombre que no quiere dejar rastro en internet...

Lucía, en cambio, había dejado todo tipo de rastros en internet que permitirían demostrar la autoría de los comentarios injuriosos que había dirigido contra Soraya. Y se había dejado jaquear el ordenador como una pipiola. Musitó:

—Así podía mantenerse informado de todo lo que pasaba en torno al escándalo de Hispabank...

—En efecto —prosiguió Inés—. Nuestros contactos en Bogotá nos certificaron que el hombre que recogía cada semana las revistas y periódicos atrasados era el mismo que acabo de enseñarte. Al parecer, vivía como un ermitaño, con lo mínimo indispensable, en un edificio a medio construir, a las afueras de Bogotá...

Lucía se tragaba el humo, para adormecer el gusanillo de la desazón:

—Me cuesta creer, entonces, que se tratase de mi padre. Se había acostumbrado demasiado a los lujos.

—A esa misma conclusión llegamos nosotros. Antonio viajó a Bogotá y estuvo siguiendo al tipo en sus vagabundeos por la ciudad durante dos o tres semanas. —Carraspeó, como si para entonces tuviera que pedir perdón por los métodos poco ortodoxos empleados en sus averiguaciones—. Incluso le robó sus escasos ahorros, para ver cómo reaccionaba... Dábamos por hecho que el

tipo llamaría a España, pidiendo ayuda urgente. Pero... ¡Se puso a vivir en un parque y a comer las inmundicias que rescataba de los contenedores!

Lucía aplastó la colilla en el cenicero que un camarero les había dejado en la mesa. De nuevo asomaron sus cicatrices en el antebrazo, como la rúbrica de traumas tal vez demasiado vivos.

—Entonces, indudablemente, no era mi padre —sentenció—. Ahora, menuda putada le hicisteis a ese pobre hombre...

—Decidimos abortar la operación —dijo Inés, pasando por alto el reproche—. Antonio volvió a Madrid y nos dedicamos a otros asuntos. Pasó casi un año y, de repente, recibimos un chivatazo alucinante. Resulta que el tipo al que habíamos estado observando había sido localizado en el centro de Bogotá, haciendo recados. Al parecer, trabajaba en un... en una especie de picadero disfrazado de hotelito. ¿Y adivinas quién lo regentaba? —Volvió a tender su móvil a Lucía—. La mujer con la que había coincidido en el avión, un año antes. Evidentemente, el tipo del chándal cutre era un hombre de recursos que sabía cómo salir de un apuro. Comunicamos el hallazgo a los responsables de Provita, que para entonces ya habían decidido abandonar el caso... —Hizo una pausa mohína—. Pero Antonio se había vuelto a obsesionar y decidió viajar de nuevo a Bogotá por su cuenta.

Inés sorprendió a los dos ejecutivos dardeando con la mirada su camiseta de David Bowie, o más bien las formas que la camiseta resaltaba (ya Lucía había apreciado que no llevaba sostén). En lugar de enfadarse, les sonrió, pidiéndoles con el gesto otro cigarrillo. O mejor dos, rectificó. Los ejecutivos accedieron encantados e Inés se levantó a recogerlos, dejándoles que la contemplaran a placer, por delante y por detrás.

—Esa pareja de dos están más salidos que el pico de una plancha —murmuró Lucía, con un mohín de asco—. Pobrecitas de las tontas a las que pillen... ¿Y llegó Antonio a encontrarse con ese hombre, en su regreso a Bogotá?

En el cigarrillo que Inés le tendió volvía a estar el rastro de su saliva, como el fantasma de un beso. Exhalaban ambas a la vez el humo de su primera calada. Las volutas se enzarzaron en el aire, ante la mirada envidiosa de los dos ejecutivos.

—Llegó a verlo, sí —asintió Inés—. Aunque no le dio tiempo a más. Me llamó excitadísimo, para decirme que se iba a alojar en el hotelito de marras, donde esperaba camelarse a la dueña y poder estudiar de cerca el comportamiento del sospechoso, para determinar de una vez por todas si se

trataba de tu padre. Y eso fue lo último que supe de Antonio... hasta que nos comunicaron que había sido asesinado.

Se hizo un silencio luctuoso que resultaba incongruente con el cielo añil y el sol radiante.

—Supongo que habrás contado todo esto a la policía... —aventuró Lucía. Inés denegó con la cabeza, mientras daba otra calada premiosa a su cigarrillo. Lucía se escandalizó—: ¿En serio que no?

Inés le hizo un gesto para que bajase el tono de la voz.

—Se lo contaré a su debido momento —susurró—. Pero si ahora se sumaran a la investigación, entrarían como un elefante en una cacharrería. Lo que tengo claro es que, si de veras tu padre ha logrado fingir su muerte y permanecer durante estos dos años en el más absoluto anonimato, pese a todos nuestros esfuerzos por desenmascararlo, es porque se trata de un hombre muy cauteloso. Los maderos españoles son unos jamelgos; enseguida lo pondrían sobre aviso. Así que prefiero seguir haciendo las cosas a mi modo, hasta que tenga algo cierto e irrefutable que ofrecerles.

Lucía se reclinó sobre el respaldo de la silla. Lo mismo había hecho Inés, agotada por los sinsabores de los últimos días.

—¿Y cómo haces... las cosas a tu modo? —se interesó Lucía.

—Si tu padre está vivo, Bogotá ya no es un lugar seguro para él, tras la muerte de Antonio —afirmó Inés—. Yo habría podido revelar a la policía la razón por la que mi socio había viajado a Colombia; y de inmediato tu padre se habría convertido en el sospechoso número uno de su asesinato. Así que, metiéndome en su cabeza, lo que tendría que hacer es salir de Colombia. Y muy probablemente volver a Madrid. Después de todo, lleva dos años nominalmente fallecido y ya nadie se acuerda de él. —Hizo un gesto entre resignado y sarcástico—. Su sonrisa de hormigón armado se ha perdido en el tiempo, como lágrimas en la lluvia. Si vuelve a Madrid, como espero, sólo hay dos personas a las que podría recurrir, puesto que todos sus amigos de antaño lo dejaron en la estacada. Y esas dos personas sois Soraya y tú. Así que hay que hacerlos a las dos un marcaje férreo. Tú tienes la ventaja de llevar una vida muy tranquila. Soraya, en cambio, vive desde hace unos meses en el torbellino del famoseo. Hoy he leído en la prensa que Miguel Bosé quiere contar con ella para su próximo videoclip —dijo burlona—. Al parecer, Soraya ha ido diciendo por ahí que es su cantante favorito.

Pero Lucía no se sumó a su tono burlón. De hecho, estaba a punto de estallar de ira y despecho. Así que todo el interés de Inés por ella era

consecuencia de ese propósito de «marcaje férreo». Se odió por concebir esperanzas ilusorias:

—Pues de esas dos personas puedes ir descartando una —dijo muy seca, y arrojó con encono el cigarrillo al suelo, desdeñando provocadoramente el cenicero—. Mi padre me odiaba. Y yo lo odio a él. No tanto como a Soraya, desde luego. Pero siempre fue un puto gilipollas y un fatuo de mierda. En cualquier caso, mi impresión es que toda esta historia es una paja mental de tu socio.

Su voz había sonado arrogante y tan despectiva que Inés tembló. Procuró apaciguarla:

—En realidad, ya te había descartado —dijo, sonrojándose—. Llevo mucho tiempo espiándote y sé a ciencia cierta que no podrías ser su cómplice. Te ha hecho sufrir demasiado. —Volvió a apartarse las gafas de sol, para mostrarle sus ojos de color miel, que parecían humedecidos por la emoción—. Ahora quiero centrarme en Soraya, pero no resultará tan sencillo hacerlo, no te creas. Es una mujer sin intimidad.

—Mejor que no la tenga, porque te aseguro que lo que haga en su intimidad tiene que ser bastante asqueroso —afirmó Lucía, implacable—. En algún momento le anduvo calentando la polla a un pobre madero. Y acabará liándose con cualquier famoso, con tal de que tenga pasta y no dé demasiado la tabarra. ¡Quién sabe si cualquier día no nos anuncia su noviazgo con Miguel Bosé! —bromeó—. Tarde o temprano, tendrás que aceptar que mi padre murió hace dos años y esa perra se llevó el dinero del seguro... después de quitarme a mí de en medio. A tu socio Antonio seguramente lo mataría un delincuente común, para robarle. Es mi modesta impresión.

Al final, su rabia y su despecho se habían ido desaguando en algo parecido al desaliento. Para su sorpresa. Inés había dejado escapar una lágrima.

—Parece lo más probable... —dijo, con la voz estrangulada por la emoción—. Pero Antonio era un hombre de intuiciones que casi nunca fallaban. Cuando hablamos por última vez, me dijo que su hombrecillo del pecho estaba tocando a rebato...

Se le quebró definitivamente la voz. Lucía preguntó a bocajarro:

—¿Erais pareja?

Inés denegó con la cabeza, para no derrumbarse:

—En absoluto. Pero lo quería como a un hermano —se volvió hacia los tejados de Alcalá, para que Lucía no la viese llorar. Y preguntó, absurdamente—: ¿Qué te parecen las vistas?

Se había emboscado detrás del humo del cigarrillo y una leve brisa cabrilleó en sus cabellos, desordenándoselos. Lucía no se pudo resistir más:

—Al cuerno con las vistas. Es a ti a quien me gusta mirar. Las vistas me le traen al paio.

Inés observó que Lucía había adoptado una expresión de niña traviesa, como si aquel sol de abril, estival y desinfectante, hubiese lavado de repente sus traumas. Decidió hacerle frente en su propio terreno:

—No es que me disguste que te parezca una buena vista, pero... ¡me habría gustado más que te hubieses fijado en mi inteligencia!

—Una chica verdaderamente inteligente prefiere que le digan que es guapa —dijo Lucía con descaro—. A las chicas feas siempre se les dice, para halagarlas, que son muy inteligentes.

Había logrado arrancarle una sonrisa y exorcizar su llanto.

—¡Serás malvada!

—Por supuesto —aceptó Lucía—. Y tú eres muy bonita y muy inteligente.

Se había lanzado a saco, sin posibilidad de retroceso. Inés la conocía hasta en sus más íntimos secretos, hasta la radiografía de su alma torturada, así que no se podía sorprender demasiado de aquella reacción. Y, desde luego, después de haber sido espiada durante tanto tiempo, Lucía tenía al menos derecho a sonrojarla.

—Y tú, ¿por qué no tienes novio? —contrató Inés—. Una chica tan atractiva como tú no merece estar sola...

—¿Estás de broma? —se enfurruñó Lucía—. Odio a los tíos. Son hipócritas, machistas y prepotentes. Me dan asco. Y conste que los he probado.

—Ya somos dos, entonces —dijo Inés.

Y la miró con una complicitad que le resultó intimidante. Lucía no quería ilusionarse en vano:

—Qué dices dos. Somos millones —dijo, agresiva—. En realidad ya no necesitamos a los tíos para nada. Ni siquiera para tener hijos. Vamos a un banco de semen y santas pascuas. Que se vayan a tomar por culo, nunca mejor dicho.

—¿No estás siendo un poco drástica? Eso del banco de semen me ha parecido... en fin, muy poco romántico. —Inés se encogió de hombros y volvió a sonreír, mostrando sus incisivos, para lanzar una pullita—: ¿O ser romántica es incompatible con ser inteligente?

—Quiero decir... —se aturulló Lucía— que ya no tenemos que soportar las humillaciones que sufrieron nuestras madres y abuelas. ¡Las esclavas se rebelaron!

Inés la miró con ojos piadosos. Aquellas palabras le habían sonado envilecidas por el resentimiento.

—Rebelarse, en el fondo, es muy sencillo. Sólo hay que gritar, prender fuego, derribar muros... Destruir, en definitiva. Pero lo verdaderamente difícil es construir.

Cerró los ojos, voluptuosamente, y volvió el rostro hacia el sol, para recibir su baño reparador. Lucía decidió replegar velas:

—Pero me decías que tu socio había sido como un hermano para ti...

—Me ayudó muchísimo en mi profesión —contestó Inés, que permanecía con los párpados cerrados, tal vez para evocar más nítidamente al amigo muerto—. Y me consoló y acompañó cuando me encontraba muy sola. Así que me he prometido no olvidarlo. —Sonrió muy tímidamente e hizo una larga pausa, antes de volver al asunto que Lucía había planteado en términos tan belicosos—: Tuve varios novios, pero con todos me fue regularas. Algunos me hicieron sufrir; otros me traicionaron: y otros, en fin, eran un desastre en la cama.

Pidieron al camarero sendos *gin tonics*, con su monda de limón en espiral, como una serpiente envolviendo el hielo y poniéndoles un calambre de acidez en los labios. Les habían dejado también sobre la mesa unas almendritas que Inés mordisqueaba con fruición.

—¡El que no es impotente es eyaculador precoz! —volvió al ataque Lucía, provocando una carcajada en Inés—. El otro día leí no sé dónde una encuesta en la que decía que la mayoría de las mujeres casadas jamás han tenido un orgasmo.

Inés fingió estupefacción:

—¡Anda! Pero eso del orgasmo femenino... ¿No era una leyenda urbana?

Soltaron una carcajada al unísono, logrando que los ejecutivos de la mesa contigua se dieran por aludidos. Se había entablado entre ambas el vínculo más vigoroso que puede haber entre dos personas: la capacidad para reírse de las mismas cosas. Hablaron durante más de dos horas, olvidadas ya del motivo que las había llevado a encontrarse, aunque Lucía todavía se reservó sus dolores más enconados. Prolongaron la sobremesa hasta que el sol empezó a declinar. Inés le dio entonces su número de móvil; y, por alargar todavía más el encuentro, se ofreció a llevarla en coche hasta Fuenlabrada. Conducía poniendo cara de velocidad, mientras seguía al dedillo las órdenes

que le iba dando el tontón. Cuando ya habían salido de Madrid, se atrevió a comentar:

—Apenas me has hablado de Soraya...

Lucía endureció el gesto y cruzó ambos brazos sobre el pecho, como si quisiera escudarse contra una agresión invisible:

—No he querido ensuciar nuestro primer encuentro —dijo—. Es la persona más retorcida y más hija de puta que puedas echarle a la cara.

Inés apartó su mano derecha del volante, en un ademán que parecía temerario en una conductora tan insegura como ella. La sacudió afectuosamente en el hombro:

—Eh, venga, Lucía, eso ya lo contabas en los foros de internet —la amonestó—. No te he preguntado para que me digas vaguedades, sino cosas concretas que realmente hayas vivido con ella.

Lucía tragó saliva, anticipando el mal trago. Pero por el momento no se hallaba con fuerzas:

—Te prometo que la próxima vez te hablaré de ella —dijo, para zanjar el asunto. Y su rostro volvió a iluminarse—: Me ha encantado conocerte. Me ha encantado charlar contigo. Me ha encantado verte mordisquear con tus paletos las almendritas que nos pusieron con el *gin tonic*. ¡Parecías una ardilla!

—¡Una ardilla! —exclamó Inés, entre divertida y mosqueada—. ¡Vaya un piropo tan raro! Si es que puedo tomármelo como un piropo...

Lucía esbozó un puchero. Habían llegado al bloque de edificios en donde se hallaba su estudio.

—¡Pues qué va a ser si no! Las ardillas son el animal más bonito del mundo... Y tú tienes una boca de ardilla. Tienes la boca más dulce, adorable y seductora que haya visto nunca. Y... —vaciló, antes de lanzarse—: He decidido que voy a besarla.

—¡Eso será si yo te dejo! —fingió resistirse Inés.

Pero ya los labios de Lucía se apretaban contra los suyos. Inés trató de domarlos y ablandarlos, mientras Lucía buscaba con la lengua sus incisivos protuberantes.

—Creo que por hoy ya está bien, ¿no te parece? —preguntó Inés, apartándose. Y citó su película favorita—: Cuentan que construyeron una vía férrea en los Alpes, entre Viena y Venecia, antes de que existiera un tren que pudiera realizar el trayecto. Aun así la construyeron, porque sabían que algún día llegaría el tren.

Inés le alzó la manga de la cazadora, descubriendo las cicatrices del antebrazo.

—¿Y tú eres el tren? —preguntó Lucía.

Inés besó sus cicatrices con besos diminutos e insistentes, como de ardilla.

—Por lo menos me gustaría ser la vía —respondió—. Venga, márchate, que se nos ha hecho muy tarde.

Lucía obedeció y salió del coche, para no estropear la magia de aquel instante, que esperaba poder prolongar pronto. Vio partir el Mercedes negro de Inés hacia los descampados incendiados de crepúsculo. Cuando al fin lo perdió de vista, se volvió hacia su portal, pegando brincos de alegría, como una cabra loca. Iba tan obnubilada que, al dirigirse hacia el ascensor, ni siquiera reparó en el hombre que se agazapaba en el hueco de la escalera. Sólo advirtió su presencia cuando le cerró el paso desafiante y, agarrándola con violencia, la arrinconó contra los buzones. Era como una montaña de músculos, vestido con una camiseta de *lycra* que le reventaba en las costuras y esculpía su torso inverosímil. Se acercó a ella tanto que por un instante pensó que se disponía a violarla. Y apestaba a esa loción bronceadora con la que se embadurnan los culturistas en sus exhibiciones.

—Déjame en paz, tío —se atrevió a decir, en un tono quejoso que era, en realidad, implorante.

El desconocido la agarró del cuello y la empujó contra la pared levantándola en volandas, como si estuviese trasladando de sitio una muñeca de trapo. En la oscuridad no podía distinguir sus facciones.

—No me rayes, bollera, no sea que te tenga que partir la jeta —la avisó.

Llevó la mano a la entrepierna de Lucía, para manoseársela de la forma más indecente. Pero en la fijeza opaca de su mirada se notaba que no había ni atisbo de deseo en su agresión, tan sólo la complacencia canalla de quien humilla y pisotea.

—Eres una chica muy mala —dijo—. No te gusta que te metan mano los maromos, ¿verdad? A ti lo que te gusta es que te coman el chochito las niñas. Y comérselo tú a ellas...

El miedo se derramó sobre Lucía, como una cortina de niebla. Sin ser apenas consciente de ello, se había orinado.

—Déjame, te lo... suplico —balbució, sofocada por el llanto—. Déjame... No sé de lo que estás hablando.

El orín traspasaba ya sus vaqueros. Cuando su agresor lo notó, la tiró contra el suelo, asqueado.

—Dios, qué puto asco das —la increpó—. Te estás meando, so cerda. ¿Quieres que te eche la raba encima o qué?

La empujaba contra la pared con el pie, como si fuese un despojo.

—Te lo suplico... No he hecho... nada... malo.

Pero Lucía ya no podía articular palabra, paralizada por el horror. Su agresor se puso en cuclillas para hablarle al oído:

—A lo mejor ha llegado el momento de enseñarle a la poli el vídeo en el que te revuelcas en la cama con unas pobres niñas, pirada de mierda, bollera asquerosa.

La pisó en la tripa sin llegar a hacerle demasiado daño, por el placer de amedrentarla; y, un instante después, ya había abandonado el portal, escapando a la carrera. Lucía se quedó inmóvil, empapada en sus propios orines, que poco a poco se fueron enfriando, haciéndola todavía más consciente de su vejación. Permaneció aún un rato acurrucada en la oscuridad, en posición fetal, tratando de contener los temblores que la agitaban, tratando de protegerse contra la culpa que la anegaba, como un agua sucia. Se levantó con gran esfuerzo, pues las piernas aún no la sostenían. Y pensó que un tributo de sangre le devolvería la calma.

Llamó al ascensor. Y mientras lo esperaba se palpó las cicatrices de los brazos, en busca de la más tierna y vulnerable. Pero entonces se acordó de Inés y la llamó al móvil. Cuando le contestó, Lucía quiso hablar pero no pudo. La histeria y el horror sólo la dejaban llorar.

—Ahora mismo voy para allá —le anunció Inés—. Métete en casa y no abras a nadie hasta que yo llegue.

Aunque el vuelo había salido con un par de horas de retraso de Bogotá y acumulado todavía más durante el trayecto, Emilio no sufrió ningún contratiempo. Había tenido que mostrar el pasaporte de Efraín en varias ocasiones: primero para cambiar el medio millón de pesos que Jacinto le había perdonado, a modo de limosna; después para poder embarcar en el avión; y, ya por último, recién aterrizado en Madrid, en las garitas de control donde la Guardia Civil revisaba la documentación de los extranjeros. Aquí le habían advertido que su pasaporte caducaría en menos de tres meses. Pero Emilio se había propuesto no permanecer en España más allá de cinco días, que era exactamente el tiempo que restaba para que Milena regresase a Bogotá, descubriera el desaguizado y lo denunciase a la policía, convirtiéndolo en un prófugo de la justicia.

En un máximo de cinco días debía estar fuera de España; para certificar este propósito, en los formularios que le habían hecho rellenar en el avión así lo había especificado. También le convendría hallarse lejos de Colombia, disfrutando plácidamente de su fortuna en algún remoto paraíso fiscal, en compañía de Soraya. Pero ni siquiera podía asegurar que, durante aquellos dos años, Soraya hubiese perseverado.

Emilio abrió la cremallera de su macuto, después de pasar los controles de seguridad del aeropuerto, tal como Jacinto le había indicado que hiciera. Temía que finalmente el colombiano no cumpliera su palabra. Temía que no hubiese enviado a sus sicarios al aeropuerto con la pistola que se había comprometido a entregarle. Temía, incluso, que el retraso acumulado por el vuelo hubiese desesperado y disuadido a quienes debían hacer la entrega. Pero sus temores resultaron a la postre infundados. Al salir al vestíbulo del aeropuerto, entre el tumulto de familiares y chóferes y mirones que aguardaban la llegada de los pasajeros, un hombre muy menudo y atezado fingió chocar con él, para seguir enseguida su camino sin inmutarse ni pedir

disculpas. Al instante, Emilio sintió el peso adicional del arma en el macuto. Miró someramente su interior y allí vio, en efecto, sobre la ropa, la pistola perfectamente montada, con el silenciador apuntando como el dedo índice de Dios, y a su lado una pequeña caja de munición. Emilio cerró la cremallera y abandonó el tumulto, para tomar un taxi en el exterior.

Pidió al taxista que lo llevase a un centro comercial a las afueras de Las Rozas. Había decidido no llegar a casa hasta que hubiese anochecido, para evitar que algún vecino fisgón pudiera reconocerlo. Para entretener la espera, se metió en unos multicines, donde eligió al tuntún una entrega de *Misión imposible* que resultó muy trepidante y rocambolesca. Pero todas las piruetas de Tom Cruise, todos los trances comprometidos que tenía que afrontar para salir vencedor de sus enemigos, se le antojaron filfa y bagatela, comparados con las pruebas por las que él había tenido que pasar, durante aquellos dos últimos años. Y hasta las carreras contra reloj de Cruise y sus planes medidos al detalle le parecieron juegos infantiles, al lado de los encajes de bolillos que Soraya y él habían elaborado, para hacer verosímil su fraude, desde el asesinato del mendigo Efraín. Cuando salió del cine, un poco aturdido por los estruendos y pirotecnias de la película, había empezado ya a oscurecer. Emilio sorteó los caminos y carreteras concurridas, internándose a veces por solares donde crecían las amapolas y por desmontes erizados de escombros. Así fue rodeando hasta llegar a su urbanización, cuando ya eran casi las ocho de la tarde. Reinaba en el lugar un silencio como de toque de queda.

Contempló emocionado su chalé, como Ulises debió de contemplar las costas de Ítaca. El jardín estaba todavía más descuidado que cuando marchó; y la fachada algo más deslucida y agrietada. Pero era su casa; y en ella seguía viviendo Soraya y sólo Soraya, al menos así lo proclamaba el letrero del buzón, de donde había sido borrado su nombre. Pulsó un par de veces el timbre, pero nadie le contestó. Tras una tensa espera decidió no volver a llamar, para no atraer la atención de los vecinos, que podrían confundirlo con un merodeador y dar aviso a la policía. Nadie como él sabía lo recelosos que podían llegar a ser los vecinos de las urbanizaciones pijas.

Así que, en lugar de seguir esperando en el porche, decidió actuar con la mayor naturalidad. Extrajo de uno de los bolsos laterales de su macuto las llaves de casa que durante dos años habían permanecido allí guardadas. Emilio recordaba las muescas de la llave de la puerta principal, que eligió al tacto entre todas. ¡Si Soraya no hubiese cambiado la cerradura! Tal vez era demasiado pedir.

Pero, milagrosamente, no lo había hecho. La llave encajó a la perfección en la cerradura. Emilio la hizo girar con destreza. Y la puerta cedió mansamente.

Entró sin vacilación y trancó tras de sí, para enseguida recostarse sobre la pared del vestíbulo, sin osar encender las luces. Absurdamente lo golpearon las lágrimas como a veces nos ocurre en sueños, cuando el pasado que creíamos hibernado emerge de forma confusa y se abalanza sobre nosotros. Y el cansancio de dos años de zozobras y sacrificios improbables se abatió sobre él, como un cargamento de ladrillos o pecados fósiles. Le parecía inverosímil haber llegado hasta allí, conjurando tantos peligros, esquivando tantas asechanzas, venciendo tantas adversidades e infortunios. La casa mantenía aproximadamente la misma decoración que dos años atrás, algo más ajada o desvencijada, inevitablemente. Lo sorprendió que, a un extremo del comedor, Soraya hubiese apartado una gran mesa en la que a veces cenaban y hubiese rodeado el hueco con lámparas, montando un pequeño escenario o teatrillo. Pero imaginar a Soraya recitando versos o monólogos teatrales le parecía absurdo; y también que contase con un auditorio para estas expansiones. Por lo demás, no había en el salón muebles nuevos, ni se percibía que Soraya hubiese hecho ninguna reforma ostentosa, lo que probaba que había seguido a rajatabla sus recomendaciones de austeridad. Emilio comprobó, también con agrado, que Soraya no había repuesto los repetidores de *wifi* que él había arrancado, cuando empezó a maquinarse su fraude. Seguía manteniendo el hogar como un santuario incontaminado de injerencias tecnológicas, tal como Emilio le había pedido. Se enorgulleció de que Soraya fuese tan obediente.

La llamó una, dos, tres veces, procurando no alzar demasiado la voz, hasta llegar a la conclusión de que, en efecto, no se hallaba en casa. Se preguntó si seguiría asediada por fotógrafos y pretendientes, como había descubierto que estaba un año atrás, leyendo las revistas del corazón atrasadas que conseguía en aquel mercado de Bogotá. Se preguntó también si finalmente habría cedido a los cantos de sirena del brillo social a los que por entonces todavía se resistía. Se preguntó, en fin, si habría tenido la constancia y el arrojo suficientes para ejecutar día tras día, semana tras semana, las instrucciones que le había dejado, hasta conseguir convertir la indemnización del seguro en dinero contante y sonante. Todo este tropel de preguntas se lo hizo mientras subía con mucho tiento las escaleras que conducían hasta la alcoba matrimonial, que también permanecía intacta. Dejó el macuto al pie de la cama y entró al baño, para soltar una meada oscura y densa, aguerrida y ruidosa como meada de caballo. Con admiración, casi con júbilo, descubrió

que en la repisa del lavabo, en el armario con espejo, en la bañera, sólo se amontonaban los potingues de Soraya; y que no había ni un solo frasco o envase que delatase una presencia masculina. Emilio volvió a la habitación y se derrumbó agotado sobre la cama, sin retirar siquiera la colcha. La almohada olía extrañamente a hamburguesas y fritanga, un olor plebeyo que en otras épocas se le habría antojado nauseabundo, pero que en aquellas circunstancias le resultó conmovedor, porque le recordaba los hábitos alimenticios un poco caprichosos de Soraya. Sobre todo de la Soraya todavía no desbastada, la Soraya un poco choni que había conocido trabajando de peluquera en la televisión, la Soraya que todavía no fingía unos modales impostados y artificiosos. Se preguntó si en ese mismo instante no estaría precisamente fingiendo tales modales en algún estúpido sarao de la *jet*.

Pero los párpados le pesaban como cortinones. Y tanto su cuerpo como su mente, rendidos por tantas tensiones y pruebas de resistencia, le reclamaban una tregua. Emilio se entregó a un sopor profundo y, a la vez, vigilante. Pues los ruidos más livianos (el crujido de una madera, el gorgoteo de una tubería, el trino de un pájaro en el jardín) le llegaban amplificadas a la conciencia, como una especie de tortura que encendía todas sus alarmas y entablaba combate agónico con su fatiga.

Entonces, de repente, llegó hasta el meollo mismo de su sopor el ronroneo del motor de un coche y, a continuación, el característico chasquido que hacía la puerta del garaje cuando la abrían con el mando a distancia. Emilio pegó un brinco en la cama, con el corazón desbocado, y corrió a la ventana. Alcanzó a ver, a través de los visillos, un Opel Corsa rojo y muy reluciente, como recién salido de la fábrica, que bajaba por la rampa y entraba en el garaje de la casa. No pudo ver, en cambio, quién lo conducía; pero no le pareció que fuese Soraya, quien por otra parte siempre había aborrecido conducir, aunque se hubiese sacado el permiso antes de conocerlo. Instintivamente, se apartó de la ventana y corrió a sacar la pistola del macuto. Fue una reacción que lo horrorizó, pues nunca había tenido el instinto de las armas, aunque hubiese participado, allá en su época de hormigón armado, en monterías con banqueros y ministros.

Comprobó que, en efecto, la pistola estaba cargada. Apartó el seguro, la amortilló y empuñó con ambas manos, permaneciendo sentado sobre la cama, expectante e incrédulo. La oscuridad, para entonces, era casi total. Escuchó el último estertor del motor del Opel Corsa antes de apagarse, el golpe de la portezuela del coche que su conductor empujó con brío, casi con petulancia, y el acorde del cierre centralizado. También escuchó unos pasos elásticos y

avasalladores que subían las escaleras, primero hasta el salón, después hasta la habitación donde se hallaba, de dos en dos, tal vez de tres en tres, como un antílope que sube los riscos.

—Nena, ya tienes tu buga en el garaje —anunció Rafa, exultante—. Y mi rabo tiene mogollón de ganas de darte bambú.

Aunque hacía mucho tiempo que no escuchaba hablar a los madrileños, a Emilio le pareció reconocer un acento barriobajero.

—Y ayer hice mearse de miedo a esa bollera. ¡Espero que me estés esperando abierta de patas! —exclamó Rafa jubiloso, cuando ya estaba a punto de entrar en la habitación.

Encendió la luz y se encontró con un tipo barbudo, vestido con un chándal cutre, que lo apuntaba con una pistola. Pensó que se trataría de un ladrón sorprendido con las manos en la masa. Por un momento, consideró abalanzarse sobre él; pero recapacitó al contemplar su gesto torvo y nada dubitativo.

—Tranqui, colega... —barbotó.

—Manos arriba, gilipollas —ordenó Emilio. Pero enseguida reparó en el paralelepípedo que abultaba el bolsillo de su pantalón prieto—. Bueno, primero dame tu móvil. Ni se te ocurra hacer ningún movimiento brusco.

Aunque Emilio procuraba no denotarlo, lo amedrentaban la envergadura y musculatura de aquel bigardo. Rafa le tendió tembloroso el móvil, que Emilio arrojó al suelo y pisoteó con frenesí, para a continuación guardarse sus añicos. Todo ello sin dejar de encañonar a Rafa.

—Nos espían a través de los móviles —le explicó—. ¿Lo sabías, imbécil?

—Eso mismo me dice siempre... —empezó, pero se detuvo antes de pronunciar el nombre de Soraya—. Pero... ¿quién... quién es usted? ¿Qué está haciendo aquí?

A Emilio lo halagó que no pudiera reconocerlo. Calculó que, del mismo modo que era lento de mente, tal vez también lo fuese de movimientos, pues fortaleza y agilidad suelen estar reñidas. A él, en cambio, las penalidades y vicisitudes bogotanas lo habían vuelto más ágil de lo que jamás hubiese soñado.

—¿Has oído hablar de Emilio Santillán? —le preguntó.

Rafa palideció. A Emilio lo sorprendía que aquel bigardo fuese tan cagón.

—Yo... yo no tuve nada que ver con su muerte. Yo... no lo maté. Se lo juro.

Emilio rió a placer, levantándose de la cama:

—¿Tú eres subnormal profundo o qué cojones te pasa? Nadie mató a Emilio Santillán. Murió en un accidente de coche. —Era divertido hablar de sí mismo en tercera persona—. Dime, rata cobarde, ¿te estás follando a su viuda?

Avanzó hacia él, siempre con la pistola por delante. A Rafa lo agitaba un temblor incontrolable que volvía extrañamente blandos sus músculos inflados de anabolizantes. Su rostro se había desencajado. No podía controlar su agobio, tal vez tampoco sus esfínteres.

—¿Qué... qué quiere que le diga? —farfulló.

—La verdad, cachas de mierda. A mí me suda la polla que te la tires o no —aseguró Emilio con gran convicción—. Pero si mientes, te mando para el otro barrio.

Rafa había empezado a llorar, tal vez también a liberar otros fluidos. Emilio se dio cuenta de que, si tenía que dispararle, podría fallar aun estando a tan corta distancia. Empujó a Rafa contra la pared y confirmó que en una hipotética pelea llevaría infaliblemente las de perder, por muy flojo que fuese aquel macarra, considerando la diferencia de peso entre ambos. Le apretó el cañón de la pistola debajo de la barbilla.

—Me la follo, me la follo, me la follo —repitió Rafa, nervioso—. Pero no hay nada entre nosotros. Sólo sexo puro y duro.

Para su sorpresa, no lo hirió demasiado que Soraya se estuviese tirando a aquel montón de carne con ojos. Ni siquiera lo hirió pensar que aquella infidelidad constituía un indicio casi seguro de su traición. Pero no podía arriesgar todos sus esfuerzos de ocultamiento y supervivencia. Además, si prolongaba demasiado aquella situación, el culturista podría intentar forcejear con él.

—Nadie hace como ella las mamadas, ¿verdad? —le preguntó, con una mezcla de sarcasmo y nostalgia.

Entonces Rafa lo escrutó con algo más de calma y creyó reconocerlo:

—Oye... tú eres su marido. Tú eres Emilio Santillán... Hostia, qué fuerte.

El horror y la perplejidad desfiguraban sus facciones. En décimas de segundo, Emilio calculó los pros y los contras de lo que se disponía a hacer, de lo que ya había decidido hacer, irrevocablemente. Escuchaba la respiración agitada del gigante, escuchaba los latidos tumultuosos de su corazón, escuchaba incluso el descenso de su orín por la pernera del pantalón.

—Tú lo has dicho.

Y apretó el gatillo. La bala le atravesó la cabeza, dejando sobre la pared un excremento de sangre y masa encefálica. Rafa ya había muerto, pero su

estupor aún coleaba en su gesto de pasmarote, en su mirada absorta e incrédula, mientras se deslizaba lentamente hacia el suelo, dejando un rastro sanguinolento sobre la pared.

Emilio miró la mano que sostenía la pistola, como si no fuese suya.

Para entretener la espera, Soraya había llamado varias veces a Rafa, sin obtener respuesta. Contraviniendo sus indicaciones, como venía siendo norma, el muy gilipollas le había mandado un mensaje, anunciándole que ya tenía en su poder el Opel Corsa tuneado y que se disponía a llevarlo a su casa. El mensaje lo había recibido Soraya cuando ya estaba en el taxi, camino de Embassy, en el paseo de la Castellana, donde se había citado con la Borbona, que al día siguiente partía para Biarritz. No le había contestado porque la enfadaba que Rafa insistiese en mandarle mensajes, después de que ella se lo hubiese prohibido. Y, por supuesto, no lo había llamado mientras iba en el taxi, ni siquiera para mantener una mínima conversación críptica, pues tenía muy claro que no debía dar oídos a sordos. Y mucho menos a taxistas, que tenían siempre la antena puesta.

Hubiese preferido hallarse en casa, para supervisar que, en efecto, los cajones bajo el asiento trasero habían sido dispuestos como ella deseaba, con el fondo y el tamaño indicados. Pero Rafa, con su característico sentido de la oportunidad, llevaba el coche justo cuando ella tenía que atender una cita de vital importancia. Aunque, en honor a la verdad, aquel día apenas había parado en casa. Toda la mañana se la había pasado de cajero en cajero, sacando las últimas rebañaduras de la indemnización. Y, por último, había ido a guardar la remesa de billetes, más abultada de lo habitual, a la caja de seguridad atestada, que la recibió con los dolores del parto. En aquella ocasión, Soraya se había tirado mucho más rato en la cámara acorazada del banco, apretando los fajos. Impresionaba mucho ver cuatro millones de euros en billetes. Y su olor a tinta y parafina todavía le impregnaba las manos. Constantemente Soraya se las acercaba a la nariz, para embriagarse con aquel aroma, hasta alcanzar casi el éxtasis.

Pasada ya la hora del almuerzo, había vuelto a casa apenas un rato, lo justo para hablar por conferencia con Miguel Bosé, que andaba detrás de ella

para sacarla en su próximo videoclip. Quería que Soraya se disfrazase como Charlotte Rampling (a saber quién sería esa tiparraca) en una película del año catapún titulada *Portero de noche*, con gorra de plato de las SS, mitones hasta más arriba del codo, pantalones de hombre con tirantes y las tetas al aire, preparada para dar bambú a todos los nazis sumisos que se le pusiesen por delante. Bosé pretendía pagarle una birria por el numerito; pero aunque le hubiese ofrecido un potosí, tampoco habría accedido. Había resuelto desaparecer sin dejar ni rastro en muy pocos días, si nada imprevisto lo dificultaba; y no iba a diferir su marcha ni siquiera por hacer realidad las fantasías morbosas de Bosé, que había sido su sueño húmedo de adolescencia. Así que le dio largas y le puso como condición para enseñar las tetas que él, a su vez, enseñase el culete; a lo que Bosé se resistió, alegando que con los años se había puesto un poco fondón. En cambio, se quedó con las ganas de preguntarle si Panamá, donde Bosé vivía, seguía siendo un sitio seguro para guardar dinero y gastarlo tumbadita a la bartola, después del escándalo que acababa de saltar a la prensa, revelando evasiones fiscales y empresas *offshore* de líderes y lideresas políticos, solidarios deportistas de élite, filántropos comprometidos con el progreso de la Humanidad e intelectuales insobornables como Almodóvar y Vargas Llosa. A Soraya le hubiese gustado mucho conocer la opinión de Bosé; pero no la iban a pillar a aquellas alturas en un renuncio, hablando de asuntos tan delicados en sus conversaciones telefónicas.

Y nada más terminar su conferencia con Bosé (que prometió pensarse lo de enseñar el culete, o al menos media nalga de perfil), la llamó la Borbona. Estaba muy azogada y nerviosa, porque no había logrado vender su piso en el barrio de Salamanca con la prontitud deseada; y a los manirroto de sus hijos iban a embargarlos en menos de quince días. Soraya, con gran aplomo, le pidió entonces que, antes de marchar a Biarritz, le abriese un hueco en su agenda, pues deseaba hacerle una propuesta que sin duda iba a resultarle del mayor interés. No dijo ni una palabra más, para que en caso de que la conversación estuviese siendo grabada no pudiera servir como prueba de cargo contra cualquiera de ellas; pero la Borbona no tenía ni un pelo de tonta (ni de ninguna otra cosa, puesto que gastaba peluca). Quedaron en Embassy, a las ocho de esa misma tarde. Soraya se vistió con los trapitos últimos que le había enviado un modisto bardaje y se calzó unos botines llenos de corchetes y herrajes que le había regalado Manolo Blahnik, al saber que Bosé la pretendía para un videoclip de estética sadomaso.

La Borbona la hizo esperar más de veinte minutos. Soraya llamó por quinta vez al fantoche de Rafa, para que le confirmara la entrega del Opel Corsa, pero su teléfono no daba ni siquiera señal. La exasperaban las actitudes de aquel memo, que tan pronto no hacía más que darle la tabarra como se desvanecía sin dejar ni rastro. Se preguntó si el muy capullo no estaría planeando alguna jugarreta, oliéndose que Soraya se aprestaba a la fuga. Y justo cuando se hacía esta inquietante pregunta entró al fin en Embassy la Borbona, muy sofocada y con el gesto contrariado. Estaba tan tiesa y apergaminada que, al caminar, parecía que se fuese a desgualdrajar.

—Me vas a perdonar, chatina. No sabes cuantísimo odio llegar tarde a mis citas —se excusó—. Pero es que parece que me ha mirado un tuerto.

—No pasa nada, doña Soledad, no se preocupe —la tranquilizó Soraya—. Yo la espero a usted con mucho gusto todo el tiempo que haga falta.

Pero lo cierto es que la reconcomían la impaciencia y la ansiedad. La Borbona la tomó de la mano y la contempló admirativamente, deteniéndose en cada precipicio y ladera de su figura, hasta desembocar en los pies. Por un momento pareció que quisiera arrodillarse para besarle los manolos. Pero la artrosis se lo impedía.

—¿Cómo no voy a preocuparme? —se lamentó—. Cada minuto debe de ser oro para ti. Te has convertido en la chica más glamurosa de España.

Se sentaron ambas en torno al velador más apartado del local. Soraya, para acaramelar más a la vieja, dejó caer la melena azabache de tal modo que le tapase la mitad de su rostro níveo. Así parecía que le estaba haciendo ojitos.

—Cualquiera puede ser la chica más glamurosa de España, doña Soledad —dijo—. Sólo hay que quedarse quieta y parecer estúpida.

La Borbona rió la *boutade*, inspirada por una radical sinceridad que nadie quería tomarse en serio. Pidieron al camarero un servicio de té completo, con muchas pastitas y bocaditos, para ajamonarse un poco. A la Borbona le hacía falta, pues estaba más escuchimizada que un jilguero; y Soraya ya estaba harta de sacrificarse para mantener la línea. A partir de aquel mismo instante —se prometió— empezaría a comer como una tragaldabas.

—Pero antes de meternos en harina, doña Soledad —advirtió Soraya, que nunca bajaba la guardia—, le ruego que apague su teléfono móvil y me lo preste, para que yo lo guarde.

La Borbona obedeció, perpleja. Soraya se levantó entonces de su silla, sobre la que colocó el móvil de ultimísima generación de la Borbona y a su lado el suyo desechable, que también había apagado. Luego se sentó sobre

ambos, posando una nalga en cada uno. La Borbona no salía de su sorpresa; pero alabó la perspicacia de Soraya:

—Eres más lista que el hambre. —Y le guiñó un ojo, vivaracha—. ¡A cuántos hombres les gustaría estar ahora mismo donde están nuestros móviles!

Soraya frunció levemente los labios, poniendo un morrito encantador:

—Y también a alguna mujer, no se crea —dijo, mirándola con descaro—. Si les cobrara por hacerlo, me haría pronto millonaria. ¡Pero tampoco es plan andar cobrando porque me laman el culo! Hay cosas que una debe dejarse hacer gratis.

Sirvieron las pastitas y bocaditos en una bandeja y les escanciaron el té humeante. Soraya empezó a embaular la repostería a una velocidad que dejaba asustada a la Borbona:

—¡Vaya saque que tienes hoy, chatina! Dónde meterás tanta comida, con el tipazo que tienes —la halagó.

Soraya habló con los mofletes llenos:

—Es que estoy algo nerviosa. Lo que tenemos que hablar es muy importante.

La Borbona asintió, intrigada, y empezó también ella a embaular.

—Pues si te confieso lo nerviosa que estoy yo... —empezó—. ¡Estoy hecha un flan! ¿Te acuerdas de que te conté que estaba en tratos con unos abogados para vender mi piso del barrio de Salamanca? —Soraya asintió, expectante—. Pues resulta que esta misma mañana llegaron a su bufete varios agentes de la policía nacional, acompañados por funcionarios de la agencia tributaria, con una orden de registro.

—¡Qué barbaridad! ¡Qué atropello! —enfaticó teatralmente Soraya—. ¿Y eso a cuento de qué?

La Borbona terminó de tragar, con mucho acopio de saliva, una pastita con baño de chocolate que se le había quedado atragantada.

—Al parecer, han descubierto que se dedicaban a ocultar dinero de sus clientes en paraísos fiscales, a través de una madeja societaria internacional —susurró la Borbona—. ¿Tú crees que hay derecho?

Soraya se llevó dos dedos a la frente, como dispuesta a santiguarse; pero advirtió que no recordaba cómo se hacía.

—¡Qué vergüenza! —se indignó—. No sé adónde vamos a llegar...

Y le puso una mano a la Borbona en el muslo, que tenía el grosor aproximado de un palo de escoba, para mitigar su pena o aplacar su ira o

simplemente invitarla a bajar la voz. Pero la Borbona estaba harta de tanto asedio:

—¡Si es que ya no puede una ni evadir impuestos, jolines! Ya no es sólo que, si se te ocurre regularizar dinero blanqueado, caigan sobre ti como buitres —bramó—. ¡Es que tienen intervenidos los ordenadores de nuestros abogados! Así que ya puedes imaginarte que no se me pega la camisa al cuerpo. A mí este bufete no me ha meneado dinero. Pero ¿quién me asegura que mañana no hacen lo mismo con mis abogados franceses, que me han meneado paletadas?

Soraya se embauló tres bocaditos de golpe, para que la nata amortiguara la tiritona de la impaciencia, que le hacía rechinar los dientes.

—No creo que en Francia haya unos gobernantes tan insensatos como los nuestros —dijo, aunque sospechaba que estarían cortados por el mismo patrón—. ¿Y por qué les habrá dado por perseguir la evasión fiscal a esos cretinos?

—Pues porque todo está montado para joder, con perdón, a las personas de talento que hemos sabido multiplicar nuestro dinero, así de claro —sentenció la Borbona—. Es la institucionalización de la injusticia: nos privan del derecho al fruto de nuestro trabajo para conceder a los vagos y a los resentidos el derecho a saquearnos. ¡Es el acabose!

Como ya estaban acabando las pastitas y los bocaditos, Soraya pidió al camarero que les trajesen otra bandeja. Ironizó:

—¡Menuda democracia de pacotilla!

—¿Democracia? —se burló la Borbona, arrebolada y desdeñosa—. El derecho de las pulgas a vivir a costa del león. Eso es la democracia.

Soraya apretó aún más las nalgas contra los móviles. El de la Borbona era casi tan grande como la polla de Rafa. Tomó aire y se lanzó:

—Usted, doña Soledad, entiendo que lo que quiere es recuperar el dinero que tiene en las islas Caimán, ¿no es así? O al menos parte de él...

La Borbona se serenó y empezó a lamer melindrosamente los ribetes de crema que asomaban en uno de los bocaditos más succulentos.

—Recuperarlo y poder disponer de él sin tener que declararlo al fisco, así es. Y de forma inmediata —añadió—. Tengo que avalar a los merluzos que parí, para mi condena.

—Yo podría... —bisbiseó Soraya—. Yo podría llevarle a Biarritz dinero contante y sonante. Mucho dinero.

Cimbrió un poquito la cintura, muy juguetonamente, para encajar el móvil de la Borbona entre las nalgas. También la vieja hablaba muy bajito:

—¿De cuánto estaríamos hablando?

—De cuatro millones de euros en números redondos —respondió Soraya a bocajarro—. Puede que algo más, en realidad, con las aportaciones que he hecho en los últimos meses. Esto de que te elijan la chica más glamurosa de España da mucho de sí.

La Borbona iba a llevarse otro bocadito de nata a la boca, pero lo amnistió, demasiado emocionada para seguir zampando.

—¿Cuatro millones en billetes? —preguntó, con unción religiosa.

—Así es —asintió Soraya, que en cambio seguía diezmando pastitas y bocaditos sin tregua—. En billetes de cincuenta euros sobre todo. Ni un solo billete marcado, ni un solo billete grande, de esos que ahora ya no se pueden mostrar sin llamar la atención. Todos billetes limpios de polvo y paja, sin sombra de sospecha.

—Chatina... —insistió la Borbona, resistiéndose todavía a conceder crédito a tamaña tierra prometida—, no estarás tratando de engañar a tu vieja amiga, ¿verdad? ¿Te has cerciorado de que no sean billetes falsificados?

Soraya arrojó sobre el plato la pastita que se disponía a madrugarse. Se enderezó sobre la silla, tiesa como un huso:

—Doña Soledad, la duda ofende.

Y la vieja se ruborizó, avergonzada de sus suspicacias. Sus ojillos de jilguero segregaban una humedad ávida:

—¿Y yo qué tendría que hacer a cambio, para que me llevaras ese dinero a Biarritz?

—A cambio... —Soraya le dedicó su sonrisa más cautivadora, mientras adoptaba de nuevo una postura más relajada en la silla—. A cambio, yo le daría un poder de representación, autorizándola a abrir a mi nombre cuentas bancarias. Usted me abriría una en las islas Caimán, en el mismo banco donde tiene el dinero que no le dejan, o no puede, regularizar. Y cuando me la haya abierto, yo le entregaré en mano los billetes. Momento preciso en el que usted ordenará que se me haga una transferencia a esa cuenta de... pongamos, cuatro millones y medio de euros.

La sensación de beatitud y relajación que Soraya experimentó, una vez expuesta su petición, fue completa. Hasta el extremo de escapársele un pedete, que además resultó muy sonoro, tal vez porque los móviles encajados entre sus nalgas actuaron como caja de resonancia. La Borbona se quedó por completo pasmada. Y Soraya no supo exactamente si por la audacia de la oferta o por el desahogo.

—¿Cuatro millones y medio... nada menos? —masculló, algo renuente.

—Me parece que es de justicia, doña Soledad —respondió Soraya con desparpajo—. No se puede imaginar el trabajo de chinos que ha sido convertir en billetes el seguro que cobré, a la muerte de mi marido. Y tenga en cuenta también que voy a asumir muchos riesgos cruzando la frontera con ese dinero. Le voy a poner en bandeja cuatro millones completamente libres de cargas, que usted jamás tendrá que declarar al fisco, que jamás ningún agente de la policía ni funcionario de la agencia tributaria podrá arrebatarse. Y usted, entretanto, estará tan campante en su casita, regando sus plantas, o despotricando de sus parientes, los reyes de España, con los vejestorios de sus amigos. —Le propinó un codazo, en un gesto de confianza—. Creo que merezco con creces ese suplemento, ¿no le parece?

La Borbona todavía se mostraba un poco refractaria. Mientras se decidía, Soraya tomó otro bocadito, pero esta vez en lugar de embaularlo lo mordisqueó muy leve y libidinosamente, y hurgó con su lengua dentro de él, para vaciarlo de nata. Un poco turbada por la exhibición, la Borbona cedió:

—Que así sea. En casa me enseñaron a no regatear nunca.

Soraya le mostró por un instante la punta de la lengua manchada de nata. Luego le dirigió una sonrisa angelicalmente cínica:

—Bien se nota que viene usted de alta cuna, doña Soledad —dijo—. Le aseguro que no se arrepentirá. Tendrá dinero contante y sonante para pagar todos los rotos y descosidos que le hagan esos hijos suyos tan inútiles. Y calculo que también suficiente para pagar sus gastos, de aquí hasta el día de su muerte que, si Dios lo quiere, será lejano.

Y le tendió un sobre con membrete de una notaría en el que se hallaba el poder de representación. A la Borbona le restaba, sin embargo, una inquietud:

—Lo que no entiendo, chatina, es por qué tienes ese empeño en poner tu dinero fuera de España, con lo difícil que luego te va a resultar meterlo...

—Pues está muy claro, doña Soledad. Quiero iniciar una nueva vida, lejos de esta letrina.

La vieja parpadeó, atónita:

—Pero... tú en España eres la reina, todo el mundo te adora. Eres la presencia más deseada en cualquier acto social. Te... —vaciló, poco convencida de la oportunidad de esta figura— te tiras un pedo y tienes una legión de fans aplaudiéndolo y asegurando que huele a colonia nenuco. Si sabes dosificarte y cuidar tu imagen, podrás ganar un montón de dinero en los próximos diez años. Y, por supuesto, podrás pillar un buen partido, uno de esos millonetis que se conforman con que les hagas un arrumaco en público, aunque en privado te estés tirando al repartidor del butano, al cartero, al

jardinero y al testigo de Jehová que os mete propaganda en el buzón... Y, en lugar de vivir aquí como una reina idolatrada, prefieres marchar y llevar una vida anónima muy lejos... De veras que no te entiendo.

Soraya le dirigió una mirada dura, casi despectiva:

—¿Sabe lo que pasa? —se encrespó—. No soporto dosificarme. No soporto tener que cuidar mi imagen. No soporto tener que estar constantemente haciéndome la fina, ni la interesante. No soporto a mis fans masculinos, que son todos unos pajilleros o unos maricones. No soporto a mis fans femeninas, que son todas unas chonis fracasadas o unas pijas con delirios de grandeza. No soporto tener que estar siempre soltando paparruchas ante las cámaras. No soporto tener que estar siempre espantando moscones. No soporto tener que vestir los trapos grotescos de una panda de modistillos a los que habría que poner a picar piedra en una cantera. No soporto tener que engatusar a un millonitis al que no se le levanta ni con poleas. No soporto tener que resarcirme follando con el butanero o el testigo de Jehová. No soporto ser la mujer de ninguno. Quiero darle un corte de mangas al mundo. Quiero poder engordar si me apetece, atiborrarme de hamburguesas o de pastitas, sin preocuparme de estúpidas dietas o de computar las calorías. Quiero follar cuando me salga del coño y tirarme pedos cuando me salga del ojete... —Hizo una pausa. Aquella expansión le había producido una deliciosa sensación de alivio—. No sé si me he explicado con suficiente claridad, doña Soledad...

La Borbona asintió temblorosa, un poco intimidada incluso:

—Creo... creo que sí. Claro, visto de esa manera...

—Es la única manera en que yo lo veo, doña Soledad —zanjó el asunto Soraya. Y abrió el sobre con membrete notarial—. Aquí tiene el poder por el que la faculto a abrirme una cuenta bancaria en el sitio que usted ya sabe. Cuando la haya abierto, me pega un telefonazo y me dice: «Chatina, ¿por qué no me vienes a hacer una visita a Biarritz? Hace un tiempo espléndido». Y yo le llevo la pasta en mano, se la entrego y usted ordena la transferencia. Luego lo celebramos en el mejor restaurante de Biarritz. Aceptaré su invitación con muchísimo gusto. —Y concluyó, magnánima—: A este té y a las pastitas, si no le importa, la invitaré yo.

Se embauló las últimas que quedaban en la fuente, casi con ferocidad. La Borbona acató sus palabras, ceremoniosa y algo asustada:

—Pues entonces no se hable más... —dijo, dispuesta a marchar.

Soraya la retuvo un instante:

—Naturalmente, no diremos ni pío a nadie de esta reunión que acabamos de mantener. Absolutamente a nadie.

—Vete tú a saber si no nos habrán hecho alguna foto para vendérsela a las revistas... —murmuró la Borbona, mirando suspicaz en derredor.

—Si usted fuese un maromo tal vez, porque quieren sacarme un romance a toda costa. Pero no creo que me tengan por bollera y gerontófila... todavía —se burló—. En cualquier caso, si nos hubieran sacado fotos, o trascendiese este encuentro, diremos que nos vimos porque yo quería pedirle consejo sobre una oferta que acaba de hacerme Miguel Bosé. Me ha propuesto, el muy amante bandido, que salga enseñando las tetas en un videoclip.

La Borbona miró, tal vez con codicia, tal vez sólo con nostalgia, a la región anatómica que Soraya acababa de mencionar.

—¿Sólo las tetas...? —se sorprendió—. ¿Y yo qué te recomendé?

—¡Por favor, doña Soledad! —fingió escandalizarse Soraya—. Usted me recomendó que ni se me ocurriera participar en semejante marranada.

—¡Por supuesto! —rió picarona la Borbona—. Una chica tan glamurosa no puede ir enseñando las tetas así como así. Si todavía fuera para camelar a un millonete...

Rieron ambas a placer, con esa camaradería desalmada que brota en los espíritus venales cuando olfatean el dinero. La Borbona se levantó por fin del velador, alegando que aún debía entrevistarse con sus hijos manirroto, para anunciarles que, si nada se torcía, podría retirarles la soga del cuello en unos pocos días. Soraya se levantó también y recogió su móvil de la silla, tendiéndoselo con exquisita finura.

—Se lleva mi fragancia más íntima, doña Soledad —dijo, consiguiendo desconcertarla otra vez—. La fragancia de la mujer más glamurosa de España.

Vio marchar a la Borbona, precaria como un hojaldre y tableteante como una carraca. En cuanto se quedó sola, Soraya llamó otra vez a Rafa, para que le confirmase la entrega del coche. Pero de nuevo se tropezó con que su móvil no daba señal; y la invadió una vivísima desazón. Ciertamente, quería desprenderse pronto de él y darle esquinazo; pero este silencio tan inusitado la escamaba sobremanera. Empezó a sospechar que Rafa, aunque pareciese un descerebrado, hubiera hecho también sus cálculos para desvalijarla. Incluso llegó a imaginar, llevada por las aprensiones, que la estuviese esperando en casa, agazapado en la sombra, para secuestrarla y torturarla, hasta que le revelase dónde escondía el dinero. Tal vez fuese un temor estrafalario, pero se adueñó de su mente y no pudo quitárselo de encima. Entonces se le ocurrió un

modo de ahuyentar ese temor; y también de ahuyentar a Rafa, en caso de que estuviese planeando dar un golpe de mano.

Llamaría al inspector Cifuentes de inmediato. Si, con un poco de suerte, se hallaba de permiso, podría utilizarlo como escudo. No se le escapaba, desde luego, que su llamada tendría una contrapartida inevitable. Pero Soraya estaba preparada psicológicamente para dejarse algún pelo en la gatera. Y, ahora que ya estaba tan próximo el desenlace, tal vez hubiese llegado el momento de dejarse pelar, y aun desollar un poco. Marcó el número de Cifuentes, que no tardó ni diez segundos en responder. Soraya no se anduvo por las ramas:

—Ramiro, siento que estoy en deuda contigo. Se me ha ocurrido que podríamos tomar una copa juntos. —Hizo una pausa enfática—. En mi casa.

Al otro lado se hizo un silencio asombrado. Escuchó a Cifuentes tragar saliva. Imaginó que se habría detenido la circulación de su sangre; y que un instante después ya le habría bajado toda a la polla, como les ocurre siempre a los hombres enamorados.

—¿Es que celebras una fiesta con amigos? —preguntó, todavía receloso—. Ya sabes que odio los actos sociales...

—Celebro una fiesta con mi amigo predilecto, a solas —lo corrigió.

La respiración de Cifuentes se hizo dificultosa:

—No juegues conmigo, Soraya —murmuró, lastimero—. Te pedí que nos mantuviéramos separados hasta que...

—Me he curado, Ramiro —lo cortó—. He decidido enterrar a la viuda para siempre. Quiero ser tuya.

Y la respiración dificultosa al otro extremo de la línea se tornó como por arte de ensalmo alborozada:

—En un santiamén estoy en tu casa... —dijo.

—No, no, Ramiro —se apresuró a aclarar, antes de que colgara—. Te ruego que pases a recogerme por Embassy. Había quedado aquí con una amiga. Así de paso vamos juntos.

Mientras esperaba a Cifuentes, para espantar los pensamientos aciagos y calmar la ansiedad, Soraya pidió a un camarero que le sirvieran un *bavaroise* de tamaño más que regular, para que su sabor dulcísimo actuase como lenitivo de los sinsabores que la aguardaban durante las siguientes horas, cuando tuviera que comerse cosas menos apetitosas. Se ventiló el *bavaroise* en un abrir y cerrar de ojos; pero Cifuentes ya estaba entrando en Embassy, como si caminase sobre las nubes, cuando se disponía a rebañar el plato. Soraya imaginó que, en su júbilo insensato, habría encendido la sirena, para

despejar a su paso el tráfico y saltarse los semáforos. Y seguramente habría aparcado a la puerta misma del establecimiento, haciendo uso de sus prerrogativas policiales.

—Nunca podré agradecerte suficientemente todo lo que me ayudas —dijo Soraya, después de abonar la abultada cuenta, dejando que Cifuentes la tomase de la mano mientras salían a la calle.

El rostro por lo común un poco herido de amargura de Cifuentes resplandecía de gozo. Le abrió la portezuela de su coche, para que montase primero; y cuando montó él, la besó prolongadamente en los labios, con un apasionado trasiego de saliva que ahogaba cualquier miedo al contagio. Luego dijo solemnemente:

—Y yo nunca podré perdonarme no haberte conocido antes, Soraya. Nunca podré perdonarme no haber podido impedir que el hijo de la gran puta de tu marido te hiciese tanto daño.

Arrancó el coche con una alegría casi ecuestre, como si estuviese aguijoneando un caballo y haciéndolo piafar.

—No lloremos sobre la leche derramada, Ramiro —dijo Soraya, entrelazando la mano con la suya sobre la palanca de cambios—. La vida sigue. Y nos queda mucha vida por delante.

Cifuentes se embalaba, ebrio de felicidad, y devoraba asfalto, cambiando de carril y haciendo adelantos prohibidos; pero la inminencia del premio anhelado lo hacía sentir impune. Tomaba las curvas sin levantar el pie del acelerador; y Soraya sintió que su estómago empezaba a centrifugar todos los dulces que había devorado. Al tomar el coche un desvío brusco, se le escapó otro pedete, esta vez muy trompetero. Cifuentes se quedó de piedra, o de pasta de boniato; pero al poco soltó una carcajada estrepitosa. Soraya se sumó a la celebración, un poco ruborizada:

—Es que me he pegado un atracón en Embassy...

—¡Buen provecho, preciosa! —exclamó—. Puedes tirarte todos los pedos que quieras, con entera confianza. Dicen que la prueba del algodón en cualquier relación amorosa es que no te importe oler los pedos de tu pareja.

Soraya sonrió pudorosa; pero en su fuero interno pensó que Cifuentes era, sin duda, un pringado. Se puso melodramática:

—En realidad, Ramiro, tu prueba del algodón fue cuando me demostraste que no te importaba mi enfermedad...

—Pues claro que no me importa —dijo él, envalentonado—. Pero, además, no tiene por qué haber problema, si tomamos las debidas precauciones.

Madrid quedaba atrás, verrugoso y sucio como un papiloma. Y el coche de Cifuentes volaba sobre la carretera.

—Así es —asintió Soraya, sumándose a su optimismo—. Y te diré que la medicación ha funcionado. El ginecólogo me dijo el otro día que puedo llevar una vida sexual normal.

Llevó una mano a la entrepierna de Cifuentes, que le acarició y masajeó un poco. Enseguida el inspector se puso palote y aceleró todavía más. Soraya pensó que es mentira que el amor sea ciego. El amor es tuerto, como un cíclope rojo de ira. El amor es un bálano embravecido, nada más.

—Olvídate de mi marido, Ramiro. Ahora lo que quiero es que me des bambú en condiciones.

En realidad, era más bien ella quien debía olvidarse de Emilio, quien sin embargo cada vez se le hacía más presente en el recuerdo, como si la ecuación que la mantenía ocupada no se pudiese resolver sin despejar esa incógnita. ¿Dónde se hallaba su marido? Ahora que se acercaba el final de la tarea emprendida dos años atrás, esa pregunta empezaba a emerger con pujanza. Si hubiese tenido alguien a quien rezar, Soraya habría rezado para que Emilio no apareciese en los escasos días que le restaban para rematar su plan. Pero no tenía a quien rezar, así que se encomendó a la fortuna, que no había dejado de sonreírle. Ya estaban llegando a Las Rozas.

—Te he seguido mucho en la tele y en las revistas estos últimos días —le dijo Cifuentes—. Te veía cada vez más sonriente y desenvuelta, y pensaba: «Está a punto de curarse».

Soraya se regodeó en la hipocresía:

—Quería lanzarte un mensaje de esperanza. Cada vez que me hacían una foto sonreía para ti... ¿Y tú qué tal en el trabajo?

—Se rumorea que va a haber ascensos —dijo Cifuentes, sin contener del todo su jactancia—. Hay quienes me ven ya de comisario. Pero no quiero lanzar las campanas al vuelo...

A Soraya le pareció tan conmovedor como irrisorio aquel apego al escalafón:

—¡Qué guay! —exclamó, con un recochineo que parecía regocijo—. ¡Comisario! ¡Voy a ser la nena de un comisario! Me pone mogollón.

Bajaron ambos del coche, verracón Cifuentes y precavida Soraya, que comprobó que la puerta del garaje estaba cerrada. Tal vez el capullo de Rafa estuviese dentro de la casa, esperando para darle un susto. Si era así, sería él quien se lo llevase. Abrió la puerta y le franqueó el paso a Cifuentes.

—Adelante, señor comisario —lo invitó, con una parodia de reverencia.

Pasaron ambos al interior de la casa. Todo parecía intacto. Soraya no detectó ninguna alteración en el mobiliario, ningún atisbo de desorden, ningún signo de la presencia de una tercera persona. Y Rafa era de los que entraba en los sitios como un antílope y se ponía a remejerlo todo.

—Siéntase cómodo, señor comisario —dijo, juguetona—. Voy a ponerme un conjuntito de lencería de Victoria's Secret que me han regalado para que lo luzca, con un vestido de gasa, en la gala que organiza el padre Ángel, en beneficio de los niños sin hogar.

Pero antes de subir a la habitación para ponerse el conjuntito de lencería se asomó un instante al garaje y comprobó que, en efecto, allí estaba el Opel Corsa rojo, vulgarote y renacuajo, tal como ella deseaba para no llamar la atención. Tendría, sin embargo, que comprobar el tuneo de los cajones más tarde, cuando hubiese despachado a Cifuentes. Rafa había cumplido su trabajo y ya no lo necesitaba para nada; no obstante, para que no le diese más la murga, procuraría mantenerse siempre cerca de su protector Cifuentes, que si estaba dispuesto a bregar con su papiloma, también podría hacerlo con un culturista. Subió las escaleras y entró como una exhalación en su cuarto.

Iba tan acelerada que tropezó con el cadáver de Rafa y se dio de morros contra el suelo.

Chilló horrorizada. Rafa estaba despatarrado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y la cabeza vuelta en una torsión inverosímil. En la coronilla, un cuajarón de sangre y sesos hacía de cenefa al orificio de salida de la bala. Había un reguero de sangre en la pared, como el rastro de baba que deja un caracol, y un charco oscuro y apelmazado en el suelo. Además, Rafa tenía los pantalones empapados de un líquido que, a juzgar por su hedor rancio, debía de ser orín.

Soraya volvió a chillar, todavía con más ímpetu. Cifuentes subió alarmado. Al agacharse para alzarla, se topó casi de bruces con el cadáver de Rafa. En su caso, sobre el horror se impuso la perplejidad:

—¿Quién coños es este tipo? —preguntó.

Soraya se levantó, temerosa de rozar siquiera el cadáver, y se abrazó histérica a Cifuentes.

—Rafa... Es Rafa... Pobre Rafa.

—¿Y quién cojones es Rafa? —insistió Cifuentes, cada vez más alucinado.

Soraya había empezado a hiperventilar. Y los hipidos apenas le permitían articular palabra. Improvisó:

—Un compañero de colegio. Al pobrecillo le iba bastante mal en la vida y de vez en cuando le encargaba algún recado. A cambio... A cambio, yo le daba alguna propinilla.

Cifuentes la miró espantado. La sudoración le había empapado la camisa y traspasado la chaqueta, asomándole cercos debajo de los sobacos.

—Joder... ¿Qué coños hace en tu habitación? —Y lo asaltó un recelo—: ¿Y en qué consistían las propinillas?

El llanto de Soraya se había vuelto espasmódico:

—Es que... acabo de comprarme un utilitario. Y le di el mando del garaje, para que fuera a recogerlo al concesionario y me lo trajera. Como desde el garaje se puede acceder al resto de la casa sin llaves, supongo que... No sé, subiría a fisgonear...

Lanzó una mirada levemente acusadora a Cifuentes, que en alguna ocasión ya lejana también había sucumbido a esa tentación. El inspector, cada vez más nervioso, miraba por doquier, en busca de alguna prueba delatora que le permitiera orientarse en la maraña de su confusión. Pero todo se hallaba tal como Soraya lo había dejado. La colcha de la cama, incluso, parecía más alisada. Cifuentes se puso en cuclillas ante el cadáver de Rafa y probó a mover sus articulaciones. Todavía no habían aparecido los primeros síntomas del *rigor mortis*.

—No creo que lleve muerto ni siquiera dos horas —murmuró—. ¿Qué has estado haciendo esta tarde?

—Estuve en Embassy, donde me fuiste a recoger, nada más —aseguró Soraya sin vacilación—. Me cité con una amiga, doña Soledad, una mujer de mucha alcurnia, viejecita ya, la pobre. Tengo el recibo del taxi que me llevó hasta la Castellana. Y... bueno, doña Soledad no creo que tenga ningún problema en confirmar que estuvimos juntas más de una hora.

Cifuentes pensó por un segundo que, tal vez, Soraya habría podido, tras su encuentro con aquella doña Soledad, volver a casa para liquidar al tipo y después marchar otra vez a Embassy y llamarlo a él, utilizándolo así como coartada. Pero enseguida desechó esta ocurrencia tan rebuscada. Bajó precipitadamente las escaleras y se puso a examinar la cerradura de la puerta principal. Soraya lo siguió sin comprender qué estaba haciendo.

—Desde luego —dijo Cifuentes, cavilando en voz alta—, nadie ha forzado la cerradura para entrar. ¿Hay alguien más, aparte de ti, que tenga llave de esta casa?

Había, desde luego, alguien más que tenía la llave de la casa, aparte de ella. Pero se resistió a aceptar esa posibilidad:

—Ya te dije que le di el mando del garaje a Rafa. Tal vez olvidó cerrar el portón después de meter el coche. Y por ahí entró el asesino.

Aquella hipótesis no acababa de convencer a Cifuentes, que se mordía el labio inferior con encono.

—No sé... Habrá que ver si en la habitación se encuentran huellas y restos biológicos.

A Soraya se le hizo un nudo en el estómago. Por primera vez, palpaba el peligro de cerca. Y en cualquier momento Cifuentes podría empezar a desconfiar de ella.

—¿Qué vas a hacer, Ramiro? —preguntó, un poco desesperada—. No irás a perjudicarme, espero...

—Tengo que llamar a mis compañeros —dijo él—. De veras que lo siento. No queda otro remedio.

Pero Soraya se rebelaba contra ese fatalismo. Esbozó una sonrisa enigmática y miró a Cifuentes con una rara intensidad, hasta lograr que se sobrecogiera:

—Tú verás, Ramiro. Pero tenemos ante nosotros un camino recto y está pavimentado con oro. —Aunque sus palabras eran ambiguas, esperaba que Cifuentes comprendiera lo que le estaba sugiriendo—. ¿Viajamos juntos?

—¿Y qué hay que hacer para viajar contigo? —preguntó, reservón.

—Tal vez tengamos que mentir un poco...

Cifuentes arrancó otra vez a sudar, hasta quedarse por completo empapado:

—Por Dios santo, Soraya. Han asesinado a un hombre en tu casa...

—¡Qué coños asesinado! —alzó la voz, soliviantada—. También podría haberse suicidado, el muy cabrón. Podría estar harto de que yo no le hiciese ni caso, subir a mi habitación y pegarse un tiro.

Miraron ambos el cadáver de Rafa, su gesto de absorta perplejidad, como si le ofendiese que disputaran por su causa.

—Ya, claro —ironizó Cifuentes—. ¿Y dónde está la pistola con la que se disparó? ¿Se la comió, después de pegarse el tiro?

Contempló a Soraya con temor reverencial, como se contempla un misterio que tenemos ante los ojos y nos resulta irresoluble. ¿Estaría actuando? En ese caso, se trataría de una actriz soberbia. No se molestaba en fingir consternación ni tristeza por aquel pobre diablo; pero al mismo tiempo se mostraba tan rebasada por los acontecimientos como él mismo. Le dijo, con voz atribulada:

—Por favor, Soraya, si hay algo que deba saber y no me lo has dicho todavía, hazlo ahora. De nadie te puedes fiar más que de mí.

¿Qué podía decirle? ¿Que había sido Emilio quien lo había matado? Cifuentes la tomaría por loca y le recordaría que su marido llevaba muerto dos años, que ella misma había identificado sus restos carbonizados de forma indubitable, estando él presente. Y si insistía hasta lograr convencerlo, tendría que explicarle que aquellos restos calcinados en realidad pertenecían a un mendigo llamado Efraín al que habían drogado ambos, para que su marido pudiera después arrojarlo tranquilamente por un barranco. Pero eso significaba confesarse cómplice, tal vez coautora de aquel asesinato. Decidió callar obstinadamente. Y una vez más, Cifuentes salió en su salvamento:

—Ya sé lo que haremos. Diremos que ese macarra te estaba intentando chantajear...

Soraya se sobresaltó:

—¿Y que tuve que matarlo? ¡Ni lo sueñes!

—No, mujer, cómo vamos a decir semejante barbaridad —la atajó Cifuentes—. Vamos a mentir un poco, como proponías. —La zarandeo levemente, como si quisiera que advirtiese que estaba jugándose su carrera, a cambio de ese camino pavimentado de oro que ella acababa de prometerle—. Escúchame atentamente todo lo que voy a decirte. Tendrás que repetirlo ante la policía y ante el juez que venga a levantar el cadáver. No podemos retrasar más la denuncia del asesinato.

Estaba un poco frenético. Soraya, al mirar por última vez el cadáver de Rafa, pensó que, antes de apagarse, esos ojos absortos habían visto a un resucitado recién salido de la tumba. Esbozó un falso puchero de dolor y después un mohín resignado:

—Soy toda oídos, Ramiro.

En apenas media hora la casa estaba cercada por el ulular de las sirenas. Sus habitaciones habían sido asaltadas por un hervidero de agentes que se congregaron ante el cadáver de Rafa y empezaron a husmear por todos los rincones. Se habían enfundado guantes de goma y prendas de aspecto galáctico que aseguraban la asepsia en sus manipulaciones, y salían de vez en cuando a la calle para coger todo tipo de utensilios y adminículos de una furgoneta en la que transportaban material de laboratorio.

Al mando de todos aquellos agentes laboriosos como hormigas se hallaba un hombre remolón como una cigarra, veterano del departamento de homicidios, el inspector Arias, uno de esos policías muy zurrados por la vida que han perdido por completo la ilusión por el oficio y sólo anhelan alcanzar cuanto antes la jubilación. Al inspector Arias, en concreto, ya sólo le restaban según sus cálculos dos años, tres meses y... diecisiete días; y cada mañana, al levantarse, restaba feliz un día al cómputo. Sabía tomarse con filosofía y parsimonia su trabajo, tal vez porque los muchos años de servicio le habían enseñado que, aunque algunos casos no se resolviesen nunca, el mundo seguía girando. Casi veinte asesinatos al año no eran esclarecidos en la provincia de Madrid; lo que significaba que un regimiento de varios cientos de asesinos deambulaba tranquilamente por sus calles, respirando el aire que sus víctimas ya no podían respirar. Y Madrid, sin embargo, seguía siendo un lugar perfectamente habitable. De modo que tampoco había por qué ponerse excesivamente trágicos, ni siquiera dramáticos.

Mientras sus subalternos se afanaban fotografiando el cadáver de Rafa y tomando muestras de aquí y de allá, el inspector Arias había bajado con Soraya al salón y le había solicitado que le respondiese a unas pocas preguntas, a la espera de que llegase el juez. Los acompañaba a ambos una agente feúcha que miraba a Soraya con esa indiferencia cetrina que es el disfraz que se pone la envidia, para adquirir carta de ciudadanía.

—No quiero molestarla ahora mucho, doña Soraya —empezó el inspector Arias—. Sobre todo porque en breve llegará el juez, que será quien le tome una declaración más detallada. Pero nos conviene empezar a actuar.

Se rascó la calvorota brillante como un casco y se atusó el bigote desflecado que le daba cierto aspecto de manatí bonachón.

—Por supuesto, inspector —accedió Soraya, solícita—. Estoy a su completa disposición.

Cruzó las piernas, procurando que ese gesto fuese muy púdico y comedido, sujetándose la falda para que no ascendiese más allá de la rodilla. Pero, así y todo, la agente feúcha arrugó el morro y suspiró desaprobatoriamente.

—Ante todo, doña Soraya, ¿puede demostrar fehacientemente que ha estado fuera de casa durante las últimas horas? —preguntó el inspector Arias.

—Puedo demostrar que he estado fuera desde las siete y cuarto —aseguró Soraya con gran aplomo—. A esa hora me recogió a la puerta el taxi que me llevó a Embassy, donde había quedado a las ocho con una muy querida amiga, doña Soledad Rocafort Dampierre. Por fortuna, pedí el tique justificativo al taxista, donde figuran, además de su número de licencia, la hora de inicio y de término del servicio. Como puede comprobar, no hay trampa ni cartón. Pueden llamar al taxista y les confirmará lo que les digo.

Y tendió el tique del taxi al inspector Arias, que miraba intrigado el espacio rodeado de lámparas que Soraya había hecho, a modo de teatrillo, en el salón, para ejecutar sus numeritos sicalípticos ante Cifuentes.

—Doña Soledad Rocafort Dampierre... ¿Y para qué se reunió con tan alta señora, si puede saberse?

A la Borbona no iba a gustarle ni un pelo verse involucrada en tan feo asunto. Soraya sabía que estaba poniendo en peligro la transacción que ambas habían concertado; pero sólo la Borbona podía sacarle las castañas del fuego, en aquella tesitura:

—Siempre recurro a doña Soledad cuando se me plantea algún dilema... moral —respondió Soraya con rubor—. Me han ofrecido aparecer en un videoclip enseñando... los pechos y quería pedirle su parecer.

El inspector Arias pegó un respingo sobre el sofá y lanzó una mirada maliciosa a la agente feúcha, que se mantuvo hierática, recociéndose en su resentimiento.

—¡Qué barbaridad! —exclamó—. ¿Y quién le ha hecho esa oferta tan descarada? ¿Santiago Segura? —Un instante después de formular esta

pregunta se dio cuenta de que se estaba excediendo en sus atribuciones y también en sus apreciaciones—. Disculpe, no tengo derecho...

—No tiene importancia —lo tranquilizó Soraya, con una sonrisa desmayada—. No, no ha sido Santiago Segura, sino Miguel Bosé.

El inspector Arias abrió los ojos como platos y se rascó la calvorota, perplejo. Suspiró:

—Vivir para ver. Pero creo que su moral correría más peligro con Santiago Segura, sinceramente.

Y rió su broma, aunque enseguida adoptó un tono muy circunspecto, viendo que Soraya no lo secundaba. El inspector solicitó a su subordinada que hiciera las averiguaciones pertinentes con el taxista que había llevado a Soraya hasta Embassy (y le pasó el tique, para que pudiera localizarlo) y con doña Soledad Rocafort Dampierre. Se marchó al fin la agente y quedó Soraya a solas con el inspector Arias, mientras en el piso de arriba proseguía el ajeteo en torno al cadáver de Rafa.

—¿Y qué le recomendó su amiga? —le preguntó el inspector en un bisbiseo, incapaz de reprimir su curiosidad morbosa.

—¡Que no enseñe nada, por supuesto! —respondió Soraya—. Doña Soledad es mujer de principios férreos. Yo tal vez no lo sea tanto, por eso recurro siempre a ella, cuando recibo ofertas tentadoras que pueden apartarme del buen camino.

El inspector Arias se quedó mirándola abstraído, mientras mordisqueaba los pelos más levantiscos de su bigote, como si lamentara que la exhibición de sus pechos finalmente no se fuese a consumir. La siguiente pregunta también admitía una interpretación morbosa o irónica, pero Arias había adoptado un tono más profesional:

—Y luego volvió a su casa acompañada por el inspector Ramiro Cifuentes, al que llamó desde Embassy... ¿No es así? —Soraya asintió—. ¿Suele recurrir al inspector cuando requiere los servicios de... un chófer?

—El inspector Cifuentes y yo somos amigos desde hace dos años —contestó Soraya, con una sombra de indignación que procuró contener—. Desde la muerte de mi marido, exactamente. Me ayudó mucho en aquella circunstancia amarga. Y desde entonces llevamos cultivando esa amistad, a veces magnificada maliciosamente por la prensa.

Notaba el estómago como una hormigonera, henchido de pastitas y bocaditos que entablaban feroz batalla con los jugos gástricos y amenazaban retortijones de tripas. Pero no podía permitirse las libertades que antes se había tomado con la Borbona o Cifuentes.

—No tan magnificada, si me lo permite —la corrigió Arias, en un tono cortés, pero malévolo—. No creo que invite a muchos hombres a su casa. Tiene usted fama de inaccesible...

Soraya se esforzó por mostrar su turbación:

—Hacía algún tiempo que no nos veíamos y... —vaciló—. Sin embargo, no creo que deba darle explicaciones. Tanto el inspector como yo somos personas adultas. Nada nos prohíbe, que yo sepa, disfrutar de nuestra intimidad...

—Naturalmente, doña Soraya —convino Arias, cohibido—. Centrémonos ahora en el muerto. Usted misma nos ha facilitado su nombre: Rafael Martín Barrios. ¿Lo conocía desde hace mucho tiempo?

Amagó el llanto, antes de responder con una voz atribulada:

—Estudiamos juntos de niños. Hubo una época, incluso, en la que estuvimos saliendo... sin ningún tipo de compromiso. —Observó que Arias se había puesto a tomar notas en una libreta costrosa—. Por supuesto, cuando conocí al que iba a ser mi marido, corté todo tipo de trato con él de forma inmediata. Pero cuando me quedé viuda, empezó otra vez a rondarme. Sinceramente, llegó a ponerse muy pesado...

Había adoptado un tono compungido que le permitía lanzar reproches todavía difusos sobre el muerto. Descubría un placer sinuoso en mentir con descaro sobre su relación con Rafa, teniéndolo de cuerpo presente y sabiendo que ya no podría rebatirla. Arias hurgó un poco más en territorio escabroso, venciendo la vergüenza y a la vez procurando no resultar agresivo:

—¿Mantén relaciones íntimas con él?

—Otra vez vuelve a interesarse por cuestiones demasiado personales, inspector —dijo Soraya, fingiendo que perdía la serenidad—. Pero la respuesta, por supuesto, es no. Un no como una casa. Aunque supongo que a él le hubiera gustado mantenerlas...

—Perdóneme, doña Soraya, pero no le hago estas preguntas por diversión —se justificó Arias—. Convendrá conmigo en que resulta muy llamativo que ese hombre haya aparecido asesinado justamente en su habitación. ¿Cómo pudo entrar en su casa? Porque lo cierto es que la cerradura de la entrada no ha sido forzada...

Soraya se mostró confusa y como en busca de un asidero que no encontraba:

—¿Y cómo quiere que lo sepa? Tal vez hubiese venido a robar y entrase con una ganzúa. Usted sabe mejor que yo que hay ladrones capaces de abrir

una puerta sin dejar ni rastro. Además, Rafa fue desde chaval un auténtico manitas...

Arias, que había empezado mostrándose indolente, trató de resultar incisivo:

—De acuerdo. Supongamos que era tan habilidoso que consiguió entrar sin causar ningún destrozo. Pero se supone que no había nadie más en casa. Si usted y Cifuentes no habían llegado todavía... entonces, ¿quién lo mató?

Soraya sabía perfectamente que sólo podía haberlo hecho una persona. Y afrontar esa evidencia la acongojaba. Ya no podría descansar ni un solo instante, porque se cernía sobre ella una amenaza cierta. Empezó a temblar, hostigada por el pánico. Afortunadamente, en ese preciso instante apareció Cifuentes. Había estado escuchando desde el principio el interrogatorio de Arias y al fin se decidía a intervenir, viendo que Soraya atravesaba por dificultades:

—No tiene sentido que se lo ocultes al inspector —dijo. Y a continuación se dirigió a Arias, con la confianza del colega—: Ese miserable la estaba chantajeando. La amenazaba con ir a los programas de cotilleo a contar aspectos escabrosos de su juventud. Es posible, incluso, que tuviese alguna grabación del pasado, en la que Soraya apareciese en situación comprometida.

Arias la miró con una rara nostalgia, como si en el fondo lamentara que tales grabaciones no hubiesen salido a la luz. Soraya se entregó desconsolada al llanto. Hasta Cifuentes se quedó anonadado de sus dotes de actriz.

—¿Es eso cierto, doña Soraya? —preguntó Arias.

Pero, como ella no podía contener los sollozos, prosiguió Cifuentes:

—Eran dos los extorsionadores. A ese Rafa lo acompañaba, al parecer, otro tipo que tal vez fuese el auténtico cerebro de la operación. Querían hacerse con el dinero del seguro que Soraya cobró a la muerte de su marido.

Arias se volvió, perentorio, hacia Soraya:

—¿Me confirma lo que dice el inspector? ¿Podría describirme al otro chantajista?

Soraya asintió, llorosa y compungida:

—Nunca pude verlo de cerca. Venían siempre juntos en un coche muy destartado. El otro era el que conducía y se quedaba fuera, mientras Rafa me amenazaba y me pedía dinero. —Volvió a vencerla el llanto por un instante, pero esta vez se recompuso rápidamente—: A través de la ventana intenté alguna vez distinguir sus facciones... Pero no era tan fácil...

—Cualquier dato que nos suministre, por insatisfactorio que a simple vista le pueda parecer, nos resultará de inmensa ayuda —la acicateó Arias.

Al describir al imaginario compinche de Rafa, Soraya se acordó de Emilio, del último Emilio, transmutado en el mendigo Efraín:

—Era un hombre de unos cuarenta y cinco años —dijo—. Muy moreno de tez, con melena y barba canosas... Tal vez no fuese español. Tal vez fuese... sudaca.

El inspector Arias tomaba notas como un descosido en su libreta costrosa. Soraya se entregó de nuevo al llanto.

—Creo que por ahora es suficiente —sentenció Arias, levantándose del sofá—. No voy a molestarla más. Le ruego que no oculte esta cuestión al juez. Debe de estar a punto de llegar. Por supuesto, si lo desea, puede declarar en presencia de su abogado.

Soraya los miró a ambos, sorprendida y con los ojos nublados de lágrimas:

—¿Por qué habría de hacerlo? No tengo nada que ocultar. Yo soy la verdadera víctima en todo este asunto.

Cifuentes la contempló con arrobó y veneración, admirado de su entereza y de sus dotes para el fingimiento. Subió por las escaleras con Arias, que quería coordinar el levantamiento del cadáver. Cifuentes lo llevó a un aparte:

—¿Qué opinas del caso? —le preguntó en un susurro.

Arias volvió a rascarse la calvorota:

—Hay que profundizar en esa hipótesis de que el asesino viniese acompañado —dijo—. Tal vez Rafa y su compinche habían estado espiando a la viuda y sabían que la casa había quedado vacía. Probablemente entraron con la intención de robar o conseguir nuevos materiales para chantajearla. Mientras lo hacían, pudieron reñir por alguna razón. Por cuestiones de reparto del dinero, por ejemplo. O por discrepancias en la estrategia que debían seguir. O puede que Rafa en el fondo siguiese enamorado de la viuda, que desde luego... —guiñó un ojo a Cifuentes con intención lúbrica— es un pibón impresionante... ¡Menudo pájaro estás tú hecho! Pero deberías andarte con cuidado. La veo mucho arroz para tan poco pollo.

Cifuentes hizo caso omiso de aquella advertencia, que no supo si era fraternal o injuriosa:

—Entonces vais a centraros en la búsqueda de ese segundo tipo...

—No creo que sea la única hipótesis que debemos manejar, sin embargo —continuó Arias—. También pudiera ser que el tal Rafa se hubiese suicidado...

—¿Suicidado? —se extrañó Cifuentes—. ¿Y por qué motivo?

Arias examinaba sus anotaciones, caviloso:

—Puede que estuviera enamorado de la viuda —aventuró—. Puede que no soportase la idea de que se hubiese vuelto inaccesible para él, después de haberla... hecho suya en el pasado. Y por eso a lo mejor la amenazó con airear su relación de juventud, despechado... Así, matándose en su casa, se vengaba de su desprecio. ¿A ti te consta que este Rafa la estuviese chantajeando?

Cifuentes examinó el cadáver. El *rigor mortis* se empezaba a extender por su piel como una yedra azulada. El olor que desprendía la mezcla de sus fluidos —sangre y orín, tal vez también algún excremento, más los tropezones de masa encefálica— era execrable. Mintió, a sabiendas de que ya no había marcha atrás, tampoco para él:

—Me consta. La pobrecilla estaba sufriendo mucho con el tema.

—¿Y por qué no lo denunció? —lo acorraló Arias—. Siendo tú policía y con mano en las alturas... No lo entiendo.

Cifuentes había empezado otra vez a transpirar. Procuró que su agitación no se trasluciese:

—Pues podrías imaginártelo... Al parecer, las grabaciones que esos granujas tienen en su poder son tremendamente explícitas —dijo. Notó que al inspector Arias se le hacía la boca agua—. Soraya tenía auténtico pavor a que se hiciesen públicas. Y no quería que nada trascendiese. Si mañana esas grabaciones apareciesen, serían su ruina, tanto espiritual como material. No olvides que es una mujer que vive de su imagen. Pero, volviendo a lo de antes, la hipótesis del suicidio me parece disparatada...

Notó a Arias repentinamente distante:

—Se abrirá investigación y se barajarán todas las hipótesis. —Y añadió, en un tono que tal vez fuese de chanza—: Incluida la posibilidad de que seas tú el asesino, por supuesto.

—No tiene ni puñetera gracia, Arias —se enfadó—. Puedes revisar el navegador de mi coche. Allí quedan registradas todas las rutas que he hecho últimamente. Y comprobarás que hoy no me había movido de casa, hasta que Soraya me llamó para recogerla en Embassy y traerla hasta aquí...

Tal vez Cifuentes se hubiese tomado demasiado en serio su exculpación. Arias, que ni siquiera lo había escuchado, lanzó una risita sardónica y murmuró:

—Tú también estás enamorado de la viuda. Y sabías que ese macarra había sido su novio o amante. ¿Qué móvil hay más socorrido que los celos? —Puso cara de palo, para amilanar a Cifuentes. Pero enseguida esbozó un gesto guasón y le palmeó la espalda—: Estaba tomándote el pelo, joder.

Cifuentes probó a reír también, pero la risa le brotaba hueca y sin fuelle, tras el susto. La agente feúcha asaltó al inspector Arias. Había hecho las averiguaciones que le había solicitado:

—Hemos localizado al taxista, señor —dijo, sin molestarse en disimular su disgusto—. En efecto, nos confirma que vino a buscar a... la viuda a su casa y la llevó a Embassy a la hora que figura en el tique. También hemos hablado con la tal doña Soledad Roquefort, o Rocafort. Cuando supo que éramos de la policía se puso como un basilisco, voceando que no iba a permitir que tocásemos su dinero... Nos costó mucho tranquilizarla y hacerla comprender que no la llamábamos por nada que tuviera que ver con su puto dinero.

Arias se regocijó sin disimulo:

—Hay que joderse, qué susceptibles son estos aristócratas —dijo—. No se acostumbran a vivir sin sus privilegios de antaño. Pero ¿confirmó que se había citado en Embassy con doña Soraya?

—Así es, señor —aseguró la agente, frunciendo los labios en un mohín de fastidio—. Incluso me explicó, sin que yo se lo preguntara, que habían estado discutiendo una propuesta que le había hecho el cantante Bosé. También desplazamos una pareja de agentes a Embassy. Al menos tres camareros confirman que, en efecto, la viuda estuvo allí, tomando el té con una señora muy mayor.

—¡Tres camareros! —celebró Arias—. Esa mujer no pasa desapercibida, vaya donde vaya. —Y miró por el rabillo del ojo a Cifuentes, picaruelo—. Pero no le arriendo la ganancia al hombre que quiera seducirla. Tendrá que pasarse el día entero espantando moscones. Y tal vez cadáveres...

Y pasó a la habitación donde sus subalternos seguían disparando fotos y tomando muestras. Cifuentes agachó la cabeza, humillado.

Inés no se había separado ni un instante de Lucía, a la que había sorprendido al llegar a su estudio queriendo infligirse cortes en los brazos. Había intentado disuadirla con buenas palabras; pero viendo que Lucía persistía en su intento, había terminado largándole un bofetón que la hizo tambalearse, para después inmovilizarla en el suelo y arrebatarle la cuchilla, que así y todo le dejó algunas heridas no demasiado profundas en los dedos. Tardó varias horas en lograr apaciguarla, asegurándole que pasaría esa noche y cuantas hicieren falta a su lado; pero cuando pidió que le explicase la agresión que había sufrido en el portal y que describiese a su agresor, Lucía se atrincheró en un mutismo que tal vez fuese un mecanismo de defensa tras la conmoción sufrida.

Y cuando por fin pudo volver a hablar, bien entrada la madrugada, Inés comprobó que no tenía ni la más remota idea de quién pudiera ser aquel matón. Le pareció, incluso, que cuando trataba de describirlo (de manera imprecisa y difusa, pues no había podido distinguir sus facciones), Lucía lo magnificaba físicamente, hasta convertirlo en un ser hercúleo y gigantesco, como les ocurría, allá en la infancia de la Humanidad, a los marineros que convertían a las ballenas en monstruos legendarios de fauces carnívoras y cuerpos serpenteantes. Como si el monstruo real no bastase para explicar el horror padecido.

Lucía sólo se mostraba segura de una cosa: aquel matón había sido enviado por Soraya, a la que volvía a convertir obsesivamente en causa de sus calamidades. Inés no parecía demasiado convencida con esta hipótesis; y Lucía se resistía a explicarla mejor, tal vez por pudor de explicar otras cuestiones que mantenía sepultadas en la conciencia, incapaz todavía de afrontarlas en toda su crudeza. Pero Inés no quiso forzarla, pues más que hacer confidencias lo que entonces necesitaba Lucía era descansar; así que le calentó un vaso de leche con miel y le suministró un somnífero suave que al

fin la permitió dormir, cuando ya empezaba a amanecer. En la oscuridad, el cuerpo pálido y delgado de Lucía le recordó el de una muerta en el velatorio; y los dibujos sinuosos de sus tatuajes semejaban zarcillos que, a la vez que la envolvían en su abrazo, llenaban su piel de desgarraduras. Inés la besó en la frente, que ardía de fiebre o de sueños tumultuosos; y Lucía se lo agradeció con un ronroneo que, por un instante, iluminó su rostro.

No la despertó hasta el mediodía, cuando ya consideró que se habrían disipado los efectos del somnífero. Tan pronto como se levantó, Lucía se apresuró a llamar al dueño de la zapatería y le explicó de forma un tanto elíptica que había padecido un percance doméstico, asegurándole que al día siguiente estaría de vuelta al trabajo y dispuesta a recuperar la jornada perdida. Inés entendió que el jefe de Lucía debía de ser un hombre bondadoso y comprensivo (o tan sólo consciente de los beneficios que Lucía había traído a su negocio), pues ni siquiera le exigió ningún certificado médico que justificase su ausencia. Cuando colgó, Inés trató de iniciar una conversación intrascendente, soslayando el episodio traumático del día anterior, mientras cocinaba las escasas viandas que había podido rescatar de la exhausta nevera.

—Gracias por cuidarme —le dijo de repente Lucía, con esa brusquedad tan característica suya, a la vez entusiasta y esquiva—. A tu lado me siento muy protegida.

Inés la miró con pudorosa lástima:

—Tal vez pueda protegerte de tus agresores. Pero ¿cómo voy a protegerte de ti misma?

Lucía no contestó a esa pregunta. Volvió a atrincherarse en el mutismo y apenas probó bocado. Al poco, se encerró en el baño, que Inés había limpiado de cuchillas y otros objetos cortantes durante la mañana, mientras Lucía todavía dormía. Allí permaneció durante horas, rumiando pensamientos turbios, hasta que por fin salió envuelta en un albornoz que acentuaba la fragilidad de su cuerpo, resaltando los hombros huesudos y muy estrechos, como de una niña que acabase de pegar el estirón. El cinturón muy ceñido resaltaba su vientre plano; y por la abertura de la bata se atisbaban sus pechos, pequeños y desvalidos como dos cachorros huérfanos. Tomó de una estantería un álbum de fotos y se derrumbó sobre el sofá, invitando a Inés a sentarse a su vera. Lucía olía a jabón y a sales de frutas.

—¿Te apetece dar con la vieja Lucía un paseo por el oscuro callejón de los recuerdos? —le preguntó, en un tono que se pretendía jocoso.

Pero la procesión iba por dentro. Inés intuyó que se aproximaba el momento de las confidencias.

—¿Te has vuelto tonta? —la recriminó—. Eres todavía muy joven.

Lucía frunció el ceño. Todavía la merodeaban las tinieblas:

—En algunos aspectos soy demasiado vieja —dijo.

—Anda, déjate de chorradas. Eres una cría. Estás en la flor de la vida.

—Pues entonces soy una flor marchita —se fustigó.

Abrió finalmente el álbum, que estaba bastante destartado, con las fotos despegadas y a veces también decoloradas. En muchas se distinguía a su madre, en su época de universitaria, rodeada de compañeros de clase, con el horrendo pelo cardado típico de la década de los ochenta, la chaqueta con hombreras, la minifalda de cuero y aquellos ridículos calentadores de lana en los tobillos. En algunas fotografías aparecía también Emilio Santillán, por entonces un apuesto y joven profesor, siempre con una sonrisa de suficiencia en los labios que andando el tiempo se haría de hormigón armado, siempre con una piel atezada que le daba cierto aspecto de galán latino, siempre un poco huidizo de las cámaras, como si estuviese cavilando el modo de iniciar su ascenso. En la mayoría de las fotos ni siquiera participaba del gozo o la tristeza circundantes. Inés pensó que, sin duda, era (o había sido) un gran insensible.

—Mi madre siempre despotricaba contra él —rememoró Lucía—. Una vez, cuando era pequeña, le pregunté: «Si mi padre era tan malo, ¿por qué te enamoraste de él?». Y ella me respondió: «Porque era el hombre más guapo que había visto nunca». Está claro que no hay que dejarse cegar por las apariencias.

Y ensayó un gesto aflictivo, como si aquella enseñanza la incumbiese muy directamente. Siguió pasando las páginas del álbum más deprisa. Las ausencias de Santillán se hacían cada vez más notorias, como también el deterioro progresivo de la madre, que se iba afilando, demacrando, empalideciendo, como si una tenia le hubiese mordido el alma. A su lado, empezó a aparecer Lucía, primero un bebé lactante (al que tal vez le había faltado la leche, pues se la notaba siempre lloriqueante y desnutrida), después una niña de mirada desorientada, por fin una adolescente rabiosa que probaba a vestirse siempre del modo más chillón y hacía aspavientos obscenos a la cámara, como si quisiera vomitar su odio contra el mundo que la había expulsado de sus festejos. Muchas fotos parecían movidas, tomadas por una mano que ya no dominaba su pulso, o retrataban momentos de una tensión insoportable, de una tristeza irremisible, de una falta de esperanza vital estragadora; y al fondo delataban el desorden y el abandono de una casa inhabitable, mitad desván y mitad trinchera. Había una foto especialmente

truculenta en la que madre e hija sonreían a la cámara (la madre con una sonrisa desdentada, la hija con una sonrisa casi anciana de la que había desertado la inocencia), exhibiendo los brazos desnudos y escuálidos, acribillados de picotazos y moratones los de la madre, mostrando unos cortes todavía recientes los de la hija. Inés escuchó de los propios labios de Lucía, que hablaba en un tono lastimero y monocorde, el trasfondo vital que explicaba aquella fotografía tenebrosa: la lucha desesperada por salvar la vida de una heroinómana terminal, las dificultades crecientes para conseguir sustento, los trabajos cada vez más sórdidos y embrutecedores. Y, entretanto, de Emilio Santillán no habían vuelto a saber nada.

—No encontraba otra manera de lavar el dolor que hacerme daño —susurró Lucía, ahogada casi por las lágrimas.

Inés la abrazó muy fuertemente, apartando el álbum de fotos de su vista.

—Pequeña —le dijo—, el dolor sólo se puede lavar con amor.

Le alzó la manga del albornoz y le fue besando las heridas mal cicatrizadas, una por una, y con cada beso expulsaba sus demonios.

—Entretanto, mi padre había iniciado su despegue como personaje mediático —prosiguió Lucía—. Por supuesto, no quería saber nada de nosotras. Supongo que, cuando mi madre murió de sobredosis, fue un alivio para él. A mí me recogió a regañadientes. Y en estas apareció Soraya.

El sol, que hasta entonces había entrado a raudales en el estudio, se eclipsó repentinamente, escondido detrás de los edificios que se erguían al otro lado del descampado.

—Y nunca te llevaste bien con ella... —aventuró Inés.

—Todo fue más complicado, en realidad —aclaró Lucía—. Al principio parecía que desease sinceramente ser mi amiga. Se esforzaba por resultarme grata, pese a que yo no siempre me mostraba simpática con ella. Y hasta parecía dispuesta a ocupar el lugar de la madre que había perdido, lo cual no dejaba de ser un poco absurdo, porque apenas nos separaban cinco años. Pero enseguida me di cuenta de que lo hacía por demostrar a mi padre que estaba dispuesta a cualquier sacrificio. Te aseguro que es una magnífica fingidora. —Y ensayó una sonrisa que enseguida quedó estrangulada en sus labios, hasta convertirse en un rictus de amargura—. Cuando descubrió que el interés de mi padre por mí era más bien escaso, cambió enseguida de actitud.

—Pero ese hombre... —se atrevió Inés—, ¿sentía interés verdadero por alguien?

—Mi padre era, ante todo, un gran egoísta —afirmó sin remordimiento Lucía—. Estaba obsesionado por triunfar profesionalmente. Y, para alcanzar

ese objetivo, puso toda la carne en el asador. Al final, su propia ansia de triunfo lo fue dejando sin afectos. Lo suyo con Soraya no era un matrimonio; era la suma de dos egoísmos.

Lucía reclinó su cabeza sobre el regazo de Inés, que empezó a acariciarle el lóbulo de las orejas, haciéndola estremecerse en la penumbra.

—Sólo que los egoísmos a la larga no suman. Más bien acaban despedazándose entre sí —murmuró Inés.

—Antes de casarse con Soraya, mi padre me había nombrado beneficiaria del seguro que había firmado con Provita —continuó Lucía, con una voz cada vez más herrumbrosa—. Cuando Soraya lo supo, urdió una estrategia para que la pusiese a ella en su lugar, pero también para destruirme y apartarme de él para siempre. Durante mucho tiempo ni siquiera yo entendí lo que había hecho. Tuve que tomar cierta distancia para darme cuenta.

Inés había empezado a acariciar también su cráneo rapado. No quería que se sintiese forzada a seguir:

—¿Estás segura de que has tomado suficiente distancia? —le preguntó.

Lucía permaneció largo rato callada. Al final asintió, pesarosa.

—Te decía que lo mismo mi padre que ella eran personas egoístas. Pero a mi padre lo cegaba la ambición. Por eso acabó estrellándose. El egoísmo de Soraya es mucho más frío y calculador. Soraya carece de pasiones, carece de debilidades. Se fija un objetivo y ya sólo busca alcanzarlo. —Tragó saliva, un poco acongojada—. Y su objetivo era conseguir que mi padre renegase de mí.

Las sombras eran cada vez más densas, haciendo más clandestina su confesión, también más pesarosa.

—¿Y cómo lo consiguió?

—De la manera más astuta que puedas imaginarte —respondió Lucía, tras respirar muy profundamente, como si se dispusiera a zambullirse en aguas demasiado procelosas—. Enseguida se dio cuenta de que yo era lesbiana, entre otras razones porque nunca lo he ocultado. Y fingía mostrarse muy comprensiva conmigo, incluso cariñosa y cómplice. A veces demasiado cariñosa y cómplice. Buscaba cualquier excusa para hacerme una caricia. Y muchas noches, cuando estaba acostada, entraba en mi habitación y me daba un beso de buenas noches. Supuestamente en la frente, pero a veces también en los labios. Y si mi padre no estaba en casa, ni te cuento.

—Vaya tipeja —musitó Inés—. Pero cuéntame, por favor.

Lucía se tapó el rostro con ambas manos, como si la avergonzase rememorar aquellos episodios:

—Se paseaba desnuda por la casa, se acostaba en mi cama y se apretaba contra mí... siempre sin dar el último paso, siempre de tal manera que sus gestos y actitudes pudieran entenderse como muestras de cariño. Pero yo me había enamorado de ella, estaba completamente loca por ella. —Tuvo que pararse, pues se le quebraba la voz—. Sí, lo sé. Era una aberración enamorarse de la mujer de mi padre. Yo misma me daba cuenta de ello. Pero cuando había logrado convencerme de esta evidencia, ella volvía a ponerme en ascuas... Era un juego monstruoso.

Había logrado ruborizar a Inés:

—¿Y tu padre no se enteraba de lo que ocurría?

—Mi padre vivía entonces en un torbellino alucinante, requerido de mil sitios. Más bien te diría que Soraya lo utilizaba para hacerme todavía más daño. Cuando quería ponerme en el disparadero, se mostraba especialmente melosa con él delante de mí. —Ensayó una sonrisa dolorosa. La abrumaba la narración de aquellas miserias—. O cuidaba de dejar la puerta de su habitación abierta, mientras follaban, sabiendo que yo estaba despierta, y aullaba de placer para que la oyese. Te juro que quería volverme loca. Y vaya si lo consiguió. Yo también deseaba arrancarle aquellos aullidos de placer.

—Pero ¿tú qué edad tenías por entonces?

—Acababa de cumplir los dieciocho años. Así que ni siquiera podía decirse que estuviera tratando de corromper a una menor. Pero no quiero alargarme con estas miserias. Resulta que mi padre se fue a dar unas conferencias a una escuela de negocios de Barcelona. Yo me refugié en casa de una amiga, temerosa de lo que podía suceder si me quedaba a solas con Soraya; pero ella me llamó repetidamente, proponiéndome que saliésemos juntas. —Hizo un mohín de frustración, pidiendo a Inés que la juzgase con clemencia—. Y caí en la tentación. Fuimos a un local de ambiente, bebimos y nos besamos. Fue una experiencia muy extraña y perturbadora, porque a la vez me sentía muy feliz y muy culpable, muy libre y muy prisionera, como si hubiese ascendido hasta las nubes pero a la vez arrastrase cadenas. Y, mientras la besaba, empecé a notarme muy borracha, pero con una borrachera rara: no es que perdiese poco a poco el control, es que de repente se me nubló la conciencia, dejé de tener noción de lo que sucedía a mi alrededor, perdí por completo la voluntad. —Sacudió la cabeza, como si quisiera espantar aquel extraño torpor—. Y la noche se me pasó en blanco. No recuerdo nada de lo que hicimos. Ni el más mínimo retazo. Como si hubiesen hurgado en mi cerebro y me hubiesen quitado un fusible.

Contuvo la respiración, esperando el juicio de Inés.

—¿No crees que pudo drogarte? —le preguntó—. Hay sustancias que anulan por completo la voluntad. Son muy fáciles de administrar, basta con espolvorearlas en una bebida. Y no dejan rastro en la sangre. Los delincuentes las usan para violar mujeres sin resistencia, o para saquear a incautos. Los drogan, les piden la clave de sus tarjetas de crédito y se ponen las botas, sacando dinero por los cajeros.

Lucía suspiró con resignación y algo de agobio. Todavía le tocaba afrontar el episodio que más la martirizaba:

—Honestamente, no sé lo que me ocurrió aquella noche. Pero lo terrible vino a la mañana siguiente —murmuró, avergonzada. Sentía como si el dolor le palpitara en la garganta, impidiéndole formular las palabras—. Me desperté en mi habitación, con tres chicas muy jóvenes en la cama, niñas en realidad. Sospecho que rusas o ucranianas, desde luego de algún país del Este. Se restregaban contra mí, me besaban y abrazaban; y yo, medio aturdida, en lugar de rechazarlas, consentía, y tal vez las correspondía, las besaba y abrazaba mientras todavía me envolvía el sopor. Hasta que al fin recuperé la lucidez. Entonces descubrí que una de ellas estaba grabándolo todo en su móvil...

A Inés la inundó una sensación a la vez gélida y viscosa:

—Dios santo... Te había tendido una trampa.

—Soraya de repente entró en la habitación, armando gran escándalo — prosiguió Lucía, con voz de autómatas—. Gritaba histérica, reprochándome que hubiese metido en casa a unas niñas, para drogarlas y acostarme con ellas. Me llamó degenerada, viciosa, enferma... —Se le trabó la lengua, incapaz de seguir describiendo aquella situación—. Fue algo alucinante y horrible. Soraya arrebató el móvil a la chica que había estado grabando y las sacó a las tres de la cama, mientras seguía lanzándome reproches...

—Estoy segura de que todo fue un montaje —suspiró Inés, consternada—. Un repugnante y calculado montaje. Se aprovechó de tu debilidad de la forma más vil.

—A esa conclusión llegué más tarde —asintió Lucía—. Pero entonces no podía ni siquiera pensar. No podía entender lo que había sucedido. El bochorno me ofuscaba por completo. Me sentía sucia y despreciable. Sólo deseaba marchar pronto de allí, huir, desaparecer, esconderme en alguna cueva, para poder herirme en soledad y lavar así mi culpa. —Su voz se había adelgazado hasta quedar afónica, como si se desangrase—. Me fui corriendo a medio vestir, huyendo del asco que sentía de mí misma...

—Por fin tenía la prueba de que no sólo eras una lesbiana, sino también una degenerada que podía involucrar a su padre en un escándalo y arruinar por completo su prestigio —concluyó Inés—. Te apuesto lo que quieras a que, en cuanto volvió de dar sus conferencias en Barcelona, le mostró el vídeo que te habían grabado en el móvil.

Se había hecho de noche al fin. Pero no encendieron ninguna luz, porque la oscuridad tenía un no sé qué de clandestino y balsámico que aliviaba la dificultad de la confidencia.

—Ignoro lo que haría —dijo Lucía—. Pero sí te puedo asegurar que, cuando traté de volver a casa para explicarme, mi padre se negó a hablar conmigo. Me puso de patitas en la calle y me dijo que no quería saber nada de mí.

—Y cumplió su palabra —murmuró Inés—. Tenía a su lado a quien se iba a asegurar de que la cumpliera.

Lucía guardó silencio durante un rato, disfrutando de las caricias de Inés, escuchando el silencio que las rodeaba, sideral o como de otro mundo.

—Me fui a trabajar a Malta, para poner tierra de por medio. Me odiaba por haberme enamorado de alguien tan dañino. Y todo ese... amasijo de sentimientos enfermizos y confusos se convirtió en un deseo de venganza como nunca antes había sentido. Luego, cuando murió mi padre, mi deseo de venganza se volvió todavía más amargo. Estaba llena de bilis y empecé a vomitarla en internet. Pero Augusta Dupin ya conoce esa parte de la historia...

—La conocía desde tiempo atrás —afirmó Inés, conmovida—. Pero sólo ahora la entiendo plenamente.

La voz de Lucía, que ya parecía aquietada, se resquebrajó otra vez, acechada por las lágrimas:

—El matón que me asaltó ayer en el portal me amenazó con divulgar aquellas grabaciones —dijo—. Evidentemente, lo enviaba ella.

—Pero ¿qué adelanta Soraya con divulgar ahora esas grabaciones? —se preguntó Inés, desconcertada—. En otro tiempo, podría haberle causado un gran perjuicio a tu padre, podría haberse montado un gran escándalo. Pero ahora... Tu padre, esté vivo o muerto, es un personaje del pasado que a nadie interesa ya. Y tú eres una persona anónima. No entiendo qué la puede mover...

—Pues está muy claro —se enojó Lucía—. Lo hace por el placer de hacer daño.

Inés se resistía a conformarse con una explicación tan elemental:

—Pero ha estado todo este tiempo sin molestarte, sin amenazarte, sin perturbarte ni lo más mínimo. Si no te amenazó hasta ahora era porque entonces le convenía disimular. Y si lo hace ahora es porque ya no le importa nada. Porque al fin se siente liberada. Ya no tiene que representar el papel de chica buena y puede permitirse el lujo de hacerlo... —La agitaba esa trepidación que nos asalta cuando al fin empezamos a desentrañar un enigma—. ¿Entiendes lo que trato de decirte? Soraya considera que ya ha logrado lo que pretendía. Está borracha de triunfo y, antes de desaparecer de escena, se permite el lujo de humillarte, hurgando en la vieja herida, para impedir que cicatrice.

De repente, Inés tuvo la certeza de que estaban a punto de desencadenarse acontecimientos imprevistos. Lucía habló con una voz que parecía erguirse entre los escombros:

—No lo sé, Inés, ni me importa. Ahora lo único que deseo es olvidar esa etapa de mi vida. Ayer, cuando me despedí de ti en el coche, pensé que podía al fin dejar de odiar. Que toda esa rabia que me abrasaba por dentro era agua pasada. —Tomó la mano de Inés entre las suyas, que tenían un calor casi candente—. He hecho cosas lamentables de las que me arrepiento. Cosas que me han atormentado terriblemente y que pensé que me perseguirían siempre. Pero ahora, por primera vez en mi vida, me siento con fuerzas para dejarlas atrás.

Y llevó la mano de Inés hasta las cicatrices de su brazo, para que se las acariciase. De repente, parecían huellas de una guerra concluida.

—Soraya no quiere que las dejes atrás —dijo Inés, a quien todavía intimidaban un poco las actitudes cariñosas de Lucía—. Por eso te mandó a ese matón. Pero le va a dar lo mismo. No vamos a acobardarnos.

Lucía se incorporó. En la oscuridad, sus ojos tenían un brillo trémulo:

—En el fondo, estoy agradecida a ese matón. Si él no me hubiese atacado, tú no estarías aquí.

Y la besó en la boca de forma medrosa, casi reverencial. Al principio, Inés sintió miedo y cierta tentación de salir corriendo, pero se sorprendió al descubrir que era más fuerte la necesidad de proteger y sanar a Lucía. Sus caricias se hacían más intensas, pero siempre sin violentarla, acariciándola y besándola con extrema delicadeza; y, casi sin darse cuenta, Inés empezó a corresponderla. Sus cuerpos se buscaron en la oscuridad sin las asperezas y brusquedades con las que Inés siempre se había tropezado en sus encuentros con hombres. Y sentía que su cuerpo estaba entrando en ebullición, como si un magma nuevo irrigara todas sus venas y arterias.

—Tú eres el tren que tenía que venir, Inés —le susurró Lucía.

—¿Cómo dices?

Sabía muy bien a qué se refería. Pero le causaba vértigo que Lucía se lo declarase sin ambages.

—Hay que tender las vías, para que algún día termine pasando el tren —susurró, un poco avergonzada—. Y no voy a dejar que te vayas.

—Me asustas cuando dices esas cosas...

Y era verdad. Inés temblaba, de miedo o de deseo, seguramente de ambas cosas, en íntima amalgama.

—¿Te asusto? —se extrañó Lucía—. ¿Por qué?

—No sé, eres tan impetuosa... No sabes casi nada sobre mí.

Hablaban con un sigilo que apenas se distinguía del silencio sideral que las envolvía.

—No necesito saber más —aseguró Lucía—. Eres la única persona a la que me he sentido de verdad unida, la única a la que he podido contar las cosas que me torturan... —Se apartó por un instante, fingiendo alarma por coquetería—. Y yo también soy especial para ti, ¿no?

Ahora fue Inés quien la buscó, para recuperar su abrazo:

—¿Tú crees que me habría puesto en esta situación si no fueses alguien muy especial para mí? Te aseguro que este tipo de actitudes no son mi estilo habitual.

Rieron, cómplices. Sus carcajadas resonaron con estrépito en medio de la noche que las envolvía.

—Pues ahora tengo que conseguir que te enamores de mí por lo menos la mitad de lo que yo me he enamorado de ti —se propuso Lucía.

También la asustaba, además de su ímpetu, su juventud desembridada, llena de averías que necesitaban una reparación urgente.

—Pero no es posible que te hayas enamorado —se resistió Inés—. Es demasiado prematuro.

—Lo que es prematuro es decir que me he enamorado de forma prematura. Te recuerdo que te conozco desde que te llamabas Augusta. Antes de ser mi novia fuiste mi ángel de la guarda.

Le gustó, pero también le amedrentó, aquella petulancia de llamarla novia y la delicadeza de llamarla ángel de la guarda.

—No esperes demasiado de mí, Lucía —avisó—. Nunca antes... había estado con una chica. Temo mucho fallarte...

—Lo que harás será ayudarme, pase lo que pase —dijo Lucía, poniéndole el dedo índice en los labios, como si desease zanzar esa disputa—. Ya me

estás ayudando.

La apretó contra sí y volvió a besarla con la misma delicadeza de antes; pero ahora eran besos más prolongados, que acompañaba con los halagos más sutiles. Inés sintió que su cuerpo flotaba en el aire, como un vilano o una brizna de hierba; y que, mientras flotaba, la anegaba un placer distinto al que hubiese experimentado al lado de cualquier hombre, mucho más tierno y matizado. Se entregó sin reticencia a la dulzura de Lucía, que tomó como una dádiva del cielo; y respiró el aroma convaleciente de su cuerpo todavía niño y ya tan curtido en el dolor. La abrazó con un ardor desconocido, como si temiera perderla, como si de repente fuese ella misma y no Lucía la que necesitaba protección, la que estaba a punto de caer en un abismo, y Lucía fuese el único asidero que podía salvarla.

—Me siento muy rara... —reconoció al fin Inés, con voz compungida.

—¿Por qué? —se extrañó Lucía. Ahora le tocaba a ella ejercer de terapeuta—. ¿Te arrepientes de lo que has hecho?

Inés denegó con brío, pero a la vez la asaltaban las dudas:

—Simplemente me siento extraña... No sé qué pensar.

—Pues entonces no pienses nada —le recomendó Lucía—. Somos amigas y te quiero. No hay nada malo en eso. Lo habría si no te quisiera. Me has salvado la vida.

Inés se apretó contra ella. Se le clavaban sus costillas en el vientre, como surcos de una tierra endurecida por la sequía.

—¡No! —protestó—. Has sido tú la que me has salvado a mí. Estaba pasando por un periodo muy duro, después de la muerte de mi socio. Y has llegado como una bendición.

Lucía no añadió nada, temerosa de quebrar la magia de aquel instante. Se quedaron un poco adormiladas. Luego picotearon las sobras del mediodía, e Inés le propuso que vieran juntas *Bajo el sol de la Toscana*. Lucía concedió a aquella petición una importancia extraordinaria, un valor casi nupcial; y mientras veían la película, acurrucadas en el sofá, no dejaron de llorar y moquear, tampoco de reír y bromear, identificadas con las tribulaciones de la protagonista, que como ellas había sido arrojada a las fauces de la soledad y como ellas peregrinaba en pos del amor, en una búsqueda un poco desnortada y compulsiva. Al acabar la película, el DVD se apagó de sopetón, y las noticias de algún canal insomne saltaron a la pantalla, intempestivas y estruendosas. A Lucía la acometió un temblor incontenible:

—¡Ése fue el tipo que me asaltó en el portal! —exclamó.

La pantalla la ocupaba una foto que mostraba a un hombre de facciones angulosas y sonrisa forzada, tal vez un poco canalla. A continuación, mostraron a ese mismo hombre en unas imágenes de archivo, compitiendo en un certamen de culturismo, haciendo posturitas para resaltar sus abultadísimos músculos, que tenían algo obsceno y repulsivo, como de escaparate de una carnicería lleno de animales despellejados. Lucía e Inés escuchaban sobrecogidas al locutor, que anunció la muerte de un tal Rafael Martín Barrios, cuyo cadáver había aparecido en casa de la «conocida *celebrity*» (empleó aquella expresión grotesca) Soraya Aguado, habitual de las revistas del corazón desde que quedase viuda. Al parecer, el muerto había sido amigo de la infancia de la señora Aguado, que hasta el momento se había negado a conceder declaraciones. Tras las imágenes del certamen de culturismo, habían insertado muy malévolamente otras en las que Soraya posaba en los *photocalls* de las fiestas de la alta sociedad, poniendo carita de pavisosa.

—¿Estás segura de que era ese tipo? —preguntó Inés.

—Completamente —dijo Lucía, que no salía de su asombro.

Inés trataba de encajar las piezas de un rompecabezas que se le resistía.

—¿Y qué charco habrá pisado ese pobre diablo para que lo hayan despachado así? —se preguntó.

A Lucía la recorrió un escalofrío, de la cabeza a los pies. Se sentía extraña, compadeciéndose de un tipo que el día anterior la había agredido y amenazado.

—Habrà hecho algo que a ella le haya disgustado —murmuró.

—Aquí nada es lo que parece —dijo Inés, denegando obstinadamente con la cabeza—. Tal vez ese matón cometió el error de pretender ocupar un sitio que no le correspondía.

A Lucía volvía a inundarla la pululación del misterio.

—¿Qué quieres decir? No te entiendo...

—Si tu padre estuviese vivo, tendría sentido que eliminase a quienes se interpongan en su camino, ¿no te parece?

Lucía la miró sin comprender del todo. El miedo anidaba dentro de ella.

—¿Mi padre vivo? ¿Y a qué habría vuelto?

—A rematar su plan —contestó Inés críticamente—. A recuperar lo que considera suyo.

¿Y si en verdad a Rafa lo hubiese matado un compinche, como el que Cifuentes y ella se habían inventado, para engañar a la policía? Después de todo, no era un santito; y bajo su apariencia ruda y elemental escondía ambiciones que en ningún momento habían pasado inadvertidas a Soraya. Tal vez para poderla despojar de su dinero, Rafa hubiese necesitado de la colaboración de un compinche con el que había terminado tarifando.

Soraya empezaba a conceder crédito a esta hipótesis fantasiosa para espantar la hipótesis más temible, que no podía compartir con nadie, ni siquiera con Cifuentes. O mucho menos que nadie con Cifuentes. Una hipótesis en la que Emilio habría regresado ya de su odisea colombiana, disfrazado de mendigo como Ulises, y descargado su ira sobre Rafa, como Ulises la había descargado sobre los pretendientes de la virtuosa Penélope. Pero Soraya no era tan virtuosa como Penélope; y, además, no había leído *La Odisea*, ni falta que le hacía.

Todas las huellas y muestras que la policía había tomado no habían permitido establecer taxativamente que en la habitación hubiese estado otra persona. Tal vez porque los restos biológicos y huellas de la presencia de Rafa habían resultado abrumadores y copiosísimos (no en vano era el único hombre que había frecuentado su habitación en los últimos años).

Soraya había ordenado que cambiasen de inmediato la cerradura de la puerta; y se había mantenido —tal como le aconsejase Cifuentes— encerrada en casa durante tres días, para evitar el acoso de los periodistas, que habían vuelto a apostarse ante el jardín de su casa, como hicieron cuando estalló el escándalo de las tarjetas *black*. También le había pedido Cifuentes que no lo llamase por teléfono, salvo para contarle intrascendencias o, por el contrario, porque su ayuda le resultase imprescindible; pues daba por hecho que sus respectivos teléfonos habrían sido intervenidos. Y, en general, le había recomendado que evitara conversaciones comprometedoras en su casa, pues

no había que descartar la posibilidad de que le hubiesen instalado micrófonos. En todo había obedecido Soraya a Cifuentes; pero al tercer día decidió que no podía dilatar más una llamada a la Borbona, ante la que todavía no se había excusado por las molestias que sin duda le habría causado, mencionándola ante la policía para apoyar su coartada. Aunque se le puso al teléfono, la notó enseguida más tiesa y desconfiada de lo habitual.

—Doña Soledad, la llamo tan sólo para darle las gracias por su colaboración —soltó de inmediato, antes de que la otra revelase extremos delicados de su conversación en Embassy—. Discúlpeme que diera su nombre. Pero es que me vi metida en un lío descomunal, sin comerlo ni beberlo.

La vieja era astuta como un gato y sinuosa como una culebra:

—Ya lo vi luego en la tele, ya lo vi. Vaya asunto más desagradable —se lamentó—. He de confesarte que me inquietó mucho aquella llamada de la policía. Hasta el punto de que ya no sé si es oportuno invitarte a pasar unos días en Biarritz...

Tenía que disolver sus recelos como fuera. Se esforzó por resultar tan diáfana a la Borbona como hermética e ininteligible a un hipotético policía que las estuviese escuchando:

—Ha sido, en efecto, un episodio trágico y muy desagradable, doña Soledad —dijo—. Pero en nada debe afectar a nuestra... amistad. Por mi parte, le juro que sigue tan viva y entusiasta como se la mostré en Embassy. Nada ha cambiado por mi parte. Espero ansiosa su invitación.

Se hizo un breve silencio, al principio reacio, luego más indulgente, al otro extremo de la línea. Cuando volvió a hablar, la Borbona se mostró mucho más relajada:

—Confío en tu palabra, chatina —se despidió—. Te llamaré, entonces, cuando lo tenga todo preparado para recibirte, según lo que hablamos.

Tampoco a Soraya le interesaba que fuese de manera inmediata, pues no era el momento idóneo para vaciar la caja de seguridad, ni tampoco para cruzar la frontera con el dinero. El inspector Arias le había ofrecido apostar durante las veinticuatro horas del día una pareja de agentes ante la puerta de su casa, para que garantizaran su seguridad; ofrecimiento que Soraya había rechazado, pues la proximidad de la policía le daba auténtica urticaria. Sin embargo, temía —quizá paranoicamente— que cualquier salida suya fuese vigilada. Así que decidió atrincherarse durante unos días en casa, sin atender llamadas de reporteros carroñeros, sin encender siquiera el televisor, para no envenenarse con las bazofias que sin duda estarían divulgando los programas

de cotilleo sobre la muerte de Rafa. Por supuesto, no había vuelto a pisar la habitación en la que siempre había dormido, sola o acompañada, hasta que el cadáver de Rafa la convirtió en tierra maldita; y se había instalado en un cuarto que Emilio reservó en su día a los invitados. Así podía imaginarse que vivía en una casa abandonada por sus propios anfitriones.

Durante el día, se dedicaba a ir preparando minuciosamente el equipaje que se llevaría en su huida de España, cuando la Borbona la llamase; y, al llegar la medianoche, incapaz de aplacar su creciente desazón, se tomaba una dosis cada vez más elevada de somníferos. Así, al menos, conseguía dormir largamente, a veces hasta doce horas seguidas, y concebir sueños extraordinariamente vívidos. En algunos anticipaba con profusión de detalles su encuentro en Biarritz con la Borbona y su posterior huida a algún lejano país austral, donde disfrutaba pacíficamente de su fortuna. Otros tenían un osado cariz sexual, acompañado de sus ribetes necrófilos: en ellos, Rafa volvía de la tumba para darle bambú, a la vez que le manoseaba las tetas y el culo de las formas más groseras imaginables. A veces, los sueños eran tan realistas que Soraya se sobresaltaba, porque su visitante nocturno le pellizcaba los pezones. Y entonces despertaba.

Pero no era un sueño. Había un hombre en su habitación, sentado a su lado en la cama; y la estaba palpando sin miramientos en la oscuridad. Soraya reprimió un chillido:

—¿Quién anda ahí? —preguntó, alarmada.

Y una mano se abalanzó enseguida sobre su boca, para impedir que gritase.

—¿Quién iba a ser? —preguntó a su vez el hombre que la había estado manoseando, con un tonillo irónico—. Sólo un marido puede tomarse tantas libertades.

Soraya reconoció al instante su voz, como si nunca hubiese dejado de escucharla. Pero la notó algo más gastada o escéptica.

—¡Emilio! —exclamó. Por un instante, su corazón se detuvo, para enseguida volver a latir, desbocadamente—. ¡Emilio, por fin has vuelto! ¡Cuánto te he echado de menos! —Sollozó sin necesidad de disimulo, procurando colar como gozo lo que no era sino frustración y rabia, y también un hormigueante miedo—. Pero... ¿cómo has conseguido entrar en casa?

—Olvidaste cambiar la cerradura del portón del garaje —le contestó Emilio, burlón.

Acercaba mucho su rostro, hasta casi ahogarla con su barba y su aliento, que tenía el olor agrio de las decepciones y de las vigiliadas. Soraya encendió la

luz de la mesilla y pudo al fin contemplar a su marido, disfrazado todavía de mendigo, vestido con un chándal sucio y rozado por el uso. Su rostro parecía más pálido y demacrado, como si se hubiese traído de Colombia alguna fiebre o desgana que matase sus energías. Y entre las piernas cobijaba el mismo macuto zarrapastroso en el que había guardado sus pertenencias dos años atrás, antes de desaparecer. Insistió en las chanzas:

—No creo que me hayas echado tanto de menos. Seguro que te habrás estado consolando algún noviete, durante todo este tiempo.

—Yo no quiero novietes —se enfadó—. ¿Es que te has vuelto loco?

Y, en efecto, Emilio tenía las cuencas de los ojos muy hundidas y violáceas, como excavadas por la locura. Se había sentado sobre la cama y Soraya se irguió para abrazarlo, procurando que no se notase su zozobra. Pero él no reaccionaba a sus arrumacos.

—Debiste haberme advertido que volvías, cariño —dijo, mimosa—. Si llegas a venir un par de días más tarde, no me habrías pillado en casa.

—Sí, ya he comprobado que tienes la maleta a medio hacer —comentó, con una ironía que a Soraya le sonó tétrica—. Y un coche nuevecito en el garaje. Lamento de veras haber estropeado tus planes.

Al parecer, había estado paseando por toda la casa, husmeando en cada rincón, como un príncipe desterrado que vuelve a sus dominios, antes de venir a despertarla. Soraya debía actuar con suma cautela:

—Me disponía a marchar a Colombia —mintió, pero su tono atribulado resultó muy convincente—. Acabé hace unos días la tarea que me encomendaste. Y como seguía sin saber nada de ti, estaba dispuesta a volar a Bogotá, desesperada. No soportaba más la inquietud. —Y se envalentonó—: Me importaba un comino que la policía se mosquease al verme tomar un avión. Porque no sé si sabrás que apareció un cadáver en nuestra habitación. Desde entonces, la policía tiene dirigidos todos sus radares sobre mí. Supuestamente para protegerme, pero lo que quiere es vigilar mis movimientos.

Escrutó su reacción en vano. Emilio permanecía impassible, como si oyera llover.

—Me enteré de ese episodio por la prensa, nada más llegar —comentó con cierta desgana—. Leí que se trataba de un amigo tuyo de la infancia... ¿Y qué pasa? ¿Es que sospechan de ti?

Ni siquiera era posible atisbar una intención cínica en sus palabras. O Soraya tal vez prefiriese no atisbarla.

—No tengo ni idea —se apresuró a responder—. Yo, desde luego, no maté a ese capullo; pero tampoco lamento que lo hayan matado. Estaba chantajeándome y pretendía birlar nuestro dinero. No me preocuparía que sospechasen de mí, si no fuera porque, mientras husmean por aquí y por allá, pueden descubrir otras cosas... —Le lanzó una mirada que se pretendía cómplice—. Hay mucha gente deseosa de verme morder el polvo. Empezando por tu hija Lucía, que durante todo este tiempo no ha dejado de lanzar calumnias contra mí en internet, donde se mueve como pez en el agua. Se le metió entre ceja y ceja que yo te había asesinado para cobrar el seguro y le fue con ese cuento a Provita. Ya ves cómo se las gasta.

Había procurado sonar soliviantada y también un poco victimista. Pero Emilio seguía sin inmutarse. Preguntó con una voz átona en la que tal vez se agazapase la melancolía:

—¿Por dónde anda Lucía?

—Vive en Fuenlabrada, según tengo entendido —respondió Soraya, sin disimular del todo su desagrado—. Allí encontró trabajo como dependienta en una zapatería, imagino que dirigida a un público... de su estilo. Tu hija es como una guindilla en el culo.

Se abalanzó otra vez sobre él para abrazarlo, sin importarle demasiado (o más bien favoreciendo) que el camión se le recogiera en los muslos, o que a través del escote pudiera vislumbrarse el paisaje de sus senos redondos y duros. Esta vez al menos consiguió que Emilio no esquivase su abrazo, pero su mente seguía lejos de allí:

—Tal vez no sería tan picante si no la hubiésemos castigado tanto... —dijo, abstraído. Pero enseguida volvió a asuntos más pragmáticos—: ¿Seguiste mis instrucciones? ¿Tienes el dinero en tu poder?

Soraya le pidió con un gesto que hablase más bajo, temerosa de que hubiesen instalado micrófonos en la casa. Asintió profusamente.

—¿Todo?

Volvió a asentir. Esperaba de Emilio al menos una muestra de gratitud y reconocimiento que no llegaba.

—¿Dónde está? —preguntó lacónico.

—En la cámara acorazada de un banco. Guardado en una caja de seguridad, tal como me pediste.

Emilio se acercó más a ella, examinándola con ojos de loco que sin embargo eran también de lascivia.

—¿Y has gastado mucho? —prosiguió con su interrogatorio.

—Nada de nada —respondió Soraya con legítimo orgullo—. Al contrario, he añadido algo de mi parte, hasta redondear los cuatro millones de euros. En los últimos meses he contado con fuentes de ingresos propias.

Ya no esperaba una recompensa, ni siquiera una muestra de gratitud, pero su insistencia la exasperó:

—¡Y eso que te has comprado un coche! Y seguro que tu novio también te habrá salido muy caro...

—¡Ya te he dicho que no tengo novios! —estalló—. Ya me gustaría poder decir lo mismo de ti. Seguro que en Colombia te has puesto las botas... ¿Por qué no me cuentas nada de lo que te ha ocurrido allí, durante estos dos años?

Emilio no se dio por aludido:

—No me mientas —dijo con voz lúgubre—. Él mismo me reconoció que follabais. Que venía de vez en cuando... a darte bambú.

Y esbozó una sonrisa que a Soraya le pareció ominosa.

—No sé de qué me estás hablando... —acertó a decir.

Tenía que urdir alguna escapatoria de forma inmediata. Lanzó una mirada subrepticia a la mesilla, donde antes de dormirse había dejado su móvil desechable. Pero había desaparecido.

—Lo hice añicos. Ya sabes que no soporto los móviles —explicó Emilio, zumbón—. Y después de haber estado dos años sin usarlos jamás, mucho menos que nunca. Dos años totalmente incomunicado y solo, Soraya. ¿Te imaginas lo que es eso? He pasado las de Caín.

Y en su rostro aquella vida cainita había dejado sus muescas, emboscadas detrás de la barba y la melena. Soraya creyó atisbar, al fin, un signo de agotamiento o derrumbe en su voz que convenía aprovechar:

—¿Te apetece acostarte un rato? —le propuso—. Pareces rendido.

Ella trató de zafarse para dirigirse al cuarto de baño, donde había una ventana a través de la cual podría deslizarse al exterior. Pero antes de que pudiera avanzar dos pasos, Emilio ya la había agarrado del brazo con brusquedad.

—A partir de ahora, vas a obedecerme en todo lo que te pida —la aleccionó, amenazante—. Para empezar, no te separes de mí ni medio metro.

Y para que Soraya no pudiera pensar que iba de farol, metió la mano en el macuto sin soltarla y extrajo de su interior una pistola. Una pistola con silenciador. Soraya se dejó arrastrar por la locuacidad, para espantar la zozobra:

—Además de convertir todo el dinero del seguro en billetes, tal como me pediste, y de guardarlo en una caja de seguridad, he hecho algunas

gestiones... —empezó—. ¿Te acuerdas de la Borbona, aquella cotorra más arrugada que una pasa que conocimos en Burujón, en una de las reuniones con la gente de Hispabank? Pues resulta que está dispuesta a ponernos cuatro millones y medio en una cuenta de las islas Caimán, a cambio de nuestros cuatro millones en metálico, que tendríamos que entregarle en Biarritz, donde vive. —Y antes de que Emilio pudiese comentar nada, añadió todavía—: Luego, con el dinero en las islas Caimán, podríamos ir haciendo transferencias periódicas a una cuenta en Uruguay. Lo he estudiado a fondo; y Uruguay es la Suiza austral. Allí los bancos hacen a todo la vista gorda, y lo mismo el gobierno. Y es el país perfecto para vivir: cuatro veces más barato que esta puta letrina y con las mismas o mayores comodidades. ¿Has oído hablar de Punta del Este? Es la Marbella de Uruguay. Un sitio excelente para retirarnos y vivir como sultanes...

La agitaba un miedo cada vez más cierto. Si Emilio la mataba, nadie sospecharía nunca de él, puesto que llevaba dos años oficialmente muerto. Y un muerto oficial puede desenvolverse con una impunidad que no está al alcance del resto de los mortales.

—Mejor no hacer tantos castillos en el aire —la cortó Emilio, que seguía apuntándola—. De momento, me conformo con cosas mucho más modestas. —Y hurgó con el cañón de la pistola en su escote, mirando sus tetas con interés morboso—. ¿Recuerdas lo que me dijiste antes de que nos separásemos, hace ahora dos años?

El miedo era un puñal penetrando en su carne, quebrando sus huesos y su resistencia:

—No... no sé a qué te refieres —balbució.

—¡Me prometiste que me harías una mamada de bienvenida! —exclamó Emilio, exultante—. Fue lo último que me hiciste antes de que nos separásemos, para que me relajara. Y me aseguraste que sería lo primero que me harías, cuando nos volviésemos a ver.

Y la miraba con ojos desquiciados y una sonrisa salaz.

—Encantada... —dijo Soraya, tratando de dominar el temblor y la repugnancia—. Pero no es necesario que me apuntes con la pistola.

Dejó de hacerlo, aunque no la soltó. Emilio se bajó los pantalones del chándal en un periquete y extrajo de los calzoncillos desastrados un miembro todavía encogido, que acercó a su boca. Tenía un olor de derrota, como una mezcla de pescado pútrido y agua de fregar. Pero Soraya hizo de tripas corazón y lo engulló como si fuera una dosis de aceite de ricino que le hubiese prescrito el médico. Se extendió por todo su paladar un sabor salobre

de gérmenes en salazón e higienes olvidadas. Pero se aplicó a la faena, conteniendo las náuseas y sintiendo crecer aquella carne execrable, que ya golpeaba su garganta, como un cíclope rojo de ira. Observó que Emilio había cerrado los ojos, para concentrarse en su placer, y que cada vez sostenía la pistola con menos firmeza, hasta que acabó soltándola sobre la cama. Soraya se abalanzó entonces sobre ella, antes de que Emilio pudiera reaccionar, y, sujetándola con ambas manos, lo encañonó. Emilio seguía desmadejado en la cama y lo asaltó la risa floja.

—¿Es que no vas a intentar detenerme, cabrón? —le preguntó.

Pero él seguía riéndose sin tasa, como el muñeco de un ventrílocuo. Definitivamente, se había vuelto loco. Dijo, con desgana suicida:

—¿Y para qué voy a esforzarme?

—¡Porque voy a matarte, idiota! —gritó Soraya, desahogando la tensión acumulada—. ¡Voy a matarte como a un perro aquí mismo!

—No, no lo harás —dijo Emilio, desde su nube de irrealidad, guardándose el miembro y tratando de incorporarse—. ¿Por qué habrías de matarme?

—Porque te odio, cabrón. Porque te odio con todo mi corazón, con toda mi alma, con toda mi mente —dijo, con bíblico furor—. Pero no, odio no es la palabra exacta. Te detesto. Te desprecio. Tanto que a veces también me desprecio a mí misma, por haberte aguantado durante tanto tiempo...

Emilio se rascaba la barba, en actitud ausente y jocosa.

—Pero esa no es razón para matarme, mujer... —dijo, en un tono conciliador—. ¿No te basta con largarte con el dinero y no volver a verme nunca más el pelo?

Al fondo de su mirada palpitaba una sombra de insensatez, como si ya no le importase nada, ni siquiera perder la vida. O eso le pareció a Soraya, que rió despectiva:

—Si no te matase ahora, tarde o temprano me matarías tú a mí. Prefiero vivir sin esa preocupación.

Todavía se permitió Emilio la insolencia:

—Te equivocas, ricura. A mí no se me ocurriría matarte. Me daría mucho más placer dejar que sufieras durante lo que te reste de vida, pensando en esos cuatro millones que volaron... —Lanzó una carcajada briososa o alucinada—. Toda la vida sufriendo como una cerda.

—Pues ya ves lo que son las cosas. Yo soy más piadosa que tú —ironizó Soraya—. Pienso matarte de inmediato, para que no sufras.

El gesto risueño de Emilio se volvió amenazante:

—Te saldrá muy caro lo que estás haciendo.

—¿Qué me va a salir caro, baboso? —se irritó Soraya—. ¿Disparar a un desconocido que allanó mi casa y trató de violarme? Deja que me ría. Me levantarán monumentos por hacerlo.

—Pero me reconocerían —replicó Emilio, extrañamente calmado—. La misma Lucía, cuando viese la foto de mi cadáver en los periódicos, se daría cuenta.

Soraya acercó la pistola a su rostro, para que no alimentase vanas esperanzas.

—Nadie podrá reconocerte cuando haya acabado contigo. Voy a destrozarte por completo la jeta. Nos vemos en el infierno, capullo.

Y apretó el gatillo.

Sonó un chasquido hueco, pero la pistola no disparó.

Volvió a apretar el gatillo, perpleja y crecientemente angustiada, una y otra vez. Y una y otra y otra vez sonó el mismo chasquido metálico, pero ninguna bala salió del cañón.

Emilio se carcajeaba y retorció de hilaridad:

—Deberías haberte cerciorado antes, estúpida.

Y le arrebató la pistola de un tirón, a la vez que la empujaba sin miramientos y la tiraba al suelo, donde le dio un puntapié en el estómago que a punto estuvo de cortarle la respiración. Luego se agachó raudo y extrajo de su macuto zarrapastroso un cargador que encajó en la culata de la pistola. Tomó a Soraya del cuello y la arrastró al cuarto de baño con una sola mano, hasta casi estrangularla.

—¡No, Emilio, por favor! —gritó a la desesperada—. No me hagas daño, te lo suplico. No sabía lo que estaba haciendo. Perdí el control de mis actos. No estaba en mis cabales. Pero haré todo lo que me pidas, te lo juro...

Y lloraba como una chiquilla, o como una penitente, ungiendo los pies de Emilio con sus lágrimas y secándolos con sus cabellos.

—Te diré lo que vamos a hacer —la aleccionó—. En menos de una hora abrirán los bancos. Así que te vas a maquillar y vestir, para tener buen aspecto. Luego vas a conducir tu flamante Opel Corsa hasta el banco donde tienes guardado el dinero. Vaciaremos la caja y llenaremos mi macuto con los billetes. —Hizo un movimiento grácil con las manos, imitando el pase de un prestidigitador—. Y nunca más volverás a verme.

Soraya se levantó mohína del suelo y abrió el grifo del lavabo, cargando sobre los hombros con su humillación.

—Y tú... —musitó, mirando su chándal cutre—, ¿vas a ir al banco con esa pinta? Se darán cuenta de que eres un ladrón que me lleva forzada y

avisarán a la policía.

—Gracias por preocuparte tanto por mi aspecto —bromeó—. Pero antes de venir a despertarte ya estuve fisgando en los armarios y he cogido una gabardina. Te agradezco mucho que no hayas tirado mi ropa. Es todo un detalle.

Soraya se chapuzó en el agua del lavabo, con la agónica esperanza de que todo fuese un mal sueño. Pero al abrir los ojos, Emilio seguía ahí.

—¿Y no tienes miedo de que te reconozcan? —le preguntó.

—Nadie va a reconocerme, lo siento —se regocijó—. Ya nadie se acuerda de Emilio Santillán. Con mi barba y mi melena y las gafas de sol que pienso ponerme, más bien pareceré uno de tus amantes.

Soraya se esforzó para que no le temblase el pulso al maquillarse. No quería seguir mostrándose débil en la derrota.

—Les pondrá en guardia que entre en la cámara acorazada con un desconocido... —insistió.

A Emilio parecía divertirle su perseverancia:

—Al banco le importa una mierda con quién entres, con tal de que sea con tu autorización. Y, desde luego, una fingidora tan excelente como tú no tendrá ningún problema en dedicarme sus mejores sonrisas, mientras estemos en presencia de algún empleado —la instruyó—. Sobre todo porque tendrás una pistola apuntándote, desde el bolsillo de la gabardina. —Se acercó a ella por la espalda, le levantó el camisón y le manoseó las nalgas del modo más burdo—. Por otro lado, no te conviene intentar nada. Si nos descubrieran, de inmediato contaría a la policía los apaños que te traes con la Borbona. Y si te diese por revelar que yo no soy Efraín, sino tu difunto marido... No tengo que recordarte que a Efraín lo matamos entre ambos. Es cierto que vas a quedarte sin el dinero. Pero supongo que no te apetecerá pasar además quince o veinte años a la sombra.

Continuó con sus burlas y vejaciones mientras Soraya se vestía, obligándola a ponerse el conjunto picarón de lencería que había previsto estrenar en la gala benéfica del padre Ángel. Arrancar el Opel Corsa le costó varias intentonas, pues hacía mucho tiempo que no conducía y además no estaba familiarizada con el coche, cuyos cajones, perfectamente simulados, pasaron por completo inadvertidos a Emilio, que se sentó en el asiento del copiloto. Finalmente logró poner el motor en marcha; y condujo hasta el barrio de Hortaleza, mientras Emilio la aturdía con su cháchara. Estaba poseído por una locuaz exaltación, después de haber padecido tantas penalidades. Le contó de forma sucinta, pero sin ahorrarse crudezas, las

vicisitudes de su destierro bogotano, las tretas que tuvo que urdir para sobrevivir en las circunstancias más adversas, las encerronas que sorteó con riesgo de su propia vida, las servidumbres que hubo de acatar, para favorecer su ocultamiento. Ni siquiera tuvo rebozo en confesar sus crímenes:

—Cuando tuve que matar a alguien, procuré siempre que sufrieran poco —se envaneció—. Lo mismo el detective que me seguía los pasos en Bogotá que el maromo descerebrado que liquidé en casa. Una muerte rápida y lo más limpia posible. Odio los ensañamientos. Odio las carnicerías.

—¡Oh! Es un alivio saber que eres un asesino honrado —se mofó Soraya—. Yo preferiría que me matases también por el mismo procedimiento. Así no tendría que seguir odiándote mientras viva.

Habían llegado ante la oficina bancaria en la que Soraya había alquilado la caja de seguridad. La fachada tenía un aspecto desangelado y medio búlgaro. Emilio adoptó un tono caviloso:

—Hay una cosa que nunca entenderé, Soraya... ¿Por qué no te largaste en cuanto cobraste el dinero? ¿Por qué te has tirado dos años ejecutando las instrucciones que te dejé? —preguntó. E hizo una concesión sentimental—: ¿No será que al principio no pensaste en traicionarme y sólo al final cediste a la tentación? De veras que por muchas vueltas que le doy no logro entenderlo.

Soraya lo miró con dureza:

—No te hagas ilusiones. Por supuesto que me rondó la idea de largarme con la pasta en cuanto la cobré. Pero Hacienda se me habría echado encima. Me habrían perseguido sin descanso. En cambio, tu plan estaba muy bien urdido, no me duelen prendas en reconocerlo. Yo, antes que cualquier otra cosa, lo que quería era desaparecer sin dejar ni rastro, sin que nadie supiese dónde estaba ni dónde había puesto el dinero. Además, te confieso que una vez que empecé a vaciar las cuentas, hacer el recorrido por los bancos se convirtió en una rutina agradable. —Hizo un mohín desdeñoso—. La caminata me ayudaba a mantener el culo prieto, para disfrute de mis *fans*.

Emilio rió, sinceramente festivo.

—¡Ah, la vanidad! El plan era una obra de arte, en efecto. Pero si te la hubieses saltado, me habrías evitado a mí, que soy peor que Hacienda.

—Sinceramente, siempre di por hecho que no lograrías regresar. Que te detendrían, que te matarían, que te perderías por el camino... —Su mohín se había convertido en un rictus contrariado—. Supongo que siempre te subestimé.

Emilio asintió, pesaroso o escarmentado:

—Pues yo estaba convencido de que eras una mujer sumisa, sufridora y servicial —dijo, con recochineo—. Incluso cuando leí que andabas tonteando con un poli, seguí confiando en ti. Pero está claro que no hay que poner la mano en el fuego por nadie.

Entraron por fin en el banco, Soraya por delante de Emilio. Tal como había previsto, la desidia oficinesca no puso objeción ni reparo alguno cuando Soraya anunció con su mejor sonrisa que esta vez se disponía a entrar en la cámara acorazada con su abogado, a quien requirieron de forma rutinaria su identificación. Emilio mostró el pasaporte del hombre al que llevaba usurpando dos años, que el encargado de guiarlos a la cámara y abrir la primera cerradura de la caja apenas miró. Cuando los dejó a solas, Soraya introdujo su llave en la segunda cerradura, pero fue Emilio quien la hizo girar, haciéndole notar el cañón de la pistola en el costado y ayudándola luego a cargar con la caja, pues el peso de los billetes era ya excesivo para las fuerzas de Soraya, que aquella mañana además flojeaba, ante la inminencia de la derrota. Depositaron la caja sobre la amplia mesa de baquelita blanca que se hallaba en mitad de la cámara; y se quedaron ambos absortos mirando el tumulto de billetes que Soraya había tenido el detalle de juntar en fajos y sujetar con gomas, para hacer más sencillo el acarreo. Emilio desabotonó su gabardina y desdobló el macuto zarrapastroso que había escondido dentro del cabezal del chándal. Allí guardaba un rollo de bolsas negras de basura y otro de cinta de embalar, que arrojó a Soraya.

—Haz montones de doscientos mil euros cada uno y guárdalos en una bolsa. Luego envuelves cada bolsa en cinta de embalar.

Soraya obedeció, asegurando cada envoltorio con la cinta, como si los amordazase, para que los billetes no dijeran ni pío. Y Emilio colocaba los paquetes en su macuto con mucho esmero, aprovechando todos los huecos existentes. Fue un trabajo largo y laborioso que les llevó más de media hora. Cinco minutos antes de que lo dieran por concluido, les habló el empleado desde el pasillo, tal vez algo impaciente o aburrido:

—¿Va todo bien? —preguntó—. ¿Necesitan ayuda?

Emilio apuntó con la pistola a Soraya, para que no cayese en la tentación de provocar alarma en el empleado.

—Perfectamente —contestó—. En un santiamén habremos acabado.

Y así fue, en efecto. Del último montón de billetes tomó Emilio unos pocos, para sus gastos ordinarios de los próximos días. El macuto había quedado bastante abultado; pero se esforzó —siempre con una mano metida en el bolsillo del abrigo— en llevarlo con desparpajo, ante la indiferencia de

los empleados de la oficina, que habían aprendido a hacer la vista gorda. Salieron a la calle, que estaba casi desierta, y montaron en el Opel Corsa. Con el macuto sobre las rodillas, Emilio fue indicando a Soraya la ruta que le convenía, a través de calles un tanto intrincadas que los condujeron hasta las traseras de la plaza de las Ventas. La ordenó detenerse en una especie de parque raquíutico, a la sombra de unos falsos plátanos, y apagar el motor.

—Pues hasta aquí hemos llegado, Soraya —anunció.

Contemplaban a través del parabrisas el cielo anubarrado de un mayo recién estrenado que había empezado a marcear.

—¿Y qué piensas hacer con tanto dinero? —preguntó Soraya.

Emilio sacó discretamente la pistola del bolsillo del abrigo y la agarró por el cañón.

—Pues, para empezar —bromeó—, me voy a comprar un poco de ropa decente. Un par de camisas, un traje, unos zapatos... Y luego me pondré a buscar a alguien que quiera abrirme una cuenta en algún paraíso fiscal, a cambio de este cargamento de billetes.

Soraya se aferró con ahínco al volante, hasta clavar las uñas en el revestimiento de poliuretano.

—Esa persona ya existe, Emilio... Es la Borbona. Te propongo que sigamos actuando juntos, aunque luego cada uno vaya por su lado...

—Ya es demasiado tarde para arreglos, nena —la cortó Emilio, algo exasperado—. La Borbona es tuya, tú sabrás cómo le explicas que se te ha esfumado el dinero. Yo buscaré por mi cuenta a otro ricachón en apuros. No creo que me cueste mucho encontrarlo. Pegas una patada a una piedra y te salen a porrillo.

Abrió la portezuela del coche, para ir agilizando su marcha. Soraya se obstinaba en dilatarla:

—Es una locura que vayas con todo ese dinero por ahí. Cualquiera podría robártelo.

—Me entenece que te preocupes tanto por mí —le dijo—. Pero estate tranquila. No seré tan gilipollas como para dejármelo quitar de las manos. No repetiré tu error.

A Soraya la furia le burbujeaba en las entrañas, como un sofrito en la sartén.

—¡No pienso dejar que te marches así como así! —gritó—. Tendrás que matarme si quieres hacerlo.

Y forcejeó con él, intentando aferrarse a las asas del macuto. A Emilio lo conmovía su apego maternal al dinero.

—No te pongas tan melodramática, querida —dijo, sin perder la calma—. Ya te dije que no te pienso matar. Quiero que rabies todos los días de tu vida, mientras te haces vieja pelleja y te arrastras por los saraos, tratando de sacar propinillas para pagarte las sesiones de bótox.

No se quiso rebajar a forcejear con ella. Alzó la mano en la que sostenía la pistola por el cañón y la golpeó salvajemente en la cara con la culata. Soraya quedó al instante sin sentido y se derrumbó sobre el volante. Emilio se aseguró de que nadie lo hubiera visto agredirla y salió muy flemáticamente del coche, que emboscado entre los falsos plátanos pasaba inadvertido desde la calle. Aunque hacía un frío impropio del mes, en el aire ya se respiraba el aroma de la sangre y los puros habanos que preludiaba la feria de San Isidro. Emilio caminó con la mayor naturalidad hasta una parada de taxis cercana y se montó en el primero de la fila, esta vez en el asiento trasero, aunque también con el macuto sobre las rodillas.

—¿Adónde vamos, señor? —le preguntó el taxista.

—En primer lugar, quiero que me lleve a un cibercafé —respondió—. Cualquiera me sirve. Necesito parar un momento para hacer una mínima consulta. Usted me esperará en la calle y ya le diré luego adónde vamos.

Y le tendió un billete de cincuenta euros por anticipado, para evitar suspicacias. Emilio se recostó sobre el respaldo del asiento, mientras arrancaba el taxi, y pensó que al terminar la mañana habría hecho dos cosas que le repugnaban: pegar a una mujer, aunque sólo fuese un golpe, y conectarse a internet, aunque sólo fuese un minuto.

—**P**or favor, Ramiro, ven a casa en cuanto puedas. Necesito verte urgentemente.

Soraya lo había llamado desde el teléfono fijo, ya que Emilio había hecho desaparecer su móvil desechable. Y, al lanzar su petición, que era de auxilio pero también secretamente de venganza, casi se le quebró la voz. Había permanecido sin sentido durante casi media hora, con el pómulo que Emilio había golpeado con la pistola hinchado hasta la deformidad y el labio superior, que había amortiguado su choque contra el volante, reventado y sangrante. Se había despertado atontada, sin ideas, desmemoriada y desorientada, molida de dolor, con la visión nublada y la garganta inundada por el sabor metálico de la sangre. Tardó casi un minuto en recordar que había sido despojada de su dinero; y recordó también, en un carrusel de infamia, todas las vejaciones y afrentas que Emilio le había infligido, desde que entrase en su habitación para manosearla mientras dormía hasta abandonarla inconsciente. Encendió el motor del coche, cabizbaja y contusa, y condujo hasta casa procurando no infringir ninguna norma de circulación, para que no la parasen. Pero, mientras se aproximaba a Las Rozas, la ira le iba creciendo, como un río de lava incontenible, dispuesto a arrasar cuanto se cruzase en su camino.

—Estoy de servicio —susurró Cifuentes, a quien había sobresaltado su llamada, pues habían quedado en no comunicarse durante unos cuantos días—. ¿Te ha ocurrido algo malo?

—Prefiero no hablarlo por teléfono —respondió Soraya en un tono seco—. Te ruego que vengas lo más rápido posible.

Cifuentes dejaría todo lo que estuviese haciendo y vendría de inmediato, de eso estaba segura. Si algo había tenido ocasión de comprobar a lo largo de su vida es que los hombres siempre acudían prestos a su llamada; y algunos, incluso, acudían sin que ella los llamase. Entre estos últimos se había contado

su propio padre, que desde su más tierna infancia —desde que Soraya guardaba memoria, y tal vez incluso desde antes— había acudido a su cama, cada vez que volvía por las noches borracho de jugar la partida con los amigotes, o tras celebrar los triunfos de su equipo en el bar de la esquina, mientras su madre y sus hermanos dormían. Al principio eran visitas esporádicas y tan sólo para hacerle tocamientos allá donde ella ni siquiera osaba tocarse. Pero a medida que Soraya crecía y la bebida iba deteriorando a su padre, el horror se fue haciendo cada vez más nítido: los toqueteos se convirtieron en penetraciones al principio sólo superficiales, luego más hondas y prolongadas. Así hasta que por fin se vaciaba dentro de ella, así hasta que por fin la desvirgó con trece años recién cumplidos.

Y, desde entonces, todo había venido rodado. Y ya nunca habían dejado de acudir hombres a ella, guiados por el amor. Que no es ciego como lo pintan, sino tuerto como un cíclope rojo de ira.

Como si entre los hombres circularan consignas secretas que les permiten distinguir a las mujeres que ya han sido arruinadas, muchos acudieron desde entonces a Soraya, sin que los llamase. Acudieron los vecinos rijosos que le soltaban una palmada en el culo cuando se la cruzaban en la escalera. Acudieron los profesores depravados que prometían subirle la nota a cambio de que ella se subiera sobre sus rodillas. Acudieron los compañeros de la clase y los pandilleros del barrio, que se empeñaban en besarla y magrearla en cualquier callejón oscuro o descampado, para terminar siempre probando los caminos que ya había transitado su padre. Así había aprendido Soraya a aborrecer a los hombres. Pero, viéndolos siempre tan dispuestos a acudir, decidió que al menos debería aprovecharse del magnetismo fatal que ejercía sobre ellos. Ya que habían tronchado su niñez y amustiado su adolescencia, debía utilizarlos en su provecho, para asegurarse un porvenir. Soraya descubrió enseguida que, si se les sabe manipular debidamente, los hombres pueden ser los protectores más intrépidos, los promotores más fieles, los mecenas más generosos, los recaderos más solícitos y, desde luego, los amantes más necios. Aprendió a manejar en su beneficio aquellos encantos que la naturaleza le había regalado; y así tuvo, siempre que quiso, protectores, promotores, mecenas, recaderos y amantes. A todos los contemplaba como peones de los que servirse hasta que las circunstancias los convertían en patéticos cadáveres de los que desprenderse. Y a todos había sabido utilizarlos sin que ellos lo notasen, desde el tosco Rafa al turbulento Cifuentes, pasando por el engreído Emilio, en quien enseguida avistó la oportunidad de lograr lo que siempre había anhelado: dinero suficiente para

no tener que soportar nunca más a los hombres, para prescindir de ellos y disponer de ellos cuando le apeteciese. Y ahora, cuando ya parecía que lo había conseguido, todo su esfuerzo era derribado de un soplo de la forma más ultrajante.

La consumían la impaciencia y el ansia de venganza. Que Emilio le hubiese partido el labio o abultado el pómulo ni siquiera le importaba. Pero la herida mucho más profunda en su orgullo reclamaba un castigo atroz. Se aplicó una bolsa de hielo sobre la hinchazón, mientras urdía su estrategia.

Al poco, escuchó los característicos crujidos en el camino de grava cuando se aproximaba un coche. Abrió la puerta de casa antes de que Cifuentes llamara al timbre. Cuando reparó en el labio partido de Soraya, se asustó; y el susto se volvió alarma y enojo cuando ella se apartó la bolsa de hielo del rostro para mostrar el pómulo desfigurado que ya empezaba a amoratarse. La abrazó y besó muy delicadamente, cuidando de no rozarla siquiera en las zonas contusas. Y, antes de abrir siquiera la boca, Cifuentes recorrió el salón en busca de micrófonos. Revisó las molduras del techo, los plafones de las lámparas, los cojines del sofá, el interior de vasijas y jarrones, el fondo de las estanterías; todos los lugares, en fin, donde seguramente él mismo habría ocultado muchas veces artilugios que luego le permitían escuchar furtivamente conversaciones delatorias.

—Está limpio —dijo al fin—. Podemos hablar sin temor. ¿Qué ha sucedido, Soraya? ¿Quién demonios te ha hecho esa animalada?

Su agitación contrastaba con la calma dolorida de Soraya, que se dejó caer sobre el sofá y cerró los ojos, mientras se aplicaba otra vez la bolsa de hielo en el pómulo. Cifuentes bajó las persianas, hasta dejar el salón casi a oscuras, y se sentó a su lado.

—Por fin estamos solos, Ramiro —murmuró Soraya con voz ronca—. Solos tú y yo. Nunca hemos estado verdaderamente solos. Nunca nos han dejado estarlo, en realidad. Siempre había demasiado barullo alrededor. Y una sombra interponiéndose.

Así iba preparándolo para una confidencia que sin duda habría de noquearlo. Soraya se inclinó sobre él, buscando su beso, pidiéndole tácitamente que la besara en la boca, aunque la tuviese en carne viva. La sangre que todavía no había hecho costra sobre la herida añadía a sus labios una humedad incitante y ensuciaba sus dientes afilados y menudos, como de animal no catalogado. Cifuentes la besó con fruición y avidez, saboreando su sangre, embriagándose con su sangre, hasta casi enajenarse. Y Soraya se dejaba hacer, como un gato en apariencia dócil pero secretamente erizado.

Podía ser tan cálida y cariñosa como un gato, pero también igual de huraña y cruel. Cifuentes tuvo la impresión, mientras la besaba y comulgaba su sangre, de estar cayendo por un precipicio. Al apartarse, casi sin aliento, dijo:

—Ahora ya no puede haber secretos entre nosotros, Soraya. Ahora tienes que contarme toda la verdad desde el principio. La verdad y nada más que la verdad.

Había intentado que su voz sonase exigente, pero aun en la exigencia había un fondo de súplica. Pues sabía íntimamente que Soraya podía hacer con él lo que le viniese en gana, como el niño hace con su plastilina.

—¿Puedo confiar plenamente en ti? —preguntó ella.

—Maldita sea, Soraya —se molestó—. Por ti he mentado a mis propios compañeros. Por encubrirte y dejarte limpia de sospecha he infringido la ley. Me estoy arriesgando a que me echen del cuerpo, incluso a ganarme la cárcel. ¿Y todavía dudas si puedes fiarte de mí?

Soraya había decidido contarle casi toda la verdad, edulcorada de tal modo que Cifuentes no se sintiese demasiado engañado. No sabía si estaba preparado para escucharla, no sabía cuál podría ser su reacción. Pero lo necesitaba para detener a Emilio y recuperar el dinero, aunque luego tuviese que repartirlo con él.

—Te advierto que no es una verdad fácil de digerir... —empezó.

—Adelante. No quiero medias verdades.

Se imaginó que estaría esperando revelaciones banales: que había sido amante de Rafa; o que había participado, siquiera como instigadora, en su asesinato; o que algún compinche de Rafa le había partido la jeta en represalia; o cualquier otra chorrada sin fundamento.

—Estas lesiones me las ha hecho mi marido, Emilio Santillán —dijo a quemarropa—. Mi marido no está muerto.

El zarpazo de la perplejidad casi desfiguró el rostro de Cifuentes, como un brochazo de Bacon:

—¿Cómo has dicho?

—El cadáver que identifiqué en tu presencia no era el de mi marido, sino el de un mendigo —dijo Soraya con voz monocorde—. Emilio simuló su muerte y usurpó la identidad de aquel hombre, al que asesinó. A mí me involucró en aquel asesinato, y desde entonces me ha estado amenazando con revelarlo todo a la policía. Durante dos años, ha permanecido escondido en Colombia y ahora acaba de regresar. Todo esto lo ha hecho para hacerse con el dinero del seguro.

No había respirado siquiera mientras soltaba las revelaciones; y, al acabar, la voz se le quebró en un sollozo. Cifuentes, por un momento, pensó que se estaba burlando de él, que todo aquello formaba parte de una broma de mal gusto. Pero el tono de Soraya no era de guasa; y tampoco sus heridas parecían fingidas. Cifuentes empezó a interrogarla sobre pormenores específicos que no admitían respuestas improvisadas o ambiguas, y a todo respondió Soraya de la forma más convincente y detallada. Su estupefacción inicial se transformó primero en desconcierto, después en turbación y cólera. Aquel Emilio Santillán era un virtuoso del cálculo y la maquinación, aparte de un asesino sin escrúpulos. Le dolía haber sido tan fácilmente engañado; en cambio no quiso reconocer que tal vez ese engaño no habría sido posible si no se hubiese enamorado insensatamente de Soraya.

Cuando por fin digirió lo que acababa de escuchar, Cifuentes descubrió con horror que ya no podía denunciar las artimañas de Santillán. Todo el mundo pensaría que había sido cómplice en su ejecución, o al menos encubridor durante dos largos años. Pero sólo había permanecido ciego, obcecadamente ciego, por amor a Soraya.

—Entonces... —murmuró—. Al macarra de Rafa, ¿lo mató también él?

—Al verlo entrar en casa, debió de pensar que se trataba de mi amante, que yo lo estaba traicionando —respondió Soraya—. Y lo mató sin temblarle el pulso, como habría podido igualmente matarte a ti. Con la diferencia de que Rafa sólo era un pobre diablo que me inspiraba lástima. En cambio... de ti me enamoré.

Cifuentes no quería ablandarse. Se levantó y empezó a dar vueltas por el salón, como una fiera acorralada. Sabía que, después de haberse comportado como un primo, ya no le quedaba más remedio que apechugar con las consecuencias.

—¿Te enamoraste? —preguntó irritado—. ¿Llamas estar enamorada a engañarme y utilizarme, en beneficio de ese mal bicho?

—Jamás te he usado en beneficio de nadie —se defendió Soraya—. Mi única culpa es haber pasado mucho miedo y haber querido proteger mi vida y la tuya. Y por supuesto que me enamoré de ti: ¿por qué crees que me ha golpeado, si ya tiene lo que quería? Sabía que estábamos saliendo juntos, lo había leído en alguna revista. Y quiso saber si era cierto que me había enamorado de ti. Me hubiese resultado fácil mentirle. Y, sobre todo, provechoso, porque a estas horas estaría disfrutando con él del dinero del seguro. Pero eres demasiado importante para mí, Ramiro. Y no te negué.

Cifuentes se conmovió. Miró a Soraya todavía afligido, pero buscando el consuelo que le devolviera la confianza en ella:

—¿Cómo puedo saber que no me estás mintiendo?

Soraya se apartó la bolsa del hielo y la tiró lejos de sí, exasperada. Su pómulo ya estaba totalmente cárdeno, como un antifaz mutilado.

—Pues de la manera más sencilla —dijo—. Hace apenas un par de horas, ese hijo de puta me ha obligado a punta de pistola a darle todo el dinero del seguro. ¿Crees que me importa algo? ¡Con su pan se lo coma! —se exaltó—. ¡Me importa un comino que se vaya con el dinero, por mí como si se lo mete por el culo! Yo ya lo único que quiero es estar contigo y no me importa vivir modestamente... —Hizo una pausa atribulada, para deslizarse—: Aunque no soy tonta. Y sé que, mientras él esté vivo, no podremos vivir tranquilos.

Cifuentes asintió, un poco ausente. Ya que era demasiado tarde para rectificar, había empezado a roerlo el gusano de la avaricia:

—¿Cuánto es el dinero del seguro que te ha quitado? —preguntó de repente.

—Cuatro millones de euros.

La cifra llenó el aire del salón, como un gas venenoso.

—Ahora su mayor preocupación será escapar con ese dinero —dijo Cifuentes—. Probablemente, mientras nosotros estamos aquí, él haya salido del país.

—Te equivocas —aseguró Soraya—. Todavía tiene que hacer el gran truco final, antes de escapar.

A Cifuentes el gas venenoso le había entrado en los pulmones y ya no lo podía expulsar.

—¿El truco final? —preguntó—. ¿Y eso qué es?

Soraya describió el birlibirloque que se disponía a hacer con la Borbona, entregándole el dinero en metálico a cambio de que ella le abriese una cuenta por un importe parecido en algún remoto paraíso fiscal. Por supuesto, no mencionó a la Borbona; y atribuyó esta maña a Emilio.

—Encontrar a un ricachón que esté interesado en este cambiazco le llevará días, tal vez semanas —calculó Soraya—. Entretanto seguirá en Madrid. Él sabe perfectamente cómo vivir de incógnito...

—¿Cómo? —se interesó Cifuentes.

—No se conecta jamás a internet, no usa teléfonos móviles ni ningún otro artilugio electrónico —respondió Soraya—. Vive al margen de los adelantos tecnológicos. Sabe que dejan rastro y permiten a la policía localizarte y saber tus intenciones. Así ha conseguido hacerse invisible durante estos dos años.

Jamás ha cometido un error y, como te puedes imaginar, mucho menos va a cometerlo ahora. Así que no se moverá de Madrid hasta que logre un acuerdo con algún ricachón.

Soraya había expuesto a Cifuentes el *modus operandi* de su marido casi con violencia, como si le lanzase el desafío de penetrar en su vida blindada. Y Cifuentes aceptó ese desafío:

—La lleva clara si piensa que su vida no deja rastro. Te aseguro que no tardaré ni un día en localizarlo.

Soraya se levantó del sofá, como si la acuciase el miedo. Se abrazó a Cifuentes y escuchó sus latidos todavía enamorados, pero sobre todo aturcidos por el gas venenoso de la avaricia. Luego alzó el rostro, para obligarlo a contemplar su rostro desfigurado y sus ojos irritados por el llanto.

—Pues localízalo antes de que vuelva a hacerme daño. Te lo suplico, Ramiro —dijo, zarandeándolo—. ¿Es que ya no te acuerdas de que pudo haberme matado? Y no me estoy refiriendo a esta agresión...

El papiloma. Aquel putero indecente había contagiado el papiloma a Soraya, acostándose con putas a las que, para mayor escarnio, pagaba con su tarjeta *black* de Hispabank. Cifuentes siempre había lamentado no poder darle su merecido, por estar muerto. Pero ahora descubría que estaba vivo; y, mientras siguiese vivo, Cifuentes corría el riesgo de ser acusado de encubrir sus crímenes. Soraya se volvió a reclinar sobre su pecho, tratando de descifrar el tropel de sus pensamientos. Pero era una barahúnda indiscernible. Hasta que, de repente, le preguntó:

—Cuando te obligó a darle todo ese dinero... ¿Qué hizo con él?

—Lo guardó en un macuto de lona —contestó Soraya—. Un macuto bastante viejo y sucio, de color rojo, más ancho que largo y con bolsillos laterales. —Fingió desconcierto—: ¿Por qué me preguntas eso?

Cifuentes no respondió. En cambio, le lanzó otra pregunta más:

—¿Cómo se llamaba el mendigo cuya identidad usurpó? ¿Lo recuerdas?

Soraya suspiró, de tal modo que pareciese consternada. Pero era el suspiro de la victoria:

—Lo recuerdo perfectamente. No ha pasado un solo día que no lo haya recordado. Su nombre pesa sobre mí como una condena. Se llamaba Efraín. Efraín Vargas Cepeda. ¿Para qué quieres saberlo?

Cifuentes habló con una firmeza que la conmovió:

—Voy a encontrar a ese hijo de puta. Voy a quitarle el dinero. Y voy a matarlo como si fuera una rata.

Soraya asintió, trémula y reverencial. Pensó que tal vez luego Cifuentes quisiera el dinero para él solo; pero ya encontraría el modo de disuadirlo, o de evitarlo. A cada día con su afán le basta.

Inés despertó cuando todavía no eran las seis de la mañana y ya no pudo volver a conciliar el sueño. Así que abandonó la cama, procurando no molestar a Lucía, que dormía como un tronco, tal vez todavía bajo los efectos del suave somnífero que seguía suministrándole. En unos pocos días, Lucía había experimentado una mejora casi milagrosa: no había vuelto a sentir la tentación de infligirse heridas; y se mostraba cada vez más serena y tranquila, menos agitada por pensamientos sombríos o destructivos, menos tentada por el caos, aunque todavía aquejada por un síndrome de hiperactividad galopante. Inés esquivó el maletón que se había traído de casa con su ropa y sus bártulos, al que todavía no habían encontrado acomodo, y preparó el desayuno, para que cuando Lucía despertara pudiese tomarlo sin entretenerse ni un minuto antes de salir disparada al trabajo. Y después encendió su ordenador portátil y consultó las noticias más recientes sobre el asesinato del culturista Rafael Martín Barrios. Algunas lenguas viperinas aventuraban que podría haber mantenido con Soraya algún tipo de relación clandestina; y calificaban su muerte de «crimen pasional», expresión que a Inés le provocó hilaridad. Si había una categoría que no encajaba con el retrato que poco a poco iba completando de Soraya era precisamente esta. Todo crimen que involucrase a Soraya tenía que ser necesaria y rigurosamente cerebral, calculado hasta en sus más irrelevantes detalles. Su experiencia como detective le había enseñado que hay muchas personas capaces de cometer un crimen con mayor o menor éxito, pero muy pocas capaces de gestarlo, poniendo en marcha engranajes secretos que sólo años más tarde se descubren, contemplando previsoramente todas las circunstancias y anticipándose a todas las consecuencias. Cuando Lucía le explicó el modo premeditado y monstruoso que Soraya había elegido para provocar que su padre la echara de casa y la destituyera como beneficiaria de su contrato de seguro, Inés pensó que podía hallarse ante una de estas personas.

—Buenos días, preciosa —la saludó Lucía, interrumpiendo sus lucubraciones—. Hoy he dormido como un lirón.

—¡Y tanto! —rió, burlona—. ¡Hasta roncaste y todo!

Lucía se sonrojó, mientras se servía el café en una taza.

—¡Vaya! Será que mi subconsciente desea echarte de casa y por eso te obliga a pasar las noches en vela.

—Es ese caso, tu subconsciente va de culo —replicó Inés, risueña—. Yo también ronco, especialmente cuando duermo en casa ajena.

Mientras mordisqueaba una tostada con mantequilla y mermelada, Lucía se asomó al ordenador de Inés, que rápidamente trató de bajar la pantalla. Pero Lucía ya había visto una fotografía de Soraya, rutilante en uno de esos trajes de noche que vestía en las galas.

—Por favor, Inés —imploró—, deja ya de hurgar en el pasado. Cuando te dije que quería que esa etapa quedase atrás, iba completamente en serio. No quiero seguir odiando a esa mujer toda mi vida.

En su petición había también un tácito reproche. Si a ella le había bastado conocer a Inés para dejar de hurgar en el pasado, ¿por qué a Inés no le bastaba haberla conocido a ella para hacer lo mismo?

—No quería ofenderte... —se excusó Inés, sin demasiada convicción.

—Además —prosiguió Lucía—, por muy desalmada que sea, ella también se llevó lo suyo. Nadie gana a Soraya a orgullosa. Y su orgullo tuvo que sufrir lo que no está escrito cuando se hizo público que mi padre había usado su tarjeta de Hispabank para pagarse juergas con putas...

—¿Eso hizo tu padre? ¡Qué fuerte!

Había pasado tanto tiempo desde el escándalo de las tarjetas *black* que Inés ni siquiera se había preocupado de refrescar sus vicisitudes. Pero recordaba que algunos de los gastos de los involucrados habían causado, en efecto, gran revuelo y escarnio mediático.

—¿Es que vives en la luna o qué? —le preguntó Lucía—. Se enteró todo bicho viviente. Soraya y mi padre fueron el hazmerreír de España entera.

—Algo oí, pero lo olvidé pronto —se defendió Inés, aceptando un mordisco de la tostada de Lucía—. Me repugna el periodismo sensacionalista. Y en la investigación que hicimos para Provita no nos remontamos a esos episodios.

Inés siguió dándole vueltas al asunto, un poco distraída y ausente mientras Lucía le hablaba de las muchas tareas que le aguardaban en la zapatería. Y, cuando Lucía por fin se marchó al trabajo, se abalanzó otra vez sobre su portátil. Buscó noticias viejas sobre el escándalo de Hispabank, que para

entonces ya se había saldado con penas de cárcel y oprobio social para todos los responsables. Pero, remontándose en el tiempo, no tardó en desembocar en páginas de diarios digitales que habían hecho gran pitanza publicando en su día los gastos de cada consejero involucrado. Aparecían allí nombres de restaurantes y *boutiques* exclusivas, de hoteles y joyerías, de tiendas de antigüedades y discotecas, de supermercados y consultas médicas, de perfumerías y balnearios. Así terminó llegando a la lista de establecimientos donde Emilio Santillán había pagado con su tarjeta *black*, a costa de los impositores de Hispabank; y entre ellos, en efecto, se contaba un local de nombre tan crepuscular como sospechoso: Penumbra. Inés indagó la naturaleza del local, que reveladoramente carecía de página web. Pero no tuvo que esforzarse demasiado para descubrir que se trataba de un prostíbulo de alto copete disfrazado de sala de fiestas o bar de copas, sito en un chalé cercano al Viso. Penumbra se hallaba, pues, en un barrio apartado y muy pijo; y según la descripción de un cliente asiduo y entusiasta que dejaba su opinión en un foro de puteros, estaba muy bien surtido de «señoritas exclusivas de exquisito trato y procedencia geográfica muy variada». Por supuesto, en el foro de puteros no faltaban los comentarios chocarreros sobre las expediciones de Santillán. Inés decidió visitar el local, con la esperanza de confirmar una corazonada; pues también a ella —como a su difunto socio— había empezado un invisible hombrecillo a golpearle el pecho.

Esperó hasta la tarde para hacer la visita, suponiendo que así tendría más posibilidades de entrevistarse con su dueño o gerente. El Penumbra resultó ser un chalé de tres pisos, de aspecto más ostentoso que elegante, emboscado entre acacias floridas y setos de aligustre, al que se accedía a través de un callejón en efecto bastante penumbroso. Inés llamó al interfono y logró que le franquearan la puerta, alegando que deseaba hablar con el encargado de un asunto personal. La planta baja del chalé la ocupaba una gran sala que remedaba una discoteca en miniatura, con su barra americana, su pista de baile y unas luces estroboscópicas que seguían girando dale que te pego, como satélites que han extraviado su órbita, aunque no hubiese música de ambiente que las acompañase en su danza. Olía a Chanel número 5 de garrafón, a nicotina agria, a semen fumigado con ambientador de flores silvestres. En torno a la barra un grupo de chicas tomaban bebidas isotónicas, antes de vestirse para matar. Eran todas de una belleza un poco intimidante, ruidosas como un serrallo en pleno mes del ramadán. Había rusas como cigüeñas llameantes, colombianas de culo enhiesto, negras esbeltas como guepardos que tal vez hubiesen sido guerreras nubias en una vida anterior.

—Hola, chicas —se anunció Inés con su mejor sonrisa—. Quería hablar con la persona que esté a cargo del local.

Los pibones interrumpieron su cháchara y la miraron con un sentido fenicio de la competencia, un poco desdeñosas y también un poco envidiosas; pues Inés tenía algo que ellas habían perdido para siempre.

—¿Vienes para entrevistarte por motivos de trabajo? —le preguntó una de las chicas, mientras mascaba chicle y hacía globos con pretensiones aerostáticas.

—No... —se cohibió Inés—. Vengo a preguntarle por un amigo que se murió hace tiempo.

La miraron con recelo y algo de repeluzno, como si diese mal fario. Pero al final una de las chicas, que parecía la menos supersticiosa, abandonó el grupo y le dijo, como si ejerciera de chambelán:

—Ya te anuncio yo a doña Carmen.

Y subió las escaleras que conducían a las plantas superiores, bamboleándose como un gato de angora. Inés se quedó plantada ante las otras chicas, que la miraban ceñudas o escandalizadas, como si fuese una alienígena o tal vez una de esas vírgenes del martirologio a las que arrastraban hasta un burdel, para que abjurasen de su fe. Contemplándolas más detenidamente (como entonces pudo hacer Inés), se descubría que su aparente esplendor pronto estaría marchito. En unos pocos años ya se habrían hecho viejas, como les pasaba a los novillos, y, si para entonces no habían pillado cacho, tendrían que resignarse a torear en plazas de segunda o tercera, rodando cuesta abajo hasta el matadero.

—Que dice doña Carmen que subas —le dijo la chica que había ejercido de chambelán, de vuelta otra vez—. Te espera en la tercera planta.

De modo que Inés subió, como una Caperucita que se interna en el bosque y tal vez también en la boca del lobo. Dejó atrás una segunda planta en la que se alineaban, como si fuesen establos de lujo, varias habitaciones de mobiliario minimalista, con televisores de pantalla plana, sofás de polipiel blanca, mesillitas de nogal americano y decoración en tono *capuccino*; porque a los pijos los tranquiliza pensar que sus folladeros clandestinos los diseña el mismo soplapollas que ha diseñado sus despachos. En una habitación le pareció ver —pero tal vez fuesen aprensiones suyas— a unas chicas muy jóvenes y muy rubias, seguramente esclavas, niñas casi, que jugueteaban con unos consoladores con aspecto de gominolas gigantes, como si jugasen con muñecas. La recorrió un escalofrío.

—Buenas tardes, chiqui —la saludó doña Carmen—. ¿Qué te ha traído por aquí?

Había salido a recibirla a las escaleras y la llevó a través de un pasillo hasta su despacho, que a diferencia de las habitaciones de la segunda planta tenía muebles de rancio abolengo y una alfombra en la que se hundían los pies al caminar. La tal doña Carmen era una sexagenaria que parecía criogenizada, de larga melena rubia que no dejaba de ahuecarse y un tipín que conservaba la forma de ánfora de la juventud. Tenía facciones de porcelana muy hieráticas, con la boquita como pico de pato y las cejas muy arqueadas, en un constante gesto de pasmo. Parecía la novia momificada del Capitán Trueno.

—Buenas tardes. Me llamo Inés. Quería preguntarle por un amigo que, al parecer, fue cliente de este local —se atrevió a explicar tímidamente.

Y estrechó la mano pulidísima de doña Carmen, que aprovechó para alzarle el brazo y hacerla girar sobre sí misma.

—Pues Inés, chiqui, perdona que te lo diga, pero eres es-pec-ta-cu-lar —sentenció doña Carmen—. Aquí tendrías un éxito arrollador. Los hombres con clase buscan mujeres como tú, que no necesitan pintarrajearse para estar divinas de la muerte.

Tenía una voz un poco varonil y un acento a la vez castizo y esnob; y el resultado de la mezcla era bobísimo y a la vez turbador. Inés ignoró sus piropos y volvió a la carga cuando por fin doña Carmen la invitó a sentarse:

—Verá. Mi amigo falleció hace un par de años y hay algunas circunstancias de su pasado que me gustaría aclarar. Se llamaba Emilio Santillán, no sé si le sonará de algo.

Doña Carmen alzó un poco el morrito que no podía apenas fruncir, como si ventease el peligro, y volvió a ahuecarse la melena.

—Yo estoy feliz de la vida de estar aquí contigo, chiqui. Pero hay conceptos básicos de discreción que en este negocio no nos podemos saltar a la torera, porque sería como matar la gallina de los huevos de oro —explicó, con un movimiento muy armónico de sus manos pulidísimas—. Ni sueñes que yo vaya a contarte ninguna intimidad que haya ocurrido entre estas paredes. Ni lo sueñes, chiqui. Todo lo que aquí ocurre está protegido por el secreto de confesión.

—No deseo saber intimidades de alcoba de nadie —insistió Inés, con una sonrisa modosita—. Recordará el escándalo de las tarjetas *black* de Hispabank...

Se mudaron las facciones de doña Carmen, hasta donde su rigidez de máscara lo permitía.

—Ay, no me hables de ese horror —suplicó, con un dengue de la mano—. Nos perjudicó muchísimo. Fue una faena que el nombre de nuestro local saliese a relucir. Una faena enooooorme.

La luz del despacho era muy matizada y oblicua, estudiada para que pasasen inadvertidos los rellenos de colágeno que protegían a doña Carmen de los estragos de la edad. Además, sentaba a sus interlocutores a una distancia de casi dos metros, para que no pudieran escudriñar las fallas del trampantojo: las manchas seniles en las manos, el hojaldre de arrugas del canalillo, las varices culebreantes de las pantorrillas.

—Emilio Santillán era el consejero de Hispabank al que se acusó de haber pagado con su tarjeta servicios en este local —dijo Inés, procurando apartar la vista de las fallas de doña Carmen, para no ofenderla—. Servicios, además, extraordinariamente caros. No sé si recuerda al señor Santillán...

—Lo recuerdo divinamente, chiqui —reconoció doña Carmen—. Pobre hombre. Es increíble la capacidad que hoy en día tienen los medios para destrozarse la vida de una persona con falsedades.

El hombrecillo del pecho empezó a tocar a rebato.

—¿Falsedades? —preguntó—. ¿Qué quiere decir?

—El señor Santillán sólo visitó nuestro local en una ocasión y no pasó de la planta baja —afirmó doña Carmen—. Vino aquí con otros tertulianos y presentadores televisivos. Lo recuerdo porque las chicas me advirtieron que habían llegado unos *vips* y bajé a saludarlos y darles un poco de coba. —Se rascó disimuladamente las comisuras de los labios, como si le picase la última inyección de ácido hialurónico—. A los *vips* les gusta que la dueña de la casa los halague; y, además, suelen tener cierta edad y las chicas no siempre colman sus apetencias. Necesitan conversar con una mujer con más recorrido, con más cultura, con más clase, ¿sabes? —Inés asintió, aunque no sabía de esas cosas—. Pero el señor Santillán no quería subirse con las chicas a una habitación ni tampoco tenía demasiadas ganas de conversar...

Y calló, tal vez porque la lastimaba recordar que aquel cliente había rechazado su clase, su cultura, su recorrido. Los labios de doña Carmen, un poco remangados, le impedían cerrar del todo la boca.

—Entiendo que no quiera revelar intimidades de sus clientes, pero...

—¿Es que no lo has entendido, chiqui? —se sorprendió doña Carmen. Su voz un poco varonil pretendía, sin embargo, sonar dulce—. Te estoy diciendo que el señor Santillán vino aquí arrastrado por los otros *vips*, o sea. Ni

siquiera se acabó su copa, y eso que yo le pedí porfaplís que se quedase un ratito más. Pero se excusó diciendo que tenía que madrugar al día siguiente. Pagó la copa y se largó.

—Y... ¿después de aquella noche no volvió?

—El señor Santillán jamás volvió por nuestro local. No se me olvida una cara así como así —aseguró doña Carmen—. Y la cara del señor Santillán era por entonces supermegaconocida, chiqui. Hasta hicieron carteles publicitarios con ella. Te aseguro que nunca fue cliente propiamente dicho del Penumbra.

—¿Y por qué no lo declaró, cuando salieron aquellas informaciones contra el señor Santillán? —preguntó Inés, atónita.

Doña Carmen la examinó otra vez de pies a cabeza con una mirada ponderativa. Pero esta vez su voz sonó desconfiada:

—Oye, chiqui, ¿trabajas para la policía o algo parecido?

—Le aseguro que no —se apresuró a responder Inés. Y perseveró en la mentira—: Tan sólo soy una amiga que quiere saber la verdad sobre Emilio Santillán.

Doña Carmen se levantó, para ir abreviando la reunión:

—Yo no sé si tu amigo el señor Santillán era un santito o no —dijo—. Lo que puedo asegurarte es que jamás solicitó los servicios de ninguna de mis chicas. Si mañana un juez me citase a declarar, diría exactamente lo que acabo de contarte. Pero ningún juez me llamó a declarar en su momento. Y, además, cuando se abrió el juicio, el señor Santillán ya había muerto...

Se sacudió las manos pulidísimas, en un gesto que evocaba el lavatorio de Pilatos. Inés adoptó una actitud quejosa:

—Pero la prensa estuvo machacándolo implacablemente. Todo el mundo dio por hecho que era un pu... Quiero decir, que había recurrido a los servicios que aquí se prestan.

Doña Carmen volvió a ahuecarse la melena, con signos evidentes de exasperación:

—Fueron muy pocos los medios que mencionaron el nombre de nuestro establecimiento —alegó—. Si yo entonces hubiese salido a la palestra para desmentirlo, el perjuicio para Penumbra habría sido todavía mayor, o sea. — Y mostró las palmas de las manos, muy arrugadas, en actitud resignada—. Ya puedes imaginarte, chiqui, que lo que nuestros clientes más valoran es que nuestro nombre no salga a relucir en los medios. Aquel escandalete de Hispabank ya nos hizo mucha pupa. Si yo hubiese salido a desmentirlo, habría sido nuestra ruina.

—Así que, para no arruinarse, dejaron que el asunto se fuera muriendo en el olvido —apostilló Inés, sin disimular el sarcasmo—. Y dejaron que el buen nombre de Santillán se arruinase a cambio.

—Hoy en día, las noticias se suceden a velocidad de vértigo —dijo doña Carmen, a modo de descargo—. Y con la misma velocidad se olvidan.

Y la tomó levemente del brazo, empujándola hacia las escaleras. Inés todavía se resistió un poco:

—Y, sin embargo, los extractos de las tarjetas de crédito nunca engañan... Quiero decir, si en el extracto de la tarjeta *black* del señor Santillán aparecía que se había gastado dos mil euros en Penumbra...

—Es porque alguien se los gastó utilizando su tarjeta —completó doña Carmen, enigmática—. Más claro, agua, chiqui.

Inés recordó, como en un fogonazo, a las dos niñas que había creído atisbar, jugando con consoladores como gominolas gigantes.

—Un gasto muy elevado, además.

—Así es, chiqui —dijo doña Carmen. Y le dirigió una mirada de inteligencia aviesa—. Lo que en el argot llamamos «servicios especiales».

Inés extrajo su móvil del bolso, buscó en el menú y le mostró una fotografía de Soraya.

—¿Pudo ser esta mujer la que contrató esos servicios?

Doña Carmen ahora la empujó sin violencia, pero también sin remilgos, hacia las escaleras. Curiosamente, no podía esbozar sonrisas naturales, pero sí sonrisas forzadas que revelaban el espectro de sus arrugas, como un ejército en la sombra, esperando abalanzarse sobre ella en cuanto descuidase su periódica dosis de bótox.

—Inés, cariño, eres divina y espectacular —la halagó, a la vez que la despachaba—. Pero está claro que no dominas el castellano. Ya te he dicho que jamás, pero jamás de los jamases, delataría a ninguno de nuestros clientes. Ha sido un gusto hablar contigo.

Y la condujo hasta las escaleras, invitándola a marchar. Inés hubiese querido estrangularla con sus propias manos, hasta aflojarle todos los pellejos del cuello que los cirujanos le habían recogido con pespuntes. Al bajar, no volvió a vislumbrar a las niñas que antes había creído ver jugueteando con consoladores. En la sala de la planta baja, las chicas que antes le habían parecido pibones se le antojaron lumias descangalladas, prestas a lanzarse sobre ella a la menor indicación de doña Carmen, para arrancarle los pelos y hasta los dientes.

Salió al callejón umbrío y respiró el aire del crepúsculo a bocanadas ansiosas. Experimentaba una sensación física de resaca, como si la breve visita al Penumbra le hubiese llenado el cuerpo de toxinas.

Tal vez Emilio Santillán hubiese llegado a creer fatuamente que le bastaría con dejar de utilizar artilugios informáticos o telefónicos para evitar su detección. Pero lo cierto era que, mientras otros los usasen para registrar sus datos, estaba igualmente a merced de quien quisiera localizarlo. Al inspector Cifuentes le resultó muy sencillo hacerlo. No tuvo más que conectarse con la base de datos del Ministerio del Interior en la que se facilitaban los nombres de todos los huéspedes registrados en cualquier establecimiento de hostelería de España. Los dueños de tales establecimientos —desde el hotel de máximo lujo hasta la fonda más inmunda— estaban obligados por ley a comunicar, en un plazo máximo de veinticuatro horas desde la inscripción del huésped, su nombre. Y nadie se atrevía a infringir la ley, sobre todo tras la psicosis desatada por el terrorismo islamista. Cifuentes introdujo el nombre de Efraín Vargas Cepeda en el buscador del programa y en apenas unos segundos apareció en la pantalla del ordenador el nombre del sitio donde se había hospedado, tres días atrás, sin que figurase de momento notificación de su salida. Se trataba de una oscura pensión, próxima a la estación de trenes de Atocha, de nombre Buenos Aires. Cifuentes sospechó que más bien serían fétidos y malsanos.

Su siguiente paso consistió en elegir, entre el montón de carnés de identidad extraviados que se amontonaban en la comisaría, uno que todavía no estuviese caducado y cuyo titular mostrase en la foto un borroso parecido con él. Por supuesto, a Cifuentes no le importó alborotarse el pelo, ni pegarse un bigote de guías caedizas para intensificar ese parecido. Se vistió unas ropas modestas y algo gastadas, llenó una maleta con cuatro cachivaches y se dirigió a la pensión Buenos Aires, donde se registró. Cuando la patrona le volvió la espalda para tomar del casillero la llave de su habitación, Cifuentes pudo pispar en el libro de entradas el número de la que ocupaba Efraín Vargas Cepeda.

—¿Y cuántos días se quedará el señor? —preguntó la patrona, devolviéndole el carné, después de tomarle los datos.

Era una mujeruca de voz cantarina y muy amojamada, como si se alimentase de cañamones. Cifuentes traía preparada la respuesta:

—En realidad, estaré apenas unas horas. Vengo de un viaje en avión agotador y tengo que tomar un tren esta noche, de madrugada; y tan sólo quiero descansar un poquito. —La mujeruca arrugó el morro, viendo que no era cliente duradero—. Así que, si a usted le parece bien, le abonaré ya la habitación, para no tenerla que molestar cuando me vaya.

A la patrona le pareció de perlas, pues le gustaba acostarse temprano y nada le molestaba más que andar a la caza de clientes trasnochadores o madrugadores; y más de perlas le pareció todavía que el nuevo huésped le diese una rumbosa propina. Cifuentes fingió que se instalaba en la habitación y deshizo la cama, para aparentar que había estado tumbado sobre ella. Se enfundó unos guantes de látex y salió sigilosamente, internándose por el pasillo lóbrego y de techos altísimos que conducía hasta la habitación del fingido Efraín. Cifuentes dejó atrás un baño comunal donde gargajeaba un huésped como si quisiera expectorar un cáncer de laringe. Las baldosas del suelo, negras y blancas, reproducían los escaques de un tablero de ajedrez, y muchas bailaban flojas en su hueco, invitando a jugar a la rayuela. La habitación de Efraín Vargas, que era la más apartada de la pensión, estaba emboscada al fondo del pasillo, en un recodo que no alcanzaban a iluminar los fluorescentes ronroneantes del techo. Cifuentes llamó a la puerta, pero nadie le respondió; y mantuvo durante unos minutos la oreja pegada a la madera, hasta comprobar que, en efecto, no había nadie al otro lado. Decidió que aguardaría el regreso de Emilio Santillán allí mismo, escondido en la sombra y pegado a la pared.

Así estuvo durante un par de horas, inmóvil y avizor, martirizado por el hormiguillo de los miembros que se le dormían y por los escrúpulos de conciencia. En más de una ocasión estuvo tentado de largarse, antes de que todo fuese irremediable. También estuvo tentado de renunciar al amor de Soraya y al botín de los cuatro millones de euros. Estuvo tentado, incluso, de permitir que Emilio Santillán se saliese con la suya, completase su fechoría y viviese a cuerpo de rey durante el resto de su vida en algún remoto paraíso fiscal. Pero, cada vez que lo rondaba la tentación del abandono, recordaba que ya no había marcha atrás. Si en algún momento se averiguaba que Santillán estaba vivo, Cifuentes sería acusado de encubrir la engañifa, así como todos

los crímenes perpetrados por Santillán para hacerla creíble. Además, un tipejo de aquella calaña no merecía que lo dejase marchar de rositas.

Así espantaba la tentación del desistimiento. Los crujidos de las maderas, los chirridos de los somieres, los gorgoteos de las cañerías lo mantenían en un constante estado de alarma. Hasta que, rondando la medianoche, Emilio Santillán volvió a la pensión. Como ya la patrona se había acostado, procuró no hacer ruido, pero no pudo evitar que sus pisadas sobre las baldosas flojas del suelo anunciaran su llegada. Como los fluorescentes no alcanzaban a alumbrar aquel recodo del pasillo, Emilio tuvo que hurgar en la cerradura, hasta lograr encajar la llave, mientras Cifuentes contenía la respiración. Al fin logró abrir la puerta; y entró en la habitación, después de pulsar el interruptor de la luz. Fue entonces cuando Cifuentes se abalanzó sobre él como un felino, derribándolo sobre el suelo, a la vez que cerraba la puerta tras de sí con un puntapié.

Emilio, sorprendido por el ataque traicionero, tardó en reaccionar. Pero al volverse y comprobar que el tipo que lo atenazaba por la espalda se había pegado un bigote postizo (que, con el forcejeo, se le había descolocado), intuyó que podía ser un policía, o algún detective que le rondara los pasos. Trató de alcanzar la mesilla, en cuyo cajón guardaba la pistola. Pero Cifuentes, más ducho que él en estas lides, lo inmovilizó en un santiamén, retorciéndole una muñeca y esposándosela a una pata de la cama. Emilio trató en vano de abrir las esposas y lanzó un pataleo desesperado; pero Cifuentes ya había tomado con sus manos enguantadas la pistola del cajón de la mesilla y lo estaba encañonando.

—Si se te ocurre gritar, te mato ahora mismo —lo avisó.

A continuación, sin dejar de apuntarlo, tomó un mando a distancia que reposaba sobre la mesilla y lo dirigió hacia un pequeño televisor de tiempos de Maricastaña que se alzaba sobre una repisa en la pared. Saltó al azar un canal donde una panda de energúmenos disputaban sobre fútbol. Cifuentes se colocó el bigote postizo, que ya casi no tenía adherencia.

—¿Quién cojones eres? —preguntó Emilio, malhumorado.

Le sonaba remotamente el rostro de su atacante, sin ser capaz todavía de identificarlo. Cuando Cifuentes encajó el silenciador en la pistola y comprobó que estaba cargada, empezó a temer por su vida. Trató de alzar a pulso la cama con la mano que le restaba libre, para sacar la esposa, pero Cifuentes se agachó raudo y le sacudió un puñetazo en los morros que le partió el tabique nasal. Al instante, un estallido de sangre le manchó el rostro. Su grito fue

aplastado por los berridos mucho más estrepitosos de los energúmenos futboleros.

—Quien yo sea carece de importancia —dijo Cifuentes, metiéndole casi el silenciador de la pistola en la boca—. Aquí lo importante es saber quién eres tú.

—Tengo mi pasaporte en el bolsillo del pantalón —masculló Emilio, aguantando el dolor de la nariz rota—. Me llamo Efraín Vargas Cepeda. Todos mis papeles están en regla.

Al principio, Emilio había pensado que Cifuentes fuese un policía dedicado a perseguir indocumentados. Pero entonces rescató de los yacimientos de su memoria unas fotografías que había visto en una de aquellas revistas atrasadas que leía en Bogotá. Aquél era el policía que acompañaba a Soraya a restaurantes más bien cutres, consolándola en su fingida viudez, con la esperanza de ligársela.

—No te llamas Efraín, hijo de la gran puta —le dijo—. Te llamas Emilio Santillán. Conozco demasiado bien tu historia.

Emilio le escupió a los ojos la sangre que ya le desbordaba la boca:

—Y tú eres un mequetrefe que ha caído en las redes de Soraya. Te acompaño en el sentimiento, cantamañanas.

Cifuentes ignoró su provocación, se limpió con la manga de la chaqueta y se alzó otra vez, buscando con la mirada el macuto que le había descrito Soraya. La habitación, muy despojada y pobretona, tenía un lavabo adosado a la pared, con grifos pasados de rosca y un espejuelo que había perdido el azogue. Y tenía también un armario ropero, grande como una carabela, que abrió, para comprobar que estaba vacío, con apenas tres o cuatro perchas huérfanas colgadas de la barra. Cifuentes bajó la persiana de la ventana, que daba a un patio interior muy angosto, con sigilo. Respiró hondo, tratando de conservar la tranquilidad.

—Has estado a punto de salirte con la tuya, mamón. Hay que reconocer que eres jodidamente listo —admitió con sorna—. Pero, como suele sucederos a los que sois tan listos, la soberbia acaba perdiéndoos. Olvidaste que todos los hospedajes de España están obligados a pasar a la policía los datos de sus huéspedes. Pensabas que tu falsa identidad te protegía. Pero Soraya recordaba el nombre del pobre mendigo colombiano al que asesinaste...

—Con su inestimable ayuda —apostilló Emilio.

—¡A Soraya la tenías completamente sometida, cabrón! —se revolvió Cifuentes con furia—. Sólo una mujer sometida pudo tragar con lo que ella

tragó.

—No sé a qué te refieres —dijo Emilio, con la mirada nublada o desvanecida—. Siempre la traté lo mejor que pude.

Cifuentes apretó el puño; los nudillos asomaron en la goma blanca del guante como una repentina floración de forúnculos.

—Te confieso que me admiran todas las artimañas que has empleado para salirte con la tuya —dijo, cada vez más excitado—. Parece mentira que seas el mismo tipo que fue dejando rastro con su tarjeta *black*. —Y lo miró con un gesto extraviado—: Los chochos te hacen perder la cabeza, ¿verdad?

—No tanto como a ti, gilipollas —dijo Emilio con desprecio.

Cifuentes volvió a golpearlo en la nariz partida, que crujió como si estuviese triturando una ternilla. La hemorragia volvió a reavivarse.

—Y ahora te las prometías muy felices, con todo ese dinero del seguro —prosiguió—. Imagino que pensarías que ibas a estar mojando el churruto sin parar, con unas y con otras, hasta el fin de tus días...

—Me debes de estar confundiendo con tu padre —lo cortó Emilio, insolente.

A Cifuentes le hervía la sangre. Pero debía reconocer, al menos, que Santillán no era un gallina que se acoquinase.

—Pues ya ves lo que son las cosas —reconoció—. Resulta que mi padre era también un putero repugnante como tú. Y a mi pobre madre le tocó aguantarlo toda la vida. El problema de los puteros como mi padre o como tú es que olvidáis que ir mojando el churruto en según qué chochos puede resultar muy peligroso. ¿No te hablaron en la escuela de las enfermedades de transmisión sexual? ¿O fuiste a uno de esos colegios para niños pijos en los que está prohibido hablar de ordinarieces?

—No sé a qué cojones te refieres. Suéltame y hablamos tranquilamente —propuso Emilio, tratando de embaucarlo—. Podemos llegar a un acuerdo que tal vez te interese.

Cifuentes rió regocijado, haciendo coro con los energúmenos de la tertulia futbolera, que celebraban algún chiste verde.

—En otras circunstancias, a cambio de una parte del botín, te habría dejado escapar. Lo que has hecho para burlar a la policía, a la compañía de seguros, a todo el mundo... Joder, macho, es para estudiarlo en la academia. —Sacudió la cabeza y chasqueó la lengua—. Pero cometiste el error de follar a pelo con putas y después contagiar a Soraya. Le causaste un daño enorme a tu mujer, capullo. Y eso no te lo puedo perdonar.

Todo el rostro de Emilio se arrugó de extrañeza, bajo la cortina de la sangre.

—Pero ¿de qué delirios hablas? Soraya se basta y se sobra para hacerse daño ella solita.

Cifuentes le dirigió una mirada consternada, como de capellán que no logra que el condenado al patíbulo abomine de sus culpas.

—En fin, no vamos a seguir discutiendo de cosas desagradables. Si me dices dónde guardas el dinero, te dejaré tranquilo. Como dice el refrán: «Aquí paz y después gloria».

No se le escapó a Emilio el soniquete sarcástico. Esbozó una sonrisa hueca:

—¿Palabra de honor? ¿No me volverás a molestar?

—Palabra de honor —aseguró Cifuentes.

Pero ambos sabían que no les restaba ni un ápice de honor. Y, para entonces, Emilio lo único que no hubiese soportado era dar con sus huesos en la cárcel.

—Está debajo de la cama —indicó.

Cifuentes se asomó. Y, en efecto, bajo el somier combado por el uso, pegado contra la pared, camuflado de tamo y de pelusas, estaba el macuto de lona roja y sucia que Lucía le había descrito.

—Has hecho muy bien en decírmelo —dijo, cacheteándole la mejilla—. Tu colaboración voluntaria te va a salvar de la cárcel.

Cifuentes amartilló la pistola y apretó el cañón contra la sien de Emilio, que ni siquiera ofreció resistencia, como si todo hubiese dejado de importarle.

—Yo, en cambio, espero que tú te pudras en ella, polizonte —lo maldijo Emilio—. Lo tienes muy difícil para librarte. Y te aseguro que Soraya no irá a visitarte cuando estés preso. Venga, mátame de una puñetera vez.

Y miró a los ojos a Cifuentes, que le susurró:

—No puedo matar a un muerto. Será el propio Efraín Vargas Cepeda, un pobre diablo sin oficio ni beneficio, el que se quite la vida. Sin despedirse siquiera de sus seres queridos.

—Ya encontraré el modo de favorecerlos desde el otro barrio —farfulló Emilio.

En la televisión, los futboleros discutían a grito pelado de penaltis y fueras de juego. Cifuentes apretó el gatillo y la sofocada detonación pasó inadvertida entre sus alaridos. Sostuvo el cuerpo de Emilio, para que el impulso del disparo no lo arrojara al suelo. En torno al orificio de entrada, la pólvora le

había chamuscado la piel; y brotó un estornudo de sesos hechos papilla que dejó su rúbrica sobre las baldosas.

—Tú ya no vas a poder favorecer a nadie, gilipollas —murmuró Cifuentes.

A Emilio Santillán se le había quedado una mueca socarrona en los labios que lo desasosegó. Liberó el cadáver de la esposa que lo mantenía amarrado a la cama y, tomando su mano inerte, la obligó a empuñar la pistola. Luego puso el cadáver bocabajo para que pareciese que había caído de bruces sobre el suelo al dispararse, justificando así el destrozo de su nariz y la hemorragia. Comprobó muy exhaustivamente que la posición del cadáver no fuese forzada y que resultase congruente con las salpicaduras de masa encefálica sobre las baldosas. Cuando al fin quedó conforme, se arrastró, rebozándose de pelos y pelusas, hasta alcanzar el macuto, que pesaba como un muerto, más incluso que Santillán. Cuando al fin logró sacarlo, abrió la cremallera con la rapidez de un relámpago.

Cubría su contenido una elegante gabardina que Cifuentes apartó de un zarpazo.

Debajo había ropas harapientas y resudadas. Camisas hechas un gurrño. Chándales horriblos de coderas desgastadas. Deportivas de colores desteñidos que en otro tiempo tal vez fueron chillones. Zapatos con la suela agujereada. Calcetines con olor a queso de Cabrales. Calzoncillos con palominos.

Cifuentes creyó oír un rumor de escarcha quebrada. Era su sangre, helándose en las venas.

Lucía había prometido a su jefe, en compensación por el día que se había tomado libre tras sufrir la agresión en el portal, que se quedaría haciendo inventario de existencias y poniendo lustrosos los escaparates. Las rebajas se iniciarían a la semana siguiente y convenía tenerlo todo en orden, pues esperaban que su clientela acudiera en tropel al reclamo de los precios bajos. Al acabar el horario de atención al público, Lucía bajó parcialmente las persianas metálicas y se puso manos a la obra, organizando por tallas el calzado que se almacenaba en la trastienda y exponiendo en los escaparates las ofertas más llamativas. Lucía tenía, además, un especial gusto para presentar los escaparates, combinando de manera a la vez armónica y desconcertante estilos, hechuras y colores aparentemente incompatibles. En esta tarea la halló absorta Inés cuando se acercó a la zapatería. Eran casi las diez de la noche; de una noche calurosa y cárdena que llenaba el cielo con premoniciones de sangre. Inés golpeó la persiana metálica; y Lucía, que en esos momentos se hallaba en cuclillas ordenando un escaparate, la alzó para permitirle el paso. Antes de volver a bajarla, la besó sin rebozo, por si alguien no se había enterado todavía de que tenía novia.

—Gracias por venir a recogerme —dijo Lucía, exultante—. Me hace mucha ilu. Pero todavía me queda un rato, antes de terminar.

—No te preocupes, no tengo prisa.

A Inés la desarmaba aquel candor jubiloso que de repente había florecido en Lucía. Y le daba un poco de apuro describirle su visita al Penumbra, porque no deseaba ensuciar aquel candor y mucho menos resucitar sus demonios. Se sentó en una de las butacas dispuestas para que los clientes se probasen el calzado, entre montañas de cajas que Lucía empezó a colocar en las estanterías a una velocidad endiablada, como si supiese de memoria el sitio que le correspondía a cada una.

—Estuve husmeando un poco en el escándalo de Hispabank —se atrevió a decir finalmente.

Su voz había sonado atolondrada o vergonzante. Lucía formuló una mueca de desagrado:

—Jo, Inés, de veras que no puedo entender que sigas rebuscando en la mierda. —Suspiró, más ofendida que resignada—. Como comprenderás, no me agrada que me recuerden que mi padre fue un putero y un ladrón de la peor calaña.

—Ladrón no te lo discuto —murmuró Inés—. Putero te aseguro que no. Al menos no a cargo de su tarjeta *black*.

Lucía se volvió intrigada:

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Tendrás que aceptar que no revele mis fuentes —dijo Inés, con una sonrisa pudorosa—. Pero lo sé de modo fehaciente. No sé si esta revelación te consuela o te la suda; pero lo cierto es que tu padre nunca se gastó en putas el dinero que le atribuyeron. Además, he comprobado los días en que, según los extractos de su tarjeta, se supone que hizo ese gasto. Resulta que fue, precisamente, en los días que estuvo dando esas conferencias en un instituto de empresa de Barcelona...

Calló pudorosamente, dejando que Lucía completase el razonamiento. Estaba a la vez pasmada y sobrecogida:

—Quieres decir en los días en que...

El horror y el asco la habían dejado afónica. Inés se decidió a completar la frase:

—Los días en que te quedaste sola con Soraya, en efecto. Los días en que saliste con ella, bebiste un poco y perdiste la noción de la realidad, para encontrarte a la mañana siguiente en la cama con unas niñas del Este. Esos días, exactamente esos días.

Lucía resopló, todavía incrédula. Le costaba enhebrar las palabras, como si su lengua se resistiese a mencionar siquiera tanta obscenidad:

—Quieres decir que... Soraya pagó a esas niñas con la tarjeta de mi padre...

—Más probablemente a la persona que se las consiguió. Sospecho que sería la dueña de un local muy exclusivo que luego apareció en el extracto de la tarjeta *black* de tu padre. Pero esos detalles escabrosos, en realidad, son lo menos importante. Lo escalofriante es que Soraya utilizase la tarjeta de la que era titular tu padre para algo así.

—Para arruinar vidas... —susurró Lucía, que no acababa de asimilar la revelación.

—La tuya de forma inmediata —asintió Inés—. Y, desde luego, logró los efectos que buscaba: que fueses echada de casa, que tu padre renegase de ti... y que te quitase como beneficiaria. Pero también buscaba arruinar la vida de tu padre, de otra forma mucho más sibilina. Había dejado en su tarjeta *black* una bomba retardada que podía hacer estallar en pedazos todo su prestigio y conducirlo a la desesperación. Y en ese callejón sin salida al que Soraya aspiraba a conducir a tu padre estaba siempre...

—La indemnización del seguro —la completó Lucía.

—Efectivamente —continuó Inés—. Si la desesperación llevaba a tu padre al suicidio, Soraya cobraba la indemnización del seguro. Y si lo llevaba a otra solución todavía más desesperada, como fingir su muerte para iniciar otra vida de incógnito lejos de España, Soraya también cobraba la indemnización del seguro... Y con el dinero en sus manos, ya vería luego el modo de deshacerse de tu padre. Soraya siempre se las arregla para conseguir lo que quiere. Es una mujer con muchos recursos.

Lucía hizo un mohín de disgusto. Permaneció callada durante largo rato, digiriendo las explicaciones de Inés.

—Mi padre siempre fue un cabrón conmigo —dijo al fin, golpeada por sentimientos contradictorios—. Pero te confesaré que me alegra saber que no hizo esos gastos que en su día le atribuyeron... ¿Y cuál será el próximo paso que des?

Inés se repantigó sobre la butaca y fijó la mirada en el techo:

—Bueno, ya sabes que me he prometido averiguar quién mató a mi socio —respondió—. De momento, mañana llamaré a Provita, para informarles del descubrimiento que he hecho. Es verdad que no afecta directamente al asunto que a ellos les incumbe, pero tal vez los anime a seguir investigando. —Se sacudió una palmada en las rodillas y se levantó de la butaca de un brinco, en una invitación al activismo—. Pero si ellos no me financian, seguiré por mi cuenta.

Alguien golpeó la persiana metálica en ese preciso instante. Resultó ser el jefe de Lucía, un hombre rechoncho y bonachón, con una cara de bebé sonrosadote que la calvicie hacía todavía más graciosa. Lucía le presentó a Inés con tanto énfasis que enseguida su jefe entendió que entre ellas había tomate; y, para contribuir a la salsa, lanzó tales elogios encendidos de su dependienta que logró ruborizarla. También le dio permiso para que se marchase a casa, antes de que se hiciera por completo de noche y ni siquiera

podieran tomar un bocado antes de acostarse. El inventario de existencias ya estaba concluido; y a los escaparates sólo les restaban unos detalles que perfectamente podrían rematarse en otro momento. Antes de que marcharan, el jefe de Lucía se pegó una sonora palmada en la frente.

—¡Anda la leche, se me olvidaba! —exclamó, mientras abría uno de los cajones del mostrador—. Esta mañana un mensajero trajo un sobre para ti.

Lucía ya se había encorvado para salir de la zapatería, esquivando la persiana metálica.

—¿Un sobre para mí? —preguntó, volviendo sobre sus pasos—. ¡Qué cosa más rara! Jamás nadie me había mandado nada aquí...

Su jefe había extraído el sobre del cajón y lo balanceaba entre sus manos, como si tratase de sopesarlo.

—También a mí me extrañó —aseguró—. Además, carece de remitente. Y en la dirección ha puesto el nombre antiguo de la calle. Eso es porque la consultó en la web de la zapatería. A ver si la actualizo de una maldita vez.

Tendió el sobre a Lucía, que estaba comida por la curiosidad, al igual que Inés. Era de un papel muy grueso que no transparentaba su contenido; y en su anverso figuraban tan sólo el nombre y los apellidos de la destinataria, y la dirección de la zapatería, sin ningún otro tipo de indicación. Pero Lucía había reconocido la caligrafía; y al instante palideció, como si la rondase un desmayo. Se la guardó dentro de la cazadora.

—¿Qué te pasa? —se interesó su jefe—. ¿Es que no la vas a abrir? ¿No tienes curiosidad por saber quién te la manda?

A Inés no le había pasado inadvertida la turbación de Lucía. Improvisó:

—Seguro que es ese tío cerdo que siempre te piropea cuando salimos a correr.

Por supuesto, ni salían a correr ni había tío cerdo alguno que la piropease. Pero Lucía le siguió la corriente:

—Ah, claro. Ya no me acordaba de él. Menuda pesadilla.

Se despidieron otra vez de su jefe, procurando que el sobre de marras quedase olvidado sin levantar sospechas. Afuera, la noche era una inmensa y palpitante tela de araña, esperando a su presa; y la luna estaba como preñada de sangre. Montaron en el coche. Lucía permanecía silenciosa y pálida, tratando de asimilar lo que su razón todavía repudiaba, tratando de aceptar que los fantasmas existen.

—Déjame adivinar... —dijo Inés, arrancando el coche—. Has reconocido la letra de tu padre, ¿a que sí?

—¿Cómo lo has sabido? —se sobresaltó Lucía—. A ver si resulta que eres pitonisa...

Avanzaban por calles amortajadas de silencio.

—Venga, tía, ¿tú te has visto la cara que pusiste cuando tu jefe te dio el sobre? —protestó Inés—. Parecía que te hubiesen dejado sin sangre. ¿Por qué no lo abres de una vez?

—Me da bastante yuyu —reconoció Lucía—. Es muy fuerte. Siempre me tomé un poco a coña tu tesis de que mi padre pudiese estar vivo.

Miraba con ojos medrosos la noche que se agolpaba detrás del parabrisas, como si se asomara a un pozo donde se esconden los secretos del pasado. Inés, en cambio, no podía disimular su alborozo:

—Siempre supe que Antonio tenía razón. El hombrecillo que le daba los avisos nunca falla —dijo, golpeándose el pecho—. Venga, ábrelo y saldremos de dudas.

Se habían detenido ante un semáforo inútil que apenas tenía tráfico que distribuir. Venciendo sus recelos, Lucía rasgó el sobre, que era de un papel muy correoso y resistente. Para su sorpresa, no había dentro ninguna carta ni mensaje que aclarase el misterio, sino tan sólo una especie de cupón. Lo miraron más detenidamente, para desentrañar mejor su naturaleza. Se trataba de un tique expedido por alguna máquina, con unos códigos de lectura electrónica y una clave alfanumérica: M57. En su parte superior podía leerse: «Estación de trenes de Atocha».

—¿Y esto qué significa? —preguntó Lucía, por completo desorientada.

Se acercaban ya al extrarradio, donde la oscuridad era aún más densa y las calles más deshabitadas. Hasta la luz de los faros parecía arredrarse. Inés se fingía abstraída en la conducción, pero su mente se hallaba muy lejos de allí, lanzada a una vorágine de especulaciones.

—Es un tique de consigna —dijo al fin.

—¿De consigna? —se sorprendió Lucía.

—Sí, ya sabes, ese lugar que hay siempre en las estaciones, para que puedas dejar en depósito tu equipaje —le explicó, como si fuese tonta—. Tu padre ha dejado algo en la consigna de la estación de Atocha y quiere que tú lo recojas.

Habían llegado ya ante el portal. A Lucía la abrumaba la responsabilidad que, de repente, arrojaba sobre sus hombros un padre al que creía muerto desde mucho tiempo atrás. Por otro lado, ¿qué podía querer su padre que ella recogiese? ¿Y si se trataba de una trampa? ¿Y si la carta ni siquiera la enviaba

su padre, sino alguien que sabía imitar a la perfección su letra? Agobiada, reclamó auxilio:

—¿Y qué crees que debemos hacer?

Inés consultó el reloj del salpicadero y habló con gran aplomo:

—La consigna de Atocha cierra a las diez, así que por hoy nada podemos hacer. Habrá que esperar a mañana para tomar decisiones.

Salieron ambas del coche y se dirigieron al portal. Mientras el ascensor las subía hasta el estudio, Inés observó que Lucía estaba por completo desazonada; y de vez en cuando la recorría un espasmo, premonitorio de la crisis nerviosa. A Inés, por su parte, el hombrecillo de las corazonadas le aporreaba el pecho. Empezaba a comprender lo sucedido; pero todo lo veía, por el momento, como en una nebulosa.

—¿Tú crees que alguien puede querer engañarnos? —le preguntó Lucía.

—Tendremos que andarnos con mucho cuidado, por si las moscas —dijo Inés—. Mañana, a primera hora, llamaré a un amigo policía. Le contaré lo sucedido y le pediré que nos acompañe a la estación, para abrir la consigna en su presencia. Así nos evitaremos disgustos.

Pero empleaba un tono rutinario muy poco convincente, como a veces se emplea con los niños para que dejen de dar la tabarra. La sacudida del ascensor al llegar a su destino las sobresaltó. Entraron a oscuras en el estudio y Lucía tropezó con el maletón de Inés, que todavía seguía rodando por allí sin encontrar su sitio.

—Joder, me voy a matar cualquier día con este armatoste —protestó. Y añadió, agorera—: Me temo que no voy a pegar ojo en toda la noche, pensando en lo que pueda estar esperándonos en la puñetera consigna.

Por la ventana del estudio se colaba de rondón la luz cárdena de la luna, que silueteaba a Lucía. Inés advirtió que volvía a sacudirla otro espasmo.

—De eso nada —la reconvino—. Lo que tienes que hacer es dormir bien, para estar mañana fresca y en plenitud de facultades. Además, andar especulando con lo que pueda haber o dejar de haber en esa consigna es completamente absurdo. Quién sabe, incluso, si no estaremos siendo víctimas de un bromazo —dijo, restando importancia al episodio. Y añadió—: Anda, dame el tique, no lo vayas a perder.

Lucía se lo tendió sin rechistar, con la fe ciega que depositamos en nuestros salvadores, e Inés lo depositó sobre la repisa próxima a la puerta donde también dejaban las llaves. Su rostro se había ensombrecido; y para que Lucía no lo advirtiese se puso a calentar el vaso de leche con miel que

todas las noches le preparaba. Lucía, entretanto, había encendido la televisión, para espantar la zozobra viendo algún programa insustancial.

—¿De veras crees que mi padre puede estar vivo? —preguntó.

Subrepticamente, Inés molió tres pastillas somníferas, triplicando la dosis que le había administrado los días anteriores, y las arrojó a la leche humeante.

—No lo sé, yo también estoy hecha un lío —dijo, ofreciéndole el vaso—. Anda, tómatela, que te vendrá de perlas.

Lucía la bebió, aplicada y desprevenidamente, de un solo trago, hasta vaciar el vaso. Cuando lo apartó de la boca, la leche le había dejado unos berretes blancos en derredor de los labios. Inés se los limpió a la vez que la besaba; pero no pudo evitar la enojosa impresión de que sus besos, al menos por aquella noche, eran besos de Judas.

—Tengo miedo, Inés —le confesó Lucía—. Toda esta historia me da un mal rollo tremendo.

Y se frotaba los brazos, como si le costara contener la tentación de ofrecer un tributo de sangre a cambio de un poco de quietud. Inés trató de tranquilizarla:

—No te preocupes, que yo estoy aquí para protegerte —dijo. Pero la avergonzaba su hipocresía—. Vamos a dormir, que tienes que estar molida, después de trabajar tantas horas. Mañana será otro día.

Se acostaron juntas, adoptando la posición que ya habían elegido como favorita. Lucía se volvía de espaldas, recogida sobre sí como un feto; e Inés pegaba su pecho y su vientre a su espalda, envolviéndola como si fuese un capote o una placenta. En apenas unos minutos, Lucía se había quedado ya dormida, con un sueño muy profundo y espeso, el sueño casi mineral de los somníferos.

Inés, en cambio, estaba muy despierta. Sacudiéndose los remordimientos, se despegó de Lucía, que había empezado a roncar. Tenía toda la noche por delante; pero tendría que aprovechar cada minuto.

Aquella iba a ser la noche más larga de su vida.

—¡Soraya, chatina! —la saludó exultante la Borbona, en cuanto descolgó el teléfono—. No sé a qué esperas para venirte a Biarritz. Hace un tiempo espléndido. Te espero ansiosa.

No podía haber elegido un momento más inoportuno para llamarla. Después de haberla mantenido en vilo durante todo el día, sin atreverse a revelar ni insinuar nada por teléfono, Cifuentes se había presentado al fin en Las Rozas, a la conclusión de su jornada. Y le había contado sin anestesia ni paños calientes lo ocurrido la noche anterior en la pensión Buenos Aires, dejándola hundida en el abatimiento. En aquel estado la había sorprendido la intempestiva llamada de la Borbona, que según lo convenido utilizaba la invitación para anunciarle que ya había abierto a su nombre una cuenta en las islas Caimán y esperaba la entrega de los billetes. Soraya se esforzó por disimular:

—¡Qué alegría tan grande me da, doña Soledad! —dijo, pero su voz no revelaba ni un ápice de júbilo—. De aquí a un par de días espero poder presentarme en su casa.

La Borbona se escamó:

—¿Y no podría ser mañana mismo?

—Lo intentaré, doña Soledad, pero es que... —improvisó sobre la marcha — he tenido que llevar el coche al chapista, para que me lo pinten. Usted no se preocupe, que en cuanto esté todo en regla me planto allí en un periquete.

—Procura que sea cuanto antes, chatina, no sea que se estropee el tiempo —se despidió la Borbona, deslizándose tal vez una advertencia.

Soraya colgó, devastada por la noticia que Cifuentes acababa de darle. Su sueño de alcanzar una nueva vida, lejos de aquella letrina, se derrumbaba y hacía añicos. Habían volado los cuatro millones de euros que tan pacientemente había recolectado durante dos años; y con ellos volaba también la transacción con la Borbona en Biarritz, y su proyectada huida al Uruguay

con las espaldas bien cubiertas. Y la culpa de todo la tenía aquel inepto que tenía ante sí. En su día, había considerado que un hombre tan turbulento sería fácilmente manipulable; y, en honor a la verdad, Cifuentes le había rendido grandes servicios, a cambio de casi nada. Por momentos, había llegado incluso a tomarle cierto cariño; un cariño melancólico, como el que se tiene a una mascota coja. Pero Soraya había olvidado que la gente fácilmente manipulable suele ser también demasiado impulsiva y vehemente. Empezó a jugar nerviosa con un chirimbolo de mármol de forma semiesférica, tal vez un pisapapeles, que reposaba sobre la mesilla del teléfono. Tuvo que reprimir la tentación de estrellárselo en la crisma.

—¿Quién era? —se atrevió a preguntar Cifuentes.

—¿Y a ti qué coños te importa, rico? —estalló—. ¡No entiendo cómo se te pudo ir la pinza de esa manera! Hace falta ser pringao...

Al pensarlo con cierta perspectiva, se daba cuenta de que un hombre que se enamora al saber que la mujer que lo ha puesto cachondo padece papiloma sólo puede ser un perverso o un necio. Pero de nada servía ya lamentarse. Cifuentes se excusó bobalicónicamente:

—Como el macuto coincidía exactamente con la descripción que me habías hecho...

Cifuentes estaba desolado y no podía parar quieto ni un instante. Y se llevaba las manos a la cabeza, a veces para taparse el rostro, avergonzado, a veces para propinarse mojicones en la frente, enfadado consigo mismo. Sabía que había dado un paso sin marcha atrás. Había matado a un hombre, por el afán de conseguir una fortuna y ganar el amor de una mujer. Ahora la fortuna se había esfumado; y la mujer lo repudiaba por inepto. Se había quedado descompuesto y sin novia. Apenas unos días antes acariciaba el ascenso; y ahora podía dar con sus huesos en la cárcel por una larguísima temporada.

—Lo que no entiendo —le reprochó Soraya, en un tono desabrido— es por qué no abriste el macuto y comprobaste su contenido, antes de columpiarte de esa manera. Podrías haberlo torturado, hasta sacarle la verdad. Se supone que los maderos os conocéis de pe a pa todas las técnicas de tortura. Pero, claro, como vas de sobrao por la vida, te flipaste...

—No te creas que hubiese sido tan sencillo —se defendió Cifuentes—. Al cabrón de tu marido no le importaba morir, una vez que se vio pillado. Yo te diría, incluso, que buscaba adrede la muerte. Desde luego, la prefería a la cárcel. Y no podía ponerme a torturarlo así como así en la pensión. Sus gritos habrían despertado a los otros huéspedes y habría sido peor el remedio que la enfermedad.

—¡Pero es que aquí no hay enfermedad que valga, pedazo de subnormal! Lo has matado de un tiro. ¡De un tiro nada menos! —bramó—. Y me vienes con chorradas de que si lo hubieses torturado sus gritos habrían despertado a no sé quién...

—Le disparé con su propia pistola, que tenía silenciador —se defendió Cifuentes—. La misma pistola con la que antes él había matado a Rafa.

Soraya dejó el pisapapeles sobre su regazo y empezó a acariciarlo como si fuese un cachorro desvalido. Masticaba mucho su rabia, para que no se le atragantase:

—Lo que nos faltaba. El inspector Arias, cuando sepa que ambos han muerto con la misma arma, pensará que el tal Efraín era el imaginario compinche de Rafa... Ya me dirás tú cuánto tardará en atar cabos y descubrir que era en realidad mi marido. Nos van a meter en el trullo.

Cifuentes denegó obstinadamente con la cabeza, como si quisiera borrar esa premonición:

—Lo dispuse todo para que pareciese un suicidio. El suicidio de un pobre diablo sin trabajo, sin familiares, sin amigos, un muerto de hambre más solo que la una —dijo, tratando de convencerla—. Nadie tiene por qué vincularlo con el asesinato de Rafa.

—Ahora los programas informáticos lo vinculan todo, en cuanto descubren algún elemento común... —Cerró los ojos y aspiró aire muy lentamente, tratando de serenarse—. Espero que al menos tarden en descubrir el cadáver...

—Dejé puesto el cartel de «No molestar» en la puerta de su habitación —dijo Cifuentes, atreviéndose al fin a sentarse a su lado en el sofá—. Así que, con un poco de suerte, pueden tardar todavía en descubrirlo. Desde luego, hasta que vine aquí, no se había hecho ninguna denuncia. Me he tirado todo el día con la oreja pegada a la emisora.

—Espero que, al menos, no hayas dejado el lugar del crimen regado de pruebas...

—Estate tranquila —dijo, con involuntaria comicidad—. Fui muy cuidadoso. No olvides que soy un profesional. Además, todo ocurrió en la habitación de una pensión cochambrosa, en la que había pelos y restos biológicos de decenas de huéspedes anteriores. Tendrías que haber visto la cantidad de pelusas que había debajo de la cama...

—Así lo espero, por tu bien —lo cortó—. Porque te recuerdo que con este muerto cargas exclusivamente tú.

Soraya miró a Cifuentes con desprecio o asqueada compasión. Estaba completamente segura de que habría dejado huellas que lo incriminarían; y, tarde o temprano, sus compañeros descubrirían que aquel Efraín Vargas era en realidad Emilio Santillán. Cifuentes trató de tomarla de la mano, consternado, pero Soraya la retiró como si quemara. No estaba dispuesta a que la rozase siquiera.

—Ahora deberíamos pensar dónde puede estar el dinero... —murmuró Cifuentes.

—¿Pues dónde quieres que esté? —se encabritó—. Evidentemente, en manos de algún ricachón que, a cambio, habrá transferido a Emilio otro tanto en algún paraíso fiscal. —Las lágrimas se le agolparon en los ojos—. ¡Cuatro millones de euros depositados en una cuenta que nadie usará! ¡Tirados a la basura por tu culpa!

—No creo que sea como dices... —se atrevió Cifuentes a contradecirla.

—Tú qué coños sabrás... El mismo Emilio me explicó que usaría este procedimiento para sacar el dinero del país...

—No niego que ese fuera el procedimiento que planeaba —dijo Cifuentes, que en esta ocasión pensaba más rápido que Soraya, tal vez porque no lo ofuscaba la rabia—. Lo que niego es que hubiese colocado ya el dinero. Si lo hubiese hecho, se habría marchado pitando de España, que es donde corría más peligro de que lo pillasen. Habría tomado el primer vuelo rumbo a cualquier país exótico. Pero no lo había hecho; y entre sus pertenencias no había ningún billete de avión, las revisé a fondo y puedo asegurártelo. —Y, al recordar el estado menesteroso e inmundo de sus pertenencias, no pudo reprimir un gesto de asco—. Además, ¿por qué seguía hospedado en aquella pensión cochambrosa? Me parece evidentísimo: todavía no había conseguido dar el cambiaso. Ese dinero tiene que estar en algún sitio que él juzgase seguro. Tal vez se lo haya dado a alguna persona de su confianza para que se lo guarde, o lo haya escondido en algún lugar seguro, para poder luego disponer de él con facilidad y a la vez no tener que estarlo vigilando constantemente. Santillán sabía que tú estarías hecha un basilisco. Y podía imaginarse que, a la más mínima oportunidad, tratarías de recuperar el dinero. Así que decidió ponerlo a buen recaudo.

Soraya se atrincheró en el mutismo, mientras empezaba a entender lo que su marido había hecho. Pero todavía se resistió a ceder:

—Lo dudo mucho. Emilio no tenía amigos. Todos le dieron la espalda cuando saltó el escándalo de las tarjetas *black*. Y durante dos años ha estado

completamente aislado, viviendo en otro país como un perro. Estaba completamente solo.

Y, de repente, Soraya sintió una pena incongruente por Emilio, cuyo cadáver ya habría empezado a azulear y a pudrirse en aquella sórdida pensión. Sintió pena por no poder velarlo, por no poder acompañarlo al cementerio, por no poder impedir que lo enterrasen en alguna fosa común (o, todavía peor, que lo utilizaran para clases prácticas de disección). Pero fue apenas un instante de flaqueza. Cifuentes volvió a llevarle la contraria:

—Aunque no tuviese amigos, tenía aquella hija que tanto te daba la lata... ¿Cómo se llamaba?

—Lucía —respondió áspera—. Pero había dejado de hablarse con ella hace por lo menos tres años. Se odiaban mutuamente. Emilio habría recurrido antes a su peor enemigo.

Cifuentes hizo una mueca de disconformidad:

—Tú misma acabas de decirlo: Santillán estaba completamente solo. Y durante dos años había permanecido aislado y muy lejos de aquí. La distancia y las penalidades nos hacen mirar con nostalgia hacia el pasado. Y con misericordia a quienes nos hicieron daño. —Su voz sonó algo pesarosa, como si se solidarizase con su víctima—. En dos años, tuvo mucho tiempo para pensar y revisar el concepto de las personas que había dejado aquí.

—Esas revisiones sólo las hacen los débiles... —comentó Soraya, desdeñosa.

—No todos somos tan fuertes como tú —murmuró Cifuentes—. Pero no, Soraya, no sólo los débiles. También los despechados. Tu marido pensaba que lo habías traicionado. Y, cuando nos falla lo que creíamos firme, buscamos otro anclaje.

Era una tesis peregrina, pero también bastante plausible. La sangre siempre termina, tarde o temprano, ejerciendo sus derechos. Desde luego, Emilio había tenido que verse muy acorralado para recurrir a Lucía, a quien tanto había maltratado en el pasado; pero a Soraya no se le ocurría nadie más a quien pudiera recurrir. O había confiado el dinero a su hija o había que darlo por perdido para siempre. Era la única posibilidad que le restaba de recuperarlo. Y se agarró a ella:

—Sigues sin convencerme del todo —dijo, para que Cifuentes no se creciese—. Aunque, desde luego, sería lo menos malo que podría ocurrirnos.

Cifuentes necesitaba reivindicarse ante ella:

—Si te parece, puedo hacerle una visita, para otear el panorama...

—¡Ni se te ocurra! —se espantó Soraya—. Ya has demostrado tu inutilidad una vez. No quiero que vayas dejando por ahí un reguero de sangre. Ya me encargaré yo.

—¿Y yo qué quieres que haga, entretanto? —preguntó, ansioso por agradarla.

Soraya lo miró caritativamente:

—Estate quietecito —respondió—. Preocúpate de averiguar si descubren el cadáver de Emilio y si el inspector Arias ata cabos. No quisiera llevarme más sorpresas.

Cifuentes asintió, disgustado como el niño al que se ha privado de su juguete para siempre. La miró con ojos de cordero degollado y la retuvo un instante por el brazo:

—¿Seguimos juntos? —le preguntó, apremiante.

—Por supuesto, cariño —respondió—. Juntos hasta el final.

Inés se dejó caer derrengada sobre la cama. A su lado, Lucía seguía durmiendo a pierna suelta, ajena a las tribulaciones y agonías que habían mantenido a Inés en vela durante toda la noche. Contempló, a la luz todavía dudosa que se filtraba por las rendijas de la persiana, el cuerpo tatuado y blanquísimo de Lucía, la gracia infantil y escurrida de su cuerpo, los muslos muy flacos, como de cigüeña caída del nido, en contraste con el vello inesperadamente adulto del pubis. Se abrazó a ella, reconcomida por los remordimientos, que la seguían martirizando por haberla drogado y dejado sola durante toda la noche, y trató de acompasar su respiración agitada con la plácida y mansa de Lucía, para que se le contagiase su sueño. Pero los ajeteos de la noche habían sido tan intensos que se sentía incapaz de encontrar sosiego, al menos hasta que todo se resolviese. Además, había empotrado su maletón debajo de la cama, para que no les estorbase el paso; y su lado del colchón quedaba muy abultado, impidiéndole encontrar una postura cómoda.

No había pasado ni siquiera media hora cuando sonó el timbre de la puerta. Inés miró la hora en el reloj de pulsera que no había dejado de consultar en toda la noche y comprobó que apenas eran las ocho de la mañana de un domingo de mayo. Inés se levantó sigilosa, cuidando de no despertar a Lucía, cruzó descalza el estudio y cerró tras de sí la puerta que separaba el exiguo vestíbulo del resto de la vivienda. Sospechó que los acontecimientos se iban a precipitar, antes incluso de lo previsto, y quería mantener al margen a Lucía, en lo que fuera posible. Sonó por segunda vez, impaciente, el timbre. Inés se armó de valor y abrió la puerta.

Ante ella estaba Soraya.

Esbelta y orgullosa como una estatua griega, con la melena de azabache tapando parcialmente su rostro. En las revistas aparecía siempre entre risueña y pavisosa; pero aquella Soraya que veía por primera vez al natural era una

mujer de sonrisa helada, algo demacrada y ojerosa, como si también hubiese pasado la noche en vela, y con un horrendo hematoma en un pómulo. Vestía unas mallas y un top muy prietos que le marcaban hasta el bajo relieve de las vacunas. De su hombro le colgaba un bolso que debía de pesarle mucho, porque las asas se le clavaban en la piel.

—¡Anda! —se sorprendió Soraya—. ¿Y tú quién eres?

Inés no se arredró:

—¿No te parece que eso más bien debería preguntarlo yo?

—¿No vive aquí Lucía Santillán? —se impacientó Soraya.

—Está durmiendo —respondió Inés en voz baja. E hizo un gesto que tal vez fuera ridículo para que Soraya la imitase—. ¿Quieres que le deje algún recado?

Al fin Soraya se dignó mirarla. Lo hizo detenidamente, de pies a cabeza, con insolencia y regodeo.

—Veo que mi hijastra sigue tan bollera como siempre —comentó sarcástica—. Aunque hay que reconocer que no tiene mal gusto. Nunca lo tuvo, en realidad.

Inés la miró también de arriba abajo. Procuró resultar hiriente:

—¿Sabes, Soraya? Siempre he pensado que de niña tuviste que sufrir mucho... Si no, no se entendería que seas tan hija de puta.

La risa juguetona de Soraya se hizo despectiva:

—Mira, cariño, no tengo tiempo ni ganas de pelearme contigo. He venido a que me devolváis mi dinero y no me gustaría tener que llevármelo a la fuerza. Pero, si te empeñas, no tendré ningún problema en hacerlo.

Y se descolgó el bolso, en el que guardaba el pisapapeles de mármol. Inés se volvió instintivamente hacia la repisa donde había dejado el tique de la consigna, en el que Soraya todavía no había reparado; pero su movimiento, tal vez un poco torpe y premioso, bastó para que lo hiciera. Antes de que Inés pudiera coger el tique de la repisa, Soraya hizo voltear el bolso como si fuese una honda y lo descargó sobre su cogote, con tal fuerza que logró descalabrarla y derribarla a la primera. Además, en su caída Inés se golpeó la sien contra el canto de la repisa. Si el primer impacto había logrado aturdirla con un vivísimo dolor, el segundo le hizo perder la consciencia.

Pero no la perdió de forma inmediata, como siempre había imaginado que ocurriría. Fue más bien como la benéfica acción de una anestesia. Primero notó una niebla en la mirada, luego una flojera extendiéndose por todos sus miembros y ya por último una sensación de marasmo y de caída, mientras sus sentidos se disolvían, mientras todo su ser se precipitaba en un abismo sin

fondo. Pero hasta ese abismo llegaban —como ecos o reverberaciones de una vida anterior— fogonazos de luz y retazos de voces.

Todavía alcanzó a ver desde el suelo a Soraya tomando de la repisa el tique de la consigna y mirándolo con perplejidad, en su anverso y en su reverso, hasta caer en lo que significaba. Todavía alcanzó a escuchar la voz de Soraya, remotísima y distorsionada, pero llena de alborozo:

—Vaya, maridito mío, sólo a ti se te ocurren estas ideas...

En cambio, ya no pudo ver cómo Soraya se guardaba el tique en su bolso, ni cómo rebuscaba en el bolso de Inés —que también se hallaba sobre la repisa—, hasta dar con la cartera en la que guardaba su documentación. Aunque rubia y algo más vieja que ella, Inés guardaba un cierto parecido con Soraya en los rasgos faciales. Pensó que aquellos documentos podrían resultarle muy útiles en la huida y se los guardó.

—Ha sido un placer, nena —se despidió de Inés—. Espero que no volvamos a vernos nunca.

Y se dispuso a marchar. Pero cuando ya tenía un pie en el rellano, no pudo sustraerse a la tentación de entrar en el estudio, para comprobar si, en efecto, Lucía se hallaba allí, dormida, como había afirmado su amiga o amante. Y, en efecto, lo estaba, tumbada sobre la cama en posición fetal, como si se avergonzara de sus tatuajes y heridas o quisiera esconder su desnudez, que tenía algo de ángel rescatado del barro y algo de víctima de una hambruna. Estaba tan flaca que daba un poco de grima; pero esa grima siempre se había mezclado en Soraya con una atracción morbosa a la que nunca había podido sustraerse. Mientras la veía dormir, pensó que sería muy sencillo estrellarle en la cabeza el pisapapeles, estrellárselo una y otra vez hasta convertir su cráneo en una pulpa sanguinolenta. Pero en su lugar se inclinó sobre ella y empezó a acariciar su cuerpo, empezó a besar sus pezones casi masculinos, empezó a besar cada una de sus cicatrices, para por último besarla en la boca, buscando su aliento con la lengua. Y, mientras ejecutaba esta turbadora liturgia, Lucía ronroneaba muy gratamente, sin llegar a despertarse, intuyendo tal vez, desde los pasadizos del sueño, que la estaba besando Inés.

—Siempre me hubiese gustado que fuésemos amigas —le susurró Soraya al oído, cínica o afectuosamente—. Pero caímos en trincheras distintas. Lo siento si te hice daño. No fue nada personal.

Y Soraya se apartó de la cama, para abandonar a la carrera el estudio, sorteando el cuerpo inerte de Inés, que había empezado a sangrar por la brecha del cogote.

Cuando Lucía despertó, tres horas más tarde, se preguntó cómo habría podido dormir durante tanto tiempo; y le llegó una reminiscencia de los sueños placenteros que había tenido durante las últimas horas, en los que Inés la besaba y hacía todo tipo de carantoñas (o tal vez hubiesen sido carantoñas y besos verdaderos). Pero Inés no estaba en la cama. Lucía la llamó varias veces sin obtener respuesta; hasta que, cuando ya daba por hecho que habría salido a hacer algún recado, le respondió con voz desfallecida desde el vestíbulo. Lucía saltó entonces de la cama como un resorte y se tropezó con Inés en el vestíbulo, tratando de levantarse del suelo a trompicones, como si se hallase bajo los efectos de una borrachera. Cuando vio la mancha de sangre en el parqué, Lucía empezó a hiperventilar.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó alarmada y a punto de echarse a llorar—. Respóndeme, Inés. ¿Qué te ha pasado?

Estaba completamente histérica. Inés le echó un brazo sobre los hombros, para afianzar sus primeros pasos.

—Conocí al fin a Soraya —dijo—. Y me temo que no le he caído demasiado bien.

Caminaron juntas hasta el lavabo, encorvadas y tambaleantes como dos viejecitas. Inés examinó ante el espejo el chichón que le abultaba la sien y la costra de sangre reseca en torno a la brecha del cogote. Luego consultó resignadamente la hora en su reloj de pulsera. Había permanecido casi tres horas sin conocimiento.

—Hay que llamar de inmediato a la policía —dijo Lucía.

—No, no, ni se te ocurra. Tenemos que dar un poco de tiempo todavía —la disuadió Inés, enigmática—. Ahora me gustaría tumbarme. El golpe me ha dejado un poco mareada.

Y no exageraba. Le parecía que el estudio daba vueltas en derredor suyo, como un tiovivo. Se dejó caer sobre la cama y notó, clavada en el costado, la dureza de la maleta.

—Ha sido Soraya, ¿verdad? —le preguntó Lucía.

Inés respondió otra vez en clave:

—Sabía perfectamente a lo que venía. Y cree que lo ha conseguido. Pero se equivoca.

—Vas... —balbució Lucía, quejosa y con los ojos llenos de lágrimas—. Vas a tener que explicarme lo que está pasando.

Inés asintió y tomó su mano, para aquietarla.

—Encantada de hacerlo —dijo—. Pero primero sácame la maleta de debajo de la cama, que me está destrozando la espalda.

Soraya montó en el mismo taxi que la había llevado hasta Fuenlabrada y se había quedado esperándola en la calle, mientras resolvía sus diferencias con aquella amiga o amante de Lucía. Era domingo y las carreteras estaban casi vacías, gozosamente vacías, llenas de viento y velocidad, como pistas de despegue hacia la tierra prometida. Soraya indicó al taxista que la llevara a la estación de Atocha y le pidió que le abriera las dos ventanillas traseras, para que el viento entrara por ambas al galope, y le sopapeara el rostro, y le alborotara los cabellos hasta dejárselos como a una bacante, y ahuyentara de su cabeza todas las ideas funestas que, durante las últimas horas, casi habían llegado a desesperarla.

Emilio había sido, desde luego, muy inteligente, guardando el dinero en una consigna de la estación y entregando el tique a Lucía. Así creía haberse asegurado de que no cayese en manos de Soraya, en caso de que a él le sucediera algún percance. Pero Soraya siempre había tenido la suerte de cara, durante los dos últimos años, porque la suerte sonrío a los audaces; y esta carambola final lo confirmaba, entregando al fin el disputado dinero a quien se lo había ganado con el sudor de su ingenio. El taxi atravesaba Madrid como una exhalación, dejando atrás calles radiantes de un sol invisible que no se paraba quieto en el cielo (parecía como si las nubes lo llevaran de un lado a otro, ocultándolo entre su celaje), mientras tañían las campanas de las iglesias con una alegría que se contagiaba a Soraya. Estaba, en verdad, tan alegre que estuvo tentada de asistir a misa por primera vez en muchos años, al menos a una misa pachanguera celebrada por el padre Ángel, para dar gracias por el feliz término de su empeño. Pero no debía emocionarse demasiado; pues aunque finalmente hubiese salido vencedora de todo aquel embrollo, aún le faltaba rematar la faena.

—Espéreme aquí sin moverse —indicó al taxista, cuando llegaron a la estación de Atocha.

Y entró en el edificio antiguo, que la recibió, bajo las bóvedas metálicas, con un clima de invernadero. En la terraza que se desplegaba en derredor del jardín tropical había bastantes cacatúas y lagartonas que desayunaban opíparamente, mientras rajaban de sus maridos pitopáusicos. Soraya se paseó entre las mesas meneando el culo, para chincharlas, antes de entrar en la consigna. Comprobó que la referencia alfanumérica que figuraba en el tique se correspondía con una de las taquillas más apartadas y espaciosas. Pasó el código electrónico por el lector de la cerradura; y la taquilla cedió con un chasquido promisorio.

Emilio había cambiado su cochambroso macuto por una maleta de polipropileno metalizado, muy ligera, funcional y resistente. Al abrir la cremallera para verificar su contenido, la sacudió el olor correoso e inconfundible del papel timbrado, mezcla de parafina y de tinta. Los billetes estaban repartidos en paquetes de doscientos mil euros, guardados en bolsas negras de basura y envueltos en cinta de embalar, tal como Emilio los había dispuesto, cuando la obligó a punta de pistola a sacarlos de la caja acorazada del banco. Soraya palpó los fajos e inclinó la cabeza hasta meterla por la abertura de la cremallera, para embriagarse con aquel aroma bendito. Antes de que la embriaguez le hiciera perder el sentido, cerró la cremallera y extrajo la maleta con gran esfuerzo de la taquilla, para apoyarla en el suelo sobre las ruedas.

Empuñó el mango extensible y abandonó a paso ligero la consigna. Mientras cruzaba el vestíbulo, exageró el contoneo de su culo pluscuamperfecto, para volver a fastidiar a las cacatúas y lagartonas que rajaban de sus maridos. Aquel era el último paseíllo que brindaba a la curiosidad de las chonis españolas; y se esforzó porque les resultara especialmente aflictivo. Cruzó casi a la carrera la explanada ante la estación y se metió en el taxi, después de haberle hecho sitio a la maleta, que pesaba como la enciclopedia Espasa, que en paz descansa.

—Ahora lléveme de vuelta a mi casa en Las Rozas, por favor —indicó al taxista.

A medida que se acercaba a Las Rozas, le iba entrando, hambre de hamburguesas chorreantes de triglicéridos, hambre de patatas fritas en aceite de palma y aros de cebolla con una costra de rebozo más gorda que una llanta de camión. Pero todavía tendría que contener un poco su ansia de comida basura; todavía tendría que tener un poco de paciencia antes de celebrar su triunfo y resarcirse de tantas humillaciones y privaciones pretéritas. La urbanización que en unos pocos minutos abandonaría para siempre le pareció

de repente horrenda, con sus setos como murallas altivas, sus chalés como moteles de una ciudad fantasma, sus jardines como huertos baldíos para pijos estresados. Pagó al taxista pródigamente y se dirigió hacia la rampa del garaje, arrastrando tras de sí la maleta con el dinero. Por el camino se le cruzó un gato albino haciendo interrogaciones con la cola; por supuesto, lo tomó como un signo de buen agüero. Abrió el portón del garaje con el mando a distancia.

—¡Soraya! —la llamó Cifuentes.

El taxi que la había traído se perdía ya a lo lejos. Cifuentes había permanecido apostado en su coche durante toda la noche, aparcado a escasos metros de su casa y en vela, para no dejar de escuchar ni por un instante la emisora interna de la policía, atento a cualquier novedad sobre el asesinato de Efraín Vargas Cepeda. Estaba pálido y ojeroso, con la barba más crecida que nunca; y la fiebre del miedo esmaltaba su mirada.

—Hace poco más de media hora llamó la dueña de la pensión a la comisaría del distrito —le dijo en voz baja, en cuanto se reunió con ella—. Ya encontraron a tu marido. En estos momentos están procediendo al levantamiento del cadáver.

La noticia no alteró ni lo más mínimo a Soraya, que no estaba dispuesta a que un levantamiento de nada perturbara su júbilo. Dirigió el llavero del cierre centralizado hacia su Opel Corsa, que abrió sus puertas con un gorgorito.

—Mantengamos la calma, Ramiro —dijo, caminando hacia el coche—. Si acaban de descubrirlo todavía tardarán unas cuantas horas, tal vez días, en empezar a atar cabos. Y puede que nunca lleguen a darse cuenta de que era Emilio, quién sabe.

A Cifuentes lo sorprendió aquel súbito optimismo; pero, por supuesto, se adhirió de inmediato a él. Soraya abrió la portezuela del copiloto e inclinó el asiento contra el salpicadero, para poder acceder a los cajones camuflados en la parte trasera.

—¿Has... has conseguido el dinero? —preguntó Cifuentes, reparando en la maleta.

Soraya abrió los cajones; y a continuación posó horizontalmente la maleta en el suelo y abrió su cremallera. Empezó a trasladar los paquetes de uno a otro recipiente, ante la mirada atónita y admirativa de Cifuentes.

—Naturalmente que sí —dijo Soraya, con cierta presunción o coquetería—. ¿O creías que iba a ser tan patosa como tú?

—Nunca... nunca dudé de tus capacidades —balbució Cifuentes.

Pero su voz había sonado algo mohína o agraviada. Soraya decidió que no tenía ningún sentido seguir haciéndole reproches, ahora que todo había llegado a buen puerto. A fin de cuentas, Cifuentes le había hecho muchos favores, y ninguno a la postre tan digno de gratitud como el asesinato de Emilio. Como tenía que estirarse mucho para meter los paquetes de billetes en los cajones, exponía su culo pluscuamperfecto al escrutinio de Cifuentes, que no se recató de palparlo libidinosamente. A Soraya estos manoseos, que tanto le recordaban las aficiones paternas, la sublevaron; pero se contuvo, pues ya era el último pelo que se dejaba en la gatera.

—Tenías razón, Ramiro —dijo, mientras proseguía su labor—. Se ve que Emilio, en el fondo, era un débil. Había enviado el dinero a la bollera de su hija.

—¿Ves como de vez en cuando conviene que me hagas un poquito de caso? —preguntó Cifuentes, haciéndose el machito. Y sin solución de continuidad, lanzó—: He pensado que te acompañaré hasta la frontera. Y luego me volveré en un tren nocturno.

—No creo que sea lo más recomendable, Ramiro —se resistió, mientras colocaba los paquetes en los cajones—. Ahora lo que nos conviene es que no nos vean juntos. Una vez que doña Soledad cumpla con lo prometido, yo me largaré pitando al Uruguay. Es allí donde debemos reunirnos. Es lo que habíamos convenido y también lo más prudente.

Se volvió hacia Cifuentes, que había dejado de manosearla y la miraba con aire entre chulesco y suspicaz.

—Ya, preciosa, pero he decidido que voy a acompañarte hasta la frontera. No porque desconfíe de ti, sino porque quiero asegurarme de que nadie te haga daño —se justificó cínicamente—. Además, así podré darte algún relevo al volante.

Rió, celebrando virilmente su superioridad. Soraya interrumpió por un instante el traslado de los paquetes y se volvió hacia él, sumisa:

—Está bien, cariño. Si así lo prefieres, así se hará.

Cifuentes se quedó un tanto perplejo, ante la falta de oposición. Preguntó:

—¿Has llamado ya a tu contacto, para decirle que vas de camino?

—No, no, ya sabes que cuanto menos se utilicen los móviles, mejor. Y te ruego que, si vamos a viajar juntos, dejes el tuyo en tu coche —respondió Soraya, haciendo hueco para los dos últimos paquetes, uno en cada cajón—. A mi contacto lo llamaré al cruzar la frontera, desde el hotel en el que me hospede. Ya le advertí en su momento que estuviese atento y no se moviese de casa.

Cerró los cajones atestados con algún esfuerzo, después de echar una mirada satisfecha al alijo. Cifuentes estaba otra vez magreándola. Cuando se volvió, descubrió, como se temía, que se había puesto palote. Era una suerte que los hombres, por muchos cálculos que hiciesen, a la postre siempre acabaran viendo el mundo con mirada de cíclope.

—Si no fuera porque tenemos prisa, te propondría que echásemos aquí mismo un polvo, para celebrarlo —dijo Cifuentes, con un gesto triunfante.

Soraya lanzó una risa cantarina. No estaba dispuesta a que las intemperancias de Cifuentes le amargasen el día de su triunfo:

—¡Qué cosas tienes, Ramiro! —exclamó, juguetona—. No creo que ponernos a echar un polvo sea lo más prudente, justo cuando tus compañeros están levantando el cadáver de mi difunto marido.

Guardó la maleta vacía en el maletero del coche, junto a su equipaje.

—Joder con tu difunto marido —se quejó Cifuentes—. Sigue ganando batallas después de muerto.

Rieron ambos la broma macabra. Luego se abrió un silencio expectante, que llenó el canto matinal de los pájaros y el zumbido de los aspersores que regaban algún jardín colindante. Soraya dirigió a Cifuentes una mirada devota:

—Pero de alguna manera, aunque sea mínimamente, tendremos que celebrarlo —dijo—. Lo que ha ocurrido en los últimos días nos une para siempre.

—Hasta que la muerte nos separe —completó Cifuentes, con una fórmula que sonó más fatídica que nupcial.

Soraya rodeó la mesa de ping pong donde, dos años atrás, Emilio y ella misma habían lavado y acicalado al mendigo Efraín, y se dirigió al botellero que había al fondo del garaje. Desde la marcha de Emilio, Soraya no había vuelto a probar el vino; y sobre las botellas se acumulaba un polvo tan renegrido como su conciencia. Eligió un burdeos antiquísimo, casi arqueológico, que Emilio consideraba la joya de su colección. Descorchó la botella sin importarle que sus manos quedasen tiznadas.

—Vamos a brindar por nuestra alianza —propuso Soraya.

Cifuentes se había asomado al interior del Opel Corsa, para contemplar engolosinado el ingenio de los cajones, que se mimetizaba perfectamente con la tapicería y apenas elevaba la altura del asiento trasero.

—Por supuestísimo, preciosa —dijo él, abandonadas o al menos diferidas las prevenciones.

Soraya tomó un par de copas que, a diferencia de las botellas, estaban impolutas, porque ella misma se había encargado de dejarlas allí la noche anterior, al igual que el sacacorchos. En una de ellas había vertido una abundante dosis de burundanga, la misma burundanga que había dejado fuera de juego al mendigo Efraín, la misma burundanga que Soraya había empleado antes con efectos óptimos para tender una trampa a Lucía. Colmó las copas de aquel vino precioso y oscuro como un coágulo de sangre y volvió con ellas hasta el coche, donde Cifuentes seguía comprobando el funcionamiento de los cajones.

—Es una idea cojonuda —ponderó—. Aunque te inspeccionaran en la frontera, pasarían desapercibidos.

Soraya tendió a Cifuentes la copa con la burundanga, a la vez que alzaba la suya en un brindis.

—Por nosotros —dijo.

A Cifuentes lo inquietaron un poco sus ojos, anchos y vacíos, pero bebió a la par que ella, primero un buchito, después un largo trago hasta casi apurar la copa.

—Tiene un sabor muy especial —sentenció—. Se nota que es un vino de categoría.

—Y tanto que lo es —dijo, colgándose de su cuello para besarlo—. Como tú.

Cifuentes quiso tomarla en volandas para besarla más largamente, pero sintió que las rodillas le flojeaban, como si Soraya pesase una tonelada. Abrió los ojos exageradamente, haciendo un gran esfuerzo por mantenerse despierto. Soltó a Soraya y se le cayó el vaso de las manos, para hacerse añicos en el suelo.

—¿Qué... que me has hecho, mala puta? —masculló, articulando cada palabra con esfuerzo, como si le hubiesen extirpado los órganos de fonación.

La miraba con oscuro pavor; y Soraya le mantenía la mirada sin pestañear, contemplando los estragos de la burundanga en su organismo. Cifuentes, que cada vez pensaba con mayor torpeza, trató de llevarse una mano al costado, para desenfundar su pistola; pero por el camino el brazo se le convirtió en un cuerpo extraño e invertebrado, como las piernas, que primero lo hicieron tambalearse y después caer de culo, incapaces de sostenerlo. Antes de perder por completo el sentido, Cifuentes notó que los remordimientos pesaban sobre su conciencia como una losa. Su cabeza se llenó de pensamientos cada vez más incoherentes, hasta que todos se esfumaron al unísono, como si se le hubiesen saltado los fusibles; y su mirada se mantuvo fija, clavada en Soraya.

—Vaya, chico, veo que te has indispuerto. ¡Qué inoportuno! —exclamó, burlona. Pero Cifuentes ya no podía oírla, o tal vez sí, pero desde luego no podía responderle—. Tendré que marchar entonces sin ti, espero que lo comprendas. —Le revolvió el pelo, cariñosamente. Y, antes de meterse en el coche, se bajó las mallas y se mostró desnuda ante él—. Mira, tontaina, el chochito que nunca cataste y ya nunca catarás. Hermoso y sano como una rosa. Te tragaste la trola del papiloma; y, desde ese momento, todo fue sobre ruedas.

Se levantó otra vez las mallas, que se ciñó sin demasiado melindre, con una desenvoltura de choni que en otro tiempo habría arruinado su prestigio de chica glamurosa. Tomó una mano inerte de Cifuentes y se puso en cuclillas ante él, para susurrarle al oído:

—Espero que sepas inventarte una buena historia, cuando te interroguen tus compañeros. De lo contrario, te vas a pudrir en la cárcel.

Y se subió al coche, sin mayor dilación. Extrajo del salpicadero unas gafas de sol setenteras, de montura sicodélica y lentes enormes que alcanzaban a taparle el cardenal del pómulo. Partió con ímpetu, sin preocuparse siquiera de cerrar el portón del garaje, dejando a Cifuentes refugiado en la sombra y la inconsciencia, donde se le pasarían las horas en blanco, mientras Soraya devoraba quilómetros hasta alcanzar la frontera.

Soraya se detuvo en un centro comercial a las afueras de Las Rozas, para que le tiñeran en una peluquería el pelo de una tonalidad rubio ceniza. En realidad, tuvo que teñírselo más bien ella, porque la peluquera demostró ser una zafia sin estilo; y, aunque tenía su antiguo oficio un tanto oxidado después de tantos años de inactividad, todavía lo dominaba infinitamente mejor que muchas petardas que se las daban de sabihondas. Por supuesto, antes de abandonar el centro comercial, se aprovisionó con un cargamento de hamburguesas y otras bombas calóricas para el viaje.

Y, como tenía el depósito del coche lleno y se sentía pletórica, ya no se detuvo ni una sola vez durante las más de cinco horas que tardó en llegar a la frontera. A Soraya, sin embargo, se le hicieron cortas, porque no dejó de embaular la comida basura que se amontonaba en el asiento del copiloto, que había pretendido ocupar el iluso de Cifuentes. Y el asfalto de la carretera le parecía un camino empedrado de oro que al fin recorría sola, sin molestas compañías masculinas. Cuando la tarde empezó a caer, con esa estéril majestad que tienen las tardes de mayo, ya se hallaba en tierras vascas. El paisaje umbroso y fértil, tapizado de bosques que tal vez escondiesen los muertos de una guerra no declarada, ensució un poco su alegría, aunque no tanto como las largas colas que se habían formado en el paso fronterizo. Al parecer, se había extendido el rumor de que los islamistas se disponían a atacar otra vez en la capital francesa; y guardias civiles y gendarmes colaboraban en la inspección de los coches, creando un formidable atasco. A Soraya le tocó en suerte un picoletto bisoño, con ese toque chulángano que tienen los macarras con vocación de porteros de discoteca cuando se ven embutidos en un uniforme. Bajó la ventanilla y esbozó la mejor de sus sonrisas, que ahora además era sonrisa de rubia.

—¿Lleva todo el equipaje en el maletero? —le preguntó el guardia civil, echando un vistazo somero al interior del coche.

—Así es, guapetón. Puedes comprobarlo si te apetece —dijo, mirándolo con descaro—. ¿Necesitas también la documentación?

Y, antes de que se la pidiera, le tendió la cartera de Inés, en la que estaban su carné de identidad y su permiso de conducir. El picoletto los examinó con una mirada desganada y borreguil. Luego fue a asomarse con la misma desgana al maletero del coche, llevando de la trailla un perro. Soraya se tranquilizó pensando que habría sido adiestrado para olfatear explosivos, no montañas de billetes. El picoletto volvió al poco a la ventanilla, donde esta vez se acodó, algo más confianzudo, o con ganas de ligue. Puesto que había cambiado de identidad, Soraya se permitió ser un poco guarrilla:

—¿Y no me vas a cachear, guapetón? Seguro que sabes hacerlo muy, pero que muy requetebién.

El muy macarra esbozó una sonrisa fanfarrona, la misma que habría esbozado mil veces a la puerta de las discotecas, en una vida anterior, antes de admitir a sus amiguitas bolingas a cambio de llevárselas a la cama después del cierre.

—Porque me pillas de servicio, que si no...

—Pero seguro que tienes un permiso pronto —abrevió Soraya—. Si te apetece, pregunta por mí en el Hôtel du Palais. Podemos quedar a tomar algo juntos.

El macarra le sacó la puntita de la lengua y la hizo titilar, en un gesto obsceno que le revolvió las tripas. Pero sonrió halagada a la vez que arrancaba, para entrar en territorio francés, en donde esperaba parar el tiempo mínimo imprescindible para completar su transacción con la Borbona, antes de tomar un vuelo transatlántico. Al otro lado de la frontera, los colores del paisaje se le antojaron más vivos y fúlgidos, como pintados con esmalte. El rugido del Opel Corsa, que llegaba a Biarritz exhausto y renqueante, le pareció sin embargo un ronroneo grato, acompañado con el fiero latir de su corazón. Aunque estaba agotada, tras la acumulación de emociones vividas durante las últimas horas, sentía una exultación nueva burbujeando en cada célula de su cuerpo. Se apartó las gafas de sol y contempló en el espejo retrovisor el hematoma del pómulos, las ojeras demasiado hondas, la piel demasiado ajada, sobre todo en las comisuras de labios y párpados. Se prometió que el primer dinero que gastase en Uruguay sería precisamente para borrar esos signos apremiantes de decadencia y también los rasgos más distintivos de su rostro, hasta volverse irreconocible.

La carretera discurría paralela al Cantábrico, entre villas de lujo y una vegetación siempre lozana. Soraya bajó la ventanilla, para respirar la brisa; y

programó el tontón para que la condujese al fastuoso Hôtel du Palais, que tenía algo de tarta de merengue y algo de balneario para momias de postín. Aparcó el coche en la zona más apartada del *parking*, donde se dedicó durante un rato a vaciar los cajones y volver a llenar la maleta con los paquetes de billetes, tan abultados que apenas le permitieron cerrarla (indudablemente, Emilio se había dado más maña en colocarlos, o lo había hecho con más calma que ella, pudiendo calcular mejor los espacios). Cuando por fin terminó, arrastró la maleta hasta el vestíbulo del hotel. De repente cayó en la cuenta de que vestía una ropa muy poco indicada para el lujo del lugar; pero pensó que a las ricas se les perdonan todas las extravagancias indumentarias, sobre todo cuando tienen un culo pluscuamperfecto. Y, mientras caminaba por alfombras mullidas, bajo la luz de arañas que lanzaban destellos con todos los colores del arco iris, no se privó de contonearse un poco. Se dirigió al recepcionista de gesto más estereotipado e impersonal, que a Soraya le pareció sin embargo el más hospitalario del mundo.

—Buenas tardes, caballero —saludó—. ¿Tienen habitaciones libres?

El recepcionista le habló en un español detestable, con su aderezo de gangoseos gabachos:

—Sólo nuestra *suite* Royal, señora. Debería haber reservado antes...

—La *suite* Royal me parece ideal —lo cortó Soraya—. Es justo lo que buscaba.

Le tendió el carné de la amiga o amante de Lucía y, mientras el recepcionista le tomaba los datos, se permitió incluso quitarse las gafas de sol, segura de que la hinchazón del pómulo difuminaba sus diferencias fisonómicas. Cuando el recepcionista acabó la inscripción, hizo sonar una campanilla, cuya reverberación en el vestíbulo atrajo a un botones que la quiso conducir hasta el ascensor; pero Soraya le pidió subir por la gran escalinata alfombrada. Por supuesto, cargó al botones con la maleta y lo antecedió en el ascenso, meneándole el culo exageradamente, para que se llevase una buena propina a casa. En cuanto se quedó a solas en la *suite*, abrió de par en par los ventanales que parecían un trampolín a la bravura del mar Cantábrico. Las olas se rompían en los bajíos, en una agitación de espumas que avivaron todavía más su júbilo. Respiró el aire salobre de la playa, que era el aire de la impunidad. Y, anegada de aquel aire, se dejó caer sobre la cama mullidísima, ancha como una pista de tenis, hundiéndose entre un ejército de almohadas y cojines. Soraya había descifrado, al fin, ese secreto terrible que sólo los más intrépidos se atreven a descifrar: que la resistencia capaz de hacer frente a cualquier adversidad se halla dentro de uno mismo.

Los débiles suelen buscarla en otras personas, de las que insensatamente se fían; y los más fantasiosos, incluso, la depositan en esa quimera a la que llaman Dios. Pero Soraya se había bastado a sí misma para afrontar una complejísima empresa que ahora coronaba con éxito, después de mil sinsabores y asechanzas. Y así, confiando siempre en sus propias fuerzas, había alcanzado una nueva y definitiva dimensión de la libertad ansiada desde niña, una libertad sin hombres que acudieran a ensuciarla con su deseo. Tomó el teléfono de la mesilla y llamó a la Borbona:

—¡Querida doña Soledad! —exclamó zalamera, en cuanto escuchó su voz de vieja curruca al otro extremo de la línea—. Ya me tiene en Biarritz. La llamo desde el Hotel Palais.

No se molestó, por supuesto, en pronunciarlo a la francesa, pues ya no tenía que comportarse como una chica glamurosa. La Borbona estaba que no le cabía un piñón por el culo:

—¡Ay, qué alegría más grande me das, Soraya! Y has venido antes de lo que esperaba. Ayer me dejaste un poco inquieta...

—Es que me llamó justo cuando tenía a un perro de presa detrás de mí... —se excusó, jovial—. Pero no se preocupe, ya me lo quité de encima.

—¿Un perro de presa? —se asustó la Borbona—. ¿No querrás decir un policía o cosa semejante?

Había que andarse con cuidado, porque la vieja era suspicaz y resbaladiza como una anguila:

—¡Oh, no, doña Soledad! —la tranquilizó, adoptando un tono despreocupado—. Era el pesado de Bosé, que se me presentó en casa sin avisar, empeñado en que saliese en su videoclip. ¡De rodillas me lo pedía, fíjese usted qué delirio!

—La vida es una continua caja de sorpresas, chatina —sentenció la Borbona—. Ya ves tú, hasta Bosé se vuelve loco por tus huesitos.

—¡Y por lo que no son huesitos precisamente, doña Soledad! Que una, aunque bien repartidas, también tiene sus chichas —dijo, mientras le venía un regüeldo con sabor a hamburguesa—. Pues, en lo que a mí se refiere, ya estoy dispuesta a concluir nuestro pacto en cuanto a usted le parezca bien.

A la Borbona se le hizo la boca agua y los dedos huéspedes:

—Me parece de perlas, chatina. Ahora mismo te envío a mi chófer para que te recoja. En apenas un cuarto de hora lo tienes ahí. —Hizo una pausa, que Soraya imaginó que emplearía para relamerse—. Como en el sitio al que tenemos que llamar son apenas las once de la mañana, podremos dejarlo todo cerrado hoy mismo.

—Pues no se hable más —zanjó Soraya—. En quince minutos estaré a la puerta del hotel.

Y colgó sin despedirse, harta de absurdas gentilezas. Dudó si pegarse un baño; pero decidió que la Borbona tampoco iba a morirse por respirar los efluvios de su sudor ni por verla en mallas, y hasta puede que le gustara, pues evidentemente tenía su ramalazo bollerón, escondido entre el ramaje de su árbol genealógico. En lugar de perder el tiempo en el baño, Soraya decidió entretenerlo oliendo, contemplando y manoseando los billetes que durante dos años había recolectado y custodiado con mimo; y de los que en apenas unos minutos tendría que desprenderse para siempre. Abrió la cremallera y apartó la tapa de la maleta; luego cogió uno de los paquetes y se lo llevó al rostro, para aspirar el aroma del papel timbrado. Pero, para su sorpresa, el aroma le llegó muy mitigado, o tal vez ni siquiera le llegó. Supuso que, con tanto trasiego de cajas de seguridad, macutos, maletas, consignas y cajones, podría haberse disipado, hasta hacerse casi imperceptible.

Se pegó todavía más a la cara el paquete y volvió a aspirar. Pero sólo distinguía el olor del plástico de la bolsa, un olor romo y neutro que en nada se parecía al olor característico del papel timbrado.

Alarmada, trató de despegar la cinta de embalar. Como le fue imposible, rasgó con ferocidad la bolsa.

Sintió que los cimientos del hotel se movían, sacudidos por un terremoto. Pero no había tal terremoto. Eran sus rodillas, que no podían sostenerla de pie.

Dentro de la bolsa no había más que papelorios. Cortados a la medida exacta de los billetes, pero papelorios en blanco.

La *suite* Royal, de repente, se convirtió en un inmenso vacío sin dimensión ni perspectiva; y el rugido de las olas al chocar contra los bajíos se volvió aturdidor. Soraya sintió que se desmayaba. Trató de hablar, pero la lengua se le había pegado al paladar; y la saliva se le había tornado arenosa. Sólo salían de sus labios palabras farfulladas e ininteligibles, como si estuviera al borde de la asfixia.

Rasgó otra bolsa más. Y otra vez sobre sus manos se derramó un montón de papelorios blancos. Rasgó una tercera; y de nuevo la misma avalancha de papel. Su blancura impertérrita le nubló la vista.

A Soraya nunca le había gustado llorar. Nunca conseguía, de hecho, llorar convincentemente cuando el fingimiento lo exigía; pero en aquella ocasión la poseyó un llanto espasmódico que no podía controlar, un llanto como un vómito que la ahogaba:

—Malditas hijas de la gran puta...

Fue lo único que pudo decir en mucho rato. Lo repitió una, diez, cien veces, hasta que no le quedaron lágrimas.

Inés había encendido la televisión, para que la cháchara del telediario se superpusiese a sus explicaciones y ningún vecino pudiera escuchar nada. Lucía contemplaba el maletón abierto sobre la cama, con aquella montonera de billetes que un rato antes se hallaban empaquetados en bolsas de basura y ahora se desparramaban sobre las sábanas, como una lluvia de pasquines. Todavía no salía de su asombro.

—Y todo lo hiciste mientras yo dormía... —susurró.

Inés se apretaba un paño húmedo contra la sien.

—Fue agotador, no te creas —sonrió satisfecha—. Pero finalmente me dio tiempo a todo.

Lucía repetía fascinada los pasos del birlibirloque:

—Primero te fuiste a la consigna de la estación de Atocha con el tique. Por supuesto, la consigna no había cerrado aún. ¡Mentirosa! —Y amenazó con pegarle un mojicón—. Cogiste la maleta que había en la consigna y la metiste en el coche. Te fuiste con ella a tu despacho y allí confeccionaste unos paquetes que tuvieran el mismo aspecto que los paquetes que te habías encontrado en la maleta de la consigna...

Se tapó el rostro con ambas manos y sacudió la cabeza, en señal de incredulidad.

—Esa fue la parte más difícil. Me tiré toda la noche guillotinando folios y haciendo paquetes con las bolsas de basura —dijo y añadió orgullosa—: ¡Y tuve que bajar a un Vips, para comprar cinta de embalar!

—Llenaste la maleta con los paquetes falsos y la llevaste otra vez a la consigna de la estación de Atocha, que para entonces ya había abierto otra vez...

Dudó cuál había sido el siguiente paso. Inés la ayudó:

—Alquilé otra taquilla y guardé en ella la maleta con los paquetes falsos. Después volví a pasar por el despacho, guardé los billetes en mi maleta y me vine zumbando aquí. Metí mi maleta debajo de la cama y dejé el tique sobre la repisa del vestíbulo. —Sonrió, mostrando sus incisivos ligerísimamente encabalgados—. Cuando llegó Soraya, sólo tuve que exagerar un poco la nota

para que reparase en el tique. Me imagino que a estas horas estará huyendo con su cargamento de papeles recortados.

Lucía se agachó para aspirar el aroma del papel timbrado, que le resultaba un poco intimidante y pecaminoso. Añadió, un poco enfurruñada:

—Y antes de todo eso me diste una dosis de caballo de somnífero...

—Tampoco te pases —rió Inés—. De yegua, en todo caso.

Lucía se abalanzó sobre ella y le buscó las cosquillas, mientras se revolcaban sobre las sábanas alfombradas de billetes. Entre la catarata de risas, el rostro de Lucía se ensombreció de repente:

—Pero deberíamos andarnos con cuidado... Más pronto que tarde, Soraya se dará cuenta del engaño.

Inés asintió, callada, pero no mostraba excesiva preocupación. Bajó con el mando a distancia el volumen del telediario hasta enmudecerlo y llamó al 091 desde su teléfono móvil. Mientras esperaba respuesta, se puso en cuclillas sobre la cama y guiñó un ojo a Lucía.

—¿Policía Nacional? —dijo, impostando una voz consternada—. Mi nombre es Inés Palomares Carranza, de profesión investigadora privada... Mire, les llamo porque esta mañana una mujer joven me ha agredido... No, en casa de una amiga a la que había venido a visitar a Fuenlabrada... Verá, lo más extraño es que, después de golpearme, sólo me robó la documentación del bolso. Sospecho que esa mujer necesitaba salir de España con una identidad falsa, o algo parecido y... Sí, le repito mi nombre con mucho gusto: Inés Palomares Carranza... Por supuesto, formalizaré la denuncia en comisaría. Pero les aconsejo que se pongan a buscarla. Yo no me moveré de Madrid... Descuide, señor, muchas gracias.

Apagó el móvil y exhaló aire, liberando tensión. Lucía se estremeció, todavía anonadada ante su desenvoltura.

—¿Todo bien? —preguntó, algo medrosa.

—Estupendamente bien —contestó Inés—. Me temo que las andanzas de Soraya tocan a su fin.

—¿Y qué vamos a hacer con este dineral?

—¡Un montón de cosas! Podemos empezar comprándonos una casa en la Toscana, por ejemplo.

Lucía la miró largamente, incapaz todavía de digerir los últimos acontecimientos. Sólo sabía, en medio del torbellino de confusión, que esta vez estaba dispuesta a ir hasta donde su tren la llevase. Insistió, tímidamente:

—¿Quieres decir que... vamos a gastarlo juntas?

Inés levantó la mano derecha y habló con gravedad, como si estuviese prestando declaración en el estrado:

—Por supuesto. Tenemos toda la vida por delante.

Y volvió a sonreír con una sonrisa que Lucía ya no pudo resistir. El cielo de Fuenlabrada era un mar que volaba, surcado por bandadas de pájaros fugitivos. Lucía pasó las manos por el crujiente pelo de Inés (todavía tenía una costra de sangre en el cogote) y se acercó a su boca, que la convocaba con su música íntima.

En la televisión un locutor anunciaba que, en una oscura pensión cercana a la estación de Atocha, se había encontrado el cadáver de un hombre que, a juicio de la policía, podría tratarse de Emilio Santillán Infante, a quien se daba por muerto desde hacía más de dos años. Pero Inés y Lucía, que ya vivían en el fuego, no se enteraron de la noticia. Se habían olvidado de subir el volumen del televisor.